James Clavell

Autor de SHŌGUN

# REY DE LAS RATAS



En el libro se nos narra la vida en un campo de prisioneros de guerra japones en Changi (Singapur) durante la segunda guerra mundial donde el hambre, las enfermedades, los insectos sacan a relucir lo peor y lo mejor de los hombres allí internados. La novela fue publicada en ingles originalmente en 1962.

James Clavell

# Rey de las ratas

## Saga asiática - 01

**ePUB r1.1**
**betatron** 05.12.13

Título original: *King Rat*
James Clavell, 1962
Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez

Editor digital: betatron
Corrección de erratas: Jonny_Wilkinson
ePub base r1.0



*Dedicada a los que estuvieron allí*
*y no viven, y a los que estuvieron*
*y siguen vivos. A ellos, y,*
*especialmente, a ellas.*

Las cárceles de guerra de Changi y de Outram Road en Singapur, existen o existieron. Obviamente, el resto de esta historia es ficción. Toda coincidencia con vivos o muertos, es casual.

# PRIMERA PARTE

# I

Changi, en la punta esté de la isla de Singapur, resplandecía bajó el cuenco de los cielos tropicales. Se hallaba en una ligera elevación de un cinturón verde que daba paso a un mar azul verdoso, cuyo límite era un horizonte infinito.

De cerca, Changi perdía su belleza para ser una prisión obscena y aborrecible, rodeada de patios cocidos al sol entre altos muros.

Detras de éstos, en el interior de los edificios con varios pisos, había celdas capaces de albergar a un total de dos mil prisioneros. Pero entonces, en las celdas y en los pasillos, y en todo rincón o espacio, vivían unos ocho mil hombres. La mayoría ingleses y australianos, acompañados dé algunos neozelandeses y canadienses. Estos hombres constituían los restos de las Fuerzas Armadas de la campaña del Lejano Esté.

Eran criminales. Habían cometido el crimen de perder una guerra.

Las puertas se hallaban abiertas, tanto las de las celdas como las de los edificios, y también la monstruosa puerta del muro exterior. Allí, los hombres podían moverse, casi libremente, dentro y fuera. Pero aun así era una reclusión con olor a claustrofobia.

De la entrada principal arrancaba una carretera hacia el Oeste, que, a unos cientos de metros, se veía obstruida por un juego de puertas hechas de alambre de espino, y, al otro lado, se alzaba un edificio destinado a la guardia, que eran desastrosos miembros de las hordas conquistadoras. Pasado el control, la carretera discurría hasta perderse en la ciudad de Singapur. No obstante, para los prisioneros, aquella vía de comunicación acababa a unos cien metros de la puerta principal.

Por el Este y por el Sur la carretera bordeaba el muro, flanqueada de largos y burdos barracones. Todos eran iguales; sesenta pasos de longitud con paredes de hojas de cocotero trenzadas y toscamente clavadas a troncos. El tejado estaba

hecho con el mismo material. Cada año ponían una nueva capa, o hubiera debido añadirse; pues el sol, la lluvia y los insectos la destrozaban. Las puertas y ventanas eran simples aberturas. Los barracones tenían grandes aleros que los resguardaban de la lluvia y del sol, y estaban montados sobre bloques de cemento que los protegían de las inundaciones, serpientes, ranas, babosas, caracoles, escorpiones, escarabajos, chinches y toda suerte de bichos.

Los oficiales vivían en semejantes barracones.

También había dos hileras con veinte bungalows de cemento cada unas. Los oficiales mayores: comandantes, tenientes coroneles y coroneles vivían en ellos.

La carretera doblaba al Oeste, siempre, junto al muro, y también aparecía ringlada de barracones. En este lado se albergaban los hombres que ya no cabían detrás de los muros.

Y en uno de estos barracones, que eran más pequeños, vivía un contingente norteamericano de veinticinco hombres.

En el lado norte, se extendían las huertas que suministraban la mayor parte de los productos que se consumían en el campo de concentración, La carretera continuaba a través de dichas huertas, unos doscientos metros, hasta llegar al edificio ocupado por la guardia.

Aquella área estaba rodeada, a una distancia de ochocientos metros, por una alambrada, fácil de cortar. Apenas era vigilada y carecía de focos y de nidos de ametralladoras. Pero, una vez al otro lado, ¿qué sucedía? La patria quedaba más allá del horizonte, más allá de un mar sin fin o de una jungla hostil. Huir era tan desastroso como quedarse.

En 1945, los japoneses habían aprendido a dejar el control del campo a los prisioneros, Ellos se limitaban, a dar órdenes que los oficiales debían hacer cumplir. Si los prisioneros no creaban molestias tampoco eran molestados. Ahora bien, pedir comida, medicinas o cualquier otra cosa era molestar. También era una molestia que siguieran vivos.

Para los prisioneros, Changi era algo más que una prisión: era génesis, o lugar donde volvía a empezarse.

—Voy a cargarme a ese condenado bastardo aunque muera en el intento.

El teniente Grey sentíase complacido después de decir en voz alta lo que durante mucho tiempo había retorcido sus intestinos hasta hacerlos un nudo. La ira de Grey despertó al sargento Masters, que sonaba con una botella de cerveza

australiana helada, Un bistec con un huevo frito en su hogar de Sydney, y con los senos y perfume de su esposa. El sargento no se molestó en seguir la mirada del teniente que se perdía a través de la ventana. Sabía a quién se refería de entre los hombres medio desnudos que caminaban por el sucio camino festoneado de alambradas. Pero le sorprendió él estallido de Grey. Por regla general el preboste de Changi era tan hermético e inalterable como cualquier inglés.

—Economice energías teniente —dijo Masters—. Los japoneses pronto le pondrán en cintura.

—¡Piojosos japoneses! —Exclamó Grey—. Quiero sorprenderle yo, y cuando haya acabado con él aquí…, entonces lo quiero ver en Outram Road.

Masters le miró horrorizado.

—¿En Outram Road?

—Exacto.

—Comprendo que quiera cogerte —dijo Masters—, pero lo otro, bueno, yo no desearía aquello para nadie.

—Allí es donde debería estar, Y allí es donde lo voy a mandar. Es un ladrón, un embustero, un engatusador y un chupador de sangre. Un vampiro que se alimenta de todos nosotros.

Grey se levantó y se acercó a la ventana del sofocante barracón de la Policía. Espantó las moscas que había encima del piso de tablas y guiñó los ojos debido al resplandor del sol.

—¡Por Dios que conseguiré vengarme por todos nosotros!

«Buena suerte, amigo —pensó Masters—. Puedes coger a Rey sí eso es posible. Tienes pleno derecho a odiarlo». Al sargento no le gustaban los oficiales ni la Policía Militar y despreciaba particularmente a Grey por haber ascendido desde simple soldado, ocultando a los demás.

Pero no sólo Grey alimentaba semejante odio. En Changi todos odiaban a Rey. Le odiaban por su musculado cuerpo y el claro destello de sus ojos azules. En aquel tenebroso mundo de los medio vivos no había ningún gordo o bien constituido, redondo o liso, de mediana o recia estructura. Sólo había rostros de grandes ojos en cuerpos que eran pellejos encima de tendones sobre huesos. La única diferencia entre ellos era la edad, las facciones y la altura. Y en todo aquel mundo sólo Rey comía como un hombre, fumaba como un hombre, dormía como un hombre, soñaba como un hombre y tenía el aspecto de un hombre.

—¡Cabo! —ordenó Grey—. ¡Venga aquí!

Rey había visto al teniente, desde el momento en que dio la vuelta a la esquina del muro, no porque pudiera ver a través de la oscuridad del barracón de la Policía, sino porque. Grey era una persona de hábitos, y cuando uno tiene un enemigo es aconsejable conocer sus costumbres y él las conocía.

Se desvió del sendero y se encaminó hacia el solitario, barracón que sobresalía como un grano entre los otros barracones.

—¿Me llamaba, señor? —dijo Rey, saludando. Su sonrisa era suave, y sus gafas de sol ocultaban el desprecio de sus ojos.

Desde su ventana, Grey observaba a Rey. Sus rasgos tensos no permitían que se advirtiera el odio que era parte integrante de su ser. —¿Dónde va usted?

—A mi barracón, señor —explicó pacientemente Rey.

Mientras se acercaba, su mente hizo un esfuerzo por intuir la causa de la llamada. ¿Se habría producido algún fallo, o alguien habría informado sobre él? ¿Qué le pasaba a Grey?

—¿Dónde consiguió usted esa camisa?

Rey había adquirido la camisa el día anterior. Se la compró a un comandante que la guardaba incólume desde hacía dos años para cuando necesitara venderla y así obtener dinero para conseguir comida! Al Rey le gustaba ser pulcro y vestir bien, mientras los demás no lo hacían. Le gustaba ver su camisa limpia y nueva, sus pantalones largos bien planchados, sus calcetines limpios, sus zapatos recién pulimentados y su gorro inmaculado. También le divertía que Grey fuera desnudo ¿excepto aquellos patéticamente apedazados pantalones cortos, zuecos de madera y su mugrienta boina color verde de tanquista.

—La compré hace tiempo. No hay ley que prohíba comprar algo. ¿Desea otra cosa, señor?

Grey captó la impertinencia del «señor».

—Conforme, cabo. ¡Entre!

—¡Para qué!

—Quiero que charlemos un poco —dijo Grey, con sarcasmo.

Rey contuvo su mal humor y ascendió los peldaños, traspasó el umbral y se quedó cerca de la mesa.

—Bien señor.

—Vuelva del revés sus bolsillos.

—¿Por qué?

—Haga lo que se le ordena. Sabe usted que tengo autoridad para registrarle en cualquier momento —Grey dejó entrever su odio—. Incluso su oficial está de acuerdo en eso.

—Bueno. Lo haré puesto que usted insiste.

—Es una buena razón.

Rey lo hizo de mala gana. Después de todo, nada tenía que ocultar. Pañuelo, peine, cartera, un paquete de cigarrillos, su petaca llena de tabaco picado de Java, papel de fumar y cerillas. Grey comprobó que todos los bolsillos quedaban vacíos; luego abrió la cartera. Encontró en ella quince dólares norteamericanos y casi cuatrocientos dólares japoneses de Singapur.

—¿Dónde ha conseguido este dinero? —preguntó Grey, sudando intensamente.

—El juego, señor.

Grey rió.

—Usted goza de muy buena estrella. La fortuna le acompaña desde hace unos tres años. ¿No es así?

—¿Me necesita, señor?

—No… pero, muéstreme su reloj.

—Consta en la lista.

—¡He dicho que me muestre su reloj!

Malhumorado, Rey destrabó la cadena extensible de acero inoxidable de su muñeca y entregó el reloj a Grey.

Pese a su odio hacia el cabo, el teniente sintió una oleada de envidia. El reloj era impermeable, a prueba de golpes y de cuerda automática. Un «Oyster Royal». El objeto de más precio en Changi, después del oro. Dio Vuelta al reloj y observó las cifras gravadas en el acero; luego se dirigió a un armario y saco la lista donde constaban inscritas las pertenencias de Rey. Sacudió automáticamente las hormigas y, meticulosamente, comprobó el número con el del «Oyster Royal» inscrito en la lista.

—Confronta —dijo Rey—. No se preocupe, señor.

—No me preocupo —replicó Grey—. Es usted quien debe preocuparse.

Se lo devolvió. Aquel reloj podía asegurar la obtención de alimentos durante unos seis meses.

Rey volvió a colocarlo alrededor de su muñeca, y luego empezó, a recoger su cartera y sus pertenencias.

—¡Ah, sí! Su sortija —exclamó Grey—. Comprobémosla.

Pero la sortija también confrontaba con la descrita en la lista; Aparecía reseñada, como una «sortija de oro, con la estampilla del "Clan Gordon"». Además de la descripción, había un dibujo del sello.

—¿Cómo se explica que un americano tenga una sortija de los Gordon? — Grey se había formulado la pregunta muchas veces.

—La gané al póquer —explicó Rey.

—Ha conseguido usted un recuerdo notable, cabo —dijo Grey, y le tendió la sortija.

El teniente había estado seguro de que tanto la sortija como el reloj coincidirían. Aquella identificación era una simple excusa. En realidad había sentido casi una necesidad física de estar cerca de su presa durante un rato. Tampoco ignoraba que Rey no era fácil de intimidar. Otros muchos habían intentado sorprenderle, y fracasaron. Era hábil, cuidadoso y muy astuto.

—¿Cuál es la causa —preguntó ásperamente Grey, dominado de repentina envidia por el reloj, la sortija, los cigarrillos, las cerillas y el dinero— de que usted tenga tanto y el resto de nosotros tan poco?

—Lo ignoro, señor. Considérelo como un caso de buena suerte.

—¿Dónde consiguió ese dinero?

—En el juego, señor.

Rey se mostraba siempre cortés. Daba el tratamiento de «señor» y saludaba a los oficiales ingleses y australianos. Pero sabía que ellos no ignoraban su olímpico desdén hacia el «señor» y el saludo. Semejantes normas de respeto no encajaban en la idiosincrasia norteamericana. Un hombre es un hombre, sin que importe la educación, la familia o el rango. Si uno siente respeto, dice «señor». Y si uno no siente ese respeto, simplemente deja de hacerlo. Entonces se convierten en hijos de perra. En ese caso, ¡al infierno con ellos!

Rey volvió a colocar la sortija en su dedo, se abotonó los bolsillos y sacudió las partículas de polvo que había en su camisa.

—¿Eso es todo… señor?

Vio la furia que destellaban los ojos de Grey.

El teniente miró a Masters que observaba con inequívocas muestras de

nerviosismo.

—Sargento, ¿quiere traerme un poco de agua, por favor?

No muy conforme, Maters alcanzó una cantimplora que colgaba de una pared.

—Aquí la tiene, señor.

—Ésta es de ayer —dijo Grey, sabiendo que no lo era—. Llénela de agua limpia.

—Juraría que fue lo primero que hice hoy —repuso Masters.

Luego sacudió la cabeza y salió fuera.

Grey guardó silencio mientras Rey permanecía tranquilo, a la espera. Una ráfaga de aire hizo gemir á los cocoteros en la jungla al otro lado de la empalizada, con una promesa de lluvia. Ya se veían negras nubes en el cielo por el lado este, y la atmósfera resultaba húmeda e irrespirable.

—¿Un pitillo, señor? —Rey ofreció su paquete.

Grey había fumado su último cigarrillo rubio hacía dos años con motivo de su veintidós aniversario. Miró el paquete y no deseo uno, los deseó todos.

—No —dijo malhumorado—. No quiero uno de sus cigarrillos.

—¿Le importa que yo fume, señor?

—¡Sí me importa!

Rey mantuvo sus ojos fijos en los de Grey y, calmosamente, deslizó fuera un cigarrillo. Lo encendió y aspiró con fuerza.

—¡Saque eso de su boca! —ordenó Grey.

—¡Cómo no…!, señor.

Antes de obedecer la orden repitió una larga chupada. Luego dijo con entonación dura:

—No estoy bajo sus órdenes y no hay ninguna ley qué prohíba que yo fume cuando quiera hacerlo. Soy norteamericano y nó estoy sujeto a la maldita bandera británica. Esto también se lo he dicho a usted. ¡Déjeme en paz…!, señor.

—Tengo mucho interés en cazarle, cabo —apostrofó Grey—. Pronto dará usted un resbalón, y cuando lo dé, yo estaré al acecho. Entonces quedará recluido allí —señaló con su índice la rústica Jaula de bambú destinada a celda —. Allí es donde debe de estar usted.

—No infrinjo ninguna ley…

—¿No? ¿De dónde saca usted el dinero, pues?

—Del juego.

Rey se acercó al teniente. Pese a controlar su furor, aparecía más peligroso que de costumbre.

—Nadie me da nada. Cuanto tengo es mío porque lo he ganado. Cómo, es asunto mío.

—No mientras yo sea el preboste —los puños de Grey se apretaron—. Hace meses que vienen desapareciendo montones de drogas. Quizás usted sepa algo de ellas.

—¡Vaya hombre! ¡Escuche! —dijo Rey con acento furioso—. Nunca he robado nada, y jamás he vendido droga. ¡No lo olvide, teniente! ¡Maldita sea! Si no fuera usted un oficial le…

—Pero lo soy, y me gustaría que intentara usted lo que piensa.

—¡Por Júpiter, que me gustaría! ¿Cree usted ser tan condenadamente duro? Bien, yo sé que no lo es.

—Le diré una cosa. Cuando salgamos, de ésta, si me busca, le destrozaré la cabeza.

—¡No lo olvidaré! —Grey se esforzaba en amortiguar los latidos de su corazón—. Ahora bien recuerde que hasta entonces estaré alerta, al acecho. Jamás he sabido de una racha de suerte que no se interrumpa algún día. ¡Y la suya se interrumpirá!

—O quizá no, señor.

No obstante, Rey sabía, cuánta verdad encerraba aquella predicción. Su suerte era buena. Muy buena. Pero ésta se debía a un trabajo duro bien planeado y… a algo más. Por supuesto, no al juego. O, al menos, no a un juego limpio y sin trampas. Su suerte se cimentaba, en operaciones como la planeada con un diamante de cuatro quilates. Llegado el momento oportuno, sabría cómo apropiarse, de él. Y si la ocasión le era favorable nunca más tentaría la suerte mientras estuviera en Changi.

—Su suerte acabará —insistió Grey—. ¿Sabe por qué? Porque usted, como todo criminal, está lleno de codicia.

—No estoy obligado a sufrir su filípica, señor —dijo Rey con creciente ira —. No soy más delincuente que…

—Lo es, Continuamente está transgrediendo la ley.

—¡La única ley que yo infrinjo es la japonesa!

—¡Al diablo la ley japonesa! Le hablo de la ley que regula la vida militar en campana. Esa ley prohíbe que se comercie. ¡Y es eso lo que usted hace!

—¡Pruébelo!

—Lo haré a su tiempo. Usted resbalará. Entonces sabremos cómo medra usted entre nosotros. Y después de visitar su jaula, me encargaré personalmente de que sea mandado a Outram Road.

Rey sintió un escalofrío de terror.

—¡Diantre! —exclamó roncamente—. ¡Usted es el tipo de bastardo que no tendría escrúpulos al hacerlo!

—En su caso —dijo Grey, babeando de rabia—, sería para mí un placer. Los japoneses son sus amigos.

—¡Hijo de perra!

Rey cerró su grueso puño y se adelantó hacia Grey.

—¿Qué pasa aquí? —la voz del coronel Brant se oyó mientras ascendía los peldaños y entraba en el barracón.

Era un hombre bajo, de escasamente metro y medio. Tenía una barba enrollada bajo su mentón, al estilo sikh. Llevaba un bastón de mando, Su gorro de pico del ejército aparecía totalmente remendado con tela de saco, en su centro, el emblema de su regimiento brillaba como el oro, si bien estaba desgastado de tanto pulirlo desde hacía años.

—Nada, señor —Grey espantó de nuevo las moscas con sus manos, intentó controlar su respiración—. Simplemente, registraba al cabo.

—Vamos Grey —interrumpió el coronel Brant—. Oí lo que le dijo de Outram Road y los japoneses. Es correcto que registre y pregunté, todos sabemos eso, pero no hay motivo para amenazarle o maltratarle.

Se volvió hacia Rey, con su frente bañada en sudor.

—Usted cabo, dé gracias a su buena estrella, puesto que no cursaré parte por indisciplina, al capitán Brough. Tendría usted que tener más tacto y no ir vestido así por aquí. Basta para sacar a cualquier hombre de quicio. Usted sólo busca líos.

—Sí, señor —dijo Rey, aparentemente tranquilo, pero maldiciéndose a sí mismo por haber perdido los estribos, qué era cuanto Grey había intentado que sucediera.

—Vea usted mis ropas. ¿Cómo diablos cree usted que me siento?

Rey no contestó. Pensó: «Ese problema es suyo, cuide de usted, que yo me cuido de mí». El coronel llevaba por toda prenda un taparrabos hecho de medio sarong, anudado alrededor de su cintura a modo de falda escocesa, y debajo no había nada. Rey era el único hombre de Changi que usaba calzoncillos. Tenía seis pares.

—¿Acaso cree usted que no le envidio sus zapatos? —preguntó enojado el coronel Brant—. Todo cuanto puedo ponerme son estas malditas cosas.

El coronel calzaba unas zapatillas hechas con unos pedazos de madera y unas bandas de lienzo.

—Lo lamento, señor —dijo Rey con velada humildad, tan lisonjera al oído de todo militar.

—Bueno, bueno. —El coronel Brant se, volvió a Grey—. Creo que le debe una excusa. Las amenazas no conducen a nada. Debemos ser nobles, ¿eh, Grey? —Volvió a secar el sudor de su rostro.

Grey precisó de un enorme esfuerzo para detener la maldición que temblaba en sus labios.

—Me excuso.

Pese al tono suave de su voz, las palabras eran cortantes. Rey difícilmente pudo reprimir una sonrisa.

—Conforme —el coronel Brant asintió; luego, miró a Rey—. Muy bien, puede marcharse. Pero vestido de esa manera pide a gritos que los demás le provoquen. ¡Sólo usted es culpable dé eso!

Rey saludó marcialmente.

—Gracias, señor.

Salió al exterior y respiró libremente de nuevo a la luz del sol, si bien volvió a maldecirse. ¡Diantre! Había estada al borde de una catástrofe. Le faltó poco para golpear a Grey, y semejante acto era propio de un loco. Sintió necesidad de tranquilizarse y se detuve al otro lado del camino, donde encendió un nuevo cigarrillo. Los hombres que pasaban por allí vieron el cigarrillo y olieron su aroma.

—Es un perturbador —dijo el coronel, aún mirándole por la puerta mientras enjugaba su frente. Luego se volvió al teniente: Realmente, Grey, es usted un loco por provocarle de esa manera.

—Lo siento. Creí que él…

—Lo que él sea no justifica que un caballero, y menos un oficial, pierda los estribos. Malo, muy malo, ¿no cree usted?

—SÍ, señor.

Grey no tenía nada más que decir.

El coronel Brant gruñó, y luego sacó el labio inferior.

—Por fortuna pasaba por aquí. No puedo soportar que un oficial bravuquee con un simple cabo. —Miró otra vez a través de la puerta, odiando a Rey, deseando su cigarrillo— ¡Condenado! —dijo sin volver la vista a Grey—. Es tan indisciplinado como el resto de sus compatriotas. Mala partida. ¡Habráse visto! ¡Llaman a sus superiores por el nombre de pila! —Sus cejas se levantaron—. Y éstos juegan a los naipes con sus nombres. ¡Canastos! Son peores que los australianos. ¡Miserables! Estos soldados no son como los indios.

—No, señor-dijo Grey con voz suave.

El coronel Brant se volvió bruscamente.

—No quise compararlos. Grey, sólo que… —guardó un repentino silencio mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. ¿Por qué, por qué lo hicieron? —añadió con voz rota—. ¿Por qué, Grey? Yo…, todos los amábamos.

Grey se encogió de hombros. De no mediar la excusa, se hubiera compadecido.

El coronel titubeó, luego dio la vuelta y salió con la cabeza inclinada y lágrimas en sus mejillas.

Cuando Singapur se rindió en 1942, casi todos los soldados del ejército indio se pasaron al enemigo, los japoneses, y se volvieron contra sus oficiales ingleses. Estos soldados se convirtieron en guardianes del campo de concentración, y algunos de ellos se comportaron como salvajes. Los gurkhas sólo eran leales bajo la tortura y la indignidad. El coronel Brant lloraba por aquellos hombres, por quienes hubiera dado la vida.

Grey le vio marchar, luego observó a Rey que fumaba junto al camino.

«Me alegro de haberlo dicho; ahora somos tú o yo», se dijo.

Volvió a sentarse en el banco y una punzada de dolor en sus intestinos le recordó que no se había curado de la disentería pese a la semana transcurrida.

—¡Al diablo con todo! —exclamó, maldiciendo al coronel Brant por haberle obligado a excusarte.

Masters regresó con la cantimplora llena de agua y se la entregó. Bebió un

sorbo y le dio las gracias. Luego empezó a planear cómo sorprender a Rey. Pero el hambre le recordó la hora de comer y dejó su mente a la deriva.

Un gemido desmayado cortó el aire. Grey miró a Masters, que se hallaba sentado, inconsciente de haber emitido el sonido, observando el ir y venir de las lagartijas.

—¿Tiene disentería, Masters?

El sargento espantó las moscas que formaban mosaico en su rostro.

—No señor. Por lo menos no la he tenido desde hace casi cinco semanas.

—¡Enteritis!

—No, gracias a Dios, palabra. Hace tres meses que no tengo malaria. Tengo mucha suerte y me conservo muy bien, dentro de lo que permiten las circunstancias.

—Sí —dijo Grey. Luego, como si lo hubiera estado pensando, añadió— Parece usted bien conservado.

Pero no ignoraba que pronto tendría que pedir un sustituto. Volvió su rostro hacia Rey, que seguía fumando y sintió mareo por el deseo de un cigarrillo.

Masters gimió de nuevo.

—¿Qué diablos le ocurre?

—Nada señor. Nada. Debo haber…

Pero el esfuerzo era excesivo y dejó sus palabras en suspenso perdiéndose entre el zumbido de las moscas. Éstas dominaban el día y los mosquitos la noche. Nunca había silencio. Jamás. ¿Cómo es la vida sin moscas, mosquitos ni gente? Masters intentó recordarlo, y, de nuevo el esfuerzo fue excesivo. Fatalmente, optó por seguir sentado y quieto, respirando con dificultad, como un ser insensible, agobiado sólo por la desazón.

—Conforme Masters, puede marcharse ahora —dijo Grey—. Esperaré a que se alivie. ¿Quién le sustituye?

Masters forzó su cerebro y después de un momento, repuso:

—Bluey… Bluey White.

—¡Por Dios, Masters! —saltó Grey—. ¡El cabo White murió hace tres semanas!

—Lo siento, señor —contestó Masters, débilmente—. Lo siento, debo de haberme… Es… Es… Creo que es Peterson. El inglés. De infantería.

—Conforme. Vaya usted y coma ahora. No es necesario qué vuelva.

—Sí, señor.

Masters se colocó su destrozado gorra, saludó y salió con paso vacilante, sujetándose los harapos de sus pantalones alrededor de sus caderas. «¡Dios mío! —pensó Grey—. Se le puede oler desde cincuenta pasos. Tendrían que repartir más jabón.

Pero no sólo era Masters. Eran todos ellos. Si uno dejaba de bañarse seis veces al día, el sudor lo envolvía como una mortaja. Y pensando en mortajas recordó a Masters… Y los signos inequívocos de su estado. Él debía de saberlo también, quizá por eso no se preocupaba de lavarse.

Grey había visto morir a muchos hombres. La amargura se posesionó de él cuando pensó en su regimiento y en la guerra. «¡Maldito seas! —casi gritó—. ¡Veinticuatro años y todavía teniente! La guerra continúa a mí alrededor extendida por todo el mundo. Ascensos todos los días. Oportunidades. Y yo en este pestilente campo como simple teniente. ¡Por Júpiter! Habría bastado que no se hiciera el transbordo a Singapur en 1942. Que hubiéramos llegado a nuestro destino, el Cáucaso. Sólo que…».

—¡Cállate! —dijo en voz alta—. Eres tan malo como Masters, ¡condenado loco!

Allí era cosa normal hablarse a sí mismo en voz alta. Y era mejor hablar, según opinión de los médicos, que conservarlo todo ahogado en el interior de uno, pues esto solo conducía a la locura. Pero rió siempre sucedía así. A veces, uno se liberaba de los recuerdos de una vida mejor: comida, mujeres, hogar… comida, mujeres, hogar. No obstante, las noches constituían el mayor peligro. De noche uno soñaba con la comida y las mujeres, y no tardaba mucho en revolcarse por el suelo. Y si uno se descuidaba, incluso soñaba despierto. Entonces el día se transformaba en noche, y viceversa, Así, la muerte no tardaba en aparecer, uno la deseaba: vivir era una agonía. Excepto para Rey. Él ignoraba las agonías.

Grey no cesó de observarle, se esforzaba en oír su conversación con el hombre que le acompañaba, pero se hallaban demasiado lejos. Quiso identificar al último, y tampoco le fue posible. La banda en su brazo ponía de manifiesto su condición de comandante. Los japoneses exigían que todos los oficiales llevaran siempre bandas en el brazo izquierdo con la insignia de su rango. Incluso, estando desnudos».

Las negras nubes se multiplicaban rápidamente. Débiles relámpagos aparecieron en el Este, si bien el sol seguía cayendo a plomo. Una brisa retida barrió momentáneamente el polvo, luego dejó que se aposentase.

Grey usó el matamoscas de bambú. Con un leve y medio inconsciente movimiento alcanzó a una mosca que, aturdida, cayó al suelo. Matar una, era un descuido. Sólo debía mutilársela, entonces la bastarda sufría, y así compensaba algo las molestias que causaba.

Era mejor, mutilarla y que chillara sin ruido hasta que las hormigas y otras moscas acudieran a batallar sobre su carne viva.

Pero Grey no se enfrascó en el corriente gozo de contemplar el tormento del atormentador. Estaba demasiado pendiente de Rey.

# II

—En 1933 —decía el comandante con jovialidad forzada—, fue cuando yo estuve en Nueva York. Maravillosa época. ¿Le he contado alguna vez el viaje que hice a Albania? Entonces era subalterno…

—Sí, señor —interrumpió Rey—. Me lo ha contado.

Habla sido cortés el suficiente rato, y los ojos de Grey continuaban fijos en él. Pero, si bien se hallaba completamente a salvo y sin temor, deseaba evadirse del sol y de los ojos del teniente— Tenía muchas cosas que hacer. Y si el comandante no iba al granó… ¡qué diablos!

—Excúseme, señor. Ha sido un placer charlar con usted.

—Oh, un momento —dijo el comandante Barry, que miró a su alrededor con manifiesto nerviosismo, consciente de la curiosidad de los hombres que pasaban, y de la pregunta que no formulaban: «¿Qué le estará diciendo a Rey?—. Podría…, ¿podría verle en privado?

Rey lo calibro, pensativo.

—Aquí estamos en privado, si usted mantiene baja la voz.

El comandante Barry sudaba aún más por la inquietud. Pero hacía días que intentaba abordarle y era una oportunidad demasiado buena para dejarla correr.

—Es que el barracón del preboste está…

—¿Qué les importa a los polis una charla privada? No comprendo, sefior. —Rey se mostró suave.

—No hay necesidad de que se enteren. El coronel Sellars me dijo qué, quizás, usted podría ayudarme —el comandante Barry se tocaba el muñón de su brazo derecho, pues era manco—. ¿Podría usted…, darme algo, quiero decir…? —Esperó a que no hubiera nadie que pudiera oírle—. Es un mechero —Susurró —. Un «Ronson» en perfecto estado.

Una vez que lo hubo dicho, el comandante se sintió algo más tranquilo. No

obstante, experimentó la sensación de haber quedado desnudo tras sus palabras al norteamericano, allí, al sol, en el sendero público.

Rey pensó un momento.

—¿Quién es el dueño?

—Yó. —El comandante levantó la vista alarmado—. ¡Dios mío! ¿No creerá que lo robé, verdad? ¡Jamás haría eso! Lo he conservado durante todo este tiempo, pero ahora buen, ahora me he decidido a venderlo. —Se humedeció los labios con la lengua—. Por favor. ¿Puede conseguirme el mejor precio?

—El comercio está prohibido.

—Sí, pero usted…, por favor. Puede confiar en mí.

Rey se volvió de modo que su espalda quedó frente a Grey y su rostro hacia la valla de espino. Simple precaución por si Grey era capaz de leer en sus labios.

—Mandaré a alguien después del «chino» —dijo quedamente—. El santo y seña será: «El teniente Albany me dijo que le viera». ¿Entendido?

—Sí. —El comandante Barry titubeó, el corazón le daba saltos—. ¿Cuándo dijo usted?

—Después del «chino». ¡De comer!

Ah! Conforme.

—Sólo tiene que dárselo. Y cuando yo lo haya examinado, me pondré en contacto con usted. No olvide el santo y seña. —Rey sacudió la brasa de su cigarrillo y tiró la punta al suelo. Estaba a punto de pisarla cuando vio el rostro del comandante—. ¡Ah! ¿Quiere usted la colilla?

El comandante Barry se agachó feliz y la cogió.

—Gracias. Muchas gracias.

Abrió su pequeña lata de tabaco y, cuidadosamente, quitó el papel de la colilla y puso su contenido entre hojas de té secas y lo mezcló.

—Nada como un poco de edulcoración —dijo sonriente—. Muchísimas gracias. Por lo menos hará tres buenos cigarrillos.

—Hasta la vista, señor —se despidió Rey, saludando.

—Bueno, pero… —el comandante Barry no sabía cómo decirlo—. No cree usted —insinuó nervioso, manteniendo baja la voz—, darlo a un extraño, así, de este modo, ¿cómo puedo saber yo que… bueno…, que todo irá bien?

Rey sonrió fríamente.

—El santo y seña le basta. Por lo demás, gozo de buena reputación. Otra

cosa, confío en que no sea robado. Quizá será mejor que lo dejemos correr.

—¡Oh, no, por favor no me interprete mal! —exclamó prestamente el comandante—. Es todo cuanto me queda. —Intentó sonreír—. Gracias, Le espero después de comer. ¿Cuándo cree usted que podré disponer de ello?

—En cuanto pueda. Condiciones usuales. Ya me quedo con el diez por ciento del precio de venta-puntualizó Rey.

—Naturalmente. Gracias por el tabaco.

Una vez concluido el trato el comandante Barry sintió que se había quitado un gran peso de encima. Con suerte, pensó mientras bajaba presuroso la colina, conseguiré de seiscientos a setecientos dólares. Lo bastante para comprar alimentos que, bien racionados, durarían unos cuantos meses. No pensó ni una sola vez en el propietario del encendedor, que se lo había confiado antes de irse al hospital unos meses atrás, para no volver. Eso formaba parte del pasado. En aquel momento, «él», era el dueño del mechero y podía venderlo.

Rey no ignoraba qué Grey le había estado observando todo el rato. La excitación de realizar un negocio frente al barracón de Policía aumentó tu buen humor. Satisfecho de sí mismo, recorrió la ligera pendiente, respondiendo automáticamente a los saludos de los oficiales y demás prisioneros ingleses y australianos, A los de categoría superior les obsequiaba con un saludo especial; a los otros, de modo amistoso. Rey era consciente de la malévola envidia que despertaba, si bien no le preocupaba en absoluto. Estaba acostumbrado, y, más bien le divertía, al mismo tiempo que aumentaba su sensación de superioridad. Sentíase orgulloso de su obra. Era un norteamericano que, con astucia, había creado un mundo. El examen de ese mundo le llenaba de satisfacción.

Se detuvo frente al barracón veinticuatro, ocupado por los australianos, y asomó su cabeza por la ventana.

—¡Eh, Tinker! —gritó—. Quiero un afeitado y manicura.

Tinker Bell era bajo y astuto, de piel bronceada, ojos pequeños y pardos, y nariz despellejada. Si bien era esquilador de ovejas, en Changi no había otro barbero mejor.

—¿Qué pasa? ¿Es su cumpleaños? Le hice la manicura anteayer.

—Pues quiero que vuelva a hacérmela hoy.

Tinker se encogió de hombros y saltó por la ventana. Rey tomó asiento en una silla debajo del voladizo del barracón y se relajó satisfecho mientras Tinker

le ponía un paño debajo del cuello.

—Mire eso, amigo —dijo el esquilador manteniendo una pastilla de jabón debajo de la nariz de Rey—. Huela.

—¡Vaya! Eso es auténtico.

—Lo ignoro. Pero es de violetas de Yardley. Me costó treinta dólares. —Hizo un parpadeo al doblar el precio—. Lo he guardado para usted, si lo quiere.

—Le diré cómo. Le pagaré cinco dólares en vez de tres mientras dure.

Tinker calculó rápidamente. La pastilla de jabón duraría ocho afeitados, quizá diez.

—Vamos, amigo. Eso apenas me compensa.

Rey gruñó.

—Le he cogido, Tinker. Puedo comprarla a quince dólares.

—¡Maldita sea! —saltó Tinker simulando furia—. Un intermediario me ha tomado por un lechón. ¡Eso no está bien! —Mezcló agua templada y el oloroso jabón en un recipiente. Luego se rió—: Por algo es usted el «Rey». Conforme, amigo.

—De acuerdo —respondió complacido.

Con Tinker eran viejos amigos.

—¿Empiezo, camarada? —preguntó Tinker con la brocha enjabonada en alto.

—Sí.

Entonces Rey vio a Tex que descendía por el sendero.

—Un momento. ¡Eh, Tex! —gritó.

Tex miró hacia el barracón, le vio y se encaminó hacia él.

—Diga.

Era un adolescente gangliforme de grandes orejas, nariz ganchuda, ojos alegres y muy alto.

Sin que nadie se lo dijera, Tinker se retiró hasta donde no le era posible oírles, en cuanto Rey indicó a Tex que se acercase más.

—¿Quiere hacerme un favor? —preguntó quedamente.

—Desde luego.

Rey sacó su cartera y extrajo un billete de diez dólares.

—Busque al coronel Brant. El pequeño de la barba enrollada. Déle esto.

—¿Dónde se encuentra?

Hacia el ángulo de la prisión. Hoy le toca vigilar a Grey.

Tex sonrió.

—He oído que tuvo usted un altercado con él. —El hijo de perra me ha vuelto a registrar.

—Duro —dijo secamente Tex, sacudiendo su rubio pelo.

—Sí —rió Rey—. Y dígale a Brant que no llegue tarde otra vez. Le hubiera gustado estar allí, Tex, Ese Brant es un gran actor. Incluso hizo que Grey pidiera excusas. —Sonrió, luego añadió otros cinco dólares—. Dígale que esto es por lo de la excusa.

—Okay. ¿Eso es todo?

Le indicó el santo y seña y dónde hallaría al comandante Barry. Tex siguió su camino y Rex volvió a acomodarse. Pensó que el día se presentaba muy provechoso.

Grey se precipitó a través del sendero y ascendió los peldaños del barracón dieciséis. Casi era la hora de la comida, y sentíase dolorosamente hambriento.

Los hombres forman una impaciente cola. Grey se encaminó presuroso a su catre y cogió sus dos platos para el rancho, un cubilete, la cuchara y el tenedor, y formó en la cola.

—¿Por qué no lo han traído ya? —preguntó malhumorado al que estaba delante.

—¿Cómo diablos quiere que lo sepa? —contesté fríamente Dave Daven.

Su acento era de alta escuela, de Eton, Harrow o Charterhouse, y su altura la del bambú.

—Sólo preguntaba —replicó irritado Grey, despreciando a Daven por su acento y por su alcurnia.

Después de una hora de espera, llego la comida. Un hombre con dos envases se acercó a la cabeza de la línea y los dejó en el suelo. Los recipientes habían contenido en su día cinco galones de gasolina. Ahora, uno estaba lleno de arroz y, el otro, de sopa.

Tocaba sopa de tiburón. Al menos un escualo había sido dividido onza por onza y echado en ella para diez mil hombres. La sopa estaba caliente y tenía un ligero sabor a pescado. También contenía pedazos de berenjena y col, cuarenta y cinco kilos en total. Lo predominante en la sopa eran hojas, rojas y verdes, amargas y, no obstante, nutritivas, cultivadas con esmero en las huertas del

campamento, sal, polvo de *curry* y pimienta.

Silenciosamente, cada prisionero se movía siguiendo su turno. Mientras contemplaba la ración de los que estaban delante y detrás, calculaba su volumen y la comparaba con la suya. Pero, después de tres años, las medidas eran siempre iguales.

Un cucharón de sopa por hombre.

El arroz humeaba al ser echado en los recipientes. Era de Java y los granos se mantenían separados.

También les daban un cubilete de té.

Cada prisionero se alejaba con su ración y comía en silencio, rápidamente, con exquisita agonía. Los gorgojos del arroz eran un alimento nutritivo, y el gusano o insecto en la sopa se apartaba sin enfado si era visto. Pero la mayoría de los hombres no miraban la sopa, después del rápido primer vistazo para averiguar si llevaba un pedazo de pescado.

Aquel día hubo un pequeño sobrante, se comprobó la lista, y los tres que la encabezaban pudieron repetir.

Si bien sólo había sopa y arroz, en cualquier lugar del campamento se lograba un pedazo de coco, medio plátano, un trozo de sardina, e, incluso, un huevo para mezclar con el arroz. Un huevo entero era cosa rara. No obstante, una vez por semana si las gallinas de la granja ponían según lo acostumbrado, se daba un huevo a cada hombre. Ése era un gran día. Ahora bien, unos cuantos prisioneros recibían un huevo diario, pero ninguno envidiaba a los escasos individuos que gozaban semejante privilegio.

—¡Atención, muchachos!

El capitán Spence se hallaba en el centro del barracón, pero su voz podía oírse desde el exterior. Era el oficial de semana, un hombre pequeño de rasgos torcidos. Esperó hasta que todos hubieron penetrado en el interior.

—Mañana hemos de enviar diez hombres para el acarreo de madera.

Confrontó su lista y leyó los nombres, luego levantó la vista.

—¿Marlowe?

No hubo respuesta.

—¿Alguien sabe dónde está Marlowe?

—Creo que se encuentra con su grupo —gritó Ewart.

—Dígale que mañana se una al equipo de trabajo del aeropuerto, ¿quiere?

—Conforme.

Spence empezó a toser. Su asma estaba mal aquel día, y cuando pasó el espasmo continuó:

—El comandante jefe ha sostenido otra entrevista con el general japonés. Le pidió que le aumentaran las raciones y suministros médicos. —Aclaró su garganta. Luego continuó—. Consiguió la acostumbrada negativa. La ración de arroz se queda en cuatro onzas por hombre y día.

Spence miró al exterior y comprobó que no había nadie. Entonces dijo en un susurro a los hombres que escuchaban expectantes:

—Los aliados están a unos ciento doce kilómetros de Mandalay. Han alcanzado a los japoneses en su huida. Los aliados atacan en Bélgica, pero el tiempo es muy malo. Tormentas de nieve. En el frente del Este ocurre lo mismo, pero los rusos atacan como voleas endemoniadas y esperan tomar Cracovia dentro de los próximos días. Los yanquis van bien en Manila. Están cerca de… —intentó recordar un nombre—, creo que es el río Agno en Luzón. Eso es todo. Pero es bueno.

Spence se alegró de que su papel hubiera terminado. Aprendía las noticias en la reunión de jefes de barracones para divulgarlas después. Pero esto le hacía sentir un sudor helado y su estómago vacío. Cualquier delator podía señalarle con su dedo y decir al enemigo que era uno de los que pasaban las noticias y él no era lo bastante fuerte para volverse mudo. Luego, era de temer que un japonés le haría decir los nombres de los otros, y entonces, entonces…

—Eso es todo, muchachos.

Spence se fue a su litera, presa de náuseas. Se quitó los pantalones cortos y salió del barracón con una toalla debajo del brazo.

El sol abrasaba. La lluvia aún tardaría en caer unas dos horas. Cruzó la carretera asfaltada y guardó turno para una ducha. Esto era ya una norma de conducta después de las noticias, pues el sudor de su cuerpo desprendía un fuerte olor.

—¿Conforme, amigo? —preguntó Tinker.

Rey miró sus uñas bien acabadas. Su terso rostro acusaba el efecto de las toallas frías y calientes, y la suavidad de la loción.

—Del todo —dijo mientras pagaba—. Gracias, Tink.

Se levantó de la silla, se colocó el gorro e hizo una inclinación a Tinker y a

un coronel, que esperaba pacientemente un corte de pelo.

Ambos hombres le siguieron con la mirada.

Rey anduvo ligero por el sendero, pasó por delante de los apiñados barracones y se encaminó al suyo. Se sentía agradablemente hambriento.

El barracón norteamericano, separado de los demás, estaba lo suficiente cerca de los muros para gozar la sombra de la tarde. También se hallaba cerca de la carretera circundante por donde fluía toda la vida del campo, y de la alambrada. Su situación era inmejorable. El capitan Brough, el oficial norteamericano de mayor graduación, había insistido en que sus hombres se alojaran solos en un barracón. La mayoría de los oficiales norteamericanos hubieran preferido vivir con ellos, pues les resultaba difícil hacerlo entre extranjeros. Pero no estaba permitido. Los japoneses habían ordenado que los oficiales estuvieran separados de los soldados. Los prisioneros de otras nacionalidades lo soportaban con difícil resignación; los australianos menos que los ingleses.

Rey pensaba en el diamante. No sería fácil realizar el negocio, y era un negocio que estaba dispuesto a concluir. De repente, vio al otro lado del sendero a un joven sentado sobre sus piernas que hablaba con soltura en malayo a un nativo. La piel del hombre aparecía fuertemente pigmentada y debajo de ella resaltaban sus músculos. Sus hombros eran amplios y sus caderas finas. Llevaba un *sarong* que parecía ajustarle bien. Su rostro era desigual, si bien delgado como el de la mayoría de los habitantes de Changi. Había gracia en sus movimientos y cierto destello en su persona.

El malayo escuchaba atentamente las palabras del otro, al reír mostró los dientes dañados por la *areca*. Cuando replicó a su interlocutor lo hizo acompañándose con movimientos de mano. Éste se rió y le interrumpió con un torrente de palabras, ajeno a la atenta mirada de Rey.

El norteamericano entendía sólo algunas que otras palabras, pues su conocimiento del malayo era deficiente, tanto, que para hablar con ellos tenía que valerse de una mezcla de malayo, japonés e inglés. Aquella risa abierta, franca, no era muy corriente allí. Rey se percató de que revelaba una sincera alegría, lo cual aún le pareció más extraño.

Pensativo, penetró en su barracón.

Dino yacía en su litera medio dormido. Era un pulcro hombrecillo de piel y

pelo oscuros, sus ojos grises estaban prematuramente velados. Captó la observación de que era objeto y, al mover la cabeza, vio la sonrisa de Dino. Pero sus ojos no sonreían.

En el extremo más alejado de la barraca Kurt le miró por encima de los pantalones cortos que intentaba apedazar y escupió al suelo. Era un hombre de aspecto encanijado y repulsivo con dientes amarillentos, semejantes a los de una rata. Siempre escupía en el suelo. Su presencia no agradaba a los demás, pues jamas se bañaba.

En el centro de la barraca, Byron Jones III y Miller jugaban una interminable partida de ajedrez. Ambos aparecían desnudos. Cuando el buque mercante en que viajaba Miller fue torpedeado dos años atrás, el hombre pesaba ciento treinta kilos y medio, y medía un metro noventa y cinco centímetros. En Changi la báscula sólo marcaba ciento treinta y tres. Los pliegues de la piel de su vientre colgaban como pellejos sobre sus ingles. Sus ojos azules se iluminaron al comer un caballo, pero vio amenazada una de sus torres.

—Ahí lo tiene, Miller —dijo Jones rascándose las piernas.

—¡Váyase al infierno!

—La marina de guerra siempre vence a la mercante —repuso Jones, riéndose.

—¡Bastardos! Aún se están hundiendo. ¡Un buque de guerra subsiste! —contestó Miller.

—Sí —replicó Jones pensativo, tocándose el pegote de su ojo, mientras recordaba la muerte de su buque, el *Houston*, y la de sus camaradas, así como la pérdida de su ojo.

Rey caminó a lo largo del barracón. Max permanecía sentado junto al lecho del amo, con la gran caja negra a su lado.

—*Okay*, Max —dijo Rey—. Gracias. Puede irse ahora.

—Como guste.

Max poseía un rostro agradable. Era de West Side, Nueva York, donde aprendió las lecciones de la vida a una edad temprana. Sus ojos eran pardos e inquietos.

Automáticamente Rey sacó su petaca y dio a Max algo de picadura.

—Gracias. ¡Ah! Lee me encargó que le dijera que le ha lavado la ropa. Hoy está de «chino», tenemos el segundo turno, insistió en que se lo dijera.

—Gracias.

Rey sacó su paquete de «Kooas». El barracón quedó sumido en un momentáneo silencio. Antes de que sacara sus cerillas, Max encendió su mechero.

—Gracias, Max.

Rey inhaló profundamente. Después de una pausa, dijo:

—¿Le gustaría un «Kooa»?

—¡Caramba! ¡Gracias! —contestó Max, sin importarle la ironía—. ¿Desea algo más?

—Le llamaré si le necesito.

Max se alejó en dirección a su catre cercano a la puerta. Los demás miraban su cigarrillo, pero no dijeron nada. Era de Max, se lo había ganado. Aquel día le tocaba guardar las posesiones de Rey. Ellos se consolaron pensando que, quizá, lograran también otro cigarrillo.

Dino sonrió a Max, y éste le guiñó un ojo. Compartirían el cigarrillo después del «chino». Todas sus adquisiones, bien procedieran del robo, del cambio, o de su propia industria, eran de ambos. Max y Dino formaban sociedad.

Semejante unión era ley en el mundo de Changi. Los hombres se organizaban en grupos de dos y de tres, raramente de cuatro. Un hombre solo jamás podía recorrer suficiente terreno en busca de algo comestible, encender fuego y cocinarlo. Tres constituían el grupo perfecto. Uno para huronear, otro para guardar lo conseguido, y el tercero como suplente. Si éste no estaba enfermo ayudaba a los otros dos. Lo adquirido se dividía en tres raciones. Un huevo, un coco o un plátano robado al formar parte de un equipo de trabajo, o, simplemente, adquirido en un lugar cualquiera, pasaba a ser propiedad común. Aquello, como toda ley natural, era simple. Sólo con la fuerza de la unión subsistían. La independencia resultaba fatal. Si uno merecía la expulsión de su grupo, todos se enteraban. Después, le era imposible subsistir solo.

Ahora bien, Rey no formaba sociedad. Se bastaba por sí mismo.

Su cama se hallaba en el rincón más favorecido, bajo una ventana, colocada de modo que percibiera la más leve brisa. El catre inmediato estaba a dos metros cuarenta centímetros de distancia. El de Rey era bueno, de acero. Tenía los muelles tensos y el colchón relleno de mira-guano. Sus dos sábanas, escrupulosamente nítidas, asomaban por la parte superior del cobertor, rozando

la resplandeciente almohada. Sobre estacas, la mosquitera cubría el lecho. Todo era inmaculado.

También poseía una mesa, dos butacas y una alfombra a cada lado de la cama. En un estante, detrás del catre, tenía su equipo de afeitar: navaja, brocha, jabón y hojas; asimismo platos, tazas, un fogón eléctrico y otros accesorios de cocina. En la pared del rincón colgaban sus ropas: cuatro camisas, cuatro pantalones largos y otros tantos cortos. En un estante había seis pares de calcetines y calzoncillos, y, debajo de la cama, dos pares de zapatos, un par de zapatillas de baño, y otro de resplandecientes mocasines indios.

Rey tomó asiento en una de las butacas y comprobó que todo se hallaba en su lugar. No obstante, el pelo que había puesto encima de la navaja barbera no estaba allí. «Condenados bastardos —pensó—. ¿Por qué diablos me arriesgo a contagiarme?». No dijo nada, si bien decidió mentalmente dejarla bajo llave en lo futuro.

—Hola —dijo Tex—. ¿Ocupado?

«Ocupado» era una contraseña. Significaba: «¿Está en disposición de aceptar una entrega?».

Rey sonrió y Tex le dio con disimulo el mechero «Ronson».

—Gracias. ¿Quiere mi sopa de hoy?

—Desde luego —contestó Tex, y se marchó.

Ya solo, Rey examinó el mechero. Tal como el comandante había dicho, estaba casi nuevo, sin rozaduras. Funcionaba. Sacó el tornillo y el muelle que empujaba la piedra y la examinó. Era de origen nativo. Abrió la caja de tabaco que tenía en el estante y cogió una piedra especial para encendedores «Ronson». La colocó y presionando la palanca saltó la chispa. Rectificó la mecha y quedó satisfecho. El encendedor no era una falsificación y, seguramente, le darían ochocientos o novecientos dólares.

Desde su asiento veía al joven y al malayo, aún inmersos en su animada charla.

—Max —llamó quedamente.

Max se acercó presuroso.

—¿Diga?

—Tráigame aquel tipo —y señaló con la cabeza hacia la ventana.

—¿Quién, el malayo?

—No. El otro. Tráigamelo, ¿quiere?

Max se deslizó por la ventana y cruzó el camino.

—¡Eh! —llamó al joven—. Rey quiere verlo —y señaló con el pulgar hacia el barracón.

El hombre miró a Max, luego siguió la línea del pulgar hasta el barracón de los norteamericanos.

—¿A mí? —preguntó incrédulo, volviendo a mirar a Max.

—Sí —replicó éste algo impaciente.

—¿Para qué?

—¿Cómo diablos voy a saberlo?

El hombre frunció el ceño y endureció sus facciones. Pensó un momento, luego se volvió a Suliman, el malayo.

—*Nanti-lah.*

—*Bik, tuan* —contestó Suliman disponiéndose a esperar. Luego añadió en malayo—: Cuídate, *tuan.* Y ve con Dios.

—No temas, amigo, pero gracias por tu consejo —dijo al mismo tiempo que sonreía.

El joven se levantó y siguió a Max.

—¿Me llamaba usted? —preguntó adelantándose hacia Rey.

—Sí —dijo éste sonriendo. Vio las pupilas del hombre en guardia. Esto le agradó, pues ojos en guardia escaseaban allí—. Siéntese.

Hizo una seña a Max, que se marchó. Sin ninguna otra advertencia, los demás se alejaron, para que Rey pudiera hablar libremente.

—Vamos, siéntese —invitó.

—Gracias.

—¿Un cigarrillo?

Las pupilas del joven se agrandaron al ver el «Kooa» que le ofrecía. Dudó. Luego aceptó. Su sorpresa fue mayor cuando Rey encendió el «Ronson», pero se reprimió y aspiró profundamente el cigarrillo.

—Es bueno. Muy bueno —dijo lujuriosamente—. Gracias.

—¿Cómo se llama usted?

—Marlowe. Peter Marlowe… —Luego preguntó irónicamente—: ¿Y usted?

Rey sonrió al pensar: «Bien, el chaval tiene sentido del humor».

—¿Es usted inglés?

—Sí.

Rey no había visto a Peter Marlowe con anterioridad, pero eso no era de extrañar donde diez mil rostros se parecían tanto. Le estudió en silencio y los fríos ojos azules hicieron lo mismo con él.

—Los «Kooas» son los mejores cigarrillos que se logran aquí —dijo Rey—. Claro que no pueden compararse con los «Camel» norteamericanos. Los mejores del mundo. ¿Los ha fumado alguna vez?

—Sí —contestó Peter Marlowe—. Pero los encuentro algo secos. Prefiero un «Gold Flake». —Luego añadió cortés—: Es cuestión de gusto, ¿no le parece?

Guardaron silencio. Marlowe esperó a que su interlocutor expusiera sus intenciones. No le disgustaba Rey, pese a su reputación. El humor que resplandecía en sus ojos le era grato.

—Habla usted muy bien el malayo —dijo Rey señalando hacia el nativo que esperaba pacientemente.

—¡Oh! No lo hago mal, supongo.

Rey ahogó una maldición ante la flema del inglés.

—¿Lo aprendió aquí?

—No. En Java.

Peter Marlowe titubeó y miró a su alrededor.

—Todo esto es magnífico.

—Me gusta la comodidad. ¿Qué tal se encuentra en esa butaca?

—Estupendo —Marlowe mostró un destello de sorpresa.

—Me costó ochenta dólares —explicó Rey con orgullo—. Eso fue hace un año.

El inglés le miró atentamente, pues temía que fuera un chiste lo del precio dicho con tanta naturalidad. No obstante, sólo vio en su rostro felicidad e indudable orgullo. Pensó que era un hecho extraordinario decir tal cosa a un desconocido.

—Es muy cómoda —afirmó disimulando su embarazo.

—Voy a comer. ¿Me acompaña?

—Acabo de… hacerlo —le contestó.

—Quizá le agrade comer algo más. ¿Le gustaría un huevo?

Peter Marlowe no pudo ocultar su sorpresa y sus ojos se agrandaron. El otro rió mientras pensaba que había sido oportuna su invitación, aunque sólo fuera

para conseguir una reacción como aquélla. Se arrodilló al lado de su caja negra y la abrió cuidadosamente.

Peter Marlowe observó el interior de la caja y su contenido le aturdió. Había en ella media docena de huevos, paquetes de café, jarros de cristal de *gula malacca*, y el delicioso azúcar *toffee* de Oriente, plátanos, una libra de tabaco de Java, aproximadamente, y diez u once paquetes de «Kooas», un jarro de cristal lleno de arroz, otro de judías, aceite y muchas exquisiteces sobre hojas de plátano. No había visto un tesoro semejante hacía años.

Rey sacó el aceite y dos huevos y cerró con llave la caja. Entonces sus pupilas miraron a Peter Marlowe, vio que sus ojos volvían a estar en guardia, y su rostro inexpresivo.

—¿Cómo prefiere su huevo? ¿Frito?

—No me parece muy noble aceptar. —A Peter se le hacía difícil hablar—. Supongo que usted no acostumbra a ofrecer huevos con tanta facilidad.

Rey sonrió. Era sonrisa agradable, y Peter Marlowe se animó.

—No se preocupe por eso. Considérelo un anticipo por servicios. Semejante al *Lend Léase.*

Un estremecimiento de ira cruzó el rostro del inglés y los músculos de su mandíbula se endurecieron.

—¿Qué le pasa? —preguntó Rey.

Después de una pausa Peter Marlowe contestó:

—Nada.

Miró el huevo. Hacía cinco días que le tocó el último.

—Si está seguro de que no voy a perjudicarle, lo prefiero frito.

—En marcha.

Rey supo que había cometido un error, pues el enojo de Marlowe era auténtico. «Los extranjeros son fantásticos —pensó—. Nunca se sabe cómo van a reaccionar». Colocó el fogoncillo eléctrico sobre la mesa, y lo enchufó.

—¿Perfecto, eh? —preguntó complacido.

—Sí.

—Max me hizo la instalación —dijo mirando al fondo del barracón.

Peter Marlowe siguió su mirada. Max levantó la vista, al presentir los ojos sobre él.

—¿Necesita algo?

—No. Sólo explicaba que usted montó la instalación del fogón.

—¿Va bien?

—Desde luego.

Peter Marlowe se dirigió a la ventana y gritó en malayo:

—No me esperes. Te veré mañana, Suliman.

—Muy bien, *tuan*. La paz sea contigo.

—Y contigo.

El joven sonrió y volvió a sentarse mientras Suliman se marchaba.

Rey partió los huevos limpiamente y los dejó caer sobre el aceite que humeaba. La yema tenía un color amarillo intenso. La clara empezó a salpicar entre siseos tan pronto se puso en contacto con el calor. El olor de huevo frito tardó poco en extenderse por la estancia, inflamando los corazones y poniendo alas al pensamiento. Pero nadie dijo ni hizo nada. Excepto Tex, que se levantó y salió del barracón.

Los hombres que caminaban por la carretera percibían la fragancia y volvieron a odiar a Rey. El olor descendió por el declive y llegó hasta el barracón del preboste. Grey y Masters adivinaron su origen.

Grey se levantó malhumorado y se acercó al umbral. Se disponía a marcharse para no percibir el aroma, pero entonces cambió de idea.

—Vamos, sargento. Haremos una visita al barracón de los norteamericanos. Es un momento propicio para comprobar la historia de Sellars.

—Conforme —dijo Masters casi desmoralizado por el olor—. El maldito bastardo podría cocinar antes de comer, o inmediatamente después, pero no cuando faltan cinco horas para la cena.

—Los norteamericanos tienen hoy el segundo turno. No han comido aún.

Dentro de su barracón, los norteamericanos intentaban reanudar las suspendidas actividades. Dino quiso dormir de nuevo. Kurt continuó su costura. El juego de póquer volvió a empezarse. Y Míller y Byron Jones III reanudaron su partida de ajedrez. Pero el ruido de los huevos en el aceite que hervía destruyó el esfuerzo dramático de todos. Kurt se clavó la aguja en un dedo y juró obscenamente, las ganas de dormir de Dino se esfumaron y Byron Jones III contempló apesadumbrado cómo Miller le arrebataba la reina con un piojoso peón.

—¡La repanocha! —exclamó Byron Jones III—. Quisiera que lloviese.

Nadie contestó. Los demás sólo tenían oídos para el ruidito de la fritada.

Rey vigilaba atento la sartén. Se enorgullecía de que nadie le aventajase en el modo de freír un huevo. Para él un huevo frito requería ojo de artista y ser rápido sin precipitarse.

Levantó la mirada y sonrió a Marlowe, si bien los ojos de éste permanecían clavados en los huevos.

—¡Cristo! —exclamó suavemente a modo de bendición y no de blasfemia—. Huele muy bien.

Rey se sintió halagado.

—Espere que termine. Entonces verá usted el más colosal huevo que jamás haya visto.

Los espolvoreó con pimienta, y luego añadió sal.

—¿Le gusta cocinar? —preguntó.

—Sí —repuso Marlowe. Su voz le sonó irreal—. Suelo cocinar para mi grupo.

—¿Cómo prefiere que le llame? ¿Pete? ¿Peter?

Peter Marlowe ocultó su sorpresa. Sólo los amigos íntimos llaman a uno por el nombre de pila, pero no aquellos que gozan de una simple amistad. Miró a Rey, y, a su pesar, dijo:

—Peter.

—¿De dónde procede? ¿Dónde está su familia?

«Preguntas, preguntas —pensó Peter Marlowe—. Luego querrá saber si estoy casado y cuánto tengo en el Banco».

La curiosidad le había impelido a aceptar la cita, pero ahora casi se maldecía por ser tan curioso, si bien le confortaba la gloria de los huevos fritos.

—Portchester —contestó—. Es una pequeña aldea en la costa sur, en Hampshire.

—¿Casado, Peter?

—¿Y usted?

—No.

Rey hubiera seguido preguntando, pero los huevos estaban en su punto. Apartó la sartén del fogoncillo e hizo una seña a Peter.

—Los platos están detrás de usted. —Luego añadió con manifiesto orgullo —: ¡Mire aquí!

Eran los mejores huevos fritos que Peter Marlowe había visto jamás. El joven les dedicó el mayor elogio factible en el mundo inglés.

—No están mal —dijo llanamente—. No están mal.

Después alzó sus ojos y miró a su anfitrión, manteniendo su rostro tan impasible como antes su voz, lo cual también era un cumplido.

—¿Qué diablos está usted diciendo, hijo de perra? —exclamó furioso Rey—. ¡Éstos son los más formidables huevos fritos que ha visto en su vida!

Peter Marlowe quedó estupefacto, mientras el barracón se sumía en un silencio de muerte.

De pronto un agudo silbido rompió el silencio. Dino y Miller corrieron hacia Rey, y Max se situó en la entrada. Los dos primeros empujaron la cama de Rey hasta situarla en el rincón y recogieron las alfombras que ocultaron debajo del colchón. Luego arrastraron otras camas, y todo quedó igual que en el resto de aquel mundo que era Changi. El espacio que ocupaba Rey se redujo a un metro veinte por un metro ochenta centímetros. El teniente Grey apareció en el umbral. Detrás de él, bastante nervioso, se hallaba el sargento Masters.

Los norteamericanos miraron a Grey, y después de una pausa demasiado larga para ganar tiempo, todos a una se levantaron. Transcurrida otra pausa del mismo signo insultante, Grey saludó brevemente, y dijo:

—Descansen.

Peter Marlowe era el único que seguía sentado en la butaca.

—¡Levántese! —susurró Rey—. O le echará el reglamento encima. ¡Levántese!

Sabía por larga experiencia que Grey estaba a la expectativa. Por primera vez los ojos del teniente no le miraban desafiantes, parecían clavados en Marlowe. Rey no pudo reprimir un sobresalto.

Grey anduvo despacio a través del barracón, hasta llegar a la altura de Peter Marlowe. Apartó sus ojos de él y observó los huevos. Luego miró a Rey, y, nuevamente, a Marlowe.

—Está usted lejos de casa, ¿eh, Marlowe?

Peter sacó su caja de tabaco y colocó un poco en una hojita de junquillo. Lió el cigarro y se lo llevó a sus labios. La prolongación de su silencio era una bofetada a Grey.

—Oh, no lo sé, viejo —dijo suavemente—. Un inglés está en casa

dondequiera que esté, ¿no le parece?

—¿Dónde está su brazal?

—En mi cinturón.

—Debe llevarlo en el brazo. Ésas son las órdenes.

—Son órdenes japonesas. No me gustan las órdenes de los japoneses.

—Son también órdenes del campo.

Sus voces sonaban tranquilas y para oídos norteamericanos sólo había en ellas una chispa de irritación, pero Grey y Marlowe sabían que no era así. Acababa de producirse una repentina declaración de guerra entre ellos. Peter odiaba a los japoneses y Grey los representaba, pues era el encargado de hacer cumplir las órdenes del campo, que también eran japonesas. Así, los dos se profesaban el odio más profundo: el innato odio de clases. Peter Marlowe sabía que Grey le despreciaba por su nacimiento y su acento, cosa que el teniente deseaba más que ninguna otra, pero que nunca poseería.

—¡Póngaselo! —Grey estaba en su derecho al ordenarlo.

Marlowe se encogió de hombros, tiró del brazalete y se lo colocó en el brazo izquierdo. Allí era visible su rango. Teniente de la R.A.F.

Los ojos de Rey se agrandaron: «¡Diantre, un oficial! —pensó— y yo estaba a punto de proponerle…».

—Lamento mucho haber interrumpido su comida. Pero alguien ha perdido algo.

—¿Perdido algo?

«¡Señor! —casi gritó Rey—. ¡El «Ronson»! ¡Oh, Dios mío! Debo desembarazarme del maldito encendedor».

—¿Qué sucede, cabo? —preguntó Grey, al ver el sudor que perlaba su rostro.

—Hace calor, ¿no le parece? —contestó Rey.

Sentía cómo su camisa almidonada se manchaba de sudor. Sabía que Grey estaba jugando con él. Pensó rápidamente en huir, pero Marlowe se hallaba entre él y la ventana, y Grey le alcanzaría fácilmente.

Oyó su voz y se sintió entre la vida y la muerte.

—¿Qué dijo usted, señor? —y el «señor» no fue esta vez un insulto, pues Rey miraba sobresaltado al preboste.

—El coronel Sellars ha denunciado el robo de una sortija de oro —anunció con acento severo.

La cabeza de Rey pareció perder peso. No se trataba del «Ronson». Su pánico había sido gratuito. Se trataba de la maldita sortija de Sellars, que él vendiera hacía tres semanas por cuenta de su dueño. Por cierto que le dejó un beneficio muy saneado. Ahora bien. Sellars había denunciado su robo. ¡Embustero hijo de perra!

—Vaya, hombre —dijo con un hilo de risa en su voz—. Eso es un bulo. ¡Robada! Pero, ¿lo cree usted posible?

—Yo sí —contestó ásperamente Grey—. ¿Y usted?

Rey no respondió si bien deseó sonreír. ¡No era el encendedor! ¡Estaba salvado!

—¿Conoce usted al coronel Sellars? —preguntó Grey.

—De modo superficial, señor. He jugado al bridge con él una o dos veces. Ahora sentíase totalmente tranquilo.

—¿Le enseñó alguna vez su sortija?

Antes de responder repasó sus recuerdos. El coronel Sellars le había enseñado dos veces la sortija. Una cuando le pidió que se la vendiera, y otra en el momento de pesarla.

—No, señor —contestó con simulada inocencia.

Nadie podía contradecirle, pues no hubo testigos.

—¿Está seguro de que nunca la vio? —insistió Grey.

—Desde luego.

El teniente experimentó una repentina sensación de mareo ante aquel juego del gato y el ratón, acentuada por el hambre que despertaba en él los huevos. Hubiera hecho cualquier cosa por uno de ellos.

—¿Tiene lumbre, viejo? —preguntó Marlowe.

No llevaba consigo su encendedor, y necesitaba fumar. Era como una necesidad violenta. Su encono hacia Grey había secado sus labios.

—No.

«Arréglate como puedas», pensó Grey, aún molesto, y se volvió para marcharse. Entonces oyó a Marlowe que decía a Rey:

—¿Me presta su «Ronson», por favor?

Grey giró lentamente. Marlowe sonreía.

Las palabras parecían quedar suspendidas en el aire. Luego, veloces, invadieron todos los ángulos del barracón.

Aturdido, intentando ganar tiempo. Rey empezó a buscar su caja de cerillas.

—Lo tiene en el bolsillo izquierdo —indicó Marlowe.

En aquel momento Rey creyó morir y nacer de nuevo. Los demás hombres no respiraban. Temían verle hecho pedazos. Estaban presenciando su caza. No tenía escape, era imposible. Ante ellos aparecían Grey, Rey y el hombre que al señalar a su anfitrión lo colocaba como si fuera un cordero en el altar de Grey. Algunos se hallaban horrorizados, otros tragaban saliva, o simplemente, lo sentían. Dino pensaba enfurecido: «¡Señor, mañana me tocaba guardarle la caja!».

—¿Por qué no se lo enciende? —inquirió Grey.

Ya no estaba malhumorado, entonces experimentó cierto calorcillo. Sabía que en la lista no constaba ningún encendedor «Ronson».

Rey sacó el mechero, y después de encenderlo, ofreció fuego a Marlowe. La llama se mantuvo erguida y limpia.

—Gracias.

Peter Marlowe sonrió, y, entonces, advirtió la enormidad de su hecho.

—Así me gusta —dijo Grey mientras cogía el encendedor.

Sus palabras tuvieron un final violentamente majestuoso.

Rey no respondió, no había respuesta. Simplemente esperó. Una vez descubierto, no sentía miedo, sólo maldijo su propia estupidez. Un hombre que cae por su propia torpeza no tiene derecho a que se le llame hombre. Y mucho menos a ser *el Rey*, pues sólo el más fuerte lo es y no precisamente por la fuerza, sino también por su astucia y suerte.

—¿De dónde sacó esto, cabo? —la pregunta de Grey era una caricia.

El estómago de Marlowe se encogió y su mente trabajó desesperadamente. Al fin dijo:

—Es mío.

Seguro que la mentira había sonado como lo que era, por ello añadió:

—Jugamos al póquer. Lo perdí. Eso fue antes de comer.

Grey, Rey y los demás le miraban atónitos.

—¿Cómo dice? —exclamó Grey.

—Lo perdí —repitió Marlowe—. Jugamos al póquer. Yo tenía una «runfla». Que se lo diga él —añadió de repente, echando la pelota a Rey para probarle.

Pese a que su mente estaba aún aturdida, sus reflejos eran buenos. Su boca se

abrió para decir:

—Jugábamos tachonado. Yo tenía un completo y…

—¿Qué cartas eran?

—Ases y doses —interrumpió Marlowe sin vacilar. ¿Qué diablos es «tachonado»?, se preguntó a sí mismo.

Rey parpadeó, pese a su magnífico control. Había estado a punto de decir reyes o reinas. Grey captó su estremecimiento.

—¡Miente usted, Marlowe!

—¡Vaya, viejo, qué cosas dice!

Peter Marlowe seguía preguntándose: «¿Qué infiernos es "tachonado"?».

—Fue patético —dijo, sintiendo una mezcla de horror y placer ante el gran peligro—. Pensé que ganaría. Yo tenía una «runfla». Por eso aposté mi encendedor. Cuénteselo —invitó a Rey.

—¿Cómo juega usted el «tachonado», Marlowe?

Un trueno que estalló en el horizonte rompió el silencio. Rey quiso hablar, pero Grey lo contuvo.

—Pregunté a Marlowe —dijo amenazador.

Éste sentíase perdido. Miró a su anfitrión y si bien sus ojos no dijeron nada, Rey captó su inseguridad.

—Hagámosle una demostración —propuso Marlowe.

Rey se apresuró a volver las cartas y dijo sin vacilar:

—Una del revés…

Grey se revolvió furioso.

—Dije que contestara Marlowe. Una sola palabra más y le arrestaré por interferir la justicia.

Rey se mantuvo callado. Si bien oraba para que la pista fuera suficiente.

«Una carta del revés», pensó Marlowe. Esto hizo que el resto del juego afluyera a su pensamiento, y ya seguro de saberlo, empezó a jugar con Grey.

—Bien —dijo con gesto de fastidio—. Es similar a cualquier partida de póquer, Grey.

—Limítese a explicar cómo juega usted. —Estaba seguro de haberlos cogido.

Marlowe le miró con ojos inexpresivos. Los huevos se estaban enfriando.

—¿Qué intenta probar usted, Grey? Cualquier bobo sabe que son cuatro

cartas boca arriba y una boca abajo.

Un suspiro voló por la estancia. Grey comprendió que había perdido la partida. De actuar sólo opondría su palabra a la de Marlowe. Pero, incluso allí, en Changi, se precisaba algo más que eso.

—Está bien —dijo malhumorado, mirando a Rey y a Peter Marlowe—. Cualquier bobo lo sabe.

Devolvió el encendedor a Rey.

—Me cuidaré de que sea puesto en la lista.

—Gracias, señor.

Una vez concluido el mal rato. Rey exteriorizó parte de su alivio.

Grey miró a Marlowe. Su mirada encerraba a la vez advertencia y amenaza.

—La vieja tradición se sentirá hoy muy orgullosa de usted —dijo con desprecio, y salió del barracón con Masters escabullándose detrás suyo.

Cuando Grey alcanzaba la puerta, Marlowe, que le observaba, pidió un poco más alto de lo necesario a Rey:

—¿Puedo utilizar su mechero? Mi pitillo se ha apagado.

Las zancadas de Grey no se alteraron, ni volvió la vista. «Buen ejemplar —pensó Marlowe burlón—. Buen ejemplar para tenerlo al lado en un combate. Y un enemigo de respeto».

Rey se sintió desfallecer en medio del electrizante silencio. Peter Marlowe cogió el encendedor de su flácida mano y encendió su cigarrillo. Rey, como un autómata, buscó su paquete de «Kooas» y colocó uno en sus labios y lo dejó allí, sin sentirlo. Marlowe se inclinó hacia delante y encendió el mechero. Su anfitrión precisó largo rato para conectar la llama, pero advirtió que la mano de su invitado era tan insegura como la suya. Miró a lo largo del barracón donde los hombres parecían estatuas, pendientes de él. Sentía el sudor fresco sobre sus hombros y la humedad de su camisa.

Se oyó un ruido de latas fuera. Dino se levantó y miró lleno de esperanza.

—¡«Chino»! —gritó alborozado.

Todo concluyó. Los hombres salieron del barracón con sus utensilios de comer. Peter Marlowe y Rey se quedaron solos.

# III

Los dos hombres se sentaron. Por un momento se concentraron en sí mismos. Luego Marlowe dijo:

—¡Por Dios! ¡Estuvo a punto de conseguirlo!

—Sí —afirmó Rey después de una corta pausa.

Involuntariamente volvió a estremecerse, buscó su cartera y sacó dos billetes de diez dólares y los colocó sobre la mesa.

—Tenga, esto es suficiente por hoy. Pero desde ahora será fijo. Veinte a la semana.

—¿Qué?

—Que le daré veinte a la semana. —Rey pensó un momento—. Intuí que sería. —Calló de nuevo y sonrió—. Vale más. Le daré treinta. —Sus ojos tropezaron con el brazalete y añadió—: Señor.

—Aún puede llamarme Peter —replicó con voz aguda—. Y porque lo prohiben los reglamentos… no quiero su dinero. —Se levantó—. Gracias por el cigarrillo.

—¡Eh, un momento! —exclamó Rey sorprendido—. ¿Qué diablos le pasa a usted?

Peter Marlowe miró a Rey y la furia destelló en sus ojos.

—¿Quién se cree usted que soy yo? ¡Quédese su dinero!

—¿Le pasa algo a mi dinero?

—No. Sólo a sus modales.

—¿Desde cuándo los modales tienen que ver con el dinero?

Peter Marlowe se volvió bruscamente para marcharse. Rey se colocó de un salto entre Peter y la puerta.

—Un momento —pidió con voz tensa—. Quiero saber algo. ¿Por qué me encubrió?

—Bien, eso está claro, ¿no? Yo le puse en el brete. No le podía dejar en él. ¿Qué cree usted que soy?

—No lo sé. Intento averiguarlo.

—Fue error mío. Lo siento.

—Usted no tiene nada que reprocharse —dijo Rey—. Fue culpa mía. Obré estúpidamente. Usted no tiene nada que ver con eso.

—No importa. —El rostro de Peter Marlowe parecía de granito, igual que sus ojos—. Usted me hubiera considerado un pobre diablo si llego a permitir que lo crucificaran. Pero también se equivoca si piensa que aceptaré su dinero. ¡No admito eso de nadie!

—Siéntese un momento, por favor.

—¿Por qué?

—¡Condenación! Porque deseo hablar con usted.

Max titubeó en la puerta con los platos de la comida.

—Perdonen. Aquí está su «chino». ¿Quiere té?

—No. Y que se quede Tex con mi sopa hoy.

Cogió el plato de arroz y lo colocó sobre la mesa.

—*Okay* —dijo Max aún titubeando, y preguntándose si Rey querría ayuda para mandar al infierno a aquel hijo de perra.

—Largúese, Max. Y diga a los otros que nos dejen solos un momento.

—Desde luego.

Max se marchó de buen grado. Pensó que Rey era muy inteligente al no querer testigos, cuando intentaba sobornar a un oñcial.

Rey volvió a mirar a Marlowe.

—Se lo suplico. ¿Quiere usted sentarse un momento, por favor?

—Está bien.

—Veamos —empezó Rey—. Usted me sacó del apuro y me ayudó, luego es muy natural que yo quiera hacerlo con usted. Yo le ofrecí el dinero porque quise demostrarle mi agradecimiento. Si usted no lo quiere, conforme. Pero sepa que no fue mi intención ofenderle. Si lo hice, pido excusas.

—Lo siento —dijo Marlowe ablandándose—. Tengo mal carácter.

Rey le tendió su mano.

—Choque.

Se estrecharon las manos.

—¿No le gusta Grey, verdad? —dijo cautamente Rey.

—No.

—¿Por qué?

Marlowe se encogió de hombros. Su anfitrión dividió el arroz y le entregó la porción mayor.

—Comamos.

—¿Por qué esto? —inquirió Marlowe mirando su plato más lleno.

—No tengo apetito. Se fue con los pájaros. Estuvo a punto de suceder. Pensé que los dos estábamos cogidos.

—Sí —dijo Marlowe, iniciando una sonrisa—. Fue muy divertido, ¿no?

—¿Cómo?

—¡Oh, la excitación del peligro! No he gozado algo así desde hace años.

—Hay un montón de cosas que no entiendo de usted. ¿Quiere decir que la gozó?

—Ciertamente. ¿Usted no? Me pareció casi tan bueno como volar un «Spit». ¿Sabe? De momento asusta, luego no. Cuando se vuela, al principio se siente una especie de vértigo.

—Creo que usted delira.

—Si usted no la gozaba, ¿por qué diablos intentó perderme con «tachonado»? Creí morir.

—Yo no intenté perderle. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Para que fuera más excitante. Y para probarme.

Rey enjugó sus ojos y su cara.

—¿Piensa que lo hice deliberadamente?

—¡Claro que sí! Yo hice lo mismo cuando le trasladé la pelota.

—Aclaremos. ¿Lo hizo usted para calibrar mis nervios? —exclamó Rey.

—Claro viejo. No entiendo qué le pasa.

—¡Señor! —dijo Rey inundándole otra vez un sudor nervioso—. ¡Estábamos casi cazados y usted se pone a jugar! —Calló un momento para respirar—. Locura, locura pura, y cuando usted vaciló después que le colé la clave, pensé que estábamos perdidos.

—Grey lo creyó también. Simplemente jugaba con él. Y si lo terminé de prisa fue porque se enfriaban los huevos. Y uno no ve huevos fritos como ésos todos los días. Palabra que no.

—Creí que había dicho que no estaban bien.

—Dije que no estaban «mal». —Marlowe titubeó—. Mire: Decir «no está mal» significa que es excepcional. Ése es el modo de hacer un cumplido a un tipo sin cohibirlo.

—¿Está usted loco? Arriesga mi cuello y el suyo propio, se dispara cuando le ofrezco dinero de buen grado, y dice que una cosa «no está mal» cuando quiere decir que es grande. ¡Diantre! —añadió estupefacto—. Diría que soy simple o algo parecido.

Levantó la vista y al ver la mirada perpleja de su interlocutor se puso a reír. Marlowe hizo lo mismo. Los dos hombres llegaron casi al histerismo.

Max se asomó al barracón y los otros norteamericanos aparecieron detrás de él.

—¿Qué diablos le habrá entrado? —preguntó Max, desconcertado—. Pensé que a estas horas estaría hundiéndole la cabeza.

—*Madonna* —susurró Dino—. Primero casi cae destrozado, y ahora se ríe con el tipo que le señaló con el dedo.

—No busque sentido común —dijo otro.

El estómago de Max estuvo encogido desde el silbido de aviso. Rey vio a los hombres que les miraban. Cogió el paquete de cigarrillos.

—¡Eh, Max! Pase eso. ¡Celebración!

—Gracias —Max cogió el paquete—. ¡Vaya! Aquello estuvo cerca. Todos nos alegramos del final.

Rey observó las sonrisas. Algunas eran sinceras y tomó nota. Otras eran falsas, de todos modos, ya lo sabía. Los demás unieron su agradecimiento al de Max. Éste se los llevó fuera y empezó a repartir el tesoro.

—Debe de ser un *shock* —dijo quedamente—. Debe de serlo. Cualquier momento será bueno para que arranque la cabeza del inglés.

Se volvió al oír otro estallido de risas en el barracón, luego se encogió de hombros.

—Ha perdido la cabeza… y no es de extrañar.

—Pod el amor de Dios —exclamó Marlowe, aguantándose el estómago—. Comamos. Si no lo hago pronto, no podré hacerlo.

Empezaron a comer entre espasmos de risa. Marlowe se lamentó de que los huevos estuvieran fríos, pero la risa terminó por caldearlos de nuevo y hacer que

fueran estupendos.

—Necesitan algo de sal, ¿no cree? —preguntó haciendo un esfuerzo para que su voz fuera natural.

—Me parece que sí. Creí haber empleado la precisa.

Rey frunció el ceño y se volvió para coger el salero, y entonces vio los ojos entornados.

—¿Qué demonios pasa ahora? —preguntó, empezando a reír pese a sí mismo.

—Fue una broma, canastos. Ustedes, los norteamericanos, no tienen mucho sentido del humor, ¿verdad?

—¡Vayase al infierno! ¡Y, diantre, deje de reír!

Una vez se hubieron comido los huevos, Rey puso café en el fogón y buscó sus cigarrillos. Recordó que los había dado, entonces alcanzó la caja negra y la abrió.

—Tenga, pruebe éste —invitó Marlowe.

—Gracias pero no puedo hacer eso. Resulta imposible para mi garganta.

—Pruébelo. Está preparado. Lo aprendí de unos javaneses.

Rey vaciló antes de coger la caja que se le ofrecía. El tabaco era de la clase barata, pero en lugar de ser amarillo-paja tenía un color dorado oscuro, y en vez de seco parecía húmedo. También se distinguía por su olor a tabaco, era un olor dulce y fuerte. Buscó su papel de fumar y cogió una cantidad supergenerosa de tabaco. Luego lió un cigarro desigual, remetió los extremos que sobresalían y derramó descuidadamente el tabaco sobrante al suelo.

«Señor —pensó Marlowe—, le invité a un cigarro, y no a que se me lo quedara todo». Si bien podía recoger las hebras de tabaco y ponerlas de nuevo en la caja, no lo hizo. «Hay cosas que no puede hacerlas un hombre».

Rey encendió el mechero y ambos se sonrieron a su vista. Luego chupó despacio, volvió a hacerlo e inhaló profundamente.

—Estupendo —dijo sorprendido—. Aunque no tan bueno como el «Kooa». Quiero decir no está mal.

—No, no está mal —repuso sonriente Marlowe.

—¿Cómo diablos lo prepara?

—Secreto profesional.

Rey comprendió que tenía una mina de oro en sus manos.

—Supongo que será un proceso largo y delicado —dijo cauteloso.

—¡Oh! Realmente es sencillo. Simplemente se empapa en té, y se exprime. Luego se esparce un poco de azúcar blanco sobre él, y se amasa. Cuando absorbe el té y el azúcar, se cuece lentamente en una sartén sobre fuego bajo. Hay que darle vueltas constantemente o se estropearía. Debe acertarse en su punto. Ni demasiado seco ni demasiado húmedo.

Rey se sorprendió de que Marlowe le explicara el procedimiento con tanta facilidad sin acordar antes un trato. Pensó que tal vez intentaba despertar su interés. Pues era evidente que aquello no debía de ser fácil. Quizá Marlowe pensaba que sólo con él podía hacer negocio.

—¿Con eso basta? —preguntó sonriendo.

—Sí. En realidad no es complicado.

—Supongo que todos los de su barracón adoban su tabaco de la misma forma.

Marlowe sacudió la cabeza.

—Lo hago yo para todos. Los he fastidiado durante meses explicándoles mil maneras de hacerlo, pero nunca lo han conseguido.

La boca de Rey se distendió en una amplia sonrisa.

—Así, usted es el único que sabe el modo de prepararlo.

—¡Oh, no! —El corazón de Rey se contrajo—. Es una costumbre nativa. Lo hacen en toda Java.

Rey se animó.

—Pero nadie de aquí sabe el secreto, ¿verdad?

—No lo sé. Realmente nunca he pensado en ello.

Rey dejó que el humo saliera por las aletas de su nariz y su mente trabajó de prisa. «Desde luego —pensó—, hoy es mi día de suerte».

—Mire Peter. Voy a proponerle un negocio. Usted me enseña exactamente cómo hacerlo, y yo le pagaré… —vaciló— el diez por ciento. —¿Qué?

—Está bien. Será el veinticinco. —¿El veinticinco?

—Bueno —dijo Rey, mirando a Marlowe con nuevo respeto—. Usted es un comerciante duro y eso es estupendo. Yo organizaré todo el negocio. Usted puede revisar la producción y yo me preocuparé de las ventas. —Le tendió la mano—. Seremos socios. Partiremos las ganancias: al cincuenta por ciento. Es una buena oferta.

Marlowe miró la mano de Rey, y luego su rostro.

—De ninguna manera —dijo decidido.

—¡Maldita sea! —explotó Rey—. Es la oferta más noble que pueda usted conseguir. ¿Qué podría ser más justo? Yo pongo lo más duro. Yo tendré que… —Un repentino pensamiento le detuvo—. Peter —dijo después de un momento, dolido pero sin demostrarlo—. Nadie ha de saber que somos socios. Simplemente me enseña cómo hacerlo, y yo me cuidaré de darle su parte. Puede confiar en mí. —Lo sé.

—Partiremos a medias —propuso animado.

—No lo haremos.

—¡Señor! —exclamó Rey sintiendo que perdía los estribos. Pero se contuvo y pensó en el trato. Miró a su alrededor y se aseguró de que nadie les oía. Entonces bajó su voz y dijo bruscamente—: El sesenta, y jamás he ofrecido a nadie eso en mi vida. Sesenta usted, cuarenta yo. —No.

—¿No? —estalló estupefacto—. Algo he de sacar del trato. ¿Qué diablos quiere usted por el proceso? ¿Dinero al contado?

—No quiero nada —dijo Peter Marlowe.

—¿Nada?

Rey se Sintió desfallecer. Peter Marlowe también se mostraba aturdido.

—No comprendo porqué se excita usted tanto con ciertas cosas. No es mía la fórmula para venderla. Es simplemente una costumbre nativa. De ninguna manera podría aceptar nada de usted. No estaría bien. En absoluto. Y de todos modos, yo… —Marlowe se detuvo, y dijo rápidamente—. ¿Quiere usted que le enseñe a hacerlo ahora mismo?

—Un momento. ¿Supone eso que no quiere nada por enseñarme el proceso, cuando yo le he ofrecido partir a sesenta-cuarenta y después de asegurarle que puedo sacar dinero con el trato?

Marlowe asintió.

—Eso es una locura —dijo Rey aturdido—. Está mal. No lo comprendo.

—No hay nada que precise comprender —contestó Marlowe sonriendo desmayadamente.

Rey le observó largos minutos.

—¿Me dará usted una respuesta franca a una pregunta directa?

—Sí. Claro.

—Es porque soy yo, ¿verdad?

—No —respondió Marlowe.

Ambos fueron sinceros.

Encendieron con el «Ronson», cosa que les hizo reír de nuevo. Después de breve silencio cada uno dio su opinión.

—Magnífico —aprobó Marlowe—. Ya le dije que era muy sencillo, Tex.

—No está mal —añadió Rey pensativo.

—¿Qué diablos dice? —saltó Tex enojándose—. ¡Es condenadamente bueno!

Peter Marlowe y Rey se convulsionaron de risa. Explicaron el significado de «no está mal» y Tex entonces les hizo coro.

—Ahora necesitamos una marca —Rey pensó un momento—. ¡Ya lo tengo! ¿Qué les parece «Tres Reyes»? Uno por el rey de la RAF, otro por el rey de Texas, y, el tercero, por mí.

—No está mal —aprobó Tex.

—Iniciaremos la fabricación mañana.

Tex sacudió la cabeza.

—Me toca ir a un grupo de trabajo.

—¡Al demonio con ello! Conseguiré que Dino le sustituya.

—Se lo pediré yo —Tex se levantó y sonrió a Marlowe—. Celebro haberle conocido, señor.

—Olvide el señor, ¿quiere?

—Desde luego. Gracias.

Marlowe le observó mientras se marchaba.

—Extraordinario —dijo quedamente a Rey—. Nunca había visto tantas sonrisas en un barracón.

—No hay motivo para no sonreír. Las cosas podrían estar mucho peor. ¿Le derribaron cuando volaba la joroba?

—¿Quiere decir en la ruta Calcuta-Chungking, sobre el Himalaya?

—Sí —Rey señaló el tabaco—. Llene su petaca.

—Gracias. Lo haré si no le sabe mal.

—Siempre que le falte, venga a coger.

—Gracias. Con éste basta. Es muy amable.

Peter Marlowe deseaba otro cigarrillo, pero sabía que fumaba demasiado. Si

sucumbía a su deseo, el apetito se le agudizaría más. Era preferible tomarlo con calma. Observó la sombra y se prometió no fumar otra vez hasta que hubiera avanzado cinco centímetros.

—No. Mi avión fue tocado en un raid sobre Java. No pude enderezarlo. Una lata —añadió e intentó ocultar su amargura.

—Eso no es tan malo —dijo Rey—. Pudo haberse quedado. Está usted vivo y eso es lo que cuenta. ¿Qué pilotaba usted?

—Un «Hurricane». Era un monoplaza de combate. Pero casi siempre piloté un «Spitfire».

—He oído hablar de ellos, jamás he visto uno. Seguro que pusieron ustedes enfermos a los alemanes.

—Sí —respondió con sencillez—. Desde luego.

Rey se mostraba sorprendido.

—¿No estuvo usted en la batalla de Bretaña?

—Sí, conseguí mis alas en 1940, justo a tiempo.

—¿Cuántos años tenía usted?

—Diecinueve.

—¡Uf! De guiarme por su rostro, le hubiera supuesto unos treinta y ocho, pero no veinticuatro.

—Me sucede lo mismo, hermano —rió Marlowe—. ¿Cuántos tiene usted?

—Veinticinco, puerco asqueroso —exclamó Rey—. ¡Los mejores años de mi vida y encerrado en una pestilente cárcel!

—Apenas está encarcelado. Y me parece que se lo pasa muy bien.

—Aun así, estamos cerrados con llave, aunque se lo imagine de otro modo. ¿Cuánto cree usted que va a durar esto?

—Logramos que los alemanes retrocedieran. Esta representación debería de acabar pronto.

—¿Cree usted eso?

Peter Marlowe se encogió de hombros.

—Sí, creo que sí. Nunca se sabe qué hay de cierto en los rumores.

—Y de nuestra guerra. ¿Qué opina de nuestra guerra?

La pregunta se la formulaba un amigo y Marlowe habló libremente.

—Creo que durará siempre, si no pactamos con los japoneses. Ahora bien, y entre nosotros, no creo que salgamos nunca de aquí.

—¿Por qué?

—Temo que los japoneses no quieran. Nuestras fuerzas tendrán que desembarcar en el continente. Y cuando suceda, supongo que nos eliminarán. Eso, si la enfermedad y la debilidad no nos han matado ya.

—¿Por qué demonios han de nacerlo?

—Para ganar tiempo, supongo. Si precisan reforzar las defensas del Japón, empezarán a tirar de sus tentáculos. ¿Por qué perder tiempo con unos miles de prisioneros? Los japoneses opinan de la vida de un modo muy distinto a nosotros. Y la idea de nuestras tropas en su suelo les sacaría de quicio. —Su voz era normal y tranquila—. Temo que eso es cuanto nos espera. Naturalmente, prefiero equivocarme. Pero pienso lo contrario.

—¡Es usted un pesimista hijo de perra! —exclamó amargamente Rey, y cuando oyó reír a Marlowe, preguntó—: ¿De qué diablos se ríe usted? Parece que siempre se ríe fuera de lugar.

—Lo lamento. Mala costumbre.

—Sentémonos fuera. Las moscas se ponen pesadas. ¡Eh, Max! ¿Quiere hacer la limpieza?

Max entró y empezó a ordenar las cosas, mientras ellos se deslizaban por la ventana. Al otro lado había una mesilla y un banco debajo de un toldo de cáñamo. Rey se sentó en el banco. Marlowe se puso en cuclillas, al estilo nativo.

—No podría hacer eso.

—Es muy cómodo. Lo aprendí en Java.

—¿Cómo pudo aprender malayo tan bien?

—Viví en un pueblo durante algún tiempo.

—¿Cuándo?

—En el 42. Después que me derribaron.

Rey esperó pacientemente que continuara, pero el joven no dijo nada más.

—¿Cómo pudo vivir en un pueblo de Java después de caer si ya existía este campo de concentración?

Marlowe rió sonoramente.

—Lo siento. Pero no me gustaba la idea de estar en un campo. En realidad, me perdí en la jungla y luego encontré aquel poblado. Se apiadaron de mí. Me quedé allí unos seis meses.

—¿Qué tal estuvo?

—Estupendamente. Fueron muy amables. Viví como si fuera uno de ellos. Vestía de javanés y teñí mi piel de oscuro. En realidad, una tontería, pues mi altura y mis ojos me delataban. Trabajé en los arrozales.

—¿Estaba solo?

—Sí. Era el único europeo, si es eso lo que quiere decir.

Marlowe miró hacia el campo, y observó el sol sobre el polvo, que el viento se llevaba en sus remolinos. Esto le trajo el recuerdo de una mujer. Sus ojos penetraron el firmamento convulso que se veía hacia el Este. Ella era también parte de aquel cielo.

El viento creció ligeramente y dobló las hojas de los cocoteros. Pero ella seguía siendo parte del viento y de las nubes que se veían a lo lejos.

Marlowe se sacudió el recuerdo y contempló a la guardia coreana afanada al otro lado y a lo largo de la alambrada, sudorosa bajo el calor implacable. Sus uniformes eran andrajosos y mal cuidados, y sus gorras tan arrugadas como sus rostros. Llevaban el fusil ladeado sobre sus hombros, con tan poca gracia como ella era graciosa.

Una vez más alzó la mirada hacia el firmamento, buscando la lejanía. Entonces tuvo la sensación de no hallarse dentro de una caja, una caja llena de hombres, con olores de hombres, suciedades de hombres, y ruidos de hombres. «Sin mujeres —pensó desalentado— los hombres son sólo un chiste cruel». Y su corazón sangraba bajo el tórrido sol.

—¡Eh, Peter!

Rey miraba hacia el promontorio con la boca abierta.

Peter Marlowe hizo lo mismo, y su estómago se contrajo al ver a Sean que se acercaba.

—¡Cuernos! —exclamó Marlowe.

Deseó deslizarse por la ventana y desaparecer, pero comprendió que así se haría más sospechoso. Esperó malhumorado, sin respirar apenas. Optó por refugiarse en la esperanza, muy posible, de que Sean no le viera, pues parecía absorto en la conversación que sostenía con el jefe del Escuadrón de ambos, Rodrick y el teniente Frank Parrish. Sus cabezas se veían juntas, como enzarzados en intensa conversación.

Ahora bien, Sean miró por encima de Frank Parrish y, al verle, se detuvo. Rodrick y Frank también se detuvieron sorprendidos cuando vieron a Marlowe.

«¡Dios mío!», pensaron al unísono, pero ocultaron su ansiedad.

—¡Hola Peter! —gritó Rodrick.

Éste era un hombre alto y pulcro de rostro cincelado, tan alto y pulcro como Frank Parrish era alto y descuidado.

—Hola Rod —contestó el joven.

—Un momento —dijo Sean a Rodrick, y caminó hacia Peter Marlowe y Rey. Pasado ya el primer sobresalto, Sean sonrió en señal de saludo.

Marlowe sintió argollas en su cuello, y empezó a levantarse. Esperó. Percibía los ojos de Rey que le taladraban.

—Hola Peter.

—Hola Sean.

—Estás muy delgado, Peter.

—No sé. No más que cualquiera. Me encuentro bien, gracias.

—Hace mucho tiempo que no te he visto. ¿Por qué no subes al teatro alguna vez? Siempre hay algo extra por algún sitio. Ya me conoces, nunca comí mucho. —Sean sonrió esperanzado.

—Gracias —contestó Marlowe lleno de embarazo.

—Sé que no subirás —dijo Sean desanimado—: pero siempre serás bien recibido. —Siguió una pausa—. Nunca te veo.

—Oh, ya sabes lo que ocurre. Tú te cuidas del teatro, y yo me encuentro bien en las partidas de trabajo.

Como él, Sean llevaba un *sarong*, pero distinto. Él de Marlowe estaba deshilachado y algo más que descolorido. El de Sean aparecía nuevo, era de color blanco y tenía el borde adornado de azul y plata. También llevaba una chaqueta *baju* nativa de manga corta, que concluía encima del torso, de modo que permitía la dilatación del pecho. Rey miraba fascinado el cuello medio abierto del *baju.*

Sean miró a Rey y sonrió desmayadamente. Se apartó algo de pelo que el viento había sacado de sitio, y con el cual jugaba hasta que el otro le miró. Sean volvió a sonreír, pero esta vez mentalmente. Sintióse animado mientras Rey enrojecía.

—Parece que aumenta el calor, ¿no? —dijo Rey incómodo.

—Eso parece —contestó complacido Sean, aunque sin notarlo ni sudar, como siempre, por intenso que fuera el calor.

Volvieron a guardar silencio.

—¡Oh, lo siento! —exclamó Marlowe al advertir que Sean miraba a Rey—. ¿Conoces…?

Sean rió.

—¡Por Dios, Peter! Estás despistado. Claro que sé quién es tu amigo, si bien nadie nos ha presentado. —Sean tendió una mano—. ¿Cómo está usted? Es un honor conocerle.

—Ya…, gracias —contestó el norteamericano sin apenas tocarle la mano, tan pequeña comparada a la suya—. ¿Quiere…, quiere usted fumar?

—Gracias, no fumo. Pero si no le importa, tomaré uno. Mejor dos, ¿conforme? —Sean señaló hacia el camino—. Rod y Frank fuman y sé que lo agradecerán.

—¿Cómo no? —asintió Rey.

Pese a su propia voluntad, Rey sintió cierto calorcillo ante la sonrisa de Sean. Aunque sin quererlo, dijo sinceramente:

—Estuvo usted fantástico en *Ótelo.*

—Gracias —contestó Sean complacido—. ¿Le gustó *Hamlef?*

—Sí. Pese a que nunca me interesó mucho Shakespeare.

Sean rió.

—Desde luego, eso es una alabanza. Tenemos preparada otra. Frank la ha escrito adrede y será divertidísima.

—Si es de tipo sencillo, será fantástica —dijo Rey más desenvuelto—. Y no dudo que usted estará formidable.

—Es muy amable. Gracias. —Sean miró a Marlowe y sus ojos brillaron de un modo especial—. Pero temo que Peter no esté de acuerdo con usted.

—¡Basta, Sean!

Éste no miró a Marlowe, sus pupilas seguían fijas en Rey. No obstante, ocultó su rabia detrás de una sonrisa.

—Peter no me aprueba.

—¡Basta Sean! —repitió bruscamente Marlowe.

—¿Por qué? —insistió Sean—. Desprecia a los desviados. ¿No es así cómo nos califica? Lo dejaste muy bien aclarado. No lo he olvidado.

—¡Ni yo!

—Bueno, eso ya es algo. No me gusta ser despreciado, y menos por ti.

—¡Dije que basta! Éste no es el momento ni el lugar. Y ya lo hemos discutido antes como tú mismo has dicho. Te dije que lo sentía. No me propuse molestarte.

—No. Pero me odias. ¿Por qué?

—No te odio.

—Entonces, ¿por qué me rehuyes?

—Es mejor así. ¡Por amor de Dios, Sean, déjame en paz!

Sean contempló a Marlowe, y con la misma rapidez que afloró la rabia, se evaporó.

—Lo siento, Peter. Probablemente tienes toda la razón. Yo soy el loco. Quizá sea porque me encuentro solo de vez en cuando, al no tener con quien hablar. —Sean tocó el brazo de Marlowe—. Lo siento. Mi único deseo es volver a ser amigos.

Marlowe no supo qué decir. Sean vaciló.

—Bien, será mejor que me vaya.

—¡Sean! —llamó Rodrick desde la carretera—. Llegamos tarde.

—Un momento, Rod.

Seguía mirando a Marlowe. Suspiró y tendió una mano a Rey.

—Celebro haberle conocido. Por favor, disculpe mis modales.

Rey no pudo evitar el contacto de aquella mano.

—Encantado de conocerle —dijo.

Sean reflejó su vacilación en los ojos graves y escrutadores.

—¿Es usted amigo de Peter?

Rey creyó que el mundo entero le oía al decir tartamudeando:

—Sí, claro… sí, creo que sí.

—Resulta extraño que una palabra pueda decir tantas cosas distintas. Pero si es usted su amigo, no le conduzca errado, por favor. La reputación de usted es un peligro, y no quisiera ver dañado a Peter. Le aprecio mucho.

—Ah, sí. Desde luego.

Las rodillas de Rey se hicieron jalea y su espina dorsal se derritió. Pero el magnetismo de la sonrisa de Sean persistía en él, como un sentimiento desconocido.

—Las sesiones de teatro es lo mejor del campo —dijo Rey—. Hacen que apreciemos la vida. Y usted es lo mejor que hay en ellas.

—Gracias. —Se volvió a Marlowe—. Hacen que apreciemos la vida. Soy muy feliz y me gusta mi trabajo. Hacen que apreciemos la vida, Peter.

—Sí —contestó Marlowe—. Celebro que todo vaya bien.

Sean, vacilando, sonrió por última vez, luego se volvió bruscamente y se fue.

Rey se sentó.

—¡Estoy maldito!

Marlowe se sentó también, abrió su caja de tabaco y lió un cigarrillo.

—Si uno no supiera que es un hombre, juraría que es una mujer —dijo Rey —. Una hermosa mujer.

Marlowe asintió débilmente.

—No es como los otros desperdicios —siguió Rey—. Eso, seguro. No señor. En absoluto. Por Júpiter que hay algo en él que no es… —se detuvo, pensó un momento, y continuó sin haber concretado su pensamiento—. No sé cómo calificarle. Es… ¡es una mujer, maldita sea! ¿Lo recuerda en el papel de Desdémona? ¡Diantre! ¡Qué aspecto el suyo en ropa interior! Apuesto que ninguno de los hombres de Changi dejó de pasar un mal rato. No se puede culpa a un hombre de ser tentado. Yo mismo fui tentado, todos lo fuimos. Miente quien afirme lo contrario.

Luego miró a Marlowe y lo estudió detenidamente.

—¡Por favor! —exclamó éste irritado—. ¿Cree usted que yo soy lo mismo también?

—No —contestó Rey con calma—. Pero tampoco me importa si lo es.

—No lo soy.

—Tan seguro como que hay infierno que sí lo parecía —dijo Rey con una sonrisa—. ¿Pelea de enamorados?

—¡Vayase al infierno!

Después de un minuto. Rey insistió.

—¿Hace tiempo que conoce a Sean?

—Estaba en mi escuadrón, y yo era algo así como su guardián, me ordenaron protegerle. Llegué a conocerle muy bien. —Miró a Rey—. En realidad fue mi mejor amigo. Era un piloto muy bueno. Le apreciaba mucho.

—¿Era…, era así antes?

—No.

—Supongo que no se vestiría siempre de mujer, pero, diablos, bien se

advertiría que era eso.

—Sean nunca fue así. Era simplemente un muchacho apuesto y simpático. No tenía nada de afeminado. Sólo se mostraba… compasivo.

—¿Le vio alguna vez sin ropas?

—No.

—Eso cuenta. Aquí tampoco le han visto, ni siquiera medio desnudo.

Sean tenía una diminuta habitación en el teatro, una habitación privada, cosa que nadie gozaba en todo Changi, ni siquiera Rey. Pero él jamás dormía en ella. La posibilidad de Sean solo en una habitación con una cerradura en la puerta resultaba demasiado peligrosa, pues había muchos hombres en el campo que exteriorizaban su lujuria y otros que la llevaban por dentro. Esto hizo que durmiera siempre en uno de los barracones, si bien se cambiaba y se duchaba en privado.

—¿Qué hay entre los dos? —preguntó Rey.

—Por poco lo mato una vez.

De repente, la conversación cesó, y ambos escucharon intensamente.

Todo cuanto pudieron captar fue como un murmullo parecido a una corriente submarina. Rey miró rápidamente a su alrededor. No vio nada extraordinario, se levantó y se asomó por la ventana con Marlewe detrás de él. Los hombres del barracón escuchaban también.

Rey miró hacia la esquina de la prisión. Nada parecía alterado. Los prisioneros seguían caminando arriba y abajo.

—¿Qué opina usted? —preguntó suavemente.

—No sé —contestó algo preocupado Marlowe.

Los hombres seguían pacíficamente su camino alrededor del edificio de la cárcel, pero empezó a notarse cierta prisa casi imperceptible en ellos.

—¡Eh, miren! —exclamó Tex.

Por el ángulo de la cárcel, y en la cima del declive, apareció en dirección a ellos el capitán Brough. Otros oficiales surgieron detrás de él, todos se encaminaban hacia los barracones.

—Parece que va a haber jaleo —dijo Tex.

—Quizá sea una investigación —añadió Max.

Rey se arrodilló en un instante y abrió la caja negra. Marlowe dijo precipitadamente:

—Hasta luego.

—Tenga —Rey le tiró un paquete de «Kooas»—. Hasta la noche, si quiere.

Marlowe partió veloz del barracón y descendió el declive. Rey sacó los tres relojes que tenía mezclados entre los granos de café y se incorporó. Pensó un momento, luego se puso en pie sobre una silla y ocultó los relojes en el techo de hojas. Todos los hombres vieron el nuevo escondite, pero no le preocupó, resultaba inevitable en un momento como aquél. Luego cerró con llave la caja negra. Brough ya estaba en el umbral.

—Vamos, muchachos. Salgan fuera.

# IV

Peter Marlowe no pensaba en otra cosa que en su cantimplora mientras corría por entre la sudorosa hilera de hombres formados en la carretera asfaltada. Intentaba desesperadamente recordar si la había llenado de agua, pero le resultaba imposible saberlo con seguridad.

Subió las escaleras que conducían a su barracón. Éste aparecía ya desalojado y un sucio coreano montaba guardia en la puerta. Marlowe intuyó que no le permitiría el paso. Dio la vuelta y corrió hacia la otra puerta. Estaba ya detrás de su catre con la cantimplora en la mano cuando el centinela lo vio.

El coreano juró malhumorado y avanzó hacia él, ordenándole que la dejara en su sitio. Marlowe le hizo una reverencia y dijo en malayo, idioma que casi todos ellos comprendían:

—Te saludo señor. Tendremos que esperar mucho, y yo te ruego que me dejes llevar la cantimplora, pues tengo disentería.

Mientras hablaba, la sacudió. Estaba llena.

El centinela se la arrancó de la mano y la olió suspicaz. Luego vertió parte del agua en el suelo y se la devolvió entre maldiciones al mismo tiempo que señalaba a los hombres formados.

Marlowe se inclinó aliviado, y corrió hacia su unidad.

—¿Dónde diablos ha estado, Peter? —preguntó Spence, cuya disentería le aumentaba el dolor y la ansiedad.

—No se preocupe, ya estoy aquí —Peter Marlowe sentíase animado teniendo la cantimplora—. Bueno, Spence, ya puede alinearnos.

—¡Al infierno! ¡Vamos muchachos, formen! —Spence contó los hombres y preguntó—: ¿Dónde está Bones?

—En el hospital —dijo Ewart—. Desde antes del desayuno. Le llevé yo mismo.

—¿Por qué diablos no me lo dijo?

—¡He trabajado en los huertos hoy, canastos! ¡Escoja a otro!

—¡Mantenga quieta su condenada lengua!

Marlowe no escuchaba las maldiciones, parloteo y rumores. Pensaba en que el coronel y Mac también se habían llevado consigo sus cantimploras.

Cuando la unidad estuvo lista, el capitán Spence caminó por la carretera hacia el teniente coronel Sellars, que tenía a su cargo cuatro barracones, y saludó.

—Sesenta y cuatro. Todo correcto, señor. Diecinueve aquí, veintitrés en el hospital y veintidós en partidas de trabajo.

—Conforme, Spence.

Sellars, tan pronto tuvo los datos de los cuatro barracones, los totalizó. Luego se fue hacia el coronel Smedly-Taylor, que mandaba diez barracones. Éste hizo lo mismo, y, sucesivamente, los restantes jefes. Así, el procedimiento fue repetido en todo el campo, dentro y fuera de la cárcel, hasta que se dieron los totales al comandante jefe. Éste resumió las cifras de hombres en el campo, los hospitalizados y los que estaban en partidas de trabajo, entonces pasó los totales al capitán Yoshima, el intérprete japonés. Yoshima maldijo al comandante de campo porque faltaba uno.

Transcurrió una inquietante hora de pánico hasta que el cuerpo que faltaba fue hallado en el cementerio. El coronel doctor Rofer maldijo a su ayudante el coronel doctor Kennedy, que intentaba explicarle lo difícil que era saberlo con exactitud en un instante, pero el coronel Rofer le maldijo igualmente, y le indicó que aquél era su trabajo. Rofer se excusó ante el comandante de campo, quien censuró su ineficacia. Éste se dirigió a Yoshima, e intentó explicarle cortésmente que el cuerpo había sido hallado, si bien resultaba difícil mantener los números exactos. Pero el oficial japonés le recordó que él era el responsable, y si no se veía capaz de controlar el personal, quizás era llegado el momento de ser relevado por otro oficial más apto.

Mientras el furor corría arriba y abajo de la formación, la guardia coreana registraba los barracones, especialmente los destinados a oficiales, donde esperaban encontrar la radio que buscaban, el eslabón, la esperanza de aquellos prisioneros. Los coreanos deseaban encontrar la radio como habían encontrado otra cinco meses atrás. Pero ellos sufrían el calor lo mismo que los hombres en

formación, y su búsqueda resultaba infructuosa.

Los prisioneros sudaban y maldecían. Algunos se desvanecieron. Los disentéricos afluían a las letrinas. Los que estaban muy débiles se ponían en cuclillas donde se encontraban, o se tendían y dejaban que el dolor les envolviera. No notaban la fetidez.

Después de tres horas la búsqueda terminó. Los hombres fueron despedidos. Se dirigieron a sus barracones, buscaron la sombra o yacieron jadeantes en sus catres o se fueron a las duchas donde permanecían hasta que el agua enfriaba el dolor de su cabeza.

Marlowe salió de la ducha. Envolvió su *sarong* alrededor de su cuerpo, y se fue al barracón de cemento que ocupaba su grupo.

—*¡Puki mahlu!* —rió Mac.

El comandante McCoy era un escocés de corta estatura que se mantenía totalmente erguido. No obstante, veinticinco años en la jungla malaya habían secado profundamente su fisonomía, con la ayuda del licor fuerte, el juego y los ataques de fiebre.

—*Mahlu senderis* —contestó Peter Marlowe, acuclillándose feliz.

La obscenidad malaya siempre le gustaba. No era posible traducirlo correctamente al inglés. *Puki* era el nombre de una parte de la mujer compuesto de cuatro letras y *mahlu* significaba «avergonzado».

—¡Bastardos! ¿No podéis hablar el ingles del rey por una vez? —exclamó el coronel Larkin.

Éste yacía sobre su colchón, que estaba en el suelo, y respiraba con dificultad debido al calor, y le dolía la *cabeza*, por la secuela de la malaria.

Mac guiñó un ojo a Marlowe.

—Hablamos y hablamos y nada conseguimos de la pesadez de su cabeza. No hay esperanza para el coronel.

—Tiene razón —contestó Marlowe, copiando el acento australiano de Larkin.

—¿Por qué demonios tendré que aguantarles? —gruñó Larkin malhumorado —. No lo comprendo.

Mac rió.

—Porque es perezoso, ¿eh, Peter? Usted y yo hacemos el trabajo. Y él se sienta y hace ver que está postrado, y todo porque tiene un poquitín de malaria.

—*Puki mahlu.* ¡Y tráigame agua, Marlowe!

—Sí, señor coronel.

Tendió a Larkin su propia cantimplora, quien al verla, sonrió pese a su dolor.

—¿Se encuentra bien, Peter, muchacho? —preguntó quedamente.

—Sí. ¡Dios mío! Pero he sentido algo de miedo.

—También Mac y yo.

Larkin sorbió el agua y devolvió con cuidado la cantimplora.

—¿Mejorado, coronel? —preguntó Marlowe preocupado por el color de Larkin.

—A fe mía —dijo éste—. Una botella de cerveza no curaría mejor. Mañana estaré restablecido.

Marlowe asintió.

—Por lo menos ha salido de la fiebre —le animó.

Luego sacó el paquete de «Kooas» con estudiada negligencia.

—¡Dios mío! —exclamaron Mac y Larkin al mismo tiempo.

Peter Marlowe lo abrió y dio un cigarrillo a cada uno.

—¡Regalo de *Father Christmas!*

—¿De dónde lo ha sacado, Peter?

—Espere a que hayamos fumado un poco —dijo Mac amargamente—, antes de que sepamos las malas nuevas. Probablemente habrá vendido nuestras camas o algo así.

Marlowe les habló de Rey y del teniente Grey. Escucharon con creciente estupefacción. Les contó lo de la fórmula del tabaco y los dos siguieron callados, hasta que mencionó lo que Rey le había ofrecido.

—¡Sesenta por ciento! —explotó Mac radiante—. ¡Dios mío!

—Sí —dijo Marlowe equivocando a Mac—. ¡Imagínese eso! Le enseñé cómo se hacía. Pareció sorprenderse cuando no quise aceptar nada a cambio.

—¿Regaló usted la fórmula? —Mac se mostró aterrado.

—¡Naturalmente! ¿No hice bien Mac?

—¿Por qué lo hizo?

—Bueno…, yo no podía negociar. Los Marlowe no somos comerciantes —contestó como si hablara a un niño—. Simplemente no se hizo trato, viejo.

—Pero, hombre. Tiene una fantástica oportunidad de hacer algún dinero y la echa abajo con un enorme estornudo. Supongo que usted sabe que con Rey

respaldando el negocio hubiera podido conseguir lo suficiente para adquirir raciones dobles hasta el final de nuestros días. ¿Por qué infiernos no tuvo usted la boca callada y dejó que yo…?

—¿De qué está usted hablando, Mac? —preguntó Larkin bruscamente—. El muchacho hizo bien, y hubiera sido malo para él ponerse en negocios con Rey.

—Pero…

—Pero nada —atajó Larkin.

Mac se humilló rápidamente, odiándose por su estallido. Forzó una sonrisa nerviosa.

—Sólo fastidiando, Peter.

—¿Seguro, Mac? ¡Por Dios! —exclamó Marlowe sintiéndose desgraciado—. ¿He sido un loco o algo parecido? No quisiera haberme equivocado.

—Nada, muchacho. Es sólo mi modo de bromear. Vamos, díganos qué más sucedió.

Marlowe les contó el resto mientras se preguntaba si había errado en algo. Mac era su mejor amigo, y muy astuto, nunca perdía los estribos. Les habló de Sean, y cuando hubo acabado se sintió mejor. Luego se fue. Le tocaba dar de comer a los pollos.

Mac dijo a Larkin.

—Mecachis…, lo siento. No quise sacar las cosas de quicio de aquella forma.

—No se culpe, camarada. Su cabeza está en las nubes. Ese muchacho tiene ideas extrañas. Pero nunca se sabe. Quizá Rey precise aún de él.

—¡Ay, entonces! —exclamó Mac pensativo.

Marlowe, con una lata llena de hierbas pasó por delante del área de las letrinas en dirección adonde se guardaban las gallinas. Había gallineros grandes y pequeños. Los primeros pertenecían a todo el campo, cuyos huevos iban al fondo común. Los otros no. Los pequeños eran propiedad de distintos grupos, o bien de varios grupos que habían unido sus ingresos. Ünicamente Rey gozaba de una propiedad en solitario.

Mac construyó el gallinero para el grupo de Marlowe. En él guardaban tres gallinas, toda su riqueza. Fue Larkin quien las compró hacía siete meses, después de vender la única cosa que poseía: su anillo de boda, que era de oro. No lo hizo a gusto, pero Mac estaba enfermo y Marlowe padecía disentería.

También hacía dos semanas que habían acortado las raciones de suministro en el campo, todo ayudó a que vendiera el anillo, Pero no se valió de Rey, sino de uno de sus hombres, Tiny Timsen, el australiano. Con el dinero compró cuatro gallinas a un mercader chino que tenía la exclusiva en el campo por concesión de los japoneses. También compró dos latas de sardinas, dos botes de leche condensada y una pinta de aceite de palma de color naranja.

Las gallinas resultaron buenas y pusieron huevos a su tiempo. Pero una de ellas se murió, si bien se la comieron. Con los huesos, los despojos, las patas, la cabeza y los restos del papagayo verde que Mac había robado en una partida de trabajo hicieron un puchero. Durante una semana entera sus cuerpos se sintieron fuertes y limpios.

Larkin abrió un bote de leche condensada cuando lo compraron. Cada uno cogía una cucharada al día mientras duró. La leche no se estropeó por el calor. Tan pronto fue imposible sacarla con la cuchara, hirvieron el bote y se bebieron el caldo. Lo encontraron muy bueno.

Las dos latas de sardinas y la otra de leche eran las reservas del grupo contra una malísima racha de suerte. Las guardaban en un escondrijo, que era constantemente vigilado por uno de ellos.

Marlowe miró a su alrededor antes de abrir la puerta de la jaula y se aseguró de que no había nadie cerca que pudiera ver cómo funcionaba la cerradura. Cuando penetró, encontró dos huevos.

—Muy bien, *Nonya* —dijo suavemente a su gallina de raza—. No voy a tocarte.

*Nonya* se hallaba sentada en un nido sobre siete huevos. El grupo había realizado un gran esfuerzo de voluntad para que los huevos queciaran debajo de ella, pero de tener suerte, conseguirían siete polluelos, y si los siete llegaban a convertirse en pollos y gallinas, entonces el rebaño sería considerable. Luego podrían permitir que siempre hubiera una gallina incubando.

Así nunca tendrían que temer la Sala Seis.

Ésta albergaba a los prisioneros que se quedaban ciegos a causa del beri-beri.

Cualquier refuerzo de vitaminas era cosa mágica contra semejante y continua amenaza, y los huevos suponían una gran fuente de ellas, generalmente la única disponible. Por ello, el comandante de campo rogaba, maldecía y exigía más del Todopoderoso.

Pero comúnmente sólo disponían de un huevo por hombre a la semana. Algunos prisioneros recibían uno extra cada día. No obstante, y por desgracia, resultaba tardío el remedio.

Esto explica que los gallineros tuvieran vigilancia oficial día y noche. Tocar una gallina que perteneciera al campo, o a un grupo, era considerado un crimen tremendo. En cierta ocasión un prisionero fue sorprendido con una gallina estrangulada en las manos, y el desgraciado murió linchado por sus captores. Las autoridades lo consideraron un homicidio justificado.

Marlowe, de pie en un extremo de la jaula, admiraba las gallinas de Rey. Tenía siete, gorditas y gigantes si se comparaban a las demás. Había un gallo en el interior, era el orgullo del campo. Se llamaba *Sunset.*

Incluso las gallinas de Rey eran inviolables y guardadas como las demás.

Marlowe contempló a *Sunset* que tumbaba a una gallina sobre el polvo y la montaba. La gallina se levantó, corrió cacareando y picoteó a otra como medida de anticipación. Marlowe se despreció por estar allí mirándolas. Sabía que era una debilidad.

Regresó a su gallinero y comprobó que la puerta estaba bien cerrada. Luego se marchó hacia el barracón llevando cuidadosamente los dos huevos.

—Peter, muchacho —sonrió Mac—. Hoy es nuestro día de suerte.

Marlowe sacó su paquete de «Kooas» y los dividió en tres pilas.

—Los dos que sobran los sortearemos.

—Quédeselos, Peter —dijo Larkin.

—No. A suertes. Pierden las cartas bajas.

Mac perdió y fingió hallarse contrariado.

—Mala suerte —exclamó.

Con mucho cuidado abrieron sus cigarrillos y pusieron el tabaco en sus petacas, mezclándolo con el de Java. Luego cada uno hizo cuatro porciones, se reservó una y las restantes las pusieron en una caja, que Larkin guardó. Tener tanto tabaco a la vez resultaba una tentación.

De repente el cielo se abrió y empezó el diluvio.

Marlowe se quitó el *sarong*, y doblándolo cuidadosamente lo colocó en el catre de Mac.

Larkin dijo, pensativo.

—Peter. Vigile sus pasos con Rey. Puede resultar peligroso.

—Naturalmente. No se preocupe.

El joven salió fuera a recibir el estallido de las nubes. Mac y Larkin se desprendieron de sus harapos y le siguieron, juntándose a los otros hombres desnudos que bendecían el aguacero.

Sus cuerpos agradecieron el remojón, sus pulmones respiraron aire fresco y sus cabezas se aclararon.

También desapareció el hedor de Changi.

# V

Después de la lluvia los hombres se sentaron a gozar la confortante frescura, esperando la hora de comer. El agua goteaba de los tejados, y el polvo se hizo barro. Pero el sol lucía nuevamente, orgulloso en el blanquecino firmamento.

—Señor —dijo Larkin agradecido—. Esto nos hace sentir mejor.

—¡Ay! —exclamó gozoso Mac, mientras se sentaban en el pórtico.

Su mente se hallaba lejos de aquel país, en su plantación de goma de Kedah, hacia el lejano Norte.

—El calor es algo que vale la pena, hace que uno aprecie el frescor —dijo quedamente—. Como la fiebre.

—El olor de Malaya, de la lluvia, del calor, de la malaria, de las chinches y de las moscas, apesta —repuso Larkin.

—No en tiempos de paz, amigo —Mac guiñó un ojo a Marlowe—. Ni en un poblado, ¿eh, Peter?

Marlowe sonrió. Les había contado la mayor parte de las cosas que le ocurrieron en el poblado. Y aquellas que silenció. Mac las sabía, pues llevaba viviendo muchos años en el oriente y lo amaba tanto como Larkin lo odiaba.

—Desde luego —dijo blandamente y todos sonrieron.

No hablaban mucho. Ya habían contado y recontado cuantas historias podían referir.

Así, la espera estaba cargada de impaciencia. Cuando fue la hora, acudieron a sus respectivas filas y, luego, regresaron al barracón. Bebieron ávidamente la sopa. Marlowe enchufó el hornillo eléctrico y frió un huevo. Colocaron sus porciones de arroz en un recipiente y el joven puso encima el huevo con un poco de sal y pimienta. Lo removió todo de modo que la yema y la clara se mezclaron, hizo tres partes y cada uno se comió la suya, saboreándola.

Una vez terminada la frugal cena, Larkin cogió los platos y los lavó, aquel

día le tocaba a él. Luego se sentaron de nuevo en el pórtico a la espera de la llamada del atardecer.

Marlowe contemplaba perezosamente a los hombres que caminaban por la carretera, gozando la plenitud de su estómago, cuando vio que se acercaba Grey.

—Buenas noches, coronel —dijo el policía, saludando.

—Buenas noches, Grey —suspiró Larkin—. ¿Quién es esta vez?

Cuando el teniente venía a verle, siempre significaba jaleo.

Grey miró a Marlowe. Larkin y Mac percibieron la hostilidad entre ellos.

—El coronel Smedly-Taylor me envía para decirle que dos de sus hombres se han peleado. Uno es el cabo Townsend y el otro el soldado Gurble. Los tengo encarcelados.

—Conforme, teniente —dijo Larkin hoscamente—. Puede soltarlos. Dígales que vengan aquí después de la llamada a filas. ¡Les daré su merecido! —Hizo una pausa—. ¿Sabe usted por qué se pelearon?

—No, señor. Si bien creo que fue por el «dos hacia arriba».

«Juego ridículo», pensó Grey. Consistía en poner dos peniques sobre un palo y echar las monedas al aire, para adivinar si las dos caían de cara, o de cruz, o una de cara y otra de cruz.

—Probablemente tenga razón —gruñó Larkin.

—Quizá sea mejor que prohiba el juego. Siempre surgen diferencias cuando…

—¿Prohibir el «dos hacia arriba»? —interrumpió bruscamente Larkin—. Si hiciera eso creerían que me he vuelto loco. No harían caso a semejante orden, y con razón. El juego es parte de la idiosincrasia australiana, debiera usted saberlo. Este juego hace que los hombres tengan algo en que pensar, y una pelea de vez en cuando no es mala.

Larkin se levantó y sintió la fiebre intermitente en sus hombros. Continuó:

—El juego es como el respirar para los australianos. Y, caramba, a mí también me gusta de vez en cuando el «dos hacia arriba».

—Sí, señor —repuso Grey.

Había visto a Larkin y a los oficiales australianos arrastrándose por el polvo, excitados y blasfemando al igual que cualquier jugador.

—Diga al coronel Smedly-Taylor que yo me entenderé con ellos. ¡Voto al diablo!

—Ha sido una lástima lo del encendedor de Marlowe, ¿no le parece, señor? —dijo Grey contemplando atentamente a Larkin.

Los ojos de Larkin, fijos y repentinamente duros, se clavaron en él.

—Debió mostrarse más cuidadoso, ¿no le parece?

—Sí, señor —contestó Grey después de una pausa.

«Bueno —pensó—. Valía la pena probar. ¡Al infierno Larkin y Marlowe! Hay tiempo de sobra». Estaba a punto de saludar y marcharse cuando se le ocurrió una idea fantástica. Controló su excitación y dijo como sin darle importancia.

—Ah, se me olvidaba, señor. Circula el rumor de que un australiano tiene una sortija con un diamante. —Hizo una pausa para que penetrara su aserto—. ¿Por casualidad sabe usted algo de ello?

Los ojos de Larkin se hundieron debajo de sus pobladas cejas. Miró pensativo a Mac antes de responder.

—También he oído yo esos rumores. Según mis noticias, no es ninguno de mis hombres. ¿Por qué?

—Sólo comprobaba, señor —dijo Grey con una sonrisa dura—. Desde luego, ya sabe usted que semejante sortija es como dinamita. Para bien de su propietario y de un montón de gente, estaría más segura bajo llave.

—Yo no creo lo mismo, viejo —terció Marlowe, y el «viejo» fue discretamente insultante—. Eso sería lo peor, «si» existe el diamante, lo que dudo. Si se hallara en un lugar conocido muchos hombres querrían verlo. Y, de todos modos, los japoneses se lo llevarían tan pronto lo supieran.

Mac dijo pensativo.

—Estoy de acuerdo.

—Es mejor que siga donde está: en el limbo. Probablemente, sólo sea otro rumor —dijo Larkin.

—Así lo espero —exclamó Grey, seguro de que su disparo había sido certero —. Si bien parece ser que el rumor es muy fundamentado.

—No es ninguno de mis hombres —la mente de Larkin galopaba.

Grey parecía saber algo. «¿Quién sería? ¿Quién?».

—Bueno, si se entera usted de algo, señor, comuníquemelo. —Los ojos de Grey resbalaron despreciativos sobre Marlowe—. Me gusta evitar los alborotos antes de que empiecen.

Luego saludó correctamente a Larkin y a Mac y se marchó. Entonces se produjo un largo silencio meditativo en el barracón.

Larkin miró a Mac.

—Me gustaría saber por qué preguntó eso.

—¡Ay! —exclamó Mac—. También a mí. ¿No vio de qué modo se iluminó su rostro?

—Desde luego —dijo Larkin, con los rasgos de su cara más pronunciados que de costumbre—. Grey tiene razón en parte. Un diamante sería causa de que muchos hombres derramaran sangre.

—Sólo es un rumor, coronel —intervino Marlowe—. Nadie podría guardar una cosa así tanto tiempo. Imposible.

—Confío que tenga usted razón —Larkin frunció el ceño—. Espero que ninguno de mis muchachos lo posea.

Mac se desperezó. La cabeza le dolía y sintió un ramalazo de fiebre. «Bueno, aún no hace tres días», pensó con calma. Estaba tan acostumbrado a ella que era como un complemento de su vida, algo así como el respirar. Pero ahora le atacaba cada dos meses. Recordó que la última vez que le dio de alta el médico, en 1942, pensó que tan pronto la malaria le llegara al bazo, se iría a casa, a su Escocia, donde el clima era frío. Entonces compraría una pequeña granja cerca de Killin, frente a la gloria de Loch Tay. Allí uno podía vivir.

—¡Ay! —repitió Mac cansado, sintiendo el peso de sus cincuenta años.

Luego dijo en voz alta lo que todos estaban pensando.

—Si nosotros tuviéramos la maldita piedra podríamos vivir sin temor al futuro. Y sin peligro alguno.

Larkin lio un cigarrillo, lo encendió y aspiró hondo. Lo pasó a Mac, que hizo lo mismo antes de entregarlo a Marlowe. Una vez consumido, Larkin aplastó la colilla y colocó los restos en su petaca. Entonces rompió el silencio.

—Será mejor que dé un paseo.

Peter Marlowe sonrió.

—*Salamat* —dijo, que significa: «La paz sea contigo».

—*Salamat* —respondió Larkin, y salió al sol.

Mientras Grey ascendía el declive hacia el barracón de la Policía Militar, su cerebro trabajaba lleno de excitación. Se prometió a sí mismo que tan pronto llegara al barracón y pusiera en libertad a los australianos liaría un cigarrillo para

celebrarlo, su segundo aquel día, si bien sólo le quedaban tres más que debían de durarle hasta la próxima semana.

Ascendió a zancadas los peldaños e hizo seña al sargento Masters.

—Puede libertarlos.

Masters apartó la pesada barra de la puerta de la jaula de bambú, y dos hombres sombríos permanecieron firmes frente a Grey.

—Preséntense al coronel Larkin después de la llamada a filas.

Los dos hombres saludaron y se fueron.

—¡Malditos enredadores! —exclamó Grey.

Después se dispuso a liar un cigarro. Aquel mes hizo algo extravagante. Compró una hoja entera de papel dé biblia, que mejoraba la calidad de los cigarrillos. Si bien no era un hombre devoto, le pareció un pecado fumarse la Biblia. Grey leyó la escritura sobre el fragmento que se disponía a enrollar: «Así, Satanás se adelantó a la presencia del Señor y llenó a Job de llagas desde la planta de los pies hasta la coronilla, y le dio un trozo de tiesto para que se rascase él mismo. Pero Job se sentó entre las cenizas. Y entonces su esposa dijo…».

¡Esposa! ¿Por qué demonios tenía que haberse encontrado con aquella palabra? Grey maldijo y enrolló el papel.

La primera frase del otro lado decía: «¿Por qué no fui muerto en el vientre? ¿Por qué no renuncié a la vida cuando salí del vientre?».

Grey saltó repentinamente impelido por el ruido producido por una piedra que entró por la ventana para rebotar contra una pared y quedarse en el suelo.

Un pedazo de papel de periódico envolvía la piedra. Grey lo recogió y se fue rápido a la ventana. Pero no vio a nadie cerca. Luego se sentó y alisó el papel. En un extremo del mismo leyó:

«Le propongo un trato: Yo le entrego a Rey en bandeja, si cierra usted los ojos cuando yo comercie un poco en su lugar, una vez que usted lo tenga. Si acepta, salga al exterior del barracón con esta piedra en su mano izquierda. Luego desembarácese de su ayudante. Dicen que usted es honrado, y por ello confío en usted».

—¿Qué dice señor? —preguntó Masters, mirando con ojos reumáticos el papel.

Grey lo arrugó hasta hacerlo una bola.

—Alguno piensa que trabajamos demasiado para los japoneses —exclamó brutalmente.

—¡Condenado bastardo! —Masters se encaminó a la ventana—. ¿Qué diablos creen que sucedería si no impusiéramos la disciplina? Estarían comiéndose los unos a los otros.

—Desde luego.

La bola de papel pareció cobrar vida en su mano. «De ser una oferta verdadera —pensó—, Rey estaba a su merced».

Pero no era una decisión fácil de adoptar. Ello le obligaría a cumplir su parte en el trato. De hecho se consideraba un «sabueso» honrado, y muy celoso de su reputación. Si bien estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de ver a Rey detrás de la jaula de bambú, despojado de su elegancia. Incluso, no le importaría cerrar un poco los ojos ante ciertas irregularidades. Se preguntó cuál de los norteamericanos sería el informador. Todos odiaban a Rey, o le envidiaban. Pero, ¿quién encarnaba el papel de Judas, quién desafiaba las consecuencias caso de ser descubierto? Quienquiera que fuese el hombre, jamás representaría la amenaza que era Rey.

Salió fuera con la piedra en su mano izquierda y escrutó a los hombres que pasaban. Pero ninguno pareció enterarse.

Tiró la piedra y despachó a Masters. Entonces entró en el barracón y esperó. Ya había renunciado a la espera cuando otra piedra voló a través de la ventana con su segundo mensaje:

«Compruebe una lata que hay en el foso junto al barracón dieciséis. Hágalo dos veces al día, una por la mañana y otra después de la llamada a filas. Éste será nuestro medio de comunicación. Esta noche negocia con Turasan».

# VI

Aquella noche Larkin yacía sobre su colchón debajo de la mosquitera, gravemente preocupado con el cabo Townsend y el soldado Gurble. Los había visto después de la llamada a filas.

—¿Por qué demonios se pelearon ustedes? —les preguntó dos veces y en ambas le replicaron malhumorados:

—«Dos hacia arriba».

Larkin sabía por instinto que mentían.

—Quiero lá verdad —dijo irritado—. ¡Vamos, ustedes son amigos! ¿Por qué peleaban?

Los dos mantuvieron sus ojos obstinadamente fijos en el suelo. Larkin les interrogó por separado, y la respuesta fue siempre la misma:

—«Dos hacia arriba».

—¡Está bien, bastardos! —les gritó con voz dura—. Les voy a dar una última oportunidad. Si no me lo dicen, los expulso de mi regimiento. ¡Desde ese momento no existirán para mí!

—¡Mi coronel! —suplicó entrecortadamente Gurble—. ¡No puede hacer eso!

—Les concedo treinta segundos —anunció Larkin cruelmente decidido.

Ellos supieron que iba en serio. Y la palabra de Larkin era ley en su regimiento, pues era como un padre para todos. Trasladarlos significaría desaparecer de entre sus compañeros y, sin ellos, morirían.

Larkin esperó un minuto. Luego dijo:

—Conforme. Mañana…

—Se lo diré, coronel —farfulló Gurble—. Este condenado me acusó de robar la comida de mis compañeros. Este apestado dijo que yo robaba….

—¡Y es cierto, podrido bastardo!

—¡Firmes! —El rugido de Larkin evitó que se abalanzaran uno al cuello del

otro.

El cabo Townsend explicó su lado de la historia.

—Este mes estoy de furriel. Hoy tenemos ciento ochenta y ocho raciones para cocinar.

—¿Quién falta? —preguntó Larkin.

—Billy Donahy, señor. Se fue al hospital esta tarde.

—Siga.

—Pues bien, señor. Ciento ochenta y ocho hombres a ciento veinticinco gramos de arroz al día son veintitrés kilos y medio. Siempre voy personalmente al almacén con un compañero y veo cómo pesan el arroz y luego me lo llevo para asegurarme de que no faltará ninguna ración.

Hoy, mientras vigilaba el peso, me dio un ataque al estómago. Le pedí a Gurble que lo llevase a la cocina. Es mi mejor compañero, y yo creí que podía confiar en él.

—¡No toqué ni un gramo! ¡Lo juro ante Dios!

—¡Faltaba cuando regresé! —gritó Townsend—. Faltó cerca de media libra y eso es la ración de dos hombres.

—Lo sé, pero yo no fui.

—El peso no estaba equivocado. Lo comprobé delante de tus narices.

Larkin se fue con los dos hombres y lo comprobó. La merma era cierta. Indudablemente, la cantidad de arroz que faltaba se había perdido al pie de la colina pues las raciones eran pesadas públicamente por el teniente coronel Jones cada mañana. Sólo había una respuesta.

—En cuanto a lo que a mí concierne, Gurble —dijo Larkin—, queda usted expulsado de mi regimiento. Está usted muerto para mí.

Gurble salió vacilante a la oscuridad, dando traspiés. Larkin dijo a Townsend.

—Mantenga su boca cerrada.

—¡Se lo juro, coronel! —contestó Townsend—. Lo destrozarían si se enteran. ¡Dios mío! No quise decirlo porque era mi mejor amigo. —Repentinamente sus ojos se llenaron de lágrimas—. Nos alistamos juntos, mi coronel. Hemos estado con usted en Dunquerque y en el pestilente medio Este, y en toda Malaya. Le he conocido la mayor parte de mi vida, y la hubiera dado con gusto…

Pensando con esto en la penumbra del sueño, Larkin se estremeció. «¿Cómo puede hacer un hombre algo así? —se preguntó apesadumbrado—. ¿Cómo? ¡Gurble, a quien conocía de tantos años, que, incluso, solía trabajar en su oficina de Sydney!».

Cerró los ojos y apartó a Gurble de su mente. Había cumplido con su deber, y éste era proteger a la mayoría. Dejó que su mente vagara hacia su esposa Betty, cocinando para él, allá en su hogar, cara a la bahía. También pensó en su hijita y en cómo pasaría el tiempo después. Pero, ¿cuándo? ¿Cuándo?

Grey subió quedamente los peldaños del barracón dieciséis, como un ladrón en la noche y se encaminó a su catre. Se quitó los pantalones cortos, se deslizó por debajo de la mosquitera y se tendió desnudo sobre su colchón, muy complacido de sí mismo. Acababa de observar a Turasan, el guardián coreano, deslizarse por el ángulo del barracón norteamericano y seguir hasta situarse debajo del toldo. Luego fue Rey quien saltó cauteloso por la ventana para unírsele. Grey permaneció un momento en las sombras. Sólo le interesaba comprobar la información. Detener a Rey carecía de importancia una vez demostrada la veracidad del espía.

Grey se movió en la cama, rascándose una pierna. Sus prácticos dedos cogieron la chinche y la aplastaron. Notó cómo reventaba y percibió el nauseabundo hedor dulce de la sangre: la suya propia.

Alrededor de su red zumbaba una nube de mosquitos, en busca del inevitable agujero. A diferencia de muchos oficiales, había rehusado convertir su cama en litera, pues odiaba dormir encima o debajo de otro, aunque esto suponía ganar espacio.

Las mosquiteras colgaban de un alambre que partía la longitud del barracón. Incluso en sueños estaban ligados unos con otros. Si un hombre se daba la vuelta para acomodarse en el empapado colchón, todas las redes se movían algo, y los demás recordaban la compañía que les circundaba.

Grey aplastó otra, aunque su mente se hallaba lejos de las chinches. Aquella noche sentíase feliz por el informe, por sus perspectivas de coger a Rey, por la sortija de diamantes y por Marlowe. Sí, estaba muy contento, al fin había resuelto el acertijo.

«Es muy sencillo —se dijo otra vez—. Larkin sabe quién tiene el diamante. Rey es el único del campo que puede concertar la venta. Sólo las relaciones de

éste son lo bastante buenas. Larkin no irá personalmente a él, por eso manda a Marlowe. Luego, éste debe de ser el intermediario».

La cama de Grey fue sacudida cuando Johnny Hawkins, gravemente enfermo, tropezó con ella, medio dormido, camino de las letrinas.

—¡Cuidado! —exclamó Grey irritado.

—Lo siento —contestó Johnny palpando en busca de la puerta. Poco después Johnny volvió a tropezar. Unas cuantas soñolientas maldiciones le siguieron en su camino. Tan pronto estuvo en su litera, volvióse de nuevo. Esta vez Grey no notó la sacudida de su cama, permanecía absorto, calculando los probables movimientos del enemigo. Peter Marlowe se hallaba despierto, sentado en los duros peldaños del barracón dieciséis, bajo un firmamento sin luna, con todos sus sentidos alertados en la oscuridad. Desde allí veía las dos carreteras, la que cruzaba el campo y la otra que circundaba las paredes de la cárcel. Los guardianes, los prisioneros y los japoneses utilizan por igual ambas carreteras. Peter Marlowe era el centinela que vigilaba el Norte.

Detrás, en otros peldaños, sabía que el teniente de aviación Cox, como él, se concentraba por intuir el peligro en la oscuridad. Cox vigilaba el Sur.

El Este y el Oeste no precisaban ser guardados pues al barracón dieciséis sólo podía llegarse por el Norte o el Sur.

En el interior del barracón, y a su alrededor, imperaba el ruido del sueño de los justos: gemidos, risas de pesadilla, ronquidos y gritos ahogados en extraña mescolanza con la suavidad de los susurros de los despiertos. Era una noche fría y agradable en aquella orilla de la carretera. Todo parecía normal.

Peter Marlowe saltó como un potro alertado. Había intuido la presencia del guardián coreano antes de que sus ojos lo descubrieran en la oscuridad, y cuando llegó a verle ya había dado la señal de alarma.

En un extremo más alejado del barracón, Dave Daven no oyó el primer silbido, tan absorto se hallaba en su trabajo. Cuando percibió el segundo, más imperioso, respondió a él, soltó las agujas y se tendió en su litera conteniendo la respiración.

El guardián penetró en el campo con el rifle al hombro, y no vio a nadie. Pero sintió sus ojos. Avivó el paso y deseó hallarse lejos de los odiados prisioneros.

Poco después, Marlowe oyó a Cox que hacía la señal de «todo despejado», y

se relajó. No obstante, sus sentidos seguían tensos en la noche.

En el extremo más lejano del barracón, Daven reanudó su respiración. Se deslizó cuidadosamente debajo de la mosquitera, y, con infinita paciencia, intentó conectar las agujas a los extremos de los alambres transportadores de la corriente. Después de investigar una rotura, sintió que las agujas resbalaban a través del enchufe que había en la cabecera de su litera. El sudor llegó a su barbilla, y resbaló por ella mientras buscaba las otras dos agujas que conectaban el auricular. Después de otra investigación ciega y torturante, encontró los agujeros y deslizó las agujas. El auricular cobró vida: «… y nuestras fuerzas se mueven rápidamente a través de la jungla de Mandalay. Éstas son las noticias. Aquí Calcuta. Resumen de noticias: Las fuerzas norteamericanas e inglesas hacen retroceder al enemigo hacia Bélgica, y, en el sector central, hacia St. Hubert, entre tormentas de nieve. En Polonia, los ejércitos rusos están a treinta y dos kilómetros de Cracovia, también entre espesas nevadas. En las Filipinas, las fuerzas norteamericanas han logrado establecer una cabeza de puente a través del río Agno, en su empuje hacia Manila. Formosa ha sido bombardeada de día por los «B-29» norteamericanos sin pérdidas. En Burma, los victoriosos ejércitos británicos e indios se encuentran a cuarenta y ocho kilómetros de Mandalay. La próxima emisión de noticias será a las seis de la mañana, hora de Calcuta».

Daven aclaró suavemente su voz, sintió una ligera sacudida de los cables y cómo quedaban sueltos otra vez. Spence, en la litera inmediata, había tirado de su juego de agujas. Rápidamente, Daven desconectó sus cuatro agujas y las volvió a colocar en su equipo de costura. Se enjugó el sudor acumulado en su rostro y aplastó las mordientes chinches. Después de quitar los alambres del auricular, juntó cuidadosamente los terminales y los deslizó por los agujeros de su cinturón. Con un pedazo de trapo se secó las manos, luego se entretuvo en limpiar el polvo de los diminutos agujeros hechos en el travesaño y los obstruyó, ocultándolos perfectamente.

Se acostó de nuevo en la cama para recuperar fuerzas y rascarse. Algo más descansado, se deslizó fuera de la mosquitera y saltó al suelo. A semejante hora de la noche no se preocupaba de ponerse la pierna artificial, alcanzó sus muletas y, dando rápidos saltos, salió a la puerta. No dijo nada al pasar por delante de la litera de Spence era lo convenido. Nunca se es demasiado prudente.

Las muletas crujieron al chocar contra la madera del suelo, y, una vez más,

Daven pensó en su pierna. No le preocupaba demasiado, si bien el muñón le dolía insufriblemente. Estaba advertido por los médicos de que era preciso cortarle un nuevo trozo pese a que ya se lo habían hecho dos veces: la primera operación fue en 1942, debajo de la rodilla, después de ser herido por una mina. La segunda sin anestesia, llevó el muñón por encima de la rodilla. El recuerdo afiló sus dientes y juró que nunca más sufriría aquel dolor. No obstante la próxima vez, la última, el sufrimiento quedaría menguado por haber anestésicos en Changi. Sí, la próxima sería la última, ya no quedaba mucho que cercenar.

—Hola, Peter —dijo casi al tropezar con él—. Perdone. No le he visto.

—Hola, Dave.

—Hermosa noche, ¿eh? .

Dave descendió con cuidado los peldaños, y añadió:

—Vuelve a estar en marcha el juego de Bladder.

Marlowe sonrió. Si Daven decía aquello, significaba que las noticias eran buenas. «Vengo a despejarme», que nada sucedía. «Mis intestinos me matan esta noche» que la guerra iba mal. «Sostenga un momento mi muleta», una gran victoria.

Si bien oiría las noticias detalladas al día siguiente cuando informara Spence, le gustaba saborear un adelanto. Se recostó contemplando a Daven, que se encaminaba al urinario.

Éste era un recipiente de latón ondulado. Al día siguiente tocaba recogida, y el contenido una vez llevado a los huertos se mezclaba con agua que cogida amorosamente taza a taza, servía para fertilizar las hortalizas. Éstas, amadas por todos, eran cultivadas para alimento de los prisioneros. Aquel abono volvería las hojas más verdes.

Daven odiaba las verduras. No obstante, nadie podía pasarse sin ellas.

La brisa enfrió el sudor de su espalda y le trajo el olor del mar, que sólo distaba cinco kilómetros, si bien lo creía a tres años de distancia.

Recordó lo bien que funcionaba la radio y se sintió muy complacido de sí mismo al pensar con cuánta delicadeza había levantado una delgada astilla de uno de los travesaños de la litera superior y hecho un agujero de quince centímetros de profundidad. También recordó el absoluto secreto que había rodeado su trabajo, y los cinco meses invertidos para construir la radio, trabajando de noche hasta el amanecer y durmiendo de día. El maravilloso ajuste

de la tapa, tan perfecto que el polvo lo hacía invisible, incluso a una detenida inspección. Lo mismo sucedía con los orificios para las agujas.

El pensamiento de que él, Dave Daven, era el primero del campo en enterarse de los sucesos le enorgullecía sobremanera, como haber sido el único capaz de realizarlo, pese a su pierna. En cualquier momento oiría que la guerra había terminado. No precisamente la europea, sino la suya: la guerra del Pacífico. Indiscutiblemente que el campo estuviera en contacto con el exterior era obra suya. El horror, el sudor y el dolor de cabeza estaban justificados. Además de él, sólo Spence, Cox, Peter Marlowe y dos coroneles ingleses sabían dónde se encontraba la radio. Pero esto lo aceptaban todos como una medida de seguridad ineludible pues cuantos menos lo supiesen menor era el peligro.

Naturalmente que había peligro. No todos los ojos gozaban de una confianza absoluta. La posibilidad de que hubiera informadores, o que se produjera alguna indiscreción involuntaria, no se descartaba.

Cuando Daven regresó al umbral, Peter Marlowe ya estaba en su litera. Vio a Cox sentado en los peldaños más alejados, pero eso era lo corriente, pues los centinelas no debían de retirarse al mismo tiempo. Su muñón empezó a dolerle furiosamente, en realidad no era el muñón, sino el pie que le faltaba. Una vez acostado, cerró los ojos y rezó. Siempre lo hacía antes de dormirse. El sueño tardaba en acudir a su cita, pero no el vivido cuadro del anciano Tom Cotton, el australiano, que fue descubierto con la otra radio y llevado a la cárcel de Outram Road. No obstante, ya dormido, no era Tom Cotton quien iba entre guardias, sino «él», quien lleno de terror, caminaba entre ellos.

—¡Oh, Señor! —susurró Daven en la profundidad de su pensamiento—. Dame la paz de Tu valor. Estoy asustado y soy muy cobarde.

Rey hacía la cosa que más le gustaba en el mundo: contar un montón de billetes flamantes, beneficio de una venta.

Turasan aguantaba cortésmente su linterna, con el destello amortiguado hacia la mesa. Estaban en la «tienda», como Rey la denominaba, fuera de su barracón. En aquel momento, del toldo caía otra lona que llegaba hasta el suelo, ocultando la mesa y los bancos de la posible curiosidad de otros ojos. La prohibición de que los guardias y prisioneros negociasen era una orden de los japoneses, y, por lo tanto, ley en el campo.

Rey hacía gala de modales de digno traficante al contar el dinero con el ceño

fruncido.

—*Okay* —dijo, y suspiró después del billete número quinientos—. *¡Ichi-bon!*

Turasan asintió. Era un hombrecillo con cara de luna y boca llena de dientes de oro. Su fusil aparecía apoyado contra la pared del barracón detrás de él. Recogió la pluma estilográfica «Parker» y la volvió a examinar cuidadosamente. El punto blanco estaba allí. La plumilla era de oro. Acercó la pluma a la amortiguada luz y se esforzó una vez más en asegurarse de que constaba en ella la inscripción «catorce quilates».

—*Ichi-bon* —gruñó al fin, y aspiró por entre sus dientes.

Él también puso cara de buen traficante y ocultó su placer. Por quinientos dólares japoneses la pluma era una adquisición muy buena, que, fácilmente, podía proporcionarle el doble vendida a los chinos de Singapur.

—Tu condenado *ichi-bon* comercial —dijo Rey hoscamente—. La próxima semana *ichi-bon* quizá sea un reloj. Pero yo no hago negocio, no hago *wong.*

—Demasiado *wong* —contestó Turasan, moviendo la cabeza hacia el fajo de billetes—. ¿Pronto el reloj?

—Puede.

Turasan ofreció sus cigarrillos. Rey aceptó uno y dejó que su interlocutor se lo encendiera. Luego el coreano aspiró por última vez y mostró su sonrisa de oro. Se puso el fusil al hombro, e, inclinándose, cortesmente, desapareció en la noche.

Rey parecía contento mientras terminaba de fumar. «Un buen trabajo nocturno», pensó. Cincuenta dólares por la pluma, ciento cincuenta para el hombre que simuló el punto blanco y grabó la plumilla y trescientos de beneficio. Que el color de la plumilla palideciera al cabo de una semana, no le preocupaba en absoluto. Para entonces, Turasan la habría vendido ya a un chino.

Rey entró a su barracón por la ventana.

—Gracias, Max —dijo quedamente, pues la mayoría de sus compatriotas estaban dormidos—. Tenga. —Le dio dos billetes de diez dólares—. Dé el otro a Dino.

Generalmente no pagaba con tanta largueza a sus hombres por un trabajo tan corto. Pero aquella noche se sentía generoso.

—Gracias.

Max salió fuera e indicó a Dino que ya podía descansar, y le entregó el billete de diez dólares.

Rey puso la cafetera en el hornillo. Se desnudó, colgando sus pantalones, y el resto de las prendas las dejó en el saco de la ropa sucia. Después se deslizó debajo de su mosquitera.

Mientras esperaba que hirviese el agua repasó los sucesos del día. Primero el «Ronson». Había pagado al comandante Berry quinientos cincuenta dólares menos cincuenta y cinco que era su diez por ciento de comisión. Después pudo registrarlo ante el capitán Brough como «una ganancia en el póquer». Por lo menos valía novecientos, luego, indiscutiblemente, era un buen negocio. La inflación aumentaba sin cesar, no obstante, él pagaba el menor precio posible.

La empresa del tabaco, después de una conferencia de venta, era otra realidad de resultados positivos. Los norteamericanos se le ofrecieron como vendedores, y los australianos e ingleses no pudieron ocultar su envidia, cosa muy natural. Lo importante era que ya disponía de veinte libras de tabaco de Java, comprado a Ah Lee, el chico propietario del almacén del campo, con un descuento. Una cocina australiana estaba dispuesta a destinar uno de sus hornos, durante una hora diaria, a preparar una partida de tabaco bajo la supervisión de Tex. Los vendedores trabajarían al tanto por ciento, y su misión quedaba reducida a recaudar los beneficios. El negocio lo había planeado de tal modo, que su ganancia prevista sería de un ciento por ciento.

Con esta operación en marcha, podía dedicarse al asunto del diamante…

El siseo de la cafetera interrumpió sus pensamientos. Se deslizó por debajo de la mosquitera y abrió la caja negra. Puso tres cucharadas de café en el agua y añadió una pizca de sal. Tan pronto empezó a subir, lo apartó del hornillo.

El aroma del café se esparció por el barracón, molestando a los hombres aún despiertos.

—¡Dios mío! —dijo Max involuntariamente.

—¿Qué pasa, Max? —preguntó—. ¿No puede dormir?

—No. Tengo demasiado llena la mente…, pienso que podemos hacer un formidable negocio con el tabaco.

Tex se movió inquieto, martirizado por el aroma.

—Ese olor me recuerda una quimera.

—¿Quiere un poco?

No fue preciso que repitiera la invitación. Rey se sirvió una segunda taza y llenó media para Tex.

—¿Quiere, Max?

Éste obtuvo otra ración que se bebió rápidamente.

—Buenas noches, muchachos.

Rey volvió a deslizarse entre los pliegues de la mosquitera y se aseguró de que estuviera bien sujeta debajo del colchón. Luego, satisfecho, se cubrió con la sábana. Max añadió agua al poso del café y lo dejó al lado de su litera, para hervirlo después del desayuno. A Rey no le gustaba su sabor amargo, si bien los muchachos decían que estaba bueno. Si a Max le agradaba, estupendo. Él no opinaba en gustos ajenos.

Cerró los ojos y el diamante acaparó todos sus pensamientos. Al fin sabía quién era su dueño y la manera de conseguirlo. La suerte quiso depararle la oportunidad de conocer a Marlowe para que el complicado negocio pudiera efectuarse.

«Una vez se conoce a un hombre —pensó Rey—, se descubre su talón de Aquiles. Entonces es fácil jugar con él, y hacer que secunde los planes de uno».

El recuerdo de la charla que sostuviera con Marlowe después de la llamada a filas del atardecer, le hizo gozar el calor de la esperanza que se extendía por todo su ser.

—Nada sucede en este piojoso lugar —había dicho Rey, mientras se hallaban sentados en el umbral del barracón bajo un firmamento sin luna.

—Cierto —contestó Marlowe—. Esto enferma. Un día se parece a otro cualquiera.

Rey asintió y aplastó un mosquito.

—Conozco a un tipo con más excitación de la que puede digerir.

—¿Qué hace?

—Escucha la radio todas las noches.

—¡Dios Santo! Se busca un lío. ¡Debe de estar loco!

Pero Rey había advertido ya el centelleo de sus ojos. Pese a ello, no contestó.

—¿Por qué lo hace?

—La mayoría de las veces sólo por gusto.

—¿Quiere decir que le gusta excitarse?

Rey asintió.

Marlowe silbó suavemente.

—No creo que yo fuera capaz.

—También suele ir al poblado.

Marlowe reprodujo en su mente el poblado que existía en la costa a cinco kilómetros de distancia. Recordó la vez que subiera a la celda más alta de la cárcel, para, a través de una diminuta ventana enrejada, ver el panorama de la jungla y del poblado, junto a la costa. Había barcas de pesca y buques de guerra enemigos —grandes y pequeños— fondeados como islas en el vasto mar. Fascinado, recreó sus ojos en la contemplación del océano tan próximo, hasta que sus manos y brazos se rindieron por el peso de su cuerpo, al permanecer colgado de las barras. Descansó un rato y quiso mirar otra vez. Pero no lo hizo. Aquella visión era excesivamente dolorosa. Siempre había vivido cerca del mar, y, lejos de él, su corazón se atormentaba en el recuerdo.

—Es muy peligroso confiar en un pueblo entero —dijo Marlowe.

—No si uno conoce a sus gentes.

—Eso es cierto. ¿Ese hombre, realmente, va al poblado?

—Eso me dijo.

—No creo que ni Suliman se arriesgara a eso.

—¿Quién?

—Suliman. El malayo con el cual hablaba esta tarde.

—Pero era hace un mes —dijo Rey.

—Desde luego.

—¿Qué demonios hace un tipo como Suliman en este estercolero? ¿Por qué no se marchó cuando acabó la guerra?

—Lo cogieron en Java. Suliman trabajaba en la plantación de Mac. Mac pertenece a mi grupo. Pues bien, el batallón de Mac, del regimiento malayo, salió de Singapur con destino a Java. Cuando terminó la guerra, Suliman tuvo que quedarse en el batallón.

—Pero pudo fingirse desaparecido. Hay millones de ellos en Java.

—Los javaneses le hubieran reconocido instantáneamente, y quizá le hubieran cogido.

—¿Y qué me dice de la copropiedad? Usted sabe el lema: «Asia para los asiáticos».

—Temo que eso no signifique mucho. Al menos no para los javaneses, a no

ser que obedezcan.

—¿Qué quiere usted decir?

—En otoño de 1942 yo estaba en un campo, precisamente fuera de Bandung —explicó Marlowe—, allá en las montañas de Java, en el centro de la isla. En aquel tiempo había con nosotros muchos malayos, y javaneses, hombres que servían en el ejército holandés. En el campo trataban con dureza a los javaneses. Muchos de ellos procedían de Bandung, y sus esposas e hijos vivían al otro lado de la alambrada. Durante algún tiempo pudieron deslizarse y pasar la noche fuera, para regresar antes del amanecer. El campo estaba poco vigilado y por lo tanto era fácil, si bien resultaba muy peligroso para los europeos, pues los javaneses los llevaban a los japoneses y eso suponía la muerte.

»Un día los japoneses dijeron que todo aquel que fuera encontrado en el exterior sería fusilado. Naturalmente, los javaneses pensaron que la orden era para todos excepto para ellos, pues les habían dicho que en un par de semanas los liberarían. Una mañana cogieron a siete javaneses. Al día siguiente nos mandaron formar. Los javaneses fueron puestos cara al muro y fusilados. Los siete cuerpo recibieron sepultura con honores militares después que se desplomaron. Luego los japoneses hicieron un pequeño jardín alrededor de las tumbas, plantaron flores y colocaron una diminuta valla de cuerda a su alrededor. También pusieron un letrero en malayo, japonés e inglés, que decía: «Estos hombres murieron por su patria».

—¿Bromea usted?

—De ningún modo. Lo más curioso es que pusieron una guardia de honor junto a las tumbas. Después de aquello, los soldados y los oficiales japoneses que pasaban frente al «sepulcro» saludaban. Desde entonces los prisioneros tenían que inclinarse cuando divisaban a lo lejos a un soldado japonés. Si no lo hacían, les esperaba la boca de un fusil aplicada a la cabeza.

—Eso no tiene sentido. Me refiero al jardín y al saludo.

—Lo tiene para ellos. Así es la mente oriental. Para ellos, es de completo sentido común.

—Indiscutiblemente no lo es. ¡En absoluto!

—Por eso no me gustan —dijo Marlowe pensativo—. Les temo. Uno no sabe nunca cómo son. No reaccionan del modo que debieran.

—Ignoro todo eso. Pero sí sé que conocen el valor de un dólar y que la

mayoría de las veces se puede confiar en ellos.

—¿Se refiere usted a los negocios? —Marlowe rió—. Yo tampoco sé nada de eso. Ahora bien, en cuanto a su condición humana…, voy a contarle otro caso que viví.

»En otro campo —en Java nos trasladaban con frecuencia, no era como aquí, en Singapur—, ocurrió algo parecido a lo de Bandung. Había allí un guardián japonés que era uno de los mejores. No trataba a los prisioneros como la mayoría de ellos. Bien, este hombre, a quien llamábamos Sunny, porque sonreía de continuo, amaba a los perros. Siempre iba acompañado de media docena cuando paseaba por el campo. Su favorito era un perro pastor, mejor dicho una perra.

»Tuvo un puñado de cachorros, los más lindos que jamás he visto. Sunny pareció convertirse en el más eficaz japonés del mundo. El hombre adiestraba los cachorros, y reía y jugaba con ellos. Cuando supieron andar, empezó a sacarlos de paseo por el campo, sujetos a una cuerda. Un día uno de ellos se sentó. Ya sabe cómo son los cachorrillos, se cansan y se sientan. Sunny tiró flojamente de él un rato, y, luego, dio un verdadero tirón. El cachorro gruñó, pero fijó sus patas.

Marlowe se detuvo y lió un cigarrillo. Continuó:

—Sunny tiró fuertemente e hizo que el cachorro girara alrededor de su cabeza, en el extremo de la cuerda. Daría unas doce vueltas riendo como si se tratara del chiste más gracioso del mundo. Entonces, mientras el cachorro chillaba, soltó la cuerda. El animal ascendió un metro y medio en el aire. Luego cayó sobre el suelo, endurecido como el hierro y reventó como un tomate maduro.

—¡Bastardo!

Después de una pausa, Marlowe añadió:

—Sunny se acercó al cachorro. Lo miró y estalló en sollozos. Uno de nuestros compañeros lo enterró, mientras Sunny se consumía de dolor. Cuando estuvo alisada la tumba, se secó las lágrimas y dio al hombre un paquete de cigarrillos, le maldijo durante cinco minutos, y, furioso, le golpeó con la culata de su fusil, luego se inclinó sobre la tumba y después, ante el hombre que había golpeado. Finalmente se marchó destellando felicidad con los otros cachorros y perros.

Rey sacudió lentamente su cabeza.

—Quizá se tratara de un loco.

—No, Sunny no lo era. Los japoneses parecen actuar como niños, pero tienen cuerpo y fortaleza de hombres. Simplemente miran las cosas como lo hace un niño. Para nosotros su perspectiva es oblicua y distorsionada.

—Oí decir que las cosas fueron duras en Java después de la capitulación —dijo Rey deseoso de prolongar la charla.

Había necesitado casi una hora para que Marlowe se decidiese, y deseaba que se encontrara como en su casa.

—En cierto modo. En Singapur éramos unos cien mil prisioneros, y naturalmente los japoneses tenían que mostrarse muy cautelosos. La cadena de mando existía aún, y muchas unidades estaban intactas. Los japoneses presionaban victoriosos hacia Australia, y no se preocupaban mucho de cómo se conducían los prisioneros de guerra ni de Cómo se organizaban los campamentos. Esto sucedió así en Sumatra y Java durante un tiempo. Su idea era presionar y tomar Australia, entonces nos hubieran mandado allí en calidad de esclavos.

—¿Está usted loco? —preguntó Rey.

—En absoluto. Me lo dijo un oficial japonés después que me hicieron prisionero. Pero una vez detenidos en Nueva Guinea, empezaron a limpiar la retaguardia. En Java eran muchos, y por eso se mostraban con mayor rudeza. Consideraban que los oficiales carecíamos de honor al permitir que nos capturaran. Nos cortaron el pelo y nos prohibieron que lleváramos la insignia de oficial. Luego nos permitieron «convertirnos» en oficiales otra vez, si bien nos mantenían con el pelo a cero.

Marlowe sonrió y preguntó a su vez:

—¿Y cómo llegó usted aquí?

—Lo de siempre. Estaba en un polvorín de aviación en Filipinas, y tuvimos que salir precipitadamente de allí. El primer barco que pudimos alcanzar se encaminaba hacia aquí. Nos imaginamos que Singapur era tan seguro como Fort Knox. Cuando llegamos, los japoneses estaban ya en Johore. Entonces se produjo otro momento de pánico, y todos se largaron en el último convoy. Yo pensé que era una mala jugada, y me quedé. El convoy fue hundido en alta mar. Bien, el uso de la cabeza me sirvió para estar vivo. La mayoría de las veces sólo mueren los gorrones.

—No creo que se me hubiera ocurrido quedarme de tener una ocasión para irme —contestó Marlowe.

—Usted habría seguido por obligación al número uno, Peter. Nadie más lo hace.

Marlowe pensó en ello largo rato y recordó los retazos de conversación que se perdían por la noche, sobre todo después de un estallido de rabia. A veces eran simples susurros ante la constante nube de mosquitos, o de la nefasta sirena que llamaba a un barco desde otro. En otras ocasiones se debía al gemido de las palmeras, perfiladas contra el oscuro firmamento, o a la fronda seca que se desprendía de la copa de un árbol y chocaba contra el suelo de la jungla.

Marlowe rompió el silencio.

—¿Ese amigo suyo, realmente va al poblado?

Rey le miró a los ojos.

—¿Le gustaría venir… —preguntó suavemente—, la próxima vez que vaya yo?

Una sonrisa desmayada torció los labios de Peter Marlowe.

—Sí…

Un mosquito zumbó en el oído de Rey con repentino crescendo. Se incorporó de un salto y con la linterna buscó por el interior de la red. Al fin el mosquito se detuvo en la fina malla. Rabioso, Rey lo aplastó. Una vez seguro de que no había agujeros en la red, volvió a acostarse.

En seguida despidió todas las cosas que bullían en su mente. El sueño le llegó veloz y pacíficamente.

Marlowe seguía despierto en su litera, rascándose las picadas de las chinches. Las palabras de Rey habían despertado en él demasiados recuerdos.

Uno de ellos el barco que le trajera con Mac y Larkin desde Java un año atrás.

Los japoneses ordenaron al comandante del campo de Bandung, uno de los de Java, que proporcionara un millar de hombres para una partida de trabajo. Los hombres serían trasladados a otro campo cercano donde permanecerían dos semanas con buena comida, raciones dobles y cigarrillos. Luego debían ser llevados a otro lugar. Las condiciones de trabajo eran excelentes.

Muchos se ofrecieron voluntarios atraídos por las dos semanas de buena vida. Otros cumplieron órdenes. Mac era un voluntario, y no quiso separarse de

Larkin y de él. «Nunca se sabe —había razonado cuando le maldijeron—. Si nos mandan a una isla, Peter y yo conocemos el idioma. Además, nunca será peor que aquí».

Así decidió cambiar el demonio que conocía por el demonio por conocer.

El buque era pequeño. En el extremo de un pasillo habían muchos guardianes y dos japoneses vestidos de blanco equipados con máscaras. Detrás de ellos se veían grandes envases conectados a mangueras a presión que sostenían en sus manos. Todos los prisioneros y sus posesiones fueron pulverizados con desinfectante contra posibles microbios javaneses que podían contaminar el barco.

No obstante, en la pequeña bodega había ratas, piojos y excrementos. Ésta tenía un espacio de seis por seis metros en el centro y a su alrededor unos estantes de noventa centímetros de alto y tres metros de profundidad.

Un sargento japonés mostró a los hombres cómo sentarse en los estantes con las piernas cruzadas. Cinco hombres en columna, luego otros cinco a su costado, y así sucesivamente. Hasta que todos los estantes estuvieron atiborrados.

Cuando empezaron las protestas de pánico, el sargento explicó que así se transportaba a los soldados japoneses, y si eso era bueno para el glorioso ejército japonés, tanto más debía serlo para la escoria blanca. Su revólver obligó a los cinco primeros hombres. En la oscuridad, y entre jadeos, la presión de los hombres apiñándose en la bodega forzó a los otros a colocarse en los estantes. Ellos, a cambio fueron empujados por otros, hasta quedar rodilla contra rodilla, espalda contra espalda, y costado contra costado. Los sobrantes, casi un centenar, quedaron en la reducida área de seis por seis metros, bendiciendo su suerte de no estar en los estantes. El escotillón, aún abierto, permitía que el sol cayera de plano dentro de la bodega.

El sargento condujo una segunda columna que incluía a Mac, Larkin y Marlowe a la bodega de proa, y aquélla empezó también a llenarse.

Cuando Mac llegó al sofocante fondo, jadeó y perdió el conocimiento.

Marlowe y Larkin lo cogieron, y por encima del ruido ensordecedor lucharon y maldijeron mientras se abrían camino de nuevo por el corredor hacia cubierta. Un guardián intentó meterlos dentro otra vez. Marlowe gritó, suplicó y mostró el trémulo rostro de Mac. El guardián se encogió de hombros y los dejó pasar, indicándoles el puente.

Larkin y Marlowe buscaron un espacio donde depositar a Mac.

—¿Qué hacemos? —preguntó Marlowe.

—Intentaré encontrar un médico.

La mano de Mac cogió la de Larkin.

—Coronel.

Sus ojos se abrieron una fracción de segundo y susurró precipitadamente.

—Estoy bien. Teníamos que salir de allí de algún modo. ¡Por Cristo, muéstrense preocupados y no teman si yo finjo estar muerto!

Entonces sujetaron a Mac mientras éste simulaba un ataque y peleaba y vomitaba el agua que ellos mismos vertían sobre sus labios. Así continuaron hasta que el buque levó anclas. Pero entonces las cubiertas aparecían también atiborradas de hombres.

No había suficiente espacio para todos a bordo y era imposible sentarse todos a la vez. Ahora bien, las múltiples colas para el agua, el arroz y los retretes, permitían ocupar los lugares vacantes.

Aquella noche una tormenta zarandeó el barco durante seis horas. Los de la bodega lucharon contra el vómito y los de cubierta contra los aluviones de agua.

El día siguiente fue tranquilo bajo un cielo blanquecino. Un hombre cayó por la borda. Los de cubierta, prisioneros y guardianes, contemplaron largo rato cómo se ahogaba en la estela del barco. Después de aquello ninguno más se cayó al agua.

Al segundo día tres cadáveres fueron arrojados al mar. Un piquete japonés disparó sus fusiles para que el funeral resultara más militar. La ceremonia fue breve, había colas que hacer.

El viaje duró cuatro días y cinco noches. Para Mac, Larkin y Peter Marlowe no fue un acontecimiento.

Marlowe yacía en su colchón ansiando dormir. Pero su mente corría incontrolada, portando terrores del pasado, temores del futuro y pensamientos que mejor sería no recordar. Al menos no en aquel momento y a solas. Eran recuerdos de ella.

El amanecer ya había aclarado el cielo cuando al fin se durmió. Aun entonces, su sueño fue cruel.

# VIl

Días sobre días, días en una sucesión monótona.

Una noche Rey fue al hospital del campo en busca de Masters. Lo encontró en el pórtico de uno de los barracones. Yacía en una cama ennegrecida, medio inconsciente, con los ojos fijos en la pared.

—Hola Masters —saludó Rey después de asegurarse de que no había nadie cerca—. ¿Cómo se encuentra?

Masters le miró sin reconocerlo.

—¿Cómo me encuentro?

—Desde luego.

Pasó un minuto, entonces Masters murmuró:

—No lo sé.

Una gota de saliva corrió por su barbilla.

Rey sacó su petaca y llenó la caja que había en la mesilla al lado de la cama.

—Masters —dijo Rey—. Gracias por mandarme el aviso.

—¿Aviso?

—Por decirme lo que leyó en el pedacito de papel. Quería darle las gracias y algo de tabaco.

Masters se esforzó en recordar.

—¡Oh! No está bien que un compañero espíe a otro compañero. ¡Podrido espía!

Poco después murió.

El doctor Kennedy cubrió con la sucia sábana la cabeza de Masters.

—¿Amigo suyo? —preguntó a Rey, con sus ojos rendidos y fríos debajo de una maraña de descuidadas cejas.

—En cierto modo, coronel.

—Tiene suerte —dijo el médico—. Nada le duele ahora.

—Eso es una manera de mirar las cosas —contestó Rey.

Cogió el tabaco y lo volvió a colocar en su petaca. Masters ya no lo necesitaría.

—¿De qué ha muerto? —preguntó.

—Falta de espíritu.

El doctor bostezó. Sus dientes estaban manchados y sucios, pero sus manos aparecían limpias.

—¿Quiere usted decir voluntad de vivir?

—Ése es un modo de decirlo. —El doctor miró a Rey—. Ése es un mal del que usted no morirá, ¿verdad?

—¡Infiernos! ¡No!

—¿Qué es lo que le hace a usted tan «invencible»? —preguntó el doctor Kennedy, odiando su enorme cuerpo que exultaba salud y fuerza.

—No le entiendo, señor.

—¿Por qué está usted bien y los demás no?

—Simplemente, tengo suerte —dijo Rey.

Inició su marcha. Pero el médico le cogió por la camisa.

—No es sólo suerte, imposible. ¡Quizá sea usted el diablo que nos tienta! ¡Es usted un vampiro, un embustero, un ladrón…!

—Oiga usted. Nunca he robado ni engañado en mi vida, y no consiento esa acusación de nadie.

—Entonces, dígame cómo lo hace. ¿Cómo? Eso es cuanto deseo saber. ¿No lo ve? Usted es la respuesta a todos nosotros. Usted es el bien o el mal, y yo deseo saber qué es usted.

—¡Está usted loco! —exclamó Rey tirando de su brazo.

—Usted puede ayudarnos.

—Cuídese de usted. Yo me preocupo de mí. Usted preocúpese de sus cosas.

Rey vio cómo la chaqueta blanca del doctor Kennedy venía holgada a su escuálido pecho.

—Tenga —dijo dándole el resto de un paquete de «Kooas»—. Fume usted, es bueno para los nervios, señor.

Dio rápidamente la vuelta y salió a pasos largos, estremeciéndose. Odiaba los hospitales. Odiaba el hedor, la enfermedad y la impotencia de los médicos.

Despreciaba la debilidad. «Aquel médico —pensó—, está a punto para el

gran salto. ¡Hijo de perra! Un loco como aquél no podía durar mucho. Como Masters, ¡pobre chico! No obstante, quizá Masters no era un pobre chico, él era débil y por eso no valía un comino en aquel mundo parecido a la jungla, donde los fuertes sobreviven y los débiles deben morir. Allí no cabe elección; tú o yo».

El doctor Kennedy contempló los cigarrillos y bendijo su buena suerte. Encendió uno. Su cuerpo recibió la dulzura de la nicotina. Entonces corrió a la sala en busca de Johnny Carstairs, capitán del primer regimiento de tanques, que era casi un cadáver.

—Tenga —dijo dándole el cigarrillo.

—¿Y usted, doctor Kennedy?

—No fumo; jamás he fumado.

—Qué suerte tiene.

Johnny tosió cuando aspiró, y expulsó algo de sangre con la flema. El esfuerzo de la tos contrajo sus intestinos y un líquido sanguinolento salió de ellos, pues los músculos del ano hacía tiempo que los tenía muertos.

—Doctor —dijo Johnny—. Póngame las botas, ¿quiere? Deseo levantarme.

El hombre miró a su alrededor. Era difícil ver nada, pues la luz eléctrica de la sala aparecía cuidadosamente apantallada.

—No hay botas —explicó mirando con ojos miopes a Johnny mientras se sentaba en el borde la cama.

—Bueno, es igual.

—¿Cómo eran las botas?

Dos hilos delgados de lágrimas fluyeron de los ojos de Johnny.

—Las conservaba en muy buen estado. Pensaba que me servirían durante toda la vida. Era lo único que me quedaba.

—¿Quiere otro cigarrillo?

—No, gracias.

Johnny continuó echado sobre sus propios excrementos.

—¡Lástima de botasl —exclamó pesaroso.

El doctor Kennedy suspiró y se quitó las suyas, poniéndoselas a Johnny.

—Tengo otras —mintió, y se quedó de pie, descalzo, sintiendo un dolor agudo en su espalda.

Johnny movió los dedos de los pies y gozó el contacto de la arrugada piel. Intentó mirarlas pero el esfuerzo fue demasiado grande.

—¡Me muero! —exclamó.

—Sí —confirmó el médico.

Hubo un tiempo —¿había existido ese tiempo?— en que él se forzaba a sí mismo a mostrarse lo más confortador posible junto al lecho de un enfermo. Pero entonces no era preciso.

—Totalmente sin esperanza, ¿eh, doctor? Veintidós años y no soy nada. De la nada vuelvo a la nada.

Una corriente de aire trajo la promesa del amanecer a la sala.

—Gracias por haberme prestado sus botas —siguió Johnny—. Es algo que siempre me prometí a mí mismo. Un hombre debe tener botas.

Murió.

El doctor Kennedy quitó las botas a Johnny y se las volvió a calzar.

—Ordenanza —llamó tan pronto vio a uno en el pórtico.

—Diga, señor —dijo vivamente Steven, llegando hasta él con un balde de suciedades en su mano izquierda.

—Informe de este cadáver para que se lo lleven. ¡Ah! Y puede disponer también de la cama del sargento Masters.

—No puedo hacerlo todo a la vez coronel —se quejó Steven dejando el balde—. Tengo que llevar tres palanganas, una para Ben Ten, otra para el veintitrés y la tercera para el cuarenta y siete. Además, el pobre coronel Hutton está muy incómodo; tengo que cambiarlo —Steven miró hacia la cama y sacudió la cabeza—. Todo menos la muerte…

—Ése es su trabajo, Steven. Lo menos que podemos hacer es enterrarlos, y cuanto antes, mejor.

—Supongo que sí. Pobres chicos.

Steven emitió un suspiro, y se limpió con esmero el sudor de su frente con un pañuelo limpio. Luego volvió a colocar el pañuelo en el bolsillo de su bata blanca de enfermero y recogió el balde, se balanceó un poco debido al peso y saltó por la puerta.

El doctor Kennedy lo despreciaba; despreciaba su aceitoso pelo negro, sus sobacos afeitados, sus piernas afeitadas. Al mismo tiempo, no podía culparle. La homosexualidad era un medio de subsistir. Los hombres se peleaban por Steven, partían sus raciones con él y le daban cigarrillos. El médico terminó por preguntarse: ¿Y qué es lo que resulta tan desagradable de ello al fin y al cabo? Si

uno piensa que el «sexo normal», resulta igualmente desagradable.

Su mano apergaminada tocó su escroto, pues la picazón que sentía aquella noche era excesiva. Involuntariamente se tocó los genitales. No sintió nada.

Recordó que eso le ocurría desde unos meses atrás. «Bueno —pensó—, se debe a la dieta de nutrición. Carece de importancia. Tan pronto consigamos comida adecuada y con regularidad, todo irá bien. A los cuarenta y tres años aún se es hombre».

Steven regresó con los accesorios precisos. El cuerpo fue puesto en una parihuela y sacado fuera. Luego cambió la única sábana. Pocos minutos después, en otra camilla trajeron a un nuevo paciente que ayudaron a colocar en la cama.

Automáticamente, el doctor tomó el pulso al hombre.

—Mañana romperá la fiebre. Es malaria.

—Sí, doctor —afirmó Steven, afectadamente—. ¿Le doy algo de quinina?

—¡Claro que ha de darle quinina!

—Lo siento, coronel —se excusó Steven, moviendo la cabeza—. Sólo preguntaba. Son ustedes, los médicos, los únicos que pueden autorizar las drogas.

—Bueno, déle quinina y, por amor de Dios, Steven, deje de hacerse pasar por una malhadada mujer.

—Está bien —los brazaletes de Steven sonaron al volverse hacia el paciente —. No es justo cebarse con una persona, doctor Kennedy, cuando ésta intenta hacer cuanto puede.

El doctor Kennedy se hubiera abalanzado contra Steven de no haber penetrado en la sala el doctor Prudhomme.

—Buenas noches, coronel.

—Hola.

El coronel se volvió hacia el doctor Prudhomme con gesto agradecido, pues comprendió que habría resultado estúpido destrozar a Steven.

—¿Todo bien?

—Sí. ¿Puedo hablar con usted un momento?

—Desde luego.

Prudhomme era un hombrecillo sereno, con pecho de gorrión y manos manchadas por los muchos años de trato con productos químicos. Su voz era profunda y suave.

—Hay dos apéndices para mañana. Uno acaba de llegar con carácter de urgencia.

—Bien. Los veré antes de irme.

—¿Quiere usted operar? —dijo Prudhomme, mirando al extremo opuesto de la sala, donde Steven mantenía un recipiente ante un hombre que vomitaba.

—Sí. Si tengo con qué hacerlo —contestó Kennedy.

Luego observó el oscuro rincón. A la media luz de la camuflada bombilla las largas y flexibles piernas de Steven se veían acentuadas como la curva de sus caderas dentro de sus pantalones cortos, muy ajustados.

Sintiendo el escrutinio de que era objeto, Steven levantó la vista. Sonrió.

—Buenas noches, doctor Prudhomme.

—Hola Steven —dijo el aludido con inusitada suavidad.

El doctor Kennedy vio con desazón que Prudhomme seguía mirando a Steven. Cuando éste se volvió hacia él, observó su desaliento y desprecio.

—¡Ah! De paso, acabé la autopsia de aquel hombre que apareció en el hoyo de una letrina. Muerte por asfixia —dijo complacido.

—Si uno encuentra a un hombre con la cabeza metida en un hoyo es más que probable que la muerte sea por asfixia.

—Cierto, doctor —dijo Prudhomme suavemente—. Escribí en el certificado de defunción: «Suicidio a causa de trastornos mentales».

—¿Lo han identificado?

—Sí. Esta tarde. Es un australiano. Un hombre llamado Gurble.

El doctor Kennedy se frotó el rostro.

—No pienso morir de ese modo tan nefando.

Prudhomme asintió y sus ojos volvieron hacia Steven.

—Estoy de acuerdo. Naturalmente, también han podido meterlo en el hoyo.

—¿Hay señales en el cuerpo?

—Ninguna.

El doctor Kennedy intentó evitar el ver cómo Prudhomme miraba a Steven.

—Crimen o suicidio, es un modo horrible. Supongo que jamás sabremos lo que fue.

—Se han efectuado amplias pesquisas esta tarde, tan pronto se supo de quién se trataba. Parece ser que hace unos días robó algunas raciones al personal de su barracón.

—¡Ah! Ya comprendo.

—Sea como fuere, yo diría que hizo méritos para ello, ¿no le parece?

—Supongo que sí.

El doctor Kennedy deseaba continuar la conversación, porque se sentía solo, pero Prudhomme seguía interesándose por Steven.

—Bueno, será mejor que haga mis rondas. ¿Quiere venir conmigo?

—Gracias, pero debo preparar a mis pacientes para la operación.

El doctor Kennedy salió de la sala y por el rabillo del ojo vio a Steven que pasaba por delante de Prudhomme rozándole, y cómo éste le sonreía abiertamente. Oyó la risa del primero y vio corresponderle íntimamente.

Aquella desvergüenza le aturdió. Su deber era regresar a la sala y denunciarles. Pero se hallaba tan cansado, que prefirió seguir su camino hasta el pórtico.

El aire estaba quieto, la noche era oscura y silenciosa, y la luna, como un arco de luz gigante, colgada de la inmensidad del cielo. Los hombres seguían transitando por la carretera, pero todos iban silenciosos. Todo parecía esperar la llegada del amanecer.

Kennedy miró las estrellas tratando de leer en ellas una respuesta a su pregunta constante. ¿Cuándo, oh, Señor, terminará esta pesadilla?

Pero no hubo respuesta.

Márlowe estaba en una de las letrinas para oficiales gozando de la belleza de un falso amanecer y de un movimiento de intestinos regulado. Lo primero era frecuente, lo segundo, no tanto.

Siempre era el último en la cola cuando iba a los retretes, en parte porque aún no se había acostumbrado a hacerlo al descubierto, ni a tener detrás suyo a otros que esperasen, y, también, porque resultaba distraído contemplar a los demás.

Los hoyos tenían un metro ochenta de profundidad y sesenta centímetros de diámetro, y estaban a siete metros de distancia unos de otros. Eran veinte hileras situadas en el principio del declive, con treinta hoyos por fila. Cada uno tenía una cubierta de madera y una tapa suelta.

En el centro del área había un solo asiento hecho de madera, según el tipo convencional destinado en exclusiva a los coroneles. Los demás tenían que agacharse, a estilo nativo, con los pies a ambos lados del agujero. No había

pantalla alguna y toda el área quedaba al descubierto bajo el firmamento.

En solitario esplendor, sentado, se hallaba el coronel Samson, sin otra prenda que su maltrecho sombrero de culi. Siempre lo llevaba, excepto cuanto se afeitaba la cabeza, se hacía masaje o se la frotaba con aceite de coco o ungüentos brujos para recuperar su pelo. Había cogido una enfermedad desconocida y todo el cabello de su cabeza se le cayó un día, incluso los pelos de las cejas y las pestañas. El resto de su cuerpo era peludo como un mono.

Otros hombres punteaban la zona, cada uno lo más alejado posible del otro. Todos llevaban consigo su cantimplora, y espantaban nubes de moscas.

Peter Marlowe se dijo otra vez que un hombre agachado y desnudo era la criatura más fea del mundo, quizá la más patética.

Si bien sólo se vislumbraba la promesa del nuevo amanecer en forma de resplandor, se veían dedos de oro extendidos en el aterciopelado firmamento. El frescor de la tierra, debido a la lluvia de la noche, hizo que la brisa se notara fría y delicada, llevando consigo el aroma salado del mar.

«Sí —se dijo satisfecho—, será un buen día». Cuando hubo acabado, se aseó con el agua, lo cual siempre hacía con la mano izquierda. La derecha era la de comer. Los nativos no se preocupaban de esas distinciones o sutilezas. Ellos usaban indeterminadamente las dos. Todos los prisioneros usaban agua, pues el papel, cualquiera que fuese era demasiado valioso. Excepto Rey, nadie tenía papel higiénico. Le había dado a Marlowe un pedazo, y éste a su vez, lo repartió entre los de su grupo como soberbio papel de fumar.

Marlowe volvió a sujetarse el *sarong* y regresó a su barracón a la espera del desayuno. Papilla de arroz y té flojo, como siempre, si bien el grupo disponía de un coco, regalo de Rey.

En muy poco tiempo la amistad con Rey alcanzó gran intimidad, cimentada sobre una base de alimentos, tabaco y ayuda. Rey había curado las úlceras tropicales de los tobillos de Mac con salvarsán, cosa que logró en dos días, cuando llevaban supurandolé dos años.

Aunque los tres aceptaban con agrado la riqueza y ayuda de Rey, Marlowe sentíase atraído hacia él, principalmente por su condición humana. La naturaleza del norteamericano rebosante de fortaleza y confianza, le hacía sentirse mejor y más fuerte, como si su mero trato fuera un mágico alimento.

—¡Es un brujo!

Involuntariamente, Peter Marlowe habló en voz alta.

La mayoría de los oficiales del barracón dieciséis seguían dormidos o acostados en sus literas a la espera del desayuno cuando entró. Marlowe sacó el coco de debajo de su almohada y cogió el raspador y su machete. Salió fuera y tomó asiento en un banco. De un golpe certero partió el fruto en dos mitades perfectas y vertió la leche en un pote. Luego empezó a raspar con cuidado una de las mitades del coco. Los hilos de carne blanca empezaron a caer en la leche.

Las raspaduras de la otra mitad las puso en otro recipiente, y una vez concluido las pasó a un pedazo de mosquitero. Luego lo exprimió cuidadosamente y el dulce zumo cayó en una taza. Aquel día tocaba a Mac añadir el zumo a su papilla de arroz.

Marlowe pensó nuevamente en lo maravilloso que era aquel alimento, tan rico en proteínas y carente de sabor. Así, una simple pizca de ajo lo convertía en esta liliácea, y si era un cuarto de sardina, quedaba transformado en semejante pescado con lo cual podrían dar sabor a muchas raciones de arroz.

El hambre y su entusiasmo por el coco, no le permitió oír a los guardianes que se acercaban. No se enteró de su presencia hasta que ya estuvieron en el umbral.

Yoshirna, el oficial japonés, rompió el silencio.

—Hay una radio en este barracón.

# VIII

Yoshima esperó durante cinco minutos a que alguien hablara. Encendió con calma un cigarrillo y el rascar de la cerilla pareció un trueno.

El primer pensamiento de Dave Daven fue: «¡Dios mío! ¿Quién ha sido el bastardo que nos ha denunciado? ¿Marlowe? ¿Cox? ¿Spence? ¿Los coroneles? ¡Ni siquiera Mac y Larkin saben lo que yo sé! ¡Señor! ¡Esto supone Outram Road!».

Cox parecía como petrificado. Apoyado contra la litera, observaba los ojos oblicuos de sus carceleros y sólo la fortaleza de los postes evitaba que se cayera.

El teniente coronel Sellars tenía a su cargo el barracón, y sus pantalones temblaban por el pánico cuando instantes después penetró en la estancia, seguido de su ayudante, el capitán Forest.

Saludó, con el rostro sonrojado y sudoroso.

—Buenos días, capitán Yoshima.

—No son buenos días. Hay un receptor aquí. Eso es contravenir las órdenes del ejército imperial japonés.

Yoshima era bajo, delgado y muy pulcro. Una espada samurai colgaba de su grueso cinturón. Sus botas, cuyas cañas le llegaban hasta las rodillas, resplandecían como espejos.

—No sé nada de eso. En absoluto —contestó Sellars—. ¡Usted! —Su dedo paralítico señaló a Daven—. ¿Sabe usted algo de eso?

—No, señor.

Sellars se encaró con todos los oficiales del barracón.

—¿Dónde está la radio?

Silencio.

—¿Dónde está la radio? —gritó casi histérico—. «¿Dónde está la radio?». ¡Ordeno que la entreguen inmediatamente! ¡Saben ustedes que todos somos

responsables del incumplimiento de las órdenes del ejército imperial!

Silencio.

—Les formaré consejo de guerra a todos —chilló—. Todos recibirán lo que merecen. ¡Usted! ¿Cómo se llama?

—Teniente aviador Marlowe, señor.

—¿Dónde está la radio?

—No lo sé, señor.

Sellars vio a Grey.

—¡Grey! Se supone que usted es el preboste. Si aquí hay un receptor es suya la responsabilidad y de nadie más. Debiera usted haberlo comunicado a las autoridades. Le formaré consejo de guerra y será registrado en su expediente.

—No sé de qué me habla, señor.

—¡Debiera usted saberlo, qué diablos! —chilló con el rostro desencajado.

Sellars caminó hacia donde estaban los cinco oficiales norteamericanos.

—¡Brough! ¿Qué sabe usted de eso?

—Nada. Y soy «capitán». Brough, teniente coronel.

—No le creo. Ésa es la clase de molestias que causan ustedes, los condenados norteamericanos. No son otra cosa que desechos indisciplinados.

—¡No acepto broncas de usted!

—¡No me hable así! ¡Diga «señor», y póngase firme!

—Soy el oficial norteamericano más antiguo y no acepto insultos de usted, ni de nadie. No hay radio alguna en el contingente norteamericano que yo sepa. No hay radio alguna en este barracón. Y si la hubiera, tan seguro como que hay infierno, que no se lo diría a usted, ¡teniente coronel!

Sellars se volvió jadeando hacia el centro del barracón.

—Entonces, ¡registraremos el barracón! ¡Cada uno al lado de su cama! ¡Atención! Que Dios ayude al hombre que la tenga. Yo mismo me cuidaré de que sea castigado hasta el límite de la ley. ¡Son ustedes unos cerdos rebeldes!

—Cállese, Sellars.

Todos se irguieron cuando el coronel Smeldy-Taylor penetró en el barracón.

—Hay una radio aquí y estaba intentando…

—Cállese.

El bien proporcionado rostro de Smeldy-Taylor aparecía tenso mientras caminaba hacia Yoshima, que contemplaba a Sellars con estupefacción y

desprecio.

—¿Qué pasa, capitán? —preguntó, aun sabiendo de qué se trataba.

—Hay una radio en el barracón. —Y Yoshima añadió con una sonrisita—: Según la convención de Ginebra, los prisioneros de guerra…

—Conozco el código perfectamente bien —contestó Smeldy-Taylor manteniendo sus ojos separados del lugar comprometedor—. Si cree usted que hay una radio aquí, sírvase hacer un registro. O, si sabe dónde está, sírvase cogerla y asunto terminado. Tengo mucho que hacer hoy.

—Su tarea es hacer cumplir la ley…

—Mi trabajo es hacer cumplir la ley civilizada. Si quiere usted citar la ley, entonces obedézcanla ustedes. Dennos la comida y suministros médicos a que tenemos derecho.

—Un día irá usted demasiado lejos, coronel.

—Un día estaré muerto. Quizá de apoplejía intentando hacer cumplir leyes ridiculas impuestas por administradores incompetentes.

—Informaré de su impertinencia al general Shima.

—Por favor, hágalo. Y pregúntele quién dio la orden de que cada hombre del campo cace veinte moscas al día, que deben ser recogidas, contadas y entregadas diariamente por mí en su oficina.

—Sus oficiales siempre se lamentan del porcentaje de muertos por disentería. Las moscas extienden la disentería.

—No tiene usted por qué recordarme las moscas o el porcentaje de muertos —dijo rudamente Smeldy-Taylor—. Dennos medicamentos y permiso para efectuar la limpieza adecuada en las áreas circundantes, y tendremos bien controlada toda la isla de Singapur.

—Los prisioneros no pueden hacer eso.

—«Su» tipo de disentéricos es antieconómico. «Su» porcentaje de malaria es alto. Antes de que llegaran ustedes, Singapur estaba libre de malaria.

—Quizá. Pero nosotros les vencimos a miles y les capturamos a miles. Ningún hombre de honor se deja capturar. Todos ustedes son animales y deberían ser tratados como tales.

—Sé que hay algunos prisioneros japoneses en el Pacífico.

—¿Dónde consiguió usted esa información?

—Rumores, capitán Yoshima. Usted sabe cómo sucede eso. Obviamente no

es digno preguntarlo. Como tampoco debe serlo que las flotas japonesas ya no estén en el mar, o que el Japón sea bombardeado, o que los norteamericanos hayan conquistado Guadalcanal, Guam, Rabaul y Okinawa, y que estén actualmente disponiéndose para un ataque al continente japonés…

—«¡Mentiras!».

La mano de Yoshima sacó dos centímetros y medio de su funda la espada samurai que colgaba de su cinto.

—¡Mentiras! El ejército imperial japonés está ganando la guerra y pronto habrá dominado Australia y América. Nueva Guinea está en nuestras manos y nos aproximamos a Sydney.

—I Naturalmente!

Smeldy-Taylor dio la espalda a Yoshima y miró a su alrededor en el barracón. Rostros blancos le devolvieron la mirada.

—Todos fuera, por favor —dijo quedamente.

Su orden fue obedecida en silencio.

Cuando el barracón estuvo vacío, se volvió a Yoshima.

—Por favor, efectúe su registro.

—¿Y si encuentro la radio?

—Eso está en manos de Dios.

Repentinamente, Smedly-Taylor sintió el peso de sus cincuenta y cuatro años. Se estremeció bajo la responsabilidad de su carga, pues, si bien estaba contento de servir, y de estar allí en un momento de necesidad, y contento de cumplir con su deber, ahora tenía que encontrar a un traidor. Semejante hombre merecía morir, igual que Daven moriría si se hallaba la radío. «Dios quiera que no la encuentre —pensó desesperadamente—, es nuestro único eslabón con la cordura. Si hay Dios en el cielo, que no la encuentre. ¡Piedad!».

Smedly-Taylor consideraba que Yoshima tenía razón en una cosa. Él no careció de valor para morir como un soldado en el campo de batalla o en la retirada, pero el recuerdo de los sucesos era como un cáncer en su alma. El recuerdo de la codicia, del poder lujurioso, y de las chapucerías que provocaron el derrumbe del Este y cientos de miles de muertes inútiles.

No obstante, de haber muerto, ¿qué hubiera sido de su amada Maisie, de sus hijos John, Lancer y Percy, que servían en las Fuerzas Aéreas, y de su hija Trudi, casada tan joven, en estado y ya viuda? La sola idea de no volverles a ver, ni

tocarles, o sentir el calor de nuevo, puso estremecimientos en su corazón.

—Eso está en manos de Dios —repitió otra vez, pero, como él, las palabras eran viejas y muy tristes.

Yoshima dio órdenes a cuatro guardianes, que retiraron las literas a los rincones del barracón e hicieron un claro. Entonces arrastraron la litera de Daven al espacio libre. Yoshima se acercó a ella y empezó a mirar los travesanos y las burdas tablas inferiores. Su investigación era meticulosa. Smedly-Taylor advirtió de repente que le favorecía el hecho de que los japoneses conocieran ya el lugar donde permanecía oculta. Recordó la noche, hacía meses, que vinieron a él. «Es responsabilidad de ustedes. Si les cogen será el final. No puedo hacer nada para ayudarles… nada —había dicho a Daven y Cox—. Si se descubre la radio, procuren no implicar a los demás. Resistan durante algún tiempo. Luego digan que "yo" autoricé la instalación, que yo les ordené hacerla». Después los despidió y bendijo a su modo y les deseó suerte. Y allí estaban todos empapados de mala suerte. Esperó impaciente a que Yoshima empezara a trabajar en el madero, odiando aquella agonía del gato y el ratón. Le era dable percibir la corriente de desesperación de los hombres en el exterior, pero nada podía hacer sino esperar.

Finalmente, Yoshima también se cansó del juego. El hedor del barracón le molestaba. Caminó hacia la litera para realizar una investigación a fondo. La estudió, pero sus ojos no encontraron los cortes. La examinó de más cerca y pasó sus largos y sensitivos dedos por la madera. No encontró nada.

Pensó que tal vez el informe había sido falso. Si bien resultaba improbable, pues aún no había pagado al traidor.

Gruñó una orden y un guardián coreano sacó su bayoneta. Se la dio.

Yoshima golpeó el tablero y escuchó el clásico ruido a hueco. ¡Ahora la tenía! Volvió a golpear. Otra vez sonó a hueco. Pero era incapaz de encontrar las grietas. Enojado clavó la bayoneta en la madera. La tapa saltó.

—¡Ya está!

Yoshima sintióse orgulloso de haber hallado la radio. Su general estaría contento. Seguro que le asignaría el mando de una unidad de combate por negarse a pagar a traidores.

Smedly-Taylor se maravilló de la ingenuidad del escondite y de la paciencia del hombre que lo hizo. «Debo recomendar a Daven —pensó—. Es algo que está

por encima y más allá de la llamada del deber. Lo recomendaré».

—¿A quién pertenece esta litera? —preguntó Yoshima.

Smedly-Taylor se encogió de hombros y siguió simulando, luego se dirigió al exterior para averiguarlo.

Yoshima lamentó de veras que Daven tuviera sólo una pierna.

—¿Quiere un cigarrillo? —le ofreció el paquete de «Kooas».

—Gracias.

Daven aceptó el cigarrillo y que se lo encendiera, pero no gozó el sabor del tabaco.

—¿Cómo se llama? —preguntó Yoshima.

—Capitán Daven, Infantería.

—¿Cómo perdió usted su pierna, capitán Daven?

—Fui…, fui tocado por una mina. En Johore, en la parte norte de la batalla.

—¿Hizo usted la radio?

—Sí.

Smedly-Taylor rechazó su sentimiento de temor.

—Ordené al capitán Daven que la hiciera. Es responsabilidad mía. Seguía mis instrucciones.

Yoshima miró a Daven.

—¿Es verdad eso?

—No.

—¿Quién más sabe lo de la radio?

—Nadie. Fue idea mía, y yo la hice. Solo.

—Por favor, siéntese, capitán.

Yoshima miró despreciativamente a Cox, que se hallaba sentado y sollozaba de horror.

—¿Cómo se llama?

—Capitán Cox —dijo Daven.

—Mírele. Resulta despreciable.

Daven tiró el cigarrillo.

—Yo tengo tanto miedo como él.

—Usted lo domina. Usted tiene valor.

—Yo tengo más miedo que él.

Daven se esforzó en llegar hasta Cox, y se sentó con dificultad a su lado.

—Todo va bien, Cox, viejo —dijo compasivo, poniendo su mano sobre su hombro—. Todo va bien.

Entonces levantó la vista hacia Yoshima.

—Cox ganó la Cruz Militar en Dunquerque antes de cumplir los veinte años. Él es otro hombre ahora. El hombre que ustedes, bastardos, han construido en tres años.

Yoshima sofocó su deseo de golpear a Daven. Delante de un «hombre», aunque fuese un enemigo, exigía un código. Se volvió hacia Smedly-Taylor y le ordenó que separara los seis hombres de las literas más próximas a las de Daven, y que los demás esperaran formados, bajo vigilancia, hasta nueva orden.

Los seis quedaron en pie ante Yoshima. Sólo Spence sabía lo de la radio, pero él, igual que los demás, lo negó.

—Recojan las literas y síganme.

Daven cogió su muleta y Yoshima le ayudó a ponerse de pie.

—Gracias.

—¿Quiere otro cigarrillo?

—No, gracias.

Yoshima vaciló.

—Me sentiría honrado si usted aceptara el paquete.

Daven se encogió de hombros y lo tomó. Fue a su rincón y se agachó para coger su pierna de hierro.

Yoshima dio una orden, y uno de los guardianes coreanos alzó la pierna y ayudó a Daven a sentarse.

Sus dedos eran firmes cuando se la colocaba; luego se puso de pie, cogió sus muletas y las miró un momento. Finalmente las tiró a un rincón.

Se acercó a la litera y miró la radio.

—Estoy muy orgulloso de ella —dijo.

Después de saludar a Smedly-Taylor, se encaminó al exterior.

Una pequeña procesión desfiló en medio del silencio de Changi. Yoshima la conducía, y cronometraba la velocidad de la marcha según el paso de Daven. Detrás iba Smedly-Taylor seguido de Cox, anegado en lágrimas e indiferente a ellas. Los otros dos guardianes custodiaron a los hombres del barracón dieciséis.

Esperaron once horas.

Smedly-Taylor regresó con los seis oficiales seleccionados.

Daven y Cox no volvieron. Se quedaron en el cuartel de los guardianes hasta el día siguiente, que serían trasladados a Outram Road.

Los otros que aguardaban formados fueron despedidos.

Marlowe tenía dolor de cabeza debido a la insolación. Fue dando trompicones hasta el barracón, y después de una ducha, Larkin y Mac le hicieron masajes en la cabeza y le dieron alimento. Cuando acabaron, Larkin salió y se sentó al lado de la carretera, Marlowe lo hizo de cuclillas en el umbral sin puerta, y de espaldas a la estancia.

La noche se cernía sobre el horizonte. Había una inmensa soledad en Changi y los hombres que caminaban arriba y abajo parecían más que perdidos.

Mac bostezó.

—Me voy dentro. Me acostaré temprano.

—Conforme, Mac.

Mac dispuso la mosquitera sobre su cama y la sujetó por debajo del colchón. Se enrolló un trapo alrededor de la frente para protegerse del sudor, y luego, sacó la cantimplora de Marlowe de su funda de fieltro, y abrió la falsa base. Separó la cubierta de la base de su propia cantimplora, y, cuidadosamente, puso una encima de otra. Dentro de cada una de ellas había un enredo de alambres, condensadores y tubos.

De la cantimplora superior extrajo con el mismo cuidado un enchufe de seis bornes con su completo de alambres y lo acopló diestramente en la cantimplora del medio, que era la de Larkin. Luego conectó otro de cuatro bornes de esta cantimplora al casquete de la última.

Sus manos temblaban y sus rodillas se estremecían, pues hacerlo a media luz, tendido sobre un codo para ocultar las cantimploras con su cuerpo, resultaba muy penoso.

La noche se enseñoreó del firmamento, empeorando la dificultad. Los mosquitos empezaron sus ataques.

Cuando las cantimploras estuvieron unidas, Mac distendió su espalda dolorida y secó sus húmedas manos. Luego cogió el auricular de su escondite en la cantimplora superior y comprobó las conexiones para asegurarse de que eran perfectas. Toda la parte alámbrica se hallaba también en la cantimplora superior. La desenroscó y comprobó que las agujas seguía bien soldadas. Una vez más secó su sudor, y, rápidamente, revisó las conexiones, pensando mientras lo hacía

que, aparentemente, la radio seguía tan nueva y limpia como cuando la acabó secretamente en Java, mientras Larkin y Marlowe vigilaban, hacía dos años.

Habían necesitado seis meses para diseñarla y construirla.

Sólo pudo usar la mitad inferior de cada recipiente, pues la parte superior debía de contener agua. Así, no sólo tuvo que comprimir la radio en tres diminutas y rígidas unidades, sino que hubo de montar las unidades en envases sin fugas, y soldarlas.

Los tres habían conservado sus cantimploras durante dieciocho meses, en previsión de un día como aquél.

Mac se puso de rodillas y conectó dos agujas a los cables de la luz que pendía del techo. Entonces se aclaró la garganta.

Marlowe se levantó para comprobar que nadie estuviera cerca. Rápidamente, aflojó la bombilla y encendió el interruptor. Luego se fue otra vez al portal y montó guardia. Vio que Larkin seguía en su sitio guardando el otro lado e hizo la señal de todo despejado.

Mac dio el volumen, cogió el auricular y escuchó.

Los segundos se volvieron minutos. Marlowe, alarmado, daba vueltas alrededor de la puerta, mientras oía gemir a Mac.

—¿Qué pasa Mac?

Éste sacó la cabeza de la mosquitera, con el rostro ceniciento.

—No funciona —dijo—. La maldita no funciona.

# SEGUNDA PARTE

# IX

Seis días más tarde Max arrinconó una rata en el barracón norteamericano.

—Mira la hija de perra —dijo Rey—. ¡Es la rata más grande que jamás he visto!

Todos la rodearon. Max tenía una escoba de bambú en la mano. Tex un palo de *baseball*, Marlowe otra escoba, y los demás palos y cuchillos.

Sólo Rey permanecía desarmado, pero sus ojos miraban la rata, presto a quitarse de su camino. Estaba en su rincón charlando con Marlowe, cuando Max empezó a gritar. Esto sucedió inmediatamente después del desayuno.

—¡Vigilad fuera! —gritó al prever que la rata buscaría la libertad.

Max le atizó salvajemente, pero erró. Otra escoba le dio un golpe que la hizo volverse de espaldas un momento. La rata giró rápidamente, corrió hacia el otro rincón y regresó; siseaba, escupía y mostraba sus dientes de aguja.

—¡Diantre! —exclamó Rey—. Creí que la bastarda se escapaba esta vez.

La rata medía cerca de treinta centímetros de largo, y su cola sin pelo, tan gruesa como la base del dedo pulgar de un hombre, otro tanto.

Sus ojos diminutos giraban de derecha a izquierda buscando la escapatoria. Era parda y asquerosamente sucia. La cabeza terminaba en un hocico agudo, boca estrecha y dientes incisivos grandes, muy grandes. Pesaría unos novecientos gramos. Era maligna y muy peligrosa.

Max respiraba con dificultad por el esfuerzo mientras vigilaba al roedor.

—¡Por Júpiter! Odio las ratas. Odio incluso mirarlas. Matémosla. ¿Dispuestos?

—Un momento, Max —dijo Rey—. No hay prisa. Quiero ver qué hace.

—Intentará fugarse otra vez, eso es lo que hará —contestó Max.

—Ya lo evitaremos. ¿Qué prisa hay? —Rey volvió a mirarla y sonrió—. Estás perdida, hija de perra. Estás muerta.

Como si entendiera, miró a Rey enseñándole los dientes. Pero el ruido de golpes y gritos la hizo volver a recular.

—Esa bastarda os destrozará si os clava los dientes. No sabía que fueran tan veloces.

—¡Eh! —dijo Tex—. Podríamos quedárnosla.

—¿De qué hablas?

—Conservarla como mascota. Así, cuando no tuviéramos nada que hacer la podríamos soltar y darle caza.

—Hombre, Tex —repuso Dino—. Quizá tengas razón. ¿Quieres que hagamos como en los viejos tiempos, con las zorras?

—Ésa es una idea piojosa —exclamó Rey—. Conforme en matar a la bastarda. No hay necesidad de torturarla, aunque sea una rata. No os ha hecho ningún daño.

—Puede. Pero las ratas son como un veneno. No tienen derecho a vivir.

—Seguro que sí —dijo Rey—. Las ratas se comen la basura y hacen lo mismo con los microbios. Si no fuera por ellas el mundo sería un montón de podredumbre.

—¡Demonios! —opinó Tex—. Las ratas arruinan las cosechas. Quizás ésta es la que desfondó el saco de arroz. Su vientre está bien lleno.

—Sí —contestó Max malévolo—. Se llevaron casi trece kilos y medio una noche.

La rata saltó de nuevo en busca de la libertad. Rompió el círculo y voló hacia el fondo del barracón. Sólo por milagro consiguieron arrinconarla. Una vez más los hombres la rodearon.

—Nunca acabaremos. La próxima vez quizá no tengamos tanta suerte —dijo Rey, pero, repentinamente, tuvo una inspiración.

—¡Esperen un momento! —gritó mientras todos se acercaban al rincón.

—¿Qué ocurre?

—Tengo una idea. —Se volvió a Tex—. Traiga una manta, rápido.

Tex corrió a su cama y sacó la manta.

—Ahora —indicó Rey—, usted Max extienda la manta y cácenla.

—¿Cómo?

—La quiero viva. Vamos —apremió.

—¿Con «mi» manta? ¿Está loco? ¡Es la única que tengo!

—Ya le proporcionaré otra. ¡Cácenla!

Todos miraron a Rey. Tex se encogió de hombros. Él y Max cogieron la manta como si fuera una pantalla y empezaron a convergir hacia el rincón. Los otros mantuvieron sus escobas a punto para asegurarse de que no escaparía. Tex y Max se lanzaron de repente, y la rata quedó entre los pliegues. Sus dientes y garras entraron en acción, pero en medio del bullicio Max enrolló la manta e hizo una enorme pelota. Los demás se mostraban exaltados y gritaban contentos por la captura.

—¡Silencio! —ordenó Rey—. Max, asegúrese de que no se escape. Tex, enchufe la Java. Tomaremos café.

—¿Cuál es la idea? —preguntó Marlowe.

—Es demasiado buena para decirla de golpe. Tomaremos café entretanto.

Mientras se bebían el café, Rey se puso de pie.

—Bien muchachos, escuchen. Tenemos una rata, ¿está claro?

—Desde luego —dijo Miller perplejo como los demás.

—No tenemos comida, ¿no es así?

—Cierto.

—¡Señor! —exclamó Marlowe espantado—. ¿No insinuará que nos la comamos?

—¡Naturalmente que no! —contestó Rey.

Su cara destelló como la de un serafín.

—«No vamos» a comerla. Hay gente de sobra a quienes les gustaría comprar carne…

—¿Carne de rata? —El ojo de Byron Jones III se movió majestuosamente.

—No sabe lo que se dice. ¿Acaso cree que alguien compraría carne de rata? Claro que no —dijo Miller impaciente.

—Claro que nadie la comprará si saben que es de rata. Pero supongamos que lo ignoran.

Rey dejó que se filtraran sus palabras en las mentes. Luego continuó:

—Supongamos que no lo decimos a nadie. La carne tendrá el aspecto de cualquier otra. Diremos que es conejo…

—No hay conejos en Malaya, viejo —indicó Marlowe.

—Bueno, piensen en un animal que, aproximadamente, sea del mismo tamaño.

—Quizá —dijo Marlowe después de un momento de reflexión— podríamos llamarla ardilla…. O, ¡ya sé! —se animó—. Venado. Eso es, venado.

—¡Pardiez! ¡Que el venado es mucho mayor! —dijo Max sujetando la manta —. Cacé uno en Alleghenies.

—No me refiero a ese tipo de venado. Quiero decir *rusa tikus.* Son pequeños, de unos ocho centímetros de altura y pesan novecientos gramos. Son casi del mismo tamaño de una rata. Los nativos lo consideran un requisito. —Rió—. *Rusa tikus* traducido significa «venado ratón».

Rey se frotó las manos optimista.

—¡Estupendo! —Miró alrededor de la estancia—. Venderemos ancas de *rusa tikus.* Y no será mentira.

Todos rieron.

—Ahora que hemos reído, matemos la condenada rata y vendamos sus condenadas piernas —dijo Max—. La bastarda conseguirá huir dentro de poco. ¡Y yo quiero que me muerda!

—Tenemos una rata —siguió Rey sin hacerle caso—. Todo cuanto debemos hacer es averiguar si es macho o hembra. Entonces cazamos lo contrario, las ponemos juntas, y ya estamos metidos en negocio.

—¿Negocio? —preguntó Tex.

—Desde luego. —Rey miró a su alrededor con gesto feliz—. Hombre, empezaremos el negocio de la cría. Vamos a montar una granja de ratas. Con los beneficios podemos comprar pollos… y que los campesinos coman *tikus.* Siempre que ninguno se vaya de la lengua, claro está.

Hubo un silencio. Luego Tex dijo débilmente.

—Pero, ¿dónde vamos a tener las ratas mientras críen?

—En la trinchera del refugio. ¿Dónde si no?

—La trinchera es el refugio antiaéreo. Quizá no podamos usarla.

—Pondremos una valla en un extremo. Sólo ocuparemos el espacio suficiente para tener las ratas dentro. —Sus ojos chispearon—. Piensen. Cincuenta de estas gordas ratas por semana para vender. Es una mina de oro. Ya saben el viejo dicho, se crían como ratas…

—¿Cada cuánto se reproducen? —preguntó Miller.

—Lo ignoro. ¿Lo sabe alguien? —Rey esperó, pero todos sacudieron la cabeza—. ¿Dónde diablos podríamos averiguar sus costumbres?

—Lo sé —dijo Marlowe—. En la clase de Vexley.

—¿Cómo?

—En la clase de Vexley. Enseña botánica, zoología y toda esas cosas. Podríamos preguntárselo.

Se miraron unos a otros pensativos. Repentinamente empezaron a vitorear. Max casi soltó la rata, y los demás le gritaron: «¡Cuidado con el oro, zafio bastardo!». «¡No dejes que se vaya, por mil diablos!». «¡Vigílala, Max!».

—Ya lo hago.

Max ahogó los griteríos y se dirigió a Marlowe.

—Es un oficial y tiene razón. Iremos al colegio.

—¡Oh, no! No irán —dijo Rey—. Tienen trabajo.

—¿Cuál?

—Cazar otra rata. No importa su sexo. Peter y yo conseguiremos la información. Ahora acomodemos ésta.

Tex y Byron Jones III prepararon espacio en la trinchera cavada debajo del barracón. Medía un metro ochenta, de profundidad, un metro veinte de ancho y un metro noventa de largo.

—¡Formidable! —exclamó Tex excitada—. Hay sitio para millares de ratas.

Necesitaron unos cuantos minutos para idear una puerta eficiente. Tex fue a robar alambre de gallineros mientras Byron Jones III se encargaba de la madera. Jones sonrió al recordar unos cuantos hermosos pedazos pertenecientes a un grupo de ingleses no muy cuidadosos. Cuando Tex regresó, tenía ya hecho el armazón. Los clavos salieron del tejado del barracón, y el martillo fue también «prestado» por un mecánico que se lo descuidó en el garaje hacía meses, junto con alicates y otros utensilios.

Cuando la puerta estuvo dispuesta y acabada, Tex fue en busca de Rey.

—Bien —aprobó éste mientras la inspeccionaba—. Muy bien.

—Maldito si sé cómo la han hecho —exclamó Marlowe—. Han trabajado muy aprisa.

—Si uno tiene trabajo lo hace. Así somos los norteamericanos.

Rey indicó a Tex que fuera en busca de Max.

Éste descendió a la trinchera y se unió a ellos. Cautelosamente, dejó caer la rata en su jaula, que, enloquecida, se revolvió en busca de un lugar por donde huir, y finalmente, se quedó en un rincón, produciendo un violento siseo.

—Parece muy robusta —sonrió Rey.

—Hemos de ponerle un nombre —dijo Tex.

—Es fácil. Se llamará *Adán.*

—¿Y si es hembra?

—Entonces *Eva.* —Rey salió al exterior—. Vamos a informarnos, Peter.

La clase del jefe de escuadrón Vexley ya había empezado cuando al fin averiguaron dónde se daba.

—¿Qué desean? —preguntó Vexley sorprendido de que Rey y un joven oficial estuvieran de pie por delante del barracón, contemplándole.

—Pensamos —empezó Marlowe— que podríamos asistir a sus clases. Naturalmente, si no interrumpimos —añadió rápido.

—¿Desean asistir a mi clase?

Vexley sintióse aturdido. Era un hombre enjuto, con un solo ojo sano y rostro de pergamino; lleno de cicatrices causadas por las llamas que consumieron el último bombardero que pilotara. Su clase tenía cuatro alumnos que no mostraban interés alguno. Y si Vexley continuaba ejerciendo como profesor se debía a su propia indecisión pues le era más fácil simular su éxito que renunciar. Al principio se había entusiasmado, luego su actitud fue de fingimiento. No obstante, si renunciaba a las clases la vida no tendría objeto para él.

Hacía tiempo que en el campo funcionaba una especie de Universidad. La Universidad de Changi. El mando la consideró «buena para la tropa». Resultaba conveniente hacer algo. «Haced que mejoren su cultura, forzadlos a que estén ocupados y no se meterán en líos».

Hubo cursos de idiomas, arte e ingeniería. En aquel mosaico de diez mil hombres siempre había uno que dominaba una asignatura.

Les enseñaban todas las disciplinas del saber. Era una gran oportunidad de horizontes amplios, donde podían aprender un oficio y prepararse para cuando llegara el utópico fin de aquella condenada guerra y las cosas volvieran a su cauce normal. Así, la Universidad fue ateniense: sin aulas. Sólo se precisaba un maestro que encontrara un lugar sombreado y agrupara a su alrededor a los estudiantes.

Pero los prisioneros de Changi eran hombres ordinarios, que preferían sentarse sobre sus nalgas y decir: «Mañana asistiré a una clase».

Si lo hacían, tan pronto se percataban de que el saber se adquiere con

dificultad, faltaban a una y otra clase, y, entonces, decían: «Iré mañana. Mañana empezaré a transformarme en lo que quiero ser después. No debo perder el tiempo. Mañana empezaré».

Pero en Changi, como en cualquier otra parte, no existía el mañana.

—¿De verdad quieren asistir a mi clase? —preguntó Vexley incrédulo.

—¿No le molestamos, señor? —inquirió Rey, con acento cordial.

Vexley se levantó con creciente interés y les hizo lugar en la sombra.

Aquella sangre nueva le causó gozo. ¡Y nada menos que Rey! ¡Vaya pesca! ¡Rey en «su» clase! Quizá llevaría algunos cigarrillos…

—Encantado, muchacho, encantado. —Estrechó la mano que Rey le tendía amablemente—. Jefe de escuadrón Vexley.

—Celebro conocerle, señor.

—Teniente aviador, Marlowe —dijo éste mientras le estrechaba la mano.

Vexley esperó nervioso hasta que se sentaron y, distraído, presionó un pulgar contra el dorso de la otra mano, contando los segundos que tardaba en llenarse el hoyo de una cicatriz. «La clase tenía sus compensaciones», pensó. Mientras observaba la piel y el hueso recordó las ballenas y su ojo saltón se iluminó.

—Bueno, hoy hablaré de ballenas. ¿Saben algo de las ballenas? —dijo extático al mismo tiempo que Rey saca un paquete de «Kooas» y le ofrecía uno.

Rey pasó el paquete por toda la clase.

Los cuatro estudiantes aceptaron los cigarrillos y se movieron para facilitarles más espacio. Se preguntaron por qué demonios Rey estaba allí, si bien eso carecía de importancia. Lo realmente bueno era que acababa de darles un verdadero cigarrillo.

Vexley empezó su conferencia sobre las ballenas. Amaba a las ballenas. Las amaba mucho.

—Las ballenas son sin lugar a dudas las mayores criaturas que la Naturaleza ha creado —dijo muy complacido de la resonancia de su voz, al mismo tiempo que percibía el fruncimiento de Rey—. ¿Quiere formular alguna pregunta? —inquirió ansioso.

—Bueno…, sí. Las ballenas son interesantes, pero, ¿y las ratas?

—¿Cómo dice? —preguntó Vexley, cortés.

—Es muy interesante lo que dice usted de las ballenas, señor —dijo Rey—. Simplemente pensaba en las ratas, eso es todo.

—¿En las ratas?

—Pensaba si usted sabría algo de ellas.

Tenía mucho trabajo y no quiso darle vueltas al asunto.

—Lo que él pregunta —intervino Marlowe—, es que si las ballenas son casi humanas en cuanto a sus reflejos, ¿sucede lo mismo con las ratas?

Vexley sacudió la cabeza y dijo disgustado:

—Los roedores son totalmente distintos a las ballenas.

—¿En qué se diferencian? —preguntó Rey.

—Hablé de las ratas en la primavera —dijo Vexley tozudamente—. Son bestias desagradables. No hay nada en ellas que pueda gustar. Nada. Bien, seguiremos con la ballena azul. También existe la ballena gigante, que tiene más de treinta metros de largo y puede pesar hasta ciento cincuenta toneladas. Es la mayor criatura viva que existe en la Tierra. El animal más poderoso. Sus hábitos de procreación —añadió Vexley rápidamente, pues sabía que una charla sobre la vida sexual siempre mantenía la clase atenta—, resultan maravillosos. El macho empieza su titilación soplando gran cantidad de agua en forma de surtidor. También la tira con su cola sobre la hembra, que espera paciente en la superficie del océano. Luego se zambulle y surge de nuevo, inmenso, vasto, enorme y vuelve a aplastarse atronadoramente, convirtiendo el agua en espuma que salpica la superficie. —Bajó la voz sensualmente—. Entonces se desliza hacia la hembra y empieza a tocarla con sus aletas…

Pese a su ansiedad por las ratas, incluso Rey escuchaba con atención.

—Interrumpe la seducción y vuelve a zambullirse, dejando a la hembra que jadea en la superficie. —Vexley hizo una pausa dramática—. Pero no, no la deja. Desaparece durante una hora en las profundidades del océano, quizá para recuperar fuerzas, y entonces emerge de nuevo entre montañas de agua y cae igual que un trueno en medio de una monstruosa nube pulverizada. Da más y más vueltas alrededor de la hembra, la abraza con ambas aletas y la presiona con fuerza hasta el agotamiento.

Vexley terminó agotado también, ante la magnitud del espectáculo de la procreación de gigantes.

Siguió presuroso:

—La procreación tiene lugar hacia julio, en aguas calientes. El bebé pesa cinco toneladas al nacer y mide unos nueve metros de largo. Piensen eso.

Vexley continuó describiendo la cría del ballenato durante seis meses por la madre, que lo amamanta con dos monstruosas ubres situadas hacia la parte posterior de su vientre.

—Como indudablemente imaginarán ustedes, la prolongada succión debajo del agua tiene sus problemas.

—¿Amamantan las ratas a sus pequeños? —saltó veloz Rey.

—Sí —contestó el jefe de escuadrón sintiéndose desgraciado—. Ahora, volviendo a los ambargris…

Rey suspiró abatido y escuchó a Vexley que habló sobre los ámbar-gris, ballenas con dientes, blancas, con pico de ganso, pigmeas, asesinas, con hocico en forma de botellas, grises, y así hasta acabar con toda la gama. Para entonces todos los alumnos, excepto Marlowe y Rey, se habían marchado. Cuando Vexley hubo terminado, Rey dijo simplemente:

—Quiero que me ilustre sobre las ratas.

Vexley gimió.

—¿Ratas?

—Tenga un cigarrillo…

# X

—Atención, muchachos —dijo Rey.

Esperó hasta que el barracón estuvo en silencio y la puerta guardada.

—Han surgido problemas.

—¿Grey?

—No. Sobre nuestra granja. —Rey se volvió a Marlowe que se hallaba sentado en el borde de una cama—. Cuéntelo, Peter.

—Bien. Parece ser que las ratas…

—Cuéntelo desde el principio.

—¿Todo?

—Desde luego. Amplíe los conocimientos. Así imaginaremos nuevas perspectivas.

—Conforme. Encontramos a Vexley, que nos habló de las *ratlus norvegicus*, o rata noruega, conocida también por la *mus decumanus.*

—¿Qué clase de charla es ésa? —preguntó Max.

—Latín, diablos. Cualquier ignorante lo sabe —repuso Tex.

—¿Sabe usted latín, Tex?

—¡Diablos, no! Pero esos nombres tan locos son siempre latinajos.

—¡Por Júpiter, muchachos! —exclamó Rey—. ¿Quieren saberlo o no quieren saberlo?

Entonces indicó a Marlowe que continuase.

—Sea como sea, Vexley las describió detalladamente, con pelos, sin pelos y pesando cada una unos cuatro kilos, si bien la corriente es de unos dos en esta parte del mundo. Las ratas procrean en cualquier época…

—¿Qué diablos significa eso?

—Que el macho monta sobre cualquier rata poco recatada —explicó Rey con voz imperiosa—, y que no hay temporadas.

—Igual que nosotros, ¿no es eso? —amplió Jones complacido.

—Sí, supongo que sí —contestó Marlowe—. Sea como sea, la rata macho está siempre a punto y la hembra puede tener doce alumbramientos al año, y unas doce crías cada vez. Los pequeños nacen ciegos e ineptos veinte días después, y abren sus ojos a los catorce o diecisiete días y a los dos meses se vuelven sexuales. Sirven durante dos años y envejecen a los tres.

—¡Vaca sagrada! —exclamó Max, en medio del profundo silencio—. Seguro como hay infierno que tendremos problemas. Si los jóvenes sirven a los dos meses, y conseguimos doce, digamos para hacer cifras redondas, diez por alumbramiento, imaginen ustedes. Supongan que tenemos diez el día uno, y otros diez el día treinta. El día sesenta las primeras cinco parejas ya tendrán cincuenta. El día noventa serán cinco parejas criando y otros cincuenta. El día veintiuno serán dos grupos de cincuenta, más otros cincuenta y otros cincuenta, y luego otra tanda de dos veces cincuenta. ¡Por Júpiter! Esto hace seis veces cincuenta en cinco meses. Al mes siguiente tendremos cerca de seis mil quinientas…

—¡Diablos! ¡Eso es una mina de oro! —exclamó Miller rascándose furiosamente.

—¡El infierno! —apostrofó Rey no sin algo de cálculo—. No podemos juntarlas todas. Son caníbales. Eso significa que debemos separar los machos de las hembras, excepto cuando sea preciso. De lo contrario se estarían peleando continuamente. Luego hay que separar machos de machos y hembras de hembras.

—Pues los separamos. ¿Qué tiene de inconveniente?

—Nada, Max —contestó Rey—. Para eso necesitamos jaulas y organizar la cosa. Y no resultará fácil.

—¡Diablos! —intervino Tex—. Podemos construir un almacén de jaulas; no causa sudor.

—¿Lo cree usted, Tex? ¿Acaso podremos mantener la granja en secreto, mientras construimos el almacén?

—No veo por qué no.

—Otro cosa —dijo Rey.

Se sentía complacido con los hombres, y aún más complacido con el proyecto. Aquel negocio era producto de su ingenio.

—Comerán algo, vivo o muerto. Luego ya tenemos problemas de alimentación.

—Son criaturas asquerosas y se cogerán al cieno —contestó Byron Jones III —. Tenemos ya suficiente porquería aquí para que pongamos más debajo de nuestro barracón. Y también son portadoras de plagas.

—Quizás ésta sea un tipo especial, como ocurre con los mosquitos que propagan la malaria —añadió Dino con sus ojos oscuros mirando de uno en uno a todos los reunidos.

—Desde luego. Las ratas son portadoras de plagas —afirmó Rey encogiéndose de hombros—. Y llevan un montón de enfermedades humanas. Pero eso no puede significar nada. Ganaremos una fortuna con la empresa, y ustedes, bastardos, cuanto hacen es calcular negativos. ¡Eso no es americano!

—Bueno, ¡pardiez! Esa plaga muerde. ¿Qué pasa si están infectadas? —preguntó Miller. Rey se puso a reír.

—Pregunté a Vexley y contestó: «Eso lo averiguaría pronto. No tardaría en morir». Pero, ¡demonios!, son como polluelos. Se las limpia, se las alimenta bien y se las tiene en un buen almacén. Entonces no hay de qué preocuparse.

Se extendieron sobre la granja, sus peligros y ganancias, y todos comprendieron lo último. Luego pasaron a examinar los problemas relacionados con una operación de tanta envergadura. Y fue entonces cuando Kurt entró en el barracón con otra manta que se movía.

—Cogí otra —dijo cariacontecido.

—¿Sí?

—Sí. Mientras ustedes charlan, yo trabajo. Es una perra. Kurt escupió en el suelo. —¿Cómo lo sabe?

—La miré. Vi las suficientes en la marina mercante para saberlo. Y la otra es un macho. También lo miré.

Todos bajaron al refugio y observaron cómo Kurt ponía a *Eva* en la jaula. Inmediatamente las dos ratas se unieron, y los hombres tuvieron que contenerse para no gritar. El primer alumbramiento estaba en marcha. Luego decidieron que Kurt debía de ser el encargado, y éste se sintió feliz.

Su mente veía un negocio claro, por lo tanto, se cuidaría de las ratas. La comida era la comida. Kurt pensó que así subsistiría como cualquier otro bastardo.

# XI

Veintidós días después *Eva* dio a luz. En la próxima jaula, *Adán* atacaba la tela metálica con tal furia que la hubiera destrozado si Tex no lo evita a tiempo. *Eva* amamantaba a los pequeños. Se llamaron *Caín, Abel, Grey y Allilihа; Beulah, Mabel, Junt, Princesa y Princesita; Gran Mabel, Gran Junt* y *Gran Beulah.* Dar nombre a los machos fue fácil. Ninguno de aquellos hombres consintió que el nombre de la novia, hermana o madre fuera impuesto a las hembras. Incluso el de la suegra guardaba relación con el pasado de cada uno. Así, necesitaron cinco días para acordar el nombre definitivo de *Beulah y Mabel.*

Cuando las crías tuvieron quince días, se les puso en jaulas separadas. Rey, Marlowe y Max decidieron que *Eva* siguiera sola hasta el amanecer para que se recuperara, luego la juntaron con *Adán.* Pronto supieron que no tardaría en ser madre otra vez.

—Peter —dijo Rey mientras subían por la trampa hacia el barracón—. Nuestra fortuna está hecha.

Rey había ideado aquella trampa pensando que tantos viajes al subterráneo del barracón excitarían la curiosidad. Era vital para el éxito de la granja que se mantuviera el secreto. Incluso Mac y Larkin ignoraban la nueva industria.

—¿Dónde están los hombres hoy? —preguntó Marlowe cerrando la puerta de la trampa.

Sólo Max se hallaba en el barracón tumbado en su litera.

—Algunos han sido mandados a una partida de trabajo, Tex está en el hospital y los demás andan por ahí, despejándose.

—Creo que yo también voy a despejarme. Déme algo en que pensar.

Rey bajó la voz.

—Tengo algo para que usted piense. Mañana por la noche iremos al poblado.

Acto seguido gritó a Max:

—¡Eh, Max! ¿Conoce a Prouty, el comandante australiano del barracón once?

—¿El viejo? Desde luego.

—No es viejo. No tiene más de cuarenta.

—A mis años tener cuarenta es ser tan viejo como Matusalén. Necesito dieciocho para alcanzarle.

—Le deseo esa suerte —contestó Rey—>… Vea a Prouty. Dígale que yo le mando. —¿Y…?

—Y nada. Sólo verle. Y asegúrese de que Grey ni sus ojos estén cerca.

—En marcha —exclamó Max de mala gana, al mismo tiempo que los dejaba solos.

Peter Marlowe miraba al otro lado de la alambrada buscando la costa.

—Empezaba a preguntarme si había cambiado de idea.

—¿Llevarle conmigo?

—Sí.

—No se preocupe, Peter. —Rey apartó el café y le tendió un cubilete—. ¿Quiere comer conmigo?

—No entiendo cómo diablos lo hace —gruñó Marlowe—. Todos pasan hambre y usted me invita a comer.

—Tengo algo de *katchang idju.*

Rey abrió la negra despensa, cogió un saquito de granos de judías verdes y se las dio a Marlowe.

—¿Quiere disponerlas?

Mientras Marlowe las ponía debajo del grifo para lavarlas, él abrió una lata de carne de buey y, cuidadosamente, vació su contenido en un plato.

El teniente regresó con las judías. Estaban bien limpias y no flotaban impurezas en el agua. Rey pensó que no había necesidad de repetirle las cosas dos veces. Incluso el pote de aluminio contenía la cantidad precisa de agua: seis veces la altura de las judías.

Lo colocó en la caliente plancha del hornillo y añadió una cucharada de azúcar y dos pellizcos de sal. Luego echó la mitad de la carne.

—¿Es su cumpleaños? —preguntó Marlowe.

—¿Qué?

—*¿Katchang idju* y carne en una sola comida?

—Le sorprende porque usted no vive bien.

Marlowe aparecía alelado ante el aroma y el burbujeo del estofado. Las últimas semanas habían sido malas. El descubrimiento de la radio repercutió en el campo. El comandante japonés, «con mucho sentimiento», redujo las raciones debido a las «malas cosechas», de modo que, incluso, las diminutas reservas de los grupos se agotaron. Milagrosamente, no hubieron otras repercusiones.

En el grupo de Marlowe, el más afectado fue Mac. Tanto por la restricción como por el estado inservible de su radio embotellada.

—¡Maldita sea! —juró Mac después de varias semanas de buscar el fallo—. ¡Inutilizada, compañeros! Sin desmontarla del todo no puedo hacer nada. Parece que está bien. Sin herramientas y una batería no puedo encontrar el fallo.

De algún modo ignorado, Larkin adquirió una diminuta batería y Mac, haciendo acopio de sus fuerzas, volvió a probar una y otra vez. Mientras lo hacía sufrió un desmayo.

Marlowe y Larkin lo llevaron al hospital, dejándole en una cama. El médico dijo que era malaria, si bien el modo de manifestarse no hacía temer que se volviera peligrosa.

—¿Qué pasa, Peter? —preguntó Rey, notando su repentina gravedad.

—Pensaba en Mac.

—¿Qué le sucede?

—Tuvimos que llevarle al hospital ayer. No está muy animado.

—¿Malaria?

—En parte.

—¿Cómo?

—Tiene fiebre. Pero eso no es su principal preocupación. Pasa por un período de terrible depresión. Está preocupado por…, su mujer e hijo.

—Todos los casados pasan por lo mismo.

—No tanto como Mac —respondió amargamente—. Antes de que los japoneses desembarcaran en Singapur, Mac puso a su esposa y a su hijo en el último convoy. Luego partió con su unidad hacia Java, en un junco. Cuando llegó a Java se enteró de que todo el convoy había sido hundido o capturado. No quedó prueba de ello, sólo rumores. Como es natural, ignora la suerte que tuvieron. Su hijo era un bebé… de sólo cuatro meses.

—Bueno, ahora el chiquillo tendrá tres años y cuatro meses —dijo Rey

confiado—. Regla dos: no preocuparse por algo que uno no puede resolver. —Cogió una botella de quinina de su caja negra, contó veinte tabletas y se las dio a Marlowe—. Tenga, eso curará su malaria.

—¿Y usted?

—Tengo de sobra. No piense en ello.

—No entiendo porqué es tan generoso. Nos da comida y medicina. Y, ¿por qué? Por nada. No lo entiendo.

—Usted es mi amigo.

—¡Por Dios! Me siento embarazado de aceptar tantas cosas.

—Al demonio con ello. Vamos.

Rey empezó a servir la comida. Siete cucharadas para él y siete para Marlowe. En el fondo del pote quedó una cuarta parte del estofado. Las tres primeras cucharadas se las comieron rápidamente para mitigar el apetito y, el resto, despacio, paladeando su excelencia.

—¿Un poco más?

Rey esperó. «Qué bien te conozco, Peter. Sé que te comerías una tonelada entera. Pero no lo harás. No, aunque tu vida dependiera de ello».

—No gracias; estoy satisfecho.

«Es bueno conocer al amigo —se dijo a sí mismo—. Debes tener cuidado». Pese a no tener más apetito, Rey cogió otra cucharada, de no hacerlo, Marlowe se sentiría molesto. Luego apartó el resto.

—¿Me prepara un cigarrillo, por favor?

Le tiró los accesorios y dio media vuelta. Puso el sobrante de la carne en el recipiente y la mezcló con el estofado. Luego lo dividió en dos cacharros.

Marlowe le entregó el cigarrillo.

—Hágase uno.

—Gracias.

—¡Por Dios, Peter! No espere que se lo diga. Vamos, llene su caja.

Le quitó la caja de las manos y la llenó de tabaco «Tres Reyes».

—¿Qué hará con los «Tres Reyes» estando Tex en el hospital?

—Nada. —Rey exhaló una bocanada de humo—. La idea está aguada. Los australianos han descubierto el proceso y nos han fastidiado.

—¡Oh, eso es malo! ¿Cómo lo han averiguado?

Rey sonrió.

—Estaba dentro y fuera.

—No le entiendo.

—¿Dentro y fuera? Uno entra y sale rápidamente. Una pequeña inversión para un rápido beneficio. Quedé cubierto en las dos primeras semanas.

—Pero usted dijo que necesitaría meses para recuperar el dinero invertido.

—Ésas son palabras de vendedor, destinadas a causar efecto en los intermediarios. Un medio como otro cualquiera de hacer propaganda. La gente siempre quiere algo por nada. El vendedor ha de hacerles creer que le roban; que ellos, los intermediarios, son muchísimo más inteligentes que él. Tenemos como ejemplo los «Tres Reyes». La fuerza inicial de las ventas se debió a los primeros revendedores. Creyeron que me halagaban, y que si trabajaban de firme, terminarían siendo mis socios para vivir en lo sucesivo a costa de mi dinero. Pensaron que yo era un bobo por haberles dado semejante oportunidad. Pero yo sabía que el proceso sería chivatado y que el negocio no duraría mucho tiempo.

—¿Cómo sabía usted eso?

—Es obvio. Lo planeé de ese modo. Yo mismo lo chívate.

—¿Usted?

—Desde luego. Negocié el proceso por una pequeña información.

—Eso lo entiendo, era suyo y podía hacer lo que se le antojara. Pero, ¿y la gente que trabajaba, que vendía el tabaco?

—¿Qué pasa con ellos?

—Su acción revela que se aprovechó del entusiasmo que les había inculcado. Los hizo trabajar durante un mes, más o menos para nada, y luego tiró de la manta debajo de ellos.

—Tonterías. También sacaron unos cuantos dólares del negocio. Pensaban aprovecharse de mí y yo fui más listo, eso es todo. Así es el negocio.

Rey se tendió en la cama, divertido por la inocencia de Marlowe, que frunció el ceño, intentando comprender.

—Cuando alguien me habla de negocios me siento perdido. Me siento un ignorante.

—Escuche. Antes de que se haga más viejo, usted montará a caballo del mejor de los negocios.

Rey rió.

—Lo dudo.

—¿Tiene algo que hacer esta noche? Una hora después de anochecido.

—No. ¿Por qué?

—¿Quiere hacer de intérprete para mí?

—Desde luego. ¿Quién es, un malayo?

—Un coreano.

—¡Oh! —Marlowe se recuperó rápidamente de su sorpresa. Dijo—: No faltaría más.

Rey captó su aversión, pero no le preocupó. «Un hombre tiene derecho a opinar —decía siempre—. Y mientras semejantes opiniones no se inmiscuyan en mis propósitos…, bueno, pues, son correctas».

Max penetró en el barracón y se desplomó en su litera.

—No pude encontrar al hijo de perra en toda una hora. Luego lo descubrí en el huerto en medio de esa porquería que usan como fertilizante. Aquel lugar apesta como un burdel de Harlem en un día de verano.

—¡Usted es el clásico tipo de bastardo que utiliza los burdeles de Harlem! —contestó Rey.

La burla y el tono de su voz asombró a Marlowe.

La sonrisa y la fatiga de Max se desvanecieron casi al mismo tiempo.

—¡No quise decir nada! Fue un decir.

—Entonces, ¿por qué escoge Harlem? Usted pudo decir que apesta como un burro. Correcto. Todos apestan lo mismo. Así no hace diferencia entre un burdel blanco y otro negro.

Rey se mostraba duro y poco comprensivo, mientras la piel de su rostro aparecía tirante, como si fuera una máscara.

—No se lo tome así. Lo siento. No lo dije con intención alguna.

Max había olvidado su irritabilidad cuando se hablaba de los lugares donde nacen tantos mulatos. «¡Pardiez! —pensó—. Si se vive en Nueva York uno lleva a Harlem dentro, cualquiera que sea la opinión que le merezca. Allí hay lupanares con mujeres condenadamente hermosas, de vez en cuando». Luego reflexionó un momento. «Bien, es lo mismo. No tengo idea porqué se vuelve tan sensible cuando se habla de los negros».

—No lo dije con intención —repitió Max esforzándose en apartar sus ojos de la comida, que había olido desde el camino—. Lo encontré y le dije lo que usted me indicó.

—¿Sí?

—Me dio algo para usted —dijo Max, y miró a Marlowe.

—¡Vamos, entreguelo ya, caramba!

Max esperó mientras Rey examinaba atentamente el reloj, le daba cuerda y se lo acercaba al oído.

—¿Qué espera, Max?

—Nada. ¿Quiere que lave todo eso?

—Sí. Hágalo y luego larguese de aquí.

—Bueno.

Max recogió los platos sucios y, humildemente, los apartó, jurándose que un día cazaría a Rey.

Peter Marlowe guardó silencio. No obstante, pensó en la extraña escena. Rey tenía mal genio. Y si bien el genio es algo importante, muchas veces se vuelve peligroso. También se dijo que, ante una misión a cumplir, es aconsejable conocer el valor del compañero, sobre todo en las peligrosas. Quizás el poblado fuera una de éstas. No estaba de más saber cómo era el encargado de guardar sus espaldas.

Rey desenroscó la tapa inferior del reloj. Era impermeable y de acero inoxidable.

—Vaya, vaya —dijo—. Ya me lo pensé.

—¿Qué ocurre?

—Falso. Mire.

Marlowe lo examinó atentamente.

—Me parece conforme.

—Desde luego. Si bien no es un «Omega» como pretende ser. La caja es buena, pero el interior es viejo. Algún bastardo ha sustituido los intestinos.

Rey volvió a enroscar la caja, y, especulativo, sopesó el reloj.

—Ya lo ve, Peter. Como le decía, uno ha de ser cauteloso. Ahora, imagine que yo vendo este «Omega», y «no» sé que es falso. Eso podría ponerme en un grave aprieto. Pero sabiéndolo por anticipado, puedo cubrirme. —Se sonrió—. Bebamos otra taza de café. El negocio está en marcha.

Su sonrisa se desvaneció cuando Max regresó con las latas limpias y las guardó. Max no dijo nada, pero sonrió obsequioso y luego volvió a salir.

—¡Hijo de perra! —exclamó Rey.

Grey aún no se había recuperado de la impresión recibida el día que Yoshima descubriera la radio. Mientras caminaba por la deteriorada carretera hacia el barracón de intendencia, divagaba sobre los nuevos deberes que le había impuesto el comandante de campo delante de Yoshima, y, más tarde, ampliados por el coronel Smedly-Taylor. No ignoraba que, si bien oficialmente tenía que cumplir las nuevas órdenes, en realidad debía mantener los ojos cerrados y no hacer nada.

«¡Madre de Dios! —pensó—. Haga lo que haga, estaré equivocado!».

El hombre sintió un espasmo en su estómago. No era disentería, sólo diarrea. La escasa fiebre tampoco era malaria, sólo un poco de dengue, una fiebre más suave, pero más insidiosa que venía y marchaba según su antojo. Estaba hambriento y sin reservas alimenticias, ni siquiera una última lata, ni dinero para comprarla. Tendría que subsistir con las raciones, sin extras, y las raciones no bastaban.

«Cuando salga, juro que jamás volveré a pasar hambre. Tendré miles de huevos y una tonelada de carne, y azúcar, y café, y té, y pescado. Cocinaremos todo el día, Trina y yo, y cuando no cocinemos o comamos, nos amaremos. ¿Amor? ¡No! Sólo hace sufrir. Trina, la pera, con su: "Estoy muy cansada", "Tengo dolor de cabeza", "Pero, ¿otra vez", "Bueno, supongo que he de hacerlo", "¿No me puedes dejar en paz por una vez?"».

Grey se consoló pensando que no siempre era así, pues algunas veces Trina se había contenido, o sólo exclamaba aquel molesto: «Oh, muy bien». Recordó cómo ella encendía la luz, saltaba del lecho y penetraba furiosa en el cuarto de baño para «prepararse». Entonces podía ver la gloria de su cuerpo a través del tenue tejido hasta que la puerta se cerraba. Luego venía la impaciente espera hasta que se apagaba la luz del cuarto de baño y ella regresaba al dormitorio. Pero necesitaba una eternidad para llegar de la puerta a la cama. Si bien durante esa eternidad él admiraba su belleza pura envuelta en seda, aunque los ojos de Trina reflejaran frialdad, haciéndole sentirse despreciable. Después Trina volvía al baño como si su amor fuera sucio. Cuando regresaba, fresca y perfumada, volvía a despreciarse, insatisfecho, por haberla tomado sin ella quererlo.

Siempre había sido así durante sus seis meses de matrimonio.

Fue él quien propuso que se casaran una semana después de haberla conocido. Recordó las dificultades y recriminaciones. La madre de ella le odiaba

por enamorarse de su hija, precisamente cuando terminaba su carrera y porque era muy joven. Sólo tenía dieciocho años. Los padres de él le aconsejaron que esperara. «Puede que la guerra termine pronto y no tienes dinero. Ella tampoco es de una familia conforme». Grey evocó entonces su hogar, ubicado en un vetusto edificio, unido a mil más como aquél, entre las retorcidas líneas del tranvía de Streatham. Y vio que las habitaciones eran tan reducidas como las mentes de sus padres, de condición humilde y de amor tan retorcido como las líneas del tranvía.

Se casaron un mes más tarde. Grey aparecía elegante con su uniforme y espada (alquilados por una hora). La madre de Trina no asistió a la ceremonia, efectuada con prisas entre sirenas de alarma aérea. Sus padres lucieron en sus caras un gesto desaprobatorio y sus besos fueron superficiales. Trina se deshizo en lágrimas y la licencia de matrimonio terminó mojada.

Grey descubrió que Trina no era virgen, si bien ella actuó como si lo fuera. Pero no era virgen y eso dolió a Grey, que fingió no saberlo.

La última vez que viera a su esposa fue seis días antes de embarcarse. Estaban en su hogar; él acostado contemplando cómo ella se vestía.

—¿Sabes dónde vas? —preguntó Trina.

—No.

El día había sido malo y la discusión de la noche anterior igualmente mala. Esto, la falta de ella y su permiso que se acababa, deprimieron su ánimo.

Grey se colocó a su lado, acariciándola.

—¡No!

—Trina…

—No seas tonto. Sabes que la función empieza a las ocho y media.

—Hay tiempo de sobra.

—Vamos, Robin, no. ¡Estropeas mi maquillaje!

—¡Al diablo tu maquillaje! Mañana no estaré aquí.

—Quizá sea mejor. No eres muy amable ni muy juicioso.

—¿Cómo quieres que sea? ¿Es malo que un marido ame a su esposa?

—Deja de gritar. Te oirán los vecinos.

—¡Que me oigan, maldita sea!

Quiso cogerla, pero ella cerró la puerta del baño delante de sus narices.

Luego apareció fresca y fragante en su ropa interior. Cogió un vestido y

empezó a ponérselo.

—Trina…

—No.

Se puso ante ella, y notó que sus rodillas carecían de fuerza.

—Lo siento. Yo… Yo grité…

—No importa.

Se inclinó para besarle los hombros y Trina se apartó.

—Has vuelto a beber —le acusó arrugando la nariz.

Entonces estalló su rabia.

—¡Sólo una copa, maldita sea! —gritó. Le hizo dar la vuelta bruscamente, le rasgó el vestido y la echó a la cama.

Trina permaneció quieta; sólo le miraba.

—¡Oh, por favor Trina, te quiero! —gimió desconsolado, y se apartó odiándose a sí mismo.

Trina cogió sus ropas.

Como en un sueño, Grey la vio sentarse delante del espejo y recomponer su maquillaje, entre tonadillas a media voz.

Él dio un portazo y regresó a su unidad. Al día siguiente intentó hablar con ella por teléfono. No obtuvo respuesta. Era demasiado tarde para regresar a Londres. Su unidad debía trasladarse a Greenock para embarcarse. No obstante cada día telefoneó con el mismo resultado. Tampoco respondió a sus desesperados telegramas. Al fin una noche se tragó la costa de Escocia, y la noche fue sólo barco y mar, y él, un mar de lágrimas.

Grey se estremeció bajo el sol malayo. «No fue culpa de Trina —pensó disgustado consigo mismo—. Era yo que me sentía demasiado ansioso. Quizás estaba loco. Quizá debía ver a un médico. Quizá soy demasiado fogoso. Debió ser culpa mía, no de ella. ¡Trina, amor mío!».

—¿Se encuentra bien, Grey? —le preguntó el teniente coronel Jones.

—Sí, señor. Gracias.

Grey advirtió de pronto que estaba apoyado débilmente contra el barracón de intendencia. Añadió:

—Es…, es un simple ataque de fiebre.

—No tiene buen aspecto. Siéntese un momento.

—Estoy bien, gracias… Sólo, sólo un poco de agua.

Grey se encaminó al grifo, se quitó la camisa y puso su cabeza debajo del chorro. «¡Loco, llegar a semejante estado!», pensó. No obstante su mente volvió a Trina. «Esta noche me dedicaré a pensar en ella —se prometió—. Esta noche y todas las noches. ¡Al infierno intentar vivir sin comer y sin esperanza! ¡Quiero morir! ¡Lo deseo!».

Entonces vio a Peter Marlowe que subía la colina. En sus manos llevaba una marmita norteamericana. La sostenía con mucho cuidado. ¿Por qué?

—¡Marlowe!

Grey salió a su encuentro.

—¿Qué diablos quiere?

—¿Qué lleva?

—Comida.

—¿Contrabando?

—Deje de fastidiarme, Grey.

—No trato de fastidiarle. Juzgo a un hombre por sus amistades.

—Apártese de mi camino.

—Temo que no pueda, viejo. Es mi trabajo. Quiero ver eso. Por favor.

Marlowe vaciló. Grey estaba en su derecho de mirar y de llevarle ante el coronel Smedly-Taylor si le daba motivo. Pensó en las veinte tabletas de quinina. Por supuesto, nadie podía tener un almacén particular de medicinas. Si era descubierto tendría que decir su procedencia, y Rey se vería obligado a lo mismo. Mac las necesitaba. Abrió el envase.

El *katchang idju* con carne de buey emitió su aroma. El estómago de Grey se contrajo, si bien el hombre intentó contener su demostración de hambre. Movió cuidadosamente la marmita a fin de ver su fondo. No había otra cosa en ella que la carne y el delicioso *katchang idju.*

—¿Dónde lo consiguió?

—Me lo han dado.

—Se lo dio él.

—Sí.

—¿Dónde lo lleva?

—Al hospital.

—¿Para quién?

—Para uno de los norteamericanos.

—¿Desde cuándo un teniente de aviación hace recados para un cabo?

—¡Vayase al inñerno!

—Quizá vaya. Pero antes seré testigo de lo que les toque a usted y a él.

«Calma —se dijo Marlowe—. Si lo haces enfadar estás perdido».

—¿Ha terminado con sus preguntas, Grey?

—De momento. Pero recuerde… —Grey adelantó un paso y el olor de la comida le torturó—. Usted y el bribón de su amigo están en la lista. No he olvidado lo del encendedor.

—No sé de qué me habla. Que yo sepa no he contravenido ninguna orden.

—Pero lo hará, Marlowe. Y si vende su alma, lo pagará algún día.

—¡Está usted loco!

—Él es un bribón, un embustero, un ladrón.

—«Es» mi amigo, Grey. No es un bribón ni un ladrón.

—Pero sí un embustero.

—Todos somos embusteros. Incluso usted. Recuerde que negó lo de la radio. Para subsistir aquí necesita ser un embustero. Usted se ve obligado a hacer un montón de cosas…

—¿Como besar el trasero a un cabo para conseguir comida?

Una vena en la frente de Marlowe serpenteó como una delgada víbora negra. Si bien su voz fue suave cuando contestó.

—Debiera abofetearle, Grey. Pero es de mala educación bravuconear con los de la clase inferior. Es innoble.

—¡Dios mío! Marlowe… —La voz de Grey se rompió de repente, y un creciente sentimiento de locura le ahogó.

Peter Marlowe miró los ojos de su oponente y supo que había ganado. Por un momento sintió la satisfacción de ver humillado a su enemigo, luego su furia se evaporó. Cruzó por delante de él, y siguió colina arriba. No era preciso prolongar una batalla ganada. También era de mala educación.

—«¡Por Júpiter! —se juró el destrozado Grey—, te haré pagar esto. Haré que te pongas de rodillas pidiendo clemencia, y no te perdonaré. ¡Nunca!».

Mac tomó seis de las tabletas y se estremeció mientras Marlowe le ayudaba a incorporarse y beber el agua que sostenía a la altura de sus labios. Tragó y volvió a desplomarse.

—Bendito seas, Peter —susurró—. Esto me hará bien. Bendito seas, amigo.

El sueño tardó poco en vencerle. Le ardía el rostro y el bazo parecía que iba a reventarle, mientras su cerebro se inundaba de pesadillas. Vio a su esposa y a su hijo que flotaban en las profundidades del océano, chillando al ser comidos por los peces. Él mismo se vio allí. Sostenía una terrible lucha con los tiburones, pero sus manos no eran fuertes y su voz resultaba insuficientemente audible. Los tiburones le arrancaban grandes pedazos de carne y siempre le quedaba más, que ellos seguían destrozando. Los escualos tenían voces y risa de demonios, si bien los ángeles estaban a su lado y le decían que corriera, que corriera. «Mac, corre o harás tarde».

Desaparecieron sus atacantes y vio hombres amarillos con bayonetas y dientes de oro, finos como agujas, que le acosaban a él y a su familia hasta el fondo del mar. Sus bayonetas, de tamaño descomunal, aparecían muy afiladas. «¡A ellos no, a mí! —chilló—. ¡A mí! ¡Matadme a mí!», pero tuvo que ver impotente cómo mataban a su esposa y a su hijo, y cuando se volvieron hacia él, los ángeles le susurraron a coro: «Aprisa, Mac, aprisa. Corre y te salvarás». Corrió sin querer, huyendo de su esposa y de su hijo y del mar que teñían con su sangre, que le ahogaba. Aun así corrió, si bien le dieron alcance los tiburones con dientes de oro, finos como agujas, y armados de fusiles y bayonetas. Peleó con ellos al mismo tiempo que suplicaba, pero los tiburones no se detenían y en aquel momento le rodeaban. Fue Yoshima quien le clavó su bayoneta en los intestinos, y el dolor le pareció espantoso. Yoshima arrancó la bayoneta y Mac percibió su sangre que salía a borbotones a través de aquella herida y por las otras que saturaban su cuerpo, e, incluso, por los poros de su piel, hasta que sólo quedó el alma dentro de él. Finalmente su alma se unió a la sangre del mar. Un gran e infinito alivio le confortó y se alegró de haber muerto.

Mac abrió los ojos. Sus sábanas aparecían empapadas. La fiebre había remitido. Entonces comprendió que volvía a la vida.

Marlowe estaba aún sentado al lado de su cama. La noche había pasado.

—Hola, amigo.

Las palabras fueron tan apagadas que Marlowe tuvo que inclinarse para oírlas.

—¿Se encuentra bien, Mac?

—Muy bien amigo. La fiebre parece que ha pasado y me encuentro mejor. Ahora dormiré. Tráigame algo de comer mañana.

Mac cerró los ojos y se durmió. Marlowe cogió las sábanas y le secó el cuerpo.

—¿Dónde puedo conseguir sábanas limpias, Steven? —preguntó al enfermero que se movía presuroso por la sala.

—No lo sé, señor.

Marlowe le gustaba. Quizá… pero no, Lloyds sentiría unos celos terribles. En otra ocasión. Había tiempo de sobra.

—Espere un momento, señor.

Steven se encaminó hacia la cama número cuatro, quitó la sábana que cubría al enfermo y sacó diestramente la situada debajo de su cuerpo.

—Tenga. Use éstas.

—¿Y él?

—¡Oh! —explicó Steven con cálida sonrisa—. Ya no las necesita. ¡Pobre muchacho!

Marlowe miró al yacente para ver quién era, pero desconocía su rostro.

—Gracias —dijo, y empezó a arreglar el lecho de Mac.

—Déme —pidió Steven—. Sé hacerlo mucho mejor que usted.

El enfermero se enorgullecía de hacer una cama sin causar molestia al paciente.

—Y ahora no se preocupe de su amigo. Ya me cuidaré de que esté bien. —Golpeó a Mac como si fuera un chiquillo—. Vea. —Cogió la cabeza del enfermo, sacó un pañuelo y limpió el resto de sudor que había en su frente—. Se encontrará bien dentro de dos días, si le trae usted algo de comida extra… —enmudeció de repente y miró a Marlowe. Las lágrimas anegaron sus ojos—. ¡Qué tonto soy! No se preocupe, encontraré algo para él. Esta noche no puede usted hacer más por él. Márchese y descanse tranquilo. Vamos, vamos, sea buen chico.

Sin decir nada, Marlowe se dejó conducir fuera. Steven, sonriente, le dio las buenas noches y volvió al interior.

Desde la oscuridad le vio acariciar la frente enfebrecida y la mano de un enfermo quejumbroso; ahuyentar los demonios nocturnos y acallar los gritos; a justar colchas y ayudar a un hombre a beber agua y a que otro vomitara. Era su trabajo, pero lo hacía delicada y dulcemente. Cuando Steven llegó a la cama número cuatro se detuvo y miró el cadáver. Le enderezó los miembros y le cruzó

los brazos, luego se quitó su bata y lo cubrió. La suave piel de su torso y de sus piernas brilló a la parpadeante media luz.

—Pobre muchacho —susurró y miró a su alrededor—. Pobres muchachos. ¡Oh, mis pobres muchachos! —Y lloró por todos ellos.

Marlowe dio media vuelta y se adentró en la noche, lleno de piedad y avergonzado de haber sentido cierta vez desagrado hacia Steven.

# XII

Mientras se acercaba al barracón norteamericano, viose acometido de dudas. Lamentaba haber aceptado tan prontamente hacer de intérprete para Rey, y, al mismo tiempo, le disgustaba sentirse infeliz. «Buen amigo eres —se dijo— después de cuanto él ha hecho por ti».

La sensación de vacío en su estómago aumentó. «Como antes de iniciar una misión de vuelo —pensó—. No, no es como aquello. Más bien se parece a lo que uno experimenta cuando le llama un general. Lo otro es igualmente molesto, pero uno siente a la vez cierto placer; como la excursión al poblado, que dilata el corazón pensando en la excitante oportunidad de encontrar comida o una chica».

Se preguntó por milésima vez porqué Rey iba allí y para qué. Pero preguntárselo resultaría descortés, y sólo precisaba de algo de paciencia para saberlo. Otra razón por la cual le gustaba Rey era su espontaneidad y cómo se guardaba la mayor parte de sus pensamientos para sí, tan acorde con la idiosincrasia inglesa. En cambio él sólo manifestaba parte de sus ideas cuando su humor era propicio. Lo concerniente a su vida íntima era asunto privado…, hasta que sentía la necesidad de desahogarse con un amigo. Y un amigo nunca pregunta. En ese caso la confidencia debe ser libre o no hacerse.

Marlowe recordó la oferta que Rey le había hecho de llevarle al poblado y lo consideró una muestra de confianza. Le había dicho, así, por las buenas: «¿Quiere venir, la próxima vez que yo vaya?».

Semejante aventura no dejaba de ser una locura, si bien las nuevas circunstancias justificaban el riesgo, pues se hacía necesario conseguir un aparato completo. Sí, aquello justificaba el riesgo.

No obstante, hubiera ido igualmente como respuesta a la invitación, y porque quizás encontraría comida y mujeres.

Vio a Rey sumergido en la sombra que proyectaba la parte trasera de un

barracón, hablando con otra sombra. Sus cabezas se veían juntas y sus voces eran inaudibles. Tan embebidois estaban que decidió pasar de largo y empezó a subir los peldaños del barracón norteamericano.

—¡Eh, Peter! —llamó Rey.

Marlowe se detuvo.

—En seguida estoy con usted, Peter.

Rey se volvió a su acompañante.

—Es mejor que espere aquí, comandante. Tan pronto llegue le avisaré.

—Gracias —contestó el hombrecillo con voz entrecortada.

—Fume mientras —ofreció Rey y el otro aceptó ávidamente.

El comandante Prouty se hundió más en las sombras, pero mantuvo sus ojos sobre Rey durante el tiempo que tardó en recorrer el espacio que le separaba de su barracón.

—Le encontraba a faltar, compañero —exclamó Rey mientras golpeaba amistoso a Marlowe—. ¿Cómo se encuentra Mac?

—Está mejor, gracias.

El joven deseó abandonar aquel sitio iluminado. «¡Maldita sea! —pensó—. Me fastidia ser visto con mi amigo. Y eso está mal. Muy mal».

Tampoco pudo evitar los ojos del comandante sobre ellos…, o no parpadear cuando Rey le dijo:

—Vamos. No estaré mucho. Luego nos pondremos a trabajar.

Grey acudió al lugar oculto por si acaso había un mensaje para él en la lata. Y lo había: «El reloj del comandante Prouty. Esta noche actúan Marlowe y él».

El teniente preboste arrojó la lata al foso con la misma naturalidad con que la había cogido. Luego, desperezándose, se encaminó al barracón dieciséis. Su mente trabajaba a toda velocidad.

«Marlowe y Rey están en la "tienda" detrás del barracón norteamericano… y Prouty». ¿Cuál? ¿El comandante? ¿El artillero? ¿El australiano? Vamos, Grey —se dijo irritado—. ¿Dónde está la buena memoria de que tanto te enorgulleces?

«¿Estará implicado Larkin? No. No que yo sepa. Entonces, ¿por qué no se hace el trato a través del australiano Tiny Timsen? ¿Por qué interviene Rey? Quizá sea demasiado gordo para que lo manipule Timsen. O tal vez sea algo robado…, seguramente. De lo contrario Prouty usaría los canales del australiano».

Grey se miró la muñeca. Lo hizo instintivamente, aun cuando hacía tres años que no tenía reloj. En realidad no precisaba de él para saber la hora durante la noche. Como todos ellos, sabía calcularla en cualquier momento.

«Es demasiado pronto —pensó—. La guardia no ha hecho todavía el relevo. Cuando lo haga, los veré desde el barracón al retirarse carretera arriba hacia el cuartel. ¿Cuál de ellos interviene? Pronto lo sabré. Seguiré alerta hasta el momento propicio, y, entonces, apareceré cautelosamente. Los interrumpiré con buenos modales y conduciré al guardián con Rey y Marlowe. Mejor cuando el dinero pase de unas manos a otras o cuando Rey lo entregue a Prouty. Luego haré un informe para el coronel Smedly-Taylor: "La pasada noche fui testigo de un trasiego de dinero", o quizá mejor: "Sorprendí al cabo norteamericano y al teniente aviador Marlowe, del barracón dieciséis, con un guardián coreano. Tengo motivos para suponer que el comandante Prouty ha facilitado el reloj que se vendía."

»Eso sería suficiente. "El reglamento —pensó sintiéndose feliz— es claro y preciso. 'Se prohibe comerciar con los guardianes.' Y cogido *in fraganti*, habría consejo de guerra."

»Un consejo de guerra para empezar y luego mi cárcel, mi pequeña cárcel. Sin extras ni *katchang idjubully.* Nada. Sólo enjaulados, enjaulados como ratas que sois. Para matar el tiempo podréis enfadaros y odiarme. Mejor, pues los hombres enfadados cometen errores. La próxima vez quizás intervenga Yoshima. Si bien los japoneses deben realizar su propio trabajo, ayudarles no me satisface. Claro que en este caso estaría muy bien. Pero no. Si acaso, un codazo ligero.

»¡Te devolveré lo que te debo, maldito Peter Marlowe! Puede ser que antes de lo que esperas. ¡Y mi venganza contra ti y aquel bribón será implacable!».

Rey miró su reloj. Nueve y cuarto. Tardaría poco en llegar. Uno podía saber lo que los japoneses harían tan pronto conociera las horas en que se producían sus actos, pues eran puntuales.

Oyó las pisadas. Torusimi daba la vuelta a la esquina del barracón y no tardó en encontrarse con Rey.

Éste se levantó para saludarle. Marlowe, que también estaba allí, lo hizo a disgusto, despreciándose.

Torusimi era popular entre los guardianes. Peligroso y enigmático, se distinguía por su rostro expresivo donde los demás carecían de él. Llevaba cerca

de un año en el campo, y le gustaba hacer trabajar con dureza a los prisioneros. También le agradaba tenerlos al sol, gritarles y darles patadas cuando se hallaba en vena.

—*Tabe* —dijo Rey sonriendo—. ¿Quiere fumar?

Le ofreció tabaco de Java.

Torusimi, que mostraba orgulloso su dentadura de oro, tendió su fusil a Marlowe, y después de sacar un paquete de «Kooas», ofreció un cigarro a Rey. Luego miró al teniente.

—*Ichi-bon* —dijo Rey.

Torusimi gruñó algo entre dientes, y ofreció un cigarrillo.

Marlowe vaciló.

—Tómelo, Peter —indicó Rey.

Obedeció y el guardián se sentó a una pequeña mesa.

—Dígale que es bien venido.

—Mi amigo dice que tú eres bien venido y que está contento de verte aquí.

—Gracias. ¿Tiene mi distinguido amigo algo para mí?

—Pregunta que si tiene algo para él.

—Tradúzcale exactamente lo que yo diga, Peter. Sea exacto.

—Tengo que decirlo según ellos. No puede traducirse con exactitud.

—Conforme… Pero asegúrese de que sea lo mismo… Y tómese tiempo.

Rey entregó al coreano el reloj y Peter Marlowe vio con sorpresa que aparecía nuevo, recién pulimentado, con esfera de plástico nueva y una diminuta caja de piel igualmente nueva.

—Dígale que un tipo que conozco quiere venderlo. Pero es caro, y quizá no es lo que él desea.

Marlowe advirtió el destello de avaricia en los ojos del guardián cuando sacó el reloj de su cajita y se lo acercó al oído. Entonces gruñó, como solía, y lo volvió a colocar sobre la mesa.

Peter Marlowe tradujo la respuesta.

—¿No hay otra cosa? Siente que los «Omega» no se coticen en Singapur en la actualidad.

—Tu malayo es excepcionalmente bueno, señor —dijo Torusimi, mientras sorbía aire por entre sus dientes.

—Te lo agradezco —le respondió disgustado.

—¿Qué dijo, Peter?

—Que hablo bien el malayo.

—¡Ah! Bien, dígale que lo siento, que eso es todo cuanto tengo.

Rey esperó a que tradujera su respuesta, y luego de sonreír y encogerse de hombros, tomó el reloj y lo devolvió a su bolsillo. Se puso de pie.

—*¡Salamat!*

Torusimi mostró sus dientes y pidió que Rey se sentara.

—No es que yo quiera el reloj —dijo a Rey—. Pero tú eres mi amigo y te has tomado mucho trabajo; dime cuánto pide su dueño.

—Tres mil dólares —replicó Rey—. Siento que su precio sea abusivo.

—Desde luego es abusivo. El propietario tiene la cabeza enferma. Soy un pobre hombre, sólo un guardián, no obstante, como nosotros hemos hecho negocios en el pasado y para hacerte un favor, ofreceré trescientos dólares.

—Lo siento. No me atrevo. Tengo entendido que hay compradores que pagarían un precio más razonable a través de otros intermediarios. Estoy de acuerdo en que tú eres un hombre pobre y no puedes ofrecer más dinero por un reloj tan insignificante. Naturalmente, los «Omega» no se cotizan mucho. Claro que tú tampoco comprenderías que es un insulto ofrecer al propietario menos de lo que vale un reloj de segunda clase.

—Eso es cierto. Aumentaré el precio, puesto que un hombre pobre tiene honor, y sería honorable aliviar el sufrimiento de cualquier hombre en estos tiempos de prueba. Cuatrocientos.

—Te agradezco el interés por mi amigo. Pero siendo un «Omega», cuyo precio ha bajado mucho, es obvio que hay una razón más definida para que tú no quieras hacer negocios conmigo. Un hombre de honor es siempre honorable…

—Yo también soy un hombre de honor. No tengo ningún deseo de restringir tu ganancia y la de tu amigo, el dueño del reloj. Quizá sea mejor que intente persuadir a los míseros comerciantes chinos con quienes he de tratar para que den, aunque sólo sea por una vez en sus vidas, un precio aceptable. Estoy seguro de que tú estarás de acuerdo en que quinientos sería lo máximo que un hombre honorable pagaría por un «Omega», incluso antes de bajar el precio.

—Cierto, amigo mío. Yo tengo confianza en ti. Pero quizás el precio de los «Omega» no ha bajado de su antigua posición *ichibon.* Pudiera ser que los miserables chinos se estén aprovechando de un hombre de honor. Pues la semana

pasada uno de tus compatriotas vino a mí, quiso comprarme este reloj y me ofreció tres mil dólares por él. Yo preferí guardarlo para ti, en honor a nuestra larga amistad y confianza mutua, después de comerciar juntos tanto tiempo.

—¿Tú dices verdad? —Torusimi escupió vehementemente en el suelo, y Marlowe se dispuso a presenciar el golpe que debía de seguir a semejante insulto.

Pero Rey continuó imperturbable.

«Señor —pensó Marlowe—. Tiene nervios de acero».

Rey sacó algunas hebras de tabaco y empezó a liarse un cigarrillo. Cuando Torusimi vio esto, dejó de bravuconear, ofreció su paquete de «Kooas» y se calmó.

—Me sorprende saber que los miserables comerciantes chinos, por quienes yo arriesgo mi vida, estén corrompidos. Me horroriza oír lo que tú, mi amigo, me has dicho. Peor, estoy aterrado. ¡Pensar que han abusado de mi confianza! Durante un año he tratado con el mismo hombre. ¡Y pensar que me ha engañado tanto tiempo! Creo que le mataré.

—Será mejor que lo escarmientes —dijo Rey.

—¿Cómo puedo hacerlo? Me gustaría mucho que mi amigo me lo dijera.

—Maldícele con tu lengua. Dile que has tenido información que prueba que es un embustero. Dile que si no te da un precio razonable en lo futuro, más un veinte por ciento para compensarte de todos sus errores pasados, tú podrías susurrar algo a las autoridades, que le prenderán así como, a su mujer y a sus hijos, y los castigarán hasta colmar tu deseo.

—Es un consejo soberbio. Me siento feliz por el pensamiento de mi amigo. Por este pensamiento y por la amistad que nos une, ofreceré mil quinientos dólares. Es cuanto poseo, junto con el dinero que me ha confiado un amigo, que tiene la enfermedad de las mujeres y está en la pestilente casa llamada hospital y no puede trabajar.

Rey se inclinó hacia delante y ahuyentó la nube de mosquitos que cercaba sus tobillos. «Ya te vas poniendo en razón, amigo —pensó—. Veamos. Dos mil sería alto. Mil ochocientos conforme. Mil quinientos, no está mal».

—Rey te ruega que esperes —tradujo Marlowe—. Tiene que consultar con el miserable que quiere venderte un artículo a precio abusivo.

Rey saltó por la ventana y recorrió el barracón, inspeccionándolo. Max

estaba en su lugar, Dino a un lado del sendero y Byron Jones III en el otro.

Encontró al comandante Prouty, sudando de angustia en la sombra del barracón próximo al que utilizaban los norteamericanos.

—Bueno, lo siento, señor —dijo Rey—. No le interesa en absoluto.

La angustia de Prouty se intensificó. Tenía que vender. «Señor —pensó—. Que suerte la mía. He de conseguir dinero como sea».

—¿No ofrece nada?

—Lo más que pude conseguir fueron cuatrocientos.

—¡Cuatrocientos! Todo el mundo sabe que un «Omega» vale por lo menos dos mil.

—Temo que eso sea un cuento, señor. Parece receloso. Y no es un «Omega».

—¿Está fuera de quicio? ¡Claro que es un «Omega»!

—Lo siento, señor —dijo Rey, irguiéndose—. Yo sólo informo.

—Es un error mío, cabo. No quise ofenderle. Esos bastardos amarillos son todos iguales.

«Bueno, ¿qué hago? —se dijo Prouty—. Si no lo vendo a través de Rey, no lo venderé de ningún modo, y el grupo necesita dinero y todo nuestro trabajo habrá sido inútil. ¿Qué hago?».

Prouty pensó durante un minuto:

—Vea qué puede hacer cabo. No puedo aceptar menos de mil doscientos. No puedo.

—Bueno, señor. No creo que pueda hacer mucho, pero lo intentaré.

—Bien, muchacho. Confío en usted. No lo soltaría a un precio tan bajo, pero la comida escasea tanto. Ya lo sabe usted.

—Sí señor —dijo Rey, cortés—. Lo intentaré, si bien temo que no podré hacerlo subir mucho. Dice que los chinos no compran tanto como antes.

Grey vio a Torusimi a través del campo y pensó que el momento propicio tardaría poco. Después de una espera prudencial consideró que era llegada la hora. Se levantó y salió del barracón ajustándose la banda de su brazo y el gorro. No necesitaba testigos, su palabra era suficiente. Se fue solo.

Su corazón saltaba de gozo. Siempre sucedía así cuando preparaba un arresto. Cruzó la línea de barracones y bajó los peldaños en dirección a la carretera principal. Lo hizo deliberadamente, pues Rey debía de tener vigilancia como siempre que realizaba negocios. Pero él conocía sus posiciones, como

también un camino a través de la zona minada.

—Grey.

Miró a su alrededor. El coronel Samson se acercaba a él.

—Diga, señor.

—Hola Grey, celebro encontrarle. ¿Cómo van las cosas?

—Bien, gracias —replicó sorprendido de ser saludado de modo tan amistoso. Pese a su ansiedad por marcharse, se hallaba muy complacido.

El coronel Samson tenía un lugar muy especial en el futuro de Grey. Samson era muy influyente en el Ministerio de la Guerra y estaba muy bien relacionado. Un hombre como aquél, sería más útil… después.

Samson había estado en el Cuartel General del lejano este, donde ejerció un vago pero importante empleo. Conocía a todos los generales y hablaba de sus invitaciones sociales en su «finca campestre» en Dorset, de las partidas de caza, de las reuniones en su jardín y de los bailes que organizaba. Un hombre como Samson podría equilibrar la balanza entre él, Grey, y su clase.

—Quería hablar con usted, Grey —dijo Samson—. Imagino que le interesará trabajar en ello. Como sabe, estoy recopilando la historia oficial de la campaña. Naturalmente —añadió de buen humor—, no es «todavía» la oficial, pero, quién sabe, quizá lo sea. El general Sohny Wilkinson es historiador en el Ministerio de la Guerra, y estoy seguro que él se interesará por una versión directa. Quisiera saber si le gustaría comprobar unos cuantos hechos, en mi lugar. Son datos relacionados con su regimiento.

«¡Qué si le gustaría! —pensó Grey—. ¡Claro que me gustaría!». Hubiera dado cualquier cosa por ello. Pero no en aquel momento.

—Desde luego. Me enorgullece que usted valore mis puntos de vista. ¿Le parece bien mañana después del desayuno?

—Perdone —dijo Samson—. Creí que podríamos charlar un poco ahora. Bueno, lo dejaremos para otro día. Ya le avisaré…

Grey supo instintivamente que si no era entonces, no sería nunca. Samson apenas se dignó hablarle antes. «Quizá —pensó desesperadamente— pueda decirle lo bastante para su información y sorprender luego a los otros. Los tratos, a veces, requieren horas. Vale la pena el riesgo».

—Con mucho gusto si usted lo desea ahora. Si bien seremos breves, pues tengo algo de dolor de cabeza. Unos minutos, ¿le parece bien?

—Conforme.

El coronel Samson parecía muy feliz. Cogió a Grey por el brazo y le condujo al barracón.

—Como usted sabe, Grey, su regimiento era uno de mis favoritos. Realizó un trabajo excelente. ¿Consiguió usted una mención en la orden, verdad? ¿En Kota Bharu?

—No, señor.

—¡Qué extraño! Usted hizo méritos para ello.

—No hubo tiempo para pedir condecoraciones. Ni yo la merecía más que otros.

Era verdad. Miles de hombres se hicieron acreedores a ella y no consiguieron ni una mención. No entonces.

—Quien sabe, Grey; quizá después de la guerra podamos sacar a luz muchísimas cosas.

Hizo que Grey se sentara.

—Ahora dígame, ¿cuál era la situación en el frente cuando ustedes llegaron a Singapur?

—Lamento decir a mi amigo —tradujo Marlowe— que el miserable propietario de este reloj se rió de mí. Me dijo que lo menos que él podía aceptar eran dos mil seiscientos dólares. Incluso me avergüenza tener que decírtelo, pero tú eres mi amigo y debo informarte.

Torusimi se mostró obviamente disgustado. A través de Marlowe hablaron del tiempo y falta de comida. Torusimi les mostró una arrugada fotografía de su esposa y de sus tres hijos, les contó algo de su vida y de su pueblo junto a Seúl, donde se ganaba la vida como agricultor, aunque tenía un título universitario, y cómo odiaba la guerra. Les dijo que aborrecía a los japoneses, como todos sus compatriotas. Los coreanos ni siquiera eran admitidos en el ejército japonés. Son ciudadanos de segunda clase y no tienen voz en nada y pueden ser tratados a puntapies, según el antojo del japonés más bajo.

Conversaron hasta que Torusimi se levantó, cogió de manos de Marlowe su fusil, que lo había sostenido hasta entonces, obsesionado con la idea de que estuviera cargado y que era fácil matar a su dueño. Pero, ¿por qué razón? ¿Y luego?

—Le diré a mi amigo una última cosa, porque me desagrada verle con las

manos vacías de beneficios esta noche pestilente, y me gustaría que consultaras con el codicioso propietario de este miserable reloj. ¡Dos mil cien!

—Con todo respeto, debo recordar a mi amigo que el miserable propietario, que es coronel y como tal carece de humor, dijo que sólo aceptaría dos mil seiscientos. Supongo que no quieres que escupa sobre mí.

—Cierto. Pero, por deferencia, te sugiero que le ofrezcas la oportunidad de no rehusar mi última oferta, hecha en honor a nuestra amistad, sin que yo obtenga beneficio. Quizás así se le ocurra decidirse.

—Lo intentaré porque tú eres mi amigo.

Rey les dejó otra vez solos. Mientras transcurría el tiempo, Marlowe escuchó la historia de cómo Torusimi fue obligado a servir en el ejército japonés y cómo no tenía estómago para la guerra.

Rey regresó a través de la ventana.

—El hombre es un cerdo, un cerdo sin honor. Después de escupirme, me amenazó con divulgar que yo soy un mal comerciante, y que me pondría en la cárcel antes de aceptar menos de dos mil cuatrocientos.

Torusimi dijo algunos disparates y amenazas. Rey volvió a sentarse, y, silencioso, pensó: «¡Diantre, he perdido el pulso, le empujo demasiado lejos esta vez», y Marlowe: «¡Por Dios! ¿Por qué demonios he tenido que verme envuelto en esto?».

—Dos mil doscientos —escupió Torusimi.

Rey se encogió de hombros, impotente, batido.

—Dígale que conforme —gruñó a Marlowe—. Es demasiado duro para mí. Dígale que tendré que ceder mi maldita comisión para compensar la diferencia. El hijo de perra no aceptará un penique menos. Pero diablo, ¿qué beneficio saco yo de todo esto?

—Tú eres un hombre de hierro —tradujo Marlowe—. Diré al miserable propietario de este reloj que conseguirá su precio, aunque yo tendré que renunciar a mi comisión para compensar la diferencia entre el precio que tú has ofrecido y el precio que él, miserable, aceptará. Y, ¿dónde está mi beneficio? El negocio es honorable, incluso entre amigos debe de haber beneficios para todos.

—Porque tú eres mi amigo añadiré cien. Así te salvas y la próxima vez no hagas negocios para un hombre tan avaricioso y mísero.

—Te doy las gracias. Tú eres más listo que yo.

Rey entregó el reloj en su pequeña caja de piel y contó el gran rollo de billetes nuevos. Dos mil doscientos hacían un abultado fajo. Torusimi, sonriendo, entregó el centenar de más. Había engañado a Rey, cuya reputación de comerciante fino era pública entre los guardianes. Él vendería fácilmente el «Omega» por cinco mil dólares. Bueno, por lo menos tres mil quinientos. Un buen negocio para un guardián.

Torusimi dejó el paquete abierto de «Kooas» y otro sin empezar, en compensación al poco beneficio que Rey obtenía «Después de todo —pensó—, hay una larga guerra por delante, y es bueno hacer negocios. Y si la guerra es corta… bien, es igual, Rey siempre será un aliado útil».

—Lo hizo muy bien, Peter.

—Creí que iba a reventar.

—Yo también. Váyase al barracón. Vuelvo en seguida.

Rey encontró a Prouty en las sombras. Le dio novecientos dólares, el importe que el amargamente desgraciado comandante había aceptado y cobró su comisión, noventa dólares.

—Las cosas se ponen cada vez peores —dijo Rey.

«Sí, lo son, bastardo —se dijo Prouty—. Sin embargo, ochocientos diez no es mal precio para un "Omega" de imitación». Se rió para sus adentros contento de haber engatusado a Rey.

—Terriblemente disgustado, cabo. Lo último que poseía.

«Veamos —pensó feliz—. Necesitaremos un par de semanas para conseguir otro en forma. Timsen, el australiano, puede encargarse de la próxima venta».

De repente Prouty vio a Grey que se acercaba. Se escabulló entre los barracones, perdiéndose en las sombras. Rey saltó por la ventana del barracón norteamericano, se unió a la partida de póquer y susurró a Marlowe:

—¡Coja las cartas, diantre!

Los dos hombres, cuyos lugares habían tomado calmosamente, se convirtieron en mirones mientras Rey ponía un montón de billetes delante de cada uno de ellos dos. Grey apareció en el umbral.

Ninguno le hizo caso hasta que Rey levantó la cabeza, jovial.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches —el sudor corría por la frente de Grey—. Eso es mucho dinero.

«Virgen Santa, jamás he visto tanto dinero junto en mi vida. Y lo que podría hacer con sólo una parte de él», pensó.

—Nos gusta jugar, señor.

Grey volvió a hundirse en la noche. ¡Condenado Samson!

Jugaron unas cuantas partidas hasta que tocaron retreta. Entonces Rey recogió el dinero y dio a cada hombre un billete de diez dólares y todos corearon sus gracias. A Dino le entregó diez para cada uno de los que estaban fuera, hizo un gesto con la cabeza a Peter, y, juntos se encaminaron a su sitio en el barracón.

—Merecemos un café, Peter.

Rey estaba algo cansado. El esfuerzo que suponía permanecer alerta fatigaba. Se tendió en la cama y Marlowe hizo el café.

—Creo que no le he traído mucha suerte —dijo suavemente.

—¿Cómo?

—La venta. No lo hice demasiado bien, ¿verdad?

Rey contestó:

—Según lo previsto. Aquí tiene. —Contó ciento diez dólares y se los dio—. Me debe dos dólares.

—¿Dos dólares? —miró el dinero—. ¿Para qué es eso?

—Es su comisión.

—¿Por qué?

—¡Vaya, hombre! No va a suponer que le puse a trabajar para nada. ¿Por quién me toma?

—Dije que lo hacía con mucho gusto. No me da derecho a nada haber servido de intérprete.

—¡Está usted loco! Ciento ocho dólares…, el diez por ciento. No es una limosna. Es suyo. Lo ganó usted.

—Usted es el que está loco. ¿Cómo diablos puedo yo ganar ciento ocho dólares de una venta de dos mil doscientos dólares, cuando es el precio total y no hay beneficios? No pensará que voy a aceptar el dinero que le ha dado el coreano.

—¿No lo precisan, usted, Mac y Larkin?

—Claro que sí. Pero no sería justo. Además, no comprendo por qué son ciento ocho dólares.

—Peter, ignoro cómo ha conseguido subsistir en este mundo hasta ahora. Le

daré una explicación. Yo gané mil ochenta dólares en el trato. El diez por ciento es ciento ocho. Ciento diez menos dos hacen ciento ocho. Yo le di ciento diez, luego me debe dos dólares.

—¿Cómo demonios ha ganado usted todo eso cuando…?

—Se lo diré. La lección número uno de todo negocio consiste en comprar barato y vender caro. Esta noche, por ejemplo —Rey explicó cómo había forzado a Prouty. Marlowe guardó silencio un rato. Luego dijo:

—Eso parece deshonesto.

—No es deshonesto, Peter. Todo negocio se centra en vender más caro de lo que se compra.

—Sí. Pero, ¿acaso su margen de beneficio no es excesivo?

—¡Infiernos! No. Todos sabíamos que el reloj era una imitación, excepto Torusimi. Pero no le preocupe haberle engañado, él puede venderlo fácilmente a un chino, y con beneficio.

—No lo creo.

—Conforme. Piense en Prouty. Él vendía una imitación. Quizá lo robó, o, demonios, ¡qué sé yo cómo se hizo con él! Y si consiguió un precio pobre se debe a que es un mal comerciante. Si hubiera tenido tripas para llevarse el reloj y descender de nuevo la carretera, yo le hubiera detenido para ofrecerle un precio mayor. Además, él no dará un solo paso para ayudarme, si se descubre que el reloj es un engaño. El trato incluye también la protección de mi cliente, y Prouty sabe que está a salvo, mientras que yo me expongo a lo que venga.

—¿Qué hará usted cuando Torusimi lo descubra?

—Volverá —Rey se puso de repente a reír—, pero no a reclamar. ¡Canastos! Si lo hace se desprestigia. Nunca admitirá que yo le engañé en un negocio. Además, sus compinches lo descuartizarían si yo divulgara la noticia. Él volverá, seguro, si bien para intentar superarme la próxima vez.

Encendió un cigarrillo y dio otro a Marlowe.

—Así —continuó—. Prouty ganó novecientos menos el diez por ciento de mi comisión. Es un precio bajo, pero no injusto, y, no olvide, que usted y yo corrimos «todo» el riesgo. Ahora bien, de la ganancia hay que deducir nuestros gastos. Tuve que pagar cien dólares para que lo pulimentaran y lo limpiaran y conseguir un cristal nuevo. Max ha percibido veinte, pues fue él quien se enteró de la venta en perspectiva, diez a cada uno de los cuatro guardianes y otros

sesenta para los muchachos que vigilaban, todo eso suma ciento veinte. Si quitamos ciento veinte de mil doscientos quedan mil ochenta dólares exactos. El diez por ciento de eso es ciento ocho. Sencillo, ¿verdad?

Marlowe sacudió la cabeza mareado con tantas cifras, tanto dinero y tanta excitación. Primero hablaron con un coreano, y ahora era dueño de ciento ocho dólares, ganados con facilidad. ¡Canastos! Eso equivalía a veinte cocos o un montón de huevos. ¡Mac! Ahora le podremos dar comida. ¡Huevos, huevos, es lo que necesita!

De repente le pareció oír a su padre, tan claramente como si estuviera a su lado. Incluso le veía, erguido y fuerte en su uniforme de la Armada Real.

«Escucha, hijo mío. Hay una cosa que se llama honor. Si tú comercias con un hombre, dile la verdad, y, entonces, él te dirá la verdad o no tiene honor. Protege a otro hombre del mismo modo que tú esperas que él te proteja a ti. Y si un hombre no tiene honor, no te asocies con él porque te emponzoñará. Recuerda, hay gente honorable y gente sucia. Hay dinero honorable y dinero sucio.

»Pero eso no es dinero sucio —se oyó a sí mismo responder—. Al menos según lo ha explicado Rey. De hecho, le tomaban por un incauto, y resultó ser más listo que ellos.

—Cierto. Pero es deshonroso vender la propiedad de un hombre y decirle que el precio ha sido más bajo del real.

—Sí, pero…

—No hay peros, hijo mío. Es verdad que el honor se mide por grados, y un hombre debe de regirse por un solo código. Haz lo que quieras. Te corresponde decidir. Hay cosas que un hombre ha de decidirlas solo. A veces uno ha de adaptarse a las circunstancias. Pero, por amor de Dios, guárdate tú y tu conciencia, nadie más lo hará, y entérate de que una decisión equivocada puede destrozarte con mucha mayor seguridad que una bala».

Marlowe sopesó el dinero y lo que podrían conseguir Mac, Larkin y él. La balanza se inclinó a favor de ellos. En realidad, el dinero pertenecía a Prouty y su grupo. Quizás era la última cosa que les quedaba en el mundo y, posiblemente, su falta podía ocasionarles la muerte. Esto le inquietaba, si bien aquellos hombres le eran desconocidos. Contra semejante razonamiento se alzaba el recuerdo de Mac, y la necesidad que ahogaba a Larkin. También era una locura olvidarse de sí mismo. Recordó las palabras de Rey: «No es

limosna», y era cierto que antes había aceptado limosnas.

«¿Qué debo hacer Señor? ¿Qué debo hacer?». Pero Dios no aclaró sus dudas.

—Gracias por el dinero —repuso Marlowe.

Todo su ser fue consciente de la quemazón que sintió al guardárselo.

—¿Gracias de qué? Se lo ganó. Es suyo. Trabajó usted para obtenerlo. Yo no le doy nada.

Rey se mostró jubiloso y su alegría suavizó el desagrado de Marlowe.

—Vamos —dijo—. Debemos celebrar nuestro primer negocio juntos. Con mis sesos y su malayo, aún viviremos una vida a lo Riley.

Luego preparó varios huevos fritos.

Una vez sentados a la mesa, explicó a su invitado que había mandado a los muchachos a comprar víveres tan pronto Yoshima descubrió la radio.

—Hay que saber bailar en esta vida, Peter. Imaginé que el japonés nos haría la vida difícil una temporada. Si bien eso afecta siempre a los incapaces. Mire a Tex, ¡pobre hijo de perra! No tenía ni para comprarse un piojoso huevo. Piense en usted y Larkin. Y si no fuera por mí, Mac aún estaría sufriendo, ¡pobre bastardo! Naturalmente, me gusta y me hace feliz ayudar a los amigos. Un hombre debe ayudar a sus amigos o todo carece de finalidad.

—Eso supongo —replicó Marlowe.

Las palabras de Rey le parecieron una monstruosidad. Sintióse enojado con él, pues ignoraba que la mente norteamericana es simple en algunas cosas, tan simple como la inglesa. Un norteamericano se enorgullece de su capacidad para ganar dinero y un inglés, como él mismo, experimenta esa satisfacción al morir por su bandera.

Vio a Rey que miraba a través de la ventana y observó el brillo de sus ojos. Hizo lo mismo y descubrió a un hombre que se acercaba por el sendero. Una vez dentro de la zona iluminada, supo quién era: el coronel Samson.

Samson vio a Rey, y le saludó amistosamente.

—Buenas noches, cabo —dijo, mientras continuaba su camino.

Rey contó noventa dólares y se los entregó a Marlowe.

—Hágame un favor, Peter. Agregue uno de diez y déselos a ese tipo.

—¿Samson? ¿Al coronel Samson?

—Desde luego. Le encontrará cerca de la esquina de la cárcel.

—¿Darle dinero? Pero, ¿qué debo decirle?

—Que es de parte mía.

«¡Dios mío! —pensó aturdido Peter Marlowe—. Samson entra en la rueda de pagos. ¡No puede ser! ¡No puedo hacerlo! Tú eres mi amigo, pero yo no puedo acercarme a un coronel y decirle: "Aquí tiene usted cien dólares de parte de Rey." ¡No puedo!».

Rey intuyó su pensamiento. «¡Oh, Peter! —se dijo—. ¡Eres un chiquillo! —Luego añadió—: ¡Al infierno contigo!». Pero rechazó la última frase. Peter era el único hombre del campo que había deseado como amigo, y el único que necesitaba. Así, decidió enseñarle las verdades de la vida. «Será difícil, Peter muchacho, y puede dolerte mucho, pero voy a enseñarte aunque deba romperte. Tienes que subsistir y vas a ser mi socio».

—Peter, habrá momentos en que deberá confiar en mí. Nunca le pondré en la boca del lobo. Mientras sea mi amigo, téngame confianza. Si no quiere ser mi amigo, allá usted. Pero yo quisiera que lo fuese.

Marlowe captó la sinceridad de Rey. Pensó: «Coge el dinero confiado o…, déjalo y vete».

La vida de un hombre se halla siempre en una encrucijada. Y no sólo importa su vida, si es un «hombre». En realidad hay otros factores en la balanza.

En un platillo estaban las vidas de Mac y Larkin, junto con la suya propia, pues sin Rey carecían de defensas como cualquiera otro en el campo; sin él no habría poblado, él nunca se arriesgaría a ir solo…, ni por la radio. El otro platillo contenía la herencia de todo un pasado que saltaría hecha añicos. Samson era una potencia en el ejército regular, un hombre de casta, posición y riqueza, y él, Marlowe, había nacido para oficial, como su padre antes que él, y su hijo después de él, y semejante paso nunca sería olvidado. Pero si Samson era un asalariado, entonces, cuanto le enseñaron carecía de valor.

Como un autómata, cogió el dinero y se perdió en la noche.

Encontró al coronel Samson y oyó que le decía:

—¡Ah! ¿Es usted Marlowe? ¿Es usted?

Le entregó el dinero.

—Rey me dijo que le entregase a usted eso.

Vio cómo se iluminaban los ojos viscosos de Samson al contar avariciosamente los billetes y guardarlos en sus pantalones raídos.

—Déle las gracias —oyó que murmuraba Samson—. Dígale que entretuve a

Grey una hora; no pude retenerlo más tiempo. ¿Fue suficiente?

—Fue suficiente. —Luego añadió—: La próxima vez entreténgalo más rato, o avise, ¡estúpido sodomita!

—Le entretuve tanto como pude. Dígale a Rey que lo siento. Lo siento y no sucederá otra vez. Lo prometo. Escuche, Marlowe. Usted sabe cómo es Grey, a veces resulta difícil.

—Le diré que lo siente.

—Sí, sí. Gracias, gracias Marlowe. Le envidio su posición tan cerca de Rey. Tiene usted suerte.

Peter Marlowe volvió al barracón norteamericano. Rey le dio las gracias y él hizo lo mismo antes de marcharse.

Encontró un pequeño promontorio desde el cual veía la alambrada y deseó encontrarse en su *Spitfire* surcando el cielo solo, y ascender cada vez más en aquel firmamento, donde todo es limpio y puro, donde no hay gente piojosa…, donde la vida es sencilla y se puede hablar con Dios, y estar con Dios, sin sentir vergüenza.

# XIII

Peter Marlowe yacía en su litera semidormido. A su alrededor los hombres comenzaban a despertarse, y, una vez levantados, iban a las letrinas, o se preparaban dispuestos a salir con las partidas de trabajo.

Mike se acicalaba el bigote, que medía treinta y siete centímetros y medio de punta a punta y que había jurado no cortárselo hasta después de ser liberado.

Barstairs, sosteniéndose en alto sobre su cabeza, practicaba el yoga; Phil Mint se hurgaba la nariz; la partida de bridge había comenzado; Raylings hacia sus prácticas matinales de canto; Myner ensayaba sobre su teclado de madera; el capellán Grover procuraba animar a todos, y Thomas maldecía la tardanza del desayuno.

Sobre Marlowe, Ewart, que ocupaba la litera de encima, gimió para sacudirse el sueño y dejó colgar sus piernas fuera de la litera.

—*Mahlu* la noche.

—Pateabas como un demonio.

Peter Marlowe hizo una vez más la misma observación, pues Ewart dormía siempre inquieto.

—Lo siento.

Ewart repitió lo acostumbrado. «Lo siento». Saltó pesadamente. Su espíritu no estaba en Changi, sino a ocho kilómetros de distancia, en el campo de los civiles, donde se hallaban su esposa y familia, al menos eso suponía, pues nunca permitieron contacto entre los campos.

—Quemaremos las camas después de ducharnos.

—Buena idea.

—Nunca nos acordamos. Parece como si no lo hubiéramos hecho tres días atrás. ¿Cómo dormiste?

—Como siempre.

Pero Marlowe sabía que nada era como siempre después de haber aceptado el dinero, y de su experiencia con Samson.

La impaciente cola para el desayuno empezaba a prolongarse mientras ellos sacaban al exterior la litera de hierro. Desmontaron la parte superior y quitaron las barras que encajaban en ranuras sobre la interior. Consiguieron cortezas y ramas de cocoteros e hicieron fuego debajo de las cuatro patas.

Mientras éstas se calentaban, cogieron ramas prendidas y las mantuvieron debajo de las barras longitudinales y de los muelles. El suelo tardó poco en cubrirse de chinches.

—¡Cuernos! ¿Vosotros también? —les gritó Phil—. ¿Por qué lo hacéis antes del desayuno?

Phil era un hombre amargado con pecho de gorrión y pelo de color rojo violento.

No le hicieron caso. Siempre gritaba, y ellos tenían por costumbre quemar su litera antes del desayuno.

—¡Por Dios, Ewart! —exclamó Marlowe—. ¿Tú no crees que podrían llevarse la litera?

—Las malditas casi me tiraron de la cama la noche pasada.

En un repentino acceso de rabia, Ewart pisoteó las chinches.

—Tómalo con calma, Ewart.

—No puedo evitarlo.

Cuando acabaron con las camas dejaron que se enfriasen y limpiaron sus colchones. Eso precisó media hora. Luego se ocuparon de las mosquiteras, durante otra media hora.

Para entonces las camas ya estaban frías. Montaron la litera y, una vez dentro del barracón, colocaron cuatro latas llenas de agua limpia, en las patas y se aseguraron de que los bordes no las tocasen.

—¿Qué es hoy, Ewart? —preguntó Peter Marlowe mientras aguardaban el desayuno.

—Domingo.

Marlowe se estremeció al recordar otro domingo.

Fue después de que una patrulla japonesa le hiciera prisionero. Estaba hospitalizado en Bandung aquel día. Los japoneses ordenaron a todos los prisioneros enfermos que cogieran sus pertenencias porque iban a otro hospital.

Formaron cientos de ellos en el patio, excepto los jefes de mayor graduación. Iban a Formosa, así decía el rumor. El general estaba allí, era el de mayor graduación y caminaba, destacado, encomendándose al Espíritu Santo. Era un hombre pulcro, de hombros cuadrados, y su uniforme aparecía manchado por los salivazos de los conquistadores.

Marlowe lo recordó llevando su colchón por las calles de Bandung bajo un sol que abrasaba, a través de silenciosas hileras de gentes con vestidos multicolores. Luego le vio tirar su carga, pesaba demasiado, y también le vio caer y levantarse. Más tarde, las puertas de la prisión se abrieron para volver a cerrarse detrás de ellos.

El patio era lo suficientemente amplio para albergar a todos. Pero Marlowe y algunos más fueron encerrados solos en diminutas celdas, donde habían cadenas en las paredes y un pequeño agujero en el suelo, que era el lugar común rodeado de excrementos, con una antigüedad de años. Un montón de paja pestilente cubría el piso.

En la celda inmediata había un loco, un javanés que había matado a tres mujeres y dos niños antes de que los holandeses lo encerraran. Pero los holandeses ya no eran los carceleros, ahora eran simples presos. Todos los días y todas las noches el loco golpeaba sus cadenas y chillaba.

La puerta de la celda de Marlowe tenía un diminuto agujero. Tendido sobre la paja, contemplaba sus pies, mientras esperaba la comida entre el continuo maldecir y morir de los prisioneros, pues se había declarado una epidemia.

Marlowe aguardaba resignado su descanso eterno.

Su mente enfebrecida le trasladó a un mundo pacífico donde había agua limpia, sin retretes rudimentarios y con el cielo descargando agua helada que, al mojarle, le limpiaba la inmundicia. Cuando abrió los ojos vio un rostro suave de revés, y, a su lado, otro más, pero los dos aparecían serenos, y pensó que estaba muerto de verdad.

Eran Mac y Larkin. Lo encontraron precisamente un poco antes de que les trasladaran desde la prisión a otro campo. Al verle creyeron que se trataba de un javanés, como el loco de la otra celda, que seguía con sus gritos y mover de cadenas, pues Marlowe también gritaba en malayo y se parecía a los javaneses.

—Vamos Peter —dijo Ewart—. Ya nos toca.

—¡Ah! Gracias.

Marlowe cogió sus platos.

—¿Se encuentra bien?

—Sí. —Después de un momento, añadió—: Es bueno estar vivo, ¿no le parece?

A media mañana la noticia voló por Changi. El comandante japonés iba a restablecer la ración normal de arroz, para celebrar una gran victoria japonesa en el mar. El comandante había explicado que una fuerza de combate estadounidense había sido totalmente destruida, y, que, por lo tanto, las Filipinas estaban salvadas. También dijo que el ejército japonés se reagrupaba dispuesto a Invadir las Hawai.

Esto dio lugar a rumores y conjeturas, a opiniones y contraopiniones.

—Paparruchas. Sólo paparruchas para encubrir alguna derrota.

—No lo creo. Nunca nos han aumentado la ración para celebrar una derrota.

—¿Quién habla de aumento? Nos devuelven algo que habíamos perdido. No, viejo. Palabra. Los malditos japoneses están recibiendo lo suyo. ¡Te lo digo yo!

—¿Cómo demonios sabes tú lo que ignoramos los demás? ¿Tienes una radio acaso?

—Si la tuviera, tan seguro como hay Dios que no te lo diría.

—¿Qué se sabe de Daven?

—¿Quién?

—El que tenía la radio.

—¡Ah, sí! Ya recuerdo. No lo conocía.

—¡Lástima que lo cogieran!

—Me gustaría encontrar al bastardo que lo denunció. Apuesto a que fue algún tipo de las fuerzas aéreas, o un australiano. Aquellos bastardos venden sus almas por medio penique.

—¡Yo soy australiano!

—íOh! Tómalo con calma. Era un chiste.

—Tienes un sentido muy peculiar del humor. ¡Animal!

—Tómatelo con calma, hombre. Hace demasiado calor. ¿Alguien me presta una chupada?

—Toma.

—Gracias. Tiene mal sabor.

—Hojas de papaya, curadas por mí mismo. Cuando uno se acostumbra queda

bastante bien.

—Mirad allí.

—¿Dónde?

—La subida de la carretera. ¡Marlowe!

—¿Ése? ¡Maldición! Tengo entendido que se ha aliado con Rey.

—Por eso le señalé, idiota. Todo el campo lo sabe. ¿Es que has estado durmiendo?

—No le culpes. Yo también hubiera aprovechado la oportunidad. Dicen que Rey tiene dinero, sortijas de oro y comida para alimentar a un regimiento.

—He oído que es un invertido. Dicen que Marlowe es su nueva chica.

—¿Eso dicen?

—Romances. Rey no es marica, sino un maldito bribón.

—Yo tampoco creo que lo sea. Desde luego, es astuto y un miserable bastardo.

—Lo sea o no, yo desearía ser Marlowe. ¿No os habéis enterado de que tiene un fajo de dólares? Oí que él y Larkin compraron huevos y un pollo entero.

—¿Estás loco? Nadie tiene semejante cantidad de dinero, excepto Rey. Ellos crían pollos. Probablemente murió uno y eso es todo. Quizá sea otra de tus condenadas historias.

—¿Qué crees que lleva Marlowe en aquel pote?

—Comida. ¿Qué otra cosa? No se necesita ser sabio para saber que es comida.

Marlowe se encaminaba hacia el hospital.

En el recipiente llevaba una pechuga, una pata y un muslo.

Había comprado un pollo al coronel Foster por sesenta dólares, algo de tabaco y la promesa de darle un huevo fecundado por *Rajah*, el hijo de *Sunset*, que pronto lo juntarían con *Noya*. Con la aprobación de Mac, decidieron dar a *Noya* otra oportunidad, en vez de matarla como se merecía, pues ninguno de sus huevos se convirtió en polluelo. «Quizá no fue culpa de *Noya* —había dicho Mac— puede que sea del gallo del coronel Foster. No es bueno, y todo su movimiento de alas, picotear y saltar encima de las gallinas debe ser simple exhibición».

Marlowe se sentó junto a Mac, mientras se comía el pollo.

—Vaya, muchacho, jamás me sentí tan bien y tan satisfecho en todo el

tiempo que recuerdo.

—Estupendo. Tiene buen aspecto, Mac.

Luego le contó de dónde procedía el dinero del pollo y Mac le dijo:

—Hizo bien en aceptarlo. Usted no sabe si ese Prouty robó el reloj, ni fue usted quien vendió una mercancía mala.

—Entonces, ¿por qué me siento tan condenadamente culpable? Usted y Larkin dicen que está muy bien. Aunque Larkin no estuvo tan seguro como usted.

—Negocios, amigo. Larkin es culpable y no un verdadero negociante. Vamos, yo sé los trucos del mundo.

—Usted es un sencillo plantador de goma. ¿Qué infiernos sabe de negociar? Ha permanecido enterrado en una plantación durante años.

—Se lo explicaré —dijo Mac—. Un plantador se pasa el tiempo comerciando. Cada día ha de tratar con los tamilos o los chinos, que son auténticos comerciantes, pues se inventan cada truco…

Así hablaron entre ellos y Marlowe sintió la alegría de ver cómo Mac reaccionaba según su modo peculiar. Sin apenas advertirlo empezaron a expresarse en malayo.

Marlowe dijo casualmente:

—¿Sabe cuál es la cosa de las tres cosas?

Para mayor seguridad, habló de la radio en parábola.

Mac miró a su alrededor, cerciorándose de que no eran espiados.

—Sí. ¿Qué hay?

—¿Está seguro de su enfermedad?

—No muy seguro, pero casi seguro. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque el viento trajo un susurro que hablaba de una medicina capaz de curar la enfermedad de varias maneras.

La cara de Mac se iluminó.

—*Wah-lah.* Usted ha hecho a un viejo feliz. Dentro de dos días saldré de aquí. Entonces me llevará hasta esa medicina.

—No, eso no es posible. Debo hacerlo privadamente, y pronto.

—No quisiera verle en peligro —dijo Mac pensativo.

—El viento traía esperanza, y como está escrito en el Corán, sin esperanza el hombre no es otra cosa que una bestia.

—Sería mejor que esperara antes de arriesgar su vida.

—Quisiera esperar, pero lo que deseo he de saberlo hoy.

—¿Por qué? —inquirió Mac, expresándose en inglés—. ¿Por qué hoy. Peter?

Marlowe se maldijo por haber caído en la trampa que tan cuidadosamente quiso evitar. Si explicaba a Mac lo del poblado éste enloquecería de preocupación. No le detendría, pero tampoco iría si él y Larkin se lo suplicaban. «¿Qué diablos hago ahora?».

De pronto recordó el consejo de Rey.

—Hoy o mañana, eso no importa. Sólo estoy interesado —dijo jugando su triunfo.

Se levantó.

—Bueno, hasta mañana Mac. Quizá Larkin y yo nos dejemos caer por aquí esta noche.

—Siéntese, amigo, a menos que tenga algo que hacer.

—No tengo nada que hacer.

Tozudo, Mac volvió al malayo:

—¿Me ha dicho la verdad? ¿Es cierto que «hoy» no significa nada? El espíritu de mi padre me susurró que aquellos que son jóvenes se arriesgan incluso cuando pasa el demonio.

—Está escrito, juventud no es siempre sinónimo de prudencia.

Mac estudió especulativamente a Marlowe. «¿Intenta algo en unión de Rey? —pensó cansado—, Peter disfruta con el peligro que ocasiona la radio. Por algo llevó la tercera parte todo el camino desde Java».

—Siento el peligro por usted —dijo al fin.

—No se puede coger miel sin riesgo de ser atacado por las abejas. Pero una araña busca con seguridad debajo de las rocas, porque sabe dónde y cómo buscar —el rostro de Marlowe se mantuvo tranquilo—. No tema por mí, viejo. Yo sólo busco debajo de las rocas.

Mac asintió satisfecho.

—¿Conoce su contenido?

—Seguro.

—Yo creo que se puso enfermo cuando una gota de agua se filtró por un agujero, tocó una cosa y la aplastó como un árbol caído en la jungla. La cosa es pequeña, como una diminuta serpiente, delgada como un gusano de seda y corta

como una cucaracha. —Gimió y se estiró—. Mi espalda me mata —dijo en inglés—. ¿Quiere arreglarme la almohada amigo?

Cuando Marlowe se inclinó. Mac le susurró al oído:

—Un condensador de ajuste, de trescientos microfaradios.

—¿Mejor así? —preguntó, mientras Mac se acomodaba.

—Estupendo, amigo, muchísimo mejor. Ahora, vayase. Esta insulsa charla me ha cansado.

—Sé que le divierte, viejo animal.

—No tan viejo, *puki mahlu.*

—*¡Senderis!* —dijo Marlowe, y caminó hacia el sol. «Un condensador de ajuste, trescientos microfaradios. ¿Qué demonios es un microfa-radio?».

El viento le trajo desde un garaje el olor dulzón de la gasolina, aceite pesado y grasa. Se sentó en cuclillas a un lado de la carretera junto a una mancha de grasa, y gozó su aroma. «¡Dios mío! —pensó—. El olor del petróleo me trae el recuerdo de aviones en Gosport y Farnborough y ocho campos más, y el de los *Spitfire* y *Hurricane.* Pero no quiero pensar en ellos ahora, pensaré en la radio».

Cambió de postura y se sentó sobre la hierba de la cuneta, al estilo árabe. Sus manos descansaron en su regazo con los nudillos juntos y los dedos señalando su ombligo. Muchas veces se había sentado de esa manera. Le ayudaba a pensar, pues, una vez pasado el dolor inicial, se apoderaba del cuerpo una sensación de quietud que liberaba la mente.

Permaneció sentado y silencioso mientras los hombres transitaban sin apenas advertir su presencia. No había nada de extraño en que un hombre estuviera allí, bajo el calor del sol del mediodía, quemado como un negro y con un simple *sarong.* Nada extraño, en absoluto.

«Ahora sé lo que he de obtener: una radio en el poblado. Éstos son como las cotorras, que recogen toda clase de cosas», y se rió al recordar «su» poblado de Java.

Lo había encontrado en medio de la jungla, cuando exhausto y perdido, y más vivo que muerto, se hallaba lejos de las carreteras que cruzan Java. Recorrió muchos kilómetros antes de llegar a él, el 11 de marzo. Las fuerzas de la isla habían capitulado el 8 de marzo, y eso fue en 1942. Durante tres días vagó por la jungla, comido por chinches y moscas; con sus ropas deshechas por los espinos, su cuerpo lleno de sanguijuelas y empapado por las lluvias. No había visto ni

oído a nadie desde que despegó del campo de aviación al norte de Bundung. Y ya en pleno vuelo hubo de abandonar su escuadrón, o lo que quedaba de él, cuando cayó su *Hurricane.* Pero antes de huir a través de la jungla destruyó completamente los restos de su máquina que ardió cual pira funeraria.

Una vez en el poblado, donde llegó a la puesta del sol, los javaneses que le rodearon parecían hostiles. No le tocaron, si bien era evidente la furia de sus rostros. Le miraban en silencio, y ninguno parecía dispuesto a socorrerle.

—¿Puedo conseguir comida y agua? —les preguntó.

No hubo respuesta.

Vio un pozo y se dirigió a él, seguido por miradas de enojo. Saciada su sed tomó asiento en el suelo y esperó pacientemente.

El poblado era pequeño y poco visible. Parecía rico. Las casas, situadas alrededor de una plaza, estaban construidas sobre soportes y hechas de bambú. Debajo de éstas se veían muchos cerdos y pollos. Cerca de una casa mayor había un corral y en él cinco búfalos domésticos de la India. Aquello signiñcaba que el poblado se desenvolvía bien.

Al fin fue conducido a la casa del jefe. Los silenciosos nativos le siguieron hasta la puerta y se sentaron en el pórtico a escuchar mientras esperaban.

El jefe era viejo, muy bronceado y marchito. También era hostil. Su casa, como las demás, constaba de una sola habitación grande dividida en pequeñas secciones por biombos.

En el centro de lo que era el comedor y sala de estar, había una taza de retrete, con asiento y tapa. No se veían conductos de agua, y la taza se hallaba colocada en lugar de honor sobre una alfombra tejida. Delante de la taza, sobre otra alfombra, el jefe aparecía sentado. Sus ojos eran penetrantes.

—¿Qué quieres? *¡Tuan!* —y el «tuan» fue una acusación.

—Sólo comida y agua señor. Y, si puede ser, quedarme algún tiempo hasta que me reponga.

—Me llamas señor, cuando hace tres días tú y el resto de los blancos nos llamabais *wogs*, y escupíais sobre nosotros.

—Yo nunca os llamé *wogs.* Fui mandado aquí para proteger tu país de los japoneses.

—Ellos nos han liberado de los pestilentes holandeses. Lo mismo que liberarán todo el Lejano Este de los imperialistas blancos.

—Quizá. Pero temo que lamentarás el día en que llegaron.

—¡Vete de mi poblado! ¡Vete con el resto de los imperialistas! ¡Vete antes de que llame a los japoneses!

—Está escrito: «Si un extranjero viene a ti y te pide hospitalidad, dásela, y tú hallarás favor a los ojos de Alá».

El jefe le miró sorprendido.

—¿Qué sabes tú del Corán y de las palabras del profeta?

—Su nombre sea alabado. El Corán se traduce al inglés desde hace muchos años y por muchos hombres.

Luchaba por su vida. De quedarse en el poblado, conseguiría una barca para ir a Australia. No es que supiera manejar una barca, pero valía la pena el riesgo. Cautividad era sinónimo de muerte.

—¿Eres tú uno de sus fieles? —preguntó sorprendido el jefe.

Marlowe vaciló. Le hubiera sido fácil hacerse pasar por mahometano. Su entrenamiento incluyó el estudio del Corán. Los oficiales de las fuerzas de Su Majestad tenían que servir en muchos lugares, y los que eran profesionales se adiestraban en muchas cosas aparte de la enseñanza propia de su especialidad.

Si decía sí, entonces estaba salvado, pues Java era en su mayor parte mahometana.

—No. No soy uno de sus fieles —sentíase cansado y le importaba poco que aquello fuera el fin—. Por lo menos no lo sé. Me enseñaron a creer en Dios. Mi padre solía decirnos, a mis hermanos y a mí, que Dios tiene muchos nombres. Los cristianos dicen que, incluso, hay una Santísima Trinidad, que son partes de Dios.

—No tiene importancia como llames tú a Dios. A Él no le preocupa si es reconocido como Jesús o Alá, Buda o Jehová, o, incluso. ¡Tú! Porque si es Dios, sabe que nuestra inteligencia es limitada.

»Yo creo que Mahoma fue un hombre de Dios, un profeta de Dios, como Jesús es Dios. Pero que Mahoma se llame a sí mismo en el Corán, el «más puro de todos los profetas» y que sea el último de los profetas, no lo creo. Nosotros, los humanos, no podemos estar ciertos de nada relacionado con Dios.

»Ahora bien, tampoco creo que Dios sea un anciano con luenga barba sentado en un trono de oro allá en el cielo. Ni, como prometió Mahoma, que los fieles van al paraíso, donde yacen en divanes de seda, beben vino y tienen

muchas doncellas que les sirven, o que el paraíso sea un jardín con gran abundancia de arroyos y árboles frutales. Como tampoco creo que crezcan alas en las espaldas de los ángeles.

La noche se cernió sobre el poblado. Un bebé lloró mientras lo acunaban para que se durmiese.

—Un día sabré seguro por qué nombre deberé llamar a Dios. Será el día en que muera. —Guardó un corto silencio—. Debe de ser muy depresivo descubrir que no hay Dios.

El jefe hizo seña a Marlowe para que se sentase.

—Puedes quedarte. Pero hay condiciones. Jurarás obedecer nuestras leyes y ser uno de nosotros. Trabajarás en los arrozales, y en el poblado con los demás hombres. Ni más ni menos que como cualquiera de ellos. Aprenderás y sólo hablarás nuestro idioma, y llevarás nuestro vestido y teñirás el color de tu piel. Tu altura y el color de tus ojos gritarán que eres un blanco, pero, quizás el color, vestido e idioma te protejan durante algún tiempo: quizá pueda decirse que eres mitad javanés, mitad blanco. No tocarás mujer alguna de aquí sin permiso. Y me obedecerás sin discusión.

—De acuerdo.

—Hay otra cosa. Ocultar un enemigo de los japoneses es peligroso. Debes saber que si llega el momento de elegir entre tú y mi gente, elegiré mi pueblo.

—Lo comprendo. Gracias, señor.

—Jura por tu Dios —un estremecimiento de risa apareció en los rasgos del viejo—, jura por tu Dios que obedecerás y que aceptas mis condiciones.

—Juro por Dios que las acepto y que obedeceré, y que no haré nada que os perjudique mientras esté aquí.

—Nos perjudicas con tu presencia, hijo —replicó el hombre.

Después que hubo comido y bebido, el jefe dijo:

—Desde ahora no hablarás inglés. Sólo malayo. Es el único modo de aprender de prisa.

—Conforme. ¿Puedo preguntar una cosa?

—Sí.

—¿Qué significa esa taza de retrete sin tubería de desagüe?

—No tiene significación excepto que me gusta contemplar la cara de mis huéspedes y saber qué piensan: «¡Qué cosa más ridicula como adorno de una

casa!».

El viejo se estremeció con espasmos de risa que llenaron sus ojos de lágrimas. Toda la casa se alborotó, viniendo sus esposas a socorrerle con fricciones en la espalda y estómago.

Marlowe se sonrió ante el recuerdo. ¡Aquél sí que era un hombre! *Tuan* Abu. Sin embargo, no quiso pensar más en el lejano poblado, los amigos que tenía en él, ni con N'ai, la joven que le destinaron. Debía pensar en la radio, en cómo lograría el condensador y el modo de agudizar el ingenio en el poblado aquella noche.

Descruzó las piernas y esperó pacientemente hasta que la sangre volvió a fluir por sus venas otra vez. El grato olor a gasolina seguía rodeándole, transportado por la brisa. También llegaban con la brisa voces que interpretaban himnos, procedentes del teatro al aire libre, y eran cánticos de la Iglesia de Inglaterra. La semana anterior había correspondido a la católica, y la otra a la del Séptimo día de Adviento. Desde luego, se mostraban tolerantes en Changi.

Eran muchos los feligreses que llenaban los toscos asientos. Algunos guiados por su fe, y otros, porque carecían de ella. También asistían los faltos de otra cosa que hacer. Aquel día era el capellán Drinkwater quien oficiaba.

La voz del capellán Drinkwater era rica y sonora. La sinceridad emanaba de él y las palabras de la Biblia cobraban vida en sus labios. Sabía infundir esperanza, procuraba hacer olvidar Changi y los estómagos vacíos.

«¡Podrido hipócrita!», pensó Marlowe, que despreciaba a Drinkwater. Su mente volvió a un pasado muy reciente.

—fEh, Peter! —le había dicho Daven—. Mire allí.

Marlowe vio a Drinkwater hablando con un marchito cabo de la RAF llamado Blodger. La litera de Drinkwater se hallaba en un lugar de preferencia cerca de la puerta del barracón dieciséis.

—Ése debe de ser su nuevo asistente —indicó Daven.

Incluso en el campo se mantenía la antigua tradición.

—¿Qué le sucedió al otro?

—¿Lyles? Me dijo que iba al hospital. Sala seis.

Marlowe se levantó.

—Drinkwater puede hacer lo que quiera con los tipos del ejército, pero no con uno de los míos.

Caminó el largo de cuatro literas.

—¡Blodger!

—¿Qué quiere, Marlowe? —preguntó Drinkwater.

Peter Marlowe le ignoró.

—¿Qué hace usted aquí, Blodger?

—Visitaba al capellán, señor. Lo siento, señor —dijo acercándose—. No le veo muy bien.

—Teniente de aviación Marlowe.

—¿Cómo está usted, señor? Soy el nuevo asistente del capellán, señor.

—¡Salga de aquí! Y antes de aceptar un trabajo de asistente venga a consultármelo.

—¡Pero, señor!

—¿Quién se cree usted que es, Marlowe? —saltó Drinkwater—. No tiene usted jurisdicción sobre él.

—No será su asistente.

—¿Por qué?

—Porque yo lo digo. Está usted despedido, Blodger.

—Pero, señor. Yo cuidaré bien del capellán, de verdad. Trabajaré mucho…

—¿Dónde consiguió usted ese cigarrillo?

—Vea, Marlowe… —empezó Drinkwater.

El joven se volvió raudo a él.

—¡Cállese!

Otros oficiales dejaron sus ocupaciones y empezaron a reunirse.

—¿Dónde consiguó usted ese cigarrillo, Blodger?

—El capellán me lo dio —titubeó Blodger, retrocediendo asustado por la cortante voz de Peter Marlowe—. Le di mi huevo. Me prometió tabaco a cambio de mi huevo diario. Yo quiero el tabaco y él puede quedarse con los huevos.

—No hay daño alguno en ello —exclamó Drinkwater—. No hay daño en dar al muchacho tabaco. Me lo pidió él a cambio de un huevo.

—¿Ha estado usted en la Sala Seis recientemente? —preguntó Marlowe—. ¿Ayudó usted a que admitieran a Lyles, su último asistente? Ahora es un pobre ciego.

—Eso no es culpa mía. Yo no le hice nada.

—¿Cuántos huevos se le quedó usted?

—Ninguno. Ninguno.

Marlowe agarró una Biblia y la echó a las manos de Drinkwater.

—¡Júrelo y entonces le creeré! ¡Júrelo por Dios, o prometo que seré yo quien le pida cuentas!

—Lo juro —gimió Drinkwater.

—¡Embustero bastardo! —gritó Daven—. He visto cómo se quedaba los huevos de Lyles. Todos lo hemos visto.

Marlowe cogió el plato de rancho de Drinkwater y encontró un huevo, que aplastó contra su cara, introduciéndole la cascara en la boca. Drinkwater se desmayó.

Marlowe le tiró un balde de agua sobre el rostro, y volvió en sí.

—¡Bendito sea, Marlowe! —susurró—. ¡Bendito sea por mostrarme el error de mi conducta! —Se arrodilló junto a su litera—. ¡Oh, Señor, perdona a este miserable pecador. Perdona mis pecados…!

Y aquel domingo, besado por el sol, Marlowe escuchaba a Drinkwater su sermón. Blodger hacía mucho que estaba en la Sala Seis, pero si el capellán le había ayudado a ir allí, lo ignoraba. Ahora bien, Drinkwater seguía obteniendo nuevos de alguna parte.

El estómago le dijo que era llegada la hora de comer.

Regresó a su barracón donde los hombres aguardaban con los platos en la mano, impacientes. El extra no era para aquel día, quizá para el siguiente, según el rumor. Ewart hizo indagaciones en la cocina y la ración era la de siempre. Conforme, pero, ¿por qué diablos no iba más aprisa?

Grey se hallaba sentado en el extremo de su cama.

—Vaya Marlowe. Veo que come con nosotros estos días. Agradable sorpresa.

—Sí, Grey; aún como aquí. ¿Por qué no sale corriendo y juega a ladrones y policías? En todo caso procure coger a quien no pueda devolverle la patada.

—No doy oportunidad. Ahora tengo puesto el ojo sobre caza mayor.

—Buena suerte.

Marlowe recogió sus platos y se cruzó con Brough que presenciaba una partida de bridge.

—¡Policías! —susurró—. Todos son lo mismo.

—Desde luego.

Se unió a Marlowe.

—Me han dicho que tiene un nuevo compañero.

—Sí —Marlowe se puso en guardia.

—Éste es un país libre. Pero no siempre puede uno arriesgarse y emitir su punto de vista.

—¿Por…?

—Las amistades relámpago a veces perjudican.

—Eso es cierto en cualquier parte.

—Puede —Brough sonrió—. Quizá le gustaría una taza de café, y masticar un trozo de tabaco.

—Me gustaría. ¿Qué le parece mañana después del «chino»? —Involuntariamente había usado la expresión de Rey. Sonrió y Brough hizo lo mismo.

—¡Eh! ¡Qué ya llega el rancho! —gritó Ewart.

—Gracias a Dios —gimió Phil—. Un trato, Peter. Tu arroz por mi sopa.

—¡Vaya esperanza!

—No perjudica probar.

Marlowe salió al exterior y se unió a la cola. Raylins servía el arroz. «Bueno —pensó—, hoy no hay de qué preocuparse».

Raylins era de mediana edad y calvo. Había sido director en el Banco de Singapur, y, como Ewart, pertenecía al regimiento malayo. En tiempo de paz resultaba grato ser miembro de tan gran organización militar. Ello suponía reuniones, cricket, polo, etcétera. Cualquier hombre, para ser alguien, debía pertenecer a ella.

Raylins administraba los fondos del regimiento, pues el cálculo era su especialidad. Cuando pusieron un fusil en sus manos y le dijeron que aquello era la guerra y recibió la orden de incorporarse a su puesto en defensa de la causa frente a los japoneses, miró al coronel y sonrió. Él sólo entendía de cuentas. Pero no le valió. Tuvo que aceptar el mando de veinte hombres tan mal preparados como él, y marchar por la carretera. De repente, sus veinte hombres se redujeron a tres. Trece habían muerto instantáneamente en una emboscada. Cuatro estaban heridos y yacían en medio de la carretera chillando. A uno le destrozaron la mano y se miraba estúpidamente el muñón, cogía la sangre con el miembro sano e intentaba verterla de nuevo en su brazo. Otro se puso a reír mientras recogía sus intestinos y los volvía a su sitio.

Raylins miró paralizado el tanque japonés que avanzaba por la carretera haciendo fuego con todas sus armas. Después los cuatro heridos fueron meras manchas en el asfalto. Volvió sus ojos hacia los restantes hombres, entre los cuales estaba Ewart; ellos también le miraron. Y, sin previo acuerdo huyeron; aterrorizados hacia la jungla. Raylins se quedó solo en el horror de la noche plagada de sanguijuelas y ruidos. Le salvó de la locura un niño malayo que le encontró sollozando y le condujo al pueblo. Una vez allí se arrastró hasta el edificio donde habían reunido los restos de un ejército vencido. Al día siguiente los japoneses fusilaron a dos de cada diez. El y unos cuantos más continuaron en el edificio, hasta que los subieron en un camión que los llevó a un campo de concentración, donde se encontraron entre los suyos. Pero Raylins nunca podría olvidar a su amigo Charles, con los intestinos fuera.

Raylins se pasaba la mayor parte del tiempo en tinieblas. Seguía sin comprender por qué no estaba en el Banco contando sus cifras, nítidas y pulcras, y porqué había de estar en un campo donde sólo sobresalía en una cosa: en repartir una cantidad desconocida de arroz en el número exacto de partes.

—Hola, Peter —dijo Raylins dándole su ración—. ¿Conociste a Charles, verdad?

—Sí, buen muchacho.

Marlowe no lo conocía. Ninguno lo conocía.

—¿Crees que consiguió entrárselos?

—Claro. Desde luego.

Peter Marlowe cogió su comida mientras Raylins se dirigió al siguiente.

—Hola capellán Grover, hace calor, ¿eh? Conoció usted a Charles, ¿eh?

—Sí —repuso el capellán con los ojos fijos en la medida de arroz—. Estoy seguro de que lo consiguió.

—Bueno, bueno. Me alegra oírlo. Extraño lugar para encontrar sus intestinos fuera, así, de esa forma.

La mente de Raylins derivó hacia su frío Banco y su esposa a quien vería por la noche en su limpio y reducido *bungalow.* «Veamos —pensó—. Cordero para cenar. ¡Cordero! Y una cerveza fresca. Entonces jugaré con Penélope, y mi mujer estará contenta de sentarse en el pórtico a coser».

—Hola —exclamó feliz reconociendo a Ewart—. ¿Te gustaría venir a cenar esta noche a casa, Ewart, amigo? ¿Quieres traer a tu mujer?

Ewart murmuró algo entre dientes prietos. Cogió su arroz y la sopa y dio media vuelta.

—Tómelo con calma, Ewart —le dijo Marlowe.

—¡Tómelo con calma! ¿Cómo se cree que suena eso? ¡Le juro que un día lo mataré!

—No se preocupe.

—¡No se preocupe! ¡Están muertas! Su esposa y su hija están muertas. Las vi muertas. Pero mi mujer y mis dos hijos, ¿dónde están, eh? ¿Dónde? En alguna parte muertos también. Tienen que estarlo después de todo este tiempo. ¡Muertos!

—Están en el campo de los civiles.

—¡En nombre de Cristo! ¿Cómo puede usted saberlo? No lo sabe; yo tampoco. Y sólo está a ocho kilómetros de distancia. ¡Están muertos! ¡Oh, Dios mío!

Y Ewart se sentó y lloró, derramando su arroz y su sopa en el suelo. Marlowe recogió el arroz y las hojas que flotaban en el caldo y lo puso en el recipiente de Ewart.

—La próxima semana le dejarán escribir una carta. Incluso puede ser que le permitan una visita. El comandante del campo siempre pide una lista de las mujeres y los niños. No se preocupe, están a salvo.

Lo dejó restregándose la cara con el arroz, cogió su ración y se fue al barracón.

—Hola, amigo —dijo Larkin—. ¿Ha ido a ver a Mac?

—Sí. Tiene buen aspecto. Incluso empezó a preocuparse por su edad.

—Será bueno volver a tener al viejo Mac —Larkin sacó de debajo de su colchón un plato tapado—. ¡Sorpresa!

Al descubrirlo mostró una sustancia semejante a *putty.*

—¡Vaya cosa estupenda! *¡Blachang!* ¿Dónde diablos lo consiguió?

—Pordioseando, desde luego.

—Es usted un genio, coronel. Qué raro que no lo oliera —Marlowe se inclinó y cogió un diminuto trozo de *blachang*—. Nos durará un par de semanas.

El *blachang* era un requisito nativo, fácil de hacer. Cuando la estación era propicia, se pescaban en la playa las miríadas de diminutas criaturas marinas que pululaban sobre la superficie, se enterraban en un hoyo revestido con algas

marinas, y luego se cubrían con más algas, dejándolo así durante dos meses.

Cuando se abría el hoyo, los peces se habían convertido en una masa, cuyo hedor sacaba a uno de quicio y destruía la sensibilidad del olfato durante una semana. Conteniendo la respiración se mezclaba la pasta y se freía; si bien debía hacerse a favor del viento para no morir sofocado. Una vez frío, se le daba la forma de pequeños bloques y se vendía muy caro. Antes" de la guerra un cubito valía diez centavos. Pero en el campo se pagaban diez dólares la pastilla. Era pro teína pura. Y una diminuta fracción daba sabor a toda una ración de arroz. Naturalmente, era fácil coger disentería con ello. Pero si había sido conservado y cocido debidamente, y resguardado de las moscas, no había peligro.

Semejante posibilidad no contaba. Simplemente se decía:

—Coronel, es usted un genio —y se mezclaba en el arroz y se saboreaba.

—Llévele algo a Mac.

—Buena idea. Seguro que se quejará si no está bien cocido.

—El viejo Mac se quejará aunque esté cocido a la perfección… —Larkin se detuvo—. |Eh, Johnny! —Llamó a un hombre alto que pasaba acompañado de un perro mestizo, flaco y huesudo—. ¿Quiere un poco de *blachang,* amigo?

—¿Puedo?

Le dieron una pizca en una hoja de plátano; hablaron del tiempo y le preguntaron cómo estaba el perro. John Hawkins amaba su perro por encima de todo. Compartía su comida con él y dormía en su litera. *Rover* era un buen amigo y su presencia obligaba a los demás a sentirse civilizados.

—¿Le gustaría una partida de bridge esta noche? Traeré el cuarto —propuso Hawkins.

—Esta noche no puedo —contestó Marlowe espantando moscas.

—Invitaré a Gordon —sugirió Larkin.

—Estupendo. Hasta después de cenar.

—Conforme. Hasta luego.

—Gracias por el *blachang* —dijo Hawkins mientras se iba con *Rover* saltando feliz a su lado.

—¿Cómo diablos conseguirá suficiente comida para alimentarse él y ese dingo? ¡Maldito si puedo explicármelo! —exclamó Larkin.

Peter Marlowe movió su arroz mezclando cuidadosamente el *blachang.* Deseaba compartir el secreto de su viaje nocturno con Larkin. Pero sabía que era

muy peligroso.

# XIV

Salir del campo fue muy fácil. Simplemente un corto deslizamiento por una parte sombreada de la valla de seis alambres, y, luego, una rápida carrera hacia la jungla. Cuando se detuvieron para respirar, Marlowe deseó encontrarse hablando con Mac o Larkin, o, incluso con Grey.

Pensó que había anhelado estar fuera, y, al lograrlo, sentía miedo.

Resultaba sorprendente mirar el campo desde allí. El barracón norteamericano se hallaba a unas cien yardas de distancia. Los hombres iban arriba y abajo. Hawkins caminaba con su perro. Un guardián coreano deambulaba de un lado a otro. Las luces estaban apagadas en diversos barracones, pues hacía rato que habían hecho la comprobación nocturna. No obstante, el campo daba señales de vida a causa de los que no dormían. Siempre era así.

—Vamos, Peter —susurró Rey, y le guió introduciéndose más en el follaje.

Hasta aquel momento todo había sido perfecto. Cuando llegó al barracón, Rey estaba ya preparado.

—Debemos equiparnos para hacer bien el trabajo —dijo mostrándole un par de botas japonesas recién lustradas, con suelas de crepé y piel suave que no hacían ruido, y el «conjunto»: unos pantalones chinos y camisa corta.

Sólo Dino sabía lo del viaje, pues empaquetó los dos equipos que trasladó secretamente al lugar por donde debían de saltar. Cuando todo estuvo despejado, Marlowe y Rey caminaron descuidadamente, después de advertir que iban a jugar al bridge con Larkin y otro australiano. Tuvieron que esperar media hora a prueba de nervios antes de que el camino quedara despejado para correr hasta la torrentera, cerca de la alambrada, donde se cambiaron de ropas y embadurnaron con barro sus rostros y manos. Pasó otro cuarto de hora antes de que pudieran correr de nuevo hasta la alambrada sin ser vistos. Una vez traspasada, Dino

recogió las prendas.

De noche, la jungla es aterradora. Pero Marlowe se sentía como en su casa. Le recordaba los alrededores del poblado, en Java, por cuya causa su nerviosismo decreció algo.

Rey guiaba con seguridad, después de haber realizado el viaje cinco veces. Caminaba con los sentidos alertas, pendiente del centinela que, sin puesto fijo, patrullaba por aquella zona. Pero sabía que muchas veces encontraba un claro en alguna parte y se dormía.

Después de un rato angustioso en que toda rama u hoja, al ser tronchadas, parecían gritar su paso, mientras los troncos se convertían en un obstáculo, llegaron a la senda seguros de haber rebasado al guardián. Aquella vereda conducía al mar, y, luego, al poblado. Ya eran libres. Ni alambrada ni japoneses. De repente, Marlowe pareció caer en una pesadilla.

—¿Qué sucede Peter? —murmuró Rey, sintiendo que algo iba mal.

—Nada…, sólo que…, bueno, que estar fuera es una tentación.

—Ya se acostumbrará —Rey miró su reloj—. Falta un kilómetro y medio, aproximadamente. Nos hemos adelantado a lo previsto. Debemos esperar.

Se detuvieron y escucharon los ruidos de la selva. Grillos, ranas, repentinos silencios, y el roce de una bestia desconocida.

—Fumaría.

—Yo también.

—Pero no aquí.

La mente de Rey se mantenía activa. Una mitad escuchaba los ruidos de la jungla, y, la otra, maduraba el próximo negocio. «Sí —se dijo—. Es un buen plan».

Comprobó la hora. El minutero avanzaba despacio. Pero esto le concedía más tiempo para organizar la operación. Y cuanto más tiempo dedicaba a un negocio, mejor. De ese modo no hay deslices y el beneficio es mayor. El hombre que niensa su negocio es el verdadero genio. Compra barato y vende caro. Si bien precisa ejercitar la mente y aprovechar las oportunidades. Así el dinero viene solo. Y con dinero todas las cosas son posibles. La más importante: el poder.

«Cuando salga —pensó Rey—, seré millonario. Haré tanto dinero que el fuerte Knox me parecerá una pocilga. Montaré una organización. Ésta incluirá

hombres leales como ovejas. Los cerebros siempre se pueden comprar. Y cuando uno sabe el precio de un tipo puede usar sus servicios o explotarlo a voluntad. Eso es lo que se aprende dando vueltas por el mundo: que hay una élite y el resto. Yo soy la élite y seguiré siéndolo.

»No más deambular de una a otra ciudad. Eso queda en el pasado. Entonces era un chico atado a papá. A un hombre que holgaba meses, se reventaba trabajando, repartía guías falsas de teléfonos, o pordioseaba para conseguir una botella. Luego había que salir del atolladero. Nunca más. En lo sucesivo, otros trabajarán para mí.

»Cuanto necesito es masa encefálica. Todos los hombres son creados igual… con ciertos derechos inalienables.

Gracias a Dios nací en Norteamérica» —se dijo por billonésima vez.

—Es el país de Dios —murmuró.

—¿Qué?

—Los Estados Unidos.

—¿Por qué?

—El único país en el mundo donde se puede comprar cualquier cosa, donde se tiene la oportunidad de hacerlo. Eso es importante si uno nace con fortuna, Peter, y sólo unos pocos nacen así. Pero si uno es pobre, y quiere trabajar hay tantísimas oportunidades que hacen erizar el pelo. Y si un tipo rio trabaja y no se ayuda, es que no vale un comino, y no le sirve ser norteamericano, y…

—¡Atención! —advirtió Peter Marlowe, repentinamente en guardia.

Se percibía el leve ruido de pisadas que se aproximaban.

—Es un hombre —susurró Marlowe deslizándose en la espesura para ocultarse—. Un nativo.

—¿Cómo diablos lo sabe?

—Lleva calzado del país. Diría que es viejo. Su caminar es torpe. Escuche, se puede oír su respiración ahora.

Momentos más tarde el nativo apareció en el sendero. Era viejo y sobre sus hombros llevaba un jabalí muerto. Le vieron pasar y desaparecer.

—Nos descubrió —dijo Marlowe preocupado.

—¡El infierno descubrió!

—Seguro que sí. Quizá pensó que era un guardián japonés. Yo observaba sus pies. De este modo siempre se sabe si uno es localizado. Perdió un paso.

—Posiblemente fue una resquebrajadura del camino o un tronco.

Marlowe sacudió la cabeza.

«¿Amigo o enemigo? —pensó Rey febrilmente—. Si es del poblado, no hay que temer». Allí nadie ignoraba su presencia, pues recibían su parte a través de Cheng San, su intermediario. «No le reconocí, pero eso no es sorprendente. Muchos nativos estaban en la pesca nocturna cuando fui antes».

—¿Qué hacemos? —preguntó Marlowe.

—Esperar; luego haremos una rápida inspección. Si es hostil, irá al pueblo e informará al jefe. Esto será la señal de que tendremos el infierno fuera.

—¿Puede confiar en ellos?

—«Yo» puedo. —Emprendió el camino—. Manténgase a veinte metros de mí.

Encontraron el poblado. Casi demasiado fácilmente, se dijo Marlowe receloso. Desde aquella posición alta, lo dominaban. Unos cuantos malayos estaban en cuclillas fumando en un pórtico. Un cerdo gruñía aquí y allá. Alrededor del poblado había cocoteros, y, al otro lado, la fosforescente marejada del mar. Se veían unos cuantos botes con las velas enrolladas y las redes colgando quietas. Ninguna sensación de peligro.

—Todo me parece bien —murmuró Marlowe.

Rey le dio un codazo. En el pórtico de la choza del jefe estaban éste y el hombre que habían visto. Los dos malayos parecían inmersos en profunda conversación; luego una risa distante rompió la quietud y el hombre bajó los peldaños.

Le oyeron llamar. Al momento una mujer se apresuró a coger el jabalí de sus hombros, para, en un asador, dejarlo sobre el fuego. No tardaron mucho en acudir otros malayos, que entre bromas y risas, se agruparon alrededor de la fogata.

—Allí está —exclamó Rey.

Por la plaza caminaba un chino alto. Detrás de él iba un nativo con las velas de una pequeña embarcación de pesca. Se unió al jefe, y después de saludarse con la suavidad acostumbrada, se acuclillaron dispuestos a esperar.

—Conforme —sonrió Rey—. Ahí vamos nosotros.

Se levantó, y, manteniéndose en las sombras, se acercaron cautelosamente. En la parte posterior de la choza del jefe una escalera de mano conducía al

pórtico, muy elevado del suelo. Rey trepó y Marlowe lo hizo detrás de él. Casi inmediatamente, oyeron cómo apartaban la escalera.

—*Tabe* —sonrió Rey mientras Cheng San y Sutra, el jefe entraban.

—Bueno verte, *tuan*. ¿Comer tú? ¿Sí? —dijo el jefe buscando palabras inglesas.

Su sonrisa mostró unos dientes manchados de betel.

—*Trima kassih*… gracias. Ya ves, Cheng San, que yo cumplo la palabra y vengo. Aquí hace buen tiempo. Todo puede ser lo mismo.

Presentó a Peter Marlowe.

—*Ichi-bon* amigo —se volvió hacia él—. Peter, dígale algo, ya sabe, saludos y lo de costumbre. Dispuesto a trabajar, muchacho.

Sonrió y sacó un paquete de «Kooas», ofreciendo a todos los que estaban a su alrededor.

—Mi amigo y yo os agradecemos vuestra bienvenida —empezó Marlowe—. Apreciamos vuestra amabilidad al preguntarnos si queremos comer con vosotros sabiendo que en estos tiempos hay tanta escasez. Seguro que sólo una serpiente en la jungla rehusaría aceptar la amabilidad de vuestra oferta.

Cheng San y el jefe mostraron amplias sonrisas.

—*Wah-lah* —dijo Cheng San—. Será bueno poder hablar a mi amigo el raja todas las palabras que hay en mi miserable boca. Muchas veces he querido decir lo que ni yo ni mi buen amigo Sutra, aquí presenté, podíamos, por falta de palabras adecuadas. Dile al raja que es un hombre sabio e inteligente al venir con semejante intérprete.

—Dice que soy un buen pedazo de boca —dijo sintiéndose feliz y tranquilo —. Y que se alegra de poder decirle todo lo que piensa.

—No deje de expresarse como un inglés bien educado, Peter, pues de lo contrario su pedazo de boca parecerá una peonza.

—¡Oh! He hablado con Mac asiduamente —dijo Peter Marlowe.

—Estupendo.

—¡También le llamó raja! Ése será su mote de ahora en adelante. Quiero decir, aquí.

—Empecemos, Peter.

—Usted dirá, hermano.

—No tenemos mucho tiempo que perder. Dígale a Cheng San…

—No puedo hablar aún de negocios, viejo —dijo Peter Marlowe, sorprendido—. Lo estropearía todo. Primero debemos tomar café y algo de comida; luego podremos empezar.

—Dígaselo ahora.

—Si lo hago se sentirán ofendidos. Palabra.

Rey pensó un momento. «Bueno —se dijo—, si compras sesos mal negocio es no usarlos, a menos que tengas un presentimiento. Entonces es cuanto el astuto negociante hace o deshace, según el calibre de su inteligencia». Pero él no tenía ningún presentimiento, y se limitó a asentir.

—Conforme. Como usted diga.

Aspiró su cigarrillo y escuchó a Marlowe que les hablaba. Mientras, observaba a Cheng San. Sus ropas eran mejores que la última vez. Lucía una sortija nueva con una piedra parecida a un zafiro, quizá de cinco quilates. Su rostro limpio y rasurado lucía el dorado de la miel, y su pelo se hallaba bien cuidado.

A Cheng San le iban bien las cosas. Pero al viejo Sutra no tanto.

Su *sarong* era viejo y deshilacliado, y carecía de joyas. La última vez llevaba un anillo de oro, pero ahora apenas se notaba la marca en su dedo. Eso demostraba que no se lo había quitado con motivo de aquella reunión.

Oyó a las mujeres, que en otro lado de la casa, charlaban suavemente; en el exterior, reinaba la quietud de la noche. A través de las ventanas llegaba el olor del jabalí que asaban. Una muestra significativa de que el poblado necesitaba de Cheng San, el único hombre que ejercía el mercado negro y que, posiblemente consiguiera de los japoneses el jabalí a cambio de pescado. También era presumible que el viejo lo hubiera cazado y lo ofreciera a sus amigos. Una cosa era cierta: los vecinos del poblado se mostraban ansiosos agrupados alrededor del fuego, quizá tan ansiosos como ellos mismos. Rey supuso que tendrían hambre. Este pensamiento le llevó a pensar que las cosas estaban mal en Singapur. De hecho, el poblado debería estar bien provisto de comida, bebida y demás cosas. Podía ser que Cheng San no tuviera facilidades para intercambiar la pesca en los mercados. Quizá los japoneses le vigilaban de cerca. De ser así, era de temer que no duraría mucho en el mundo de los vivos.

Semejante supuesto le inclinó a pensar que tal vez Cheng San necesitaba de ellos más que el poblado de él. Y quizás era la causa de que llevara puestos sus

vestidos y joyas. Posiblemente, Sutra, cansado de la subida de los precios, determinara cambiarlo por otro contrabandista.

—Peter —dijo—. Pregunte a Cheng San cómo está la cotización del pescado en Singapur.

Marlowe tradujo la pregunta.

—Dice que el negocio es bueno. La escasez de alimentos es tal que puede conseguir los mejores precios de la isla. Pero los japoneses se vuelven pesados y se hace difícil comerciar. Por otra parte, burlar las leyes del mercado cuesta más dinero de día en día.

«¡Lo cogí! —pensó Rey gozoso—. Chen no ha venido "precisamente" por mi negocio. "Es" pescado lo que busca. Ahora, ¿cómo puedo volver eso a mi favor? Betcha Cheng San tiene dificultades en entregar la mercancía. Quizá los japoneses interceptaron algunos botes. El viejo Sutra no es loco. Sin dinero, no hay trato, y Cheng San lo sabe. Si no hay negocio el viejo Sutra venderá a otro. Sí, señor».

Esto le llevó a la conclusión de que podía mostrarse duro y subir el precio.

Momentos después sirvieron la comida. Patatas dulces al horno, berenjena frita, leche de coco, gruesas tajadas de jabalí asado con mucha grasa, plátanos y papayas. Rey advirtió que no había cordero, bistec de buey ni confituras que tanto gustan a los malayos. Sí, las cosas iban mal.

La comida fue servida por la esposa favorita del jefe, una vieja arrugada. La ayudaba Sulina, una de sus hijas, hermosa, dulce, de suaves curvas y tez como la miel. Olía deliciosamente y vestía un *sarong* nuevo.

—*Tobe*, Sam —dijo Rey a Sulina.

La muchacha rió y, avergonzada, intentó ocultar su embarazo.

—¿Sam? —preguntó Marlowe.

—Seguro —contestó secamente Rey—. Me recuerda a mi hermano.

Marlowe le miró sorprendido.

—Era un chiste. No tengo hermano.

—¡Ah!

Peter Marlowe pensó un momento; luego preguntó:

—¿Por qué Sam?

—El viejo no quiso presentármela —explicó sin mirar a la muchacha—. Y yo le puse un nombre. Creo que le va bien.

Sutra supo que ellos hablaban de su hija. Había cometido un error al dejarla entrar allí. Quizás en otro tiempo le hubiera gustado que uno de los *tuan* se fijara en ella y se la llevara a su *bungalow* por uno o dos años como amiga. Entonces hubiera regresado al poblado conociendo los modales de los hombres blancos, y con una preciosa dote en sus manos. Después le habría resultado fácil encontrar el marido adecuado para Sulina. Así hubiera sido en el pasado. Pero, en el presente, el romance acabaría con un rato furtivo entre los arbustos, y Sutra no quería eso para su hija, pese a que ya era tiempo de que se hiciera mujer.

Se inclinó hacia delante y ofreció a Marlowe un pedazo de jabalí.

—Quizás esto tiene tu apetito.

—Te lo agradezco.

—Puedes irte, Sulina.

Marlowe captó la firmeza en la voz del viejo y la sombra de contrariedad en el semblante de la muchacha. Pese a ello, Sulina se inclinó reverente y se marchó. Quedó la vieja esposa para servir a los hombres.

Marlowe pensó inquieto en Sulina. No era tan bonita como N'ai, a la que conoció virgen, si bien debían de tener la misma edad. Unos catorce años, pero estaba en sazón. ¡Por Dios! ¡Y tan en sazón!

—La comida no es de tu gusto —dijo Cheng San, molesto por la obvia atracción que la muchacha ejercía sobre Marlowe.

—Por el contrario. Es demasiado buena, y mi paladar no está acostumbrado a una comida tan exquisita como ésta.

Recordó que para mantener las reglas del buen gusto, los javaneses hablaban en parábola acerca de las mujeres. Se volvió a Sutra:

—Cierta vez, un sabio preceptor espiritual indio dijo que hay muchas clases de alimentos. Unos son buenos para el estómago, otros para la vista, y los hay que agradan al espíritu. Esta noche he tenido alimento para mi estómago, y tus palabras y las del *tuan* Cheng San han sido alimento para mi espíritu. Estoy repleto. Pero aún hemos tenido algo más; se nos ha ofrecido también alimento para los ojos. ¿Cómo puedo agradecerte tu hospitalidad?

El rostro de Sutra se arrugó, luego compuso sus facciones y, optando por el cumplido, dijo sencillamente:

—Es muy sabio este dicho. Quizás un día el ojo vuelva a tener hambre. Discutamos la sabiduría de los antiguos en otro momento.

—¿Por qué tienes ese aspecto tan afectado, Peter? —preguntó Rey.

—No estoy afectado, sino complacido conmigo mismo. Simplemente decía que tiene una hija muy linda.

—Sí. Es una muñeca. ¿Qué te parece si pedimos que se una a nosotros a la hora de tomar el café?

—¡Por amor de Dios! —Marlowe intentó mantener tranquila su voz—. No podemos decir eso y menos pedir una cosa así. Hay que tomarse tiempo, y trabajar la oportunidad.

—Infiernos, ése no es el modo norteamericano. Allí se encuentra a a una cordera, te gusta, le gustas, y se golpea el saco.

—Quizá. Pero yo tengo un montón de corderas.

Rieron y Cheng San preguntó cuál era el chiste. Marlowe explicó que Rey había propuesto montar una tienda en el pueblo y no volver al campo.

Después del café, Cheng San hizo la primera insinuación.

—Considero que es más peligroso venir del campo de noche que mi llegada al poblado.

«Primer *round* para nosotros —pensó Marlowe—. Ahora debo ceñirme al estilo oriental».

Cheng San había quedado en desventaja con semejante entrada. Se volvió a Rey.

—Conforme, raja. Empiece. Ya tenemos ganado un punto.

—¿Sí?

—Sí. ¿Qué quiere decirle?

—Dígale que tengo un negocio gordo. Un diamante de cuatro quilates montado en platino. Quiero treinta y cinco mil dólares por él. Cinco mil dólares británicos malayos, y el resto en dinero japonés.

Los ojos de Marlowe se agrandaron. Estaba de cara a Rey. Así su sorpresa no fue visible para el chino pero Sutra sí la vio. Ahora bien, él no era parte en el trato; simplemente cobraba un tanto por ciento en calidad de intermediario. Optó por no intervenir para gozar el tira y afloja. Cheng San, según su propia experiencia, podía defenderse tan bien como cualquier otro.

Marlowe tradujo. La enormidad del negocio cubriría cualquier falta de modales. Y él deseaba vencer al chino.

Cheng San parecía iluminarse, al ser cogido por sorpresa. Pidió ver el

diamante.

—Dígale que no lo he traído. Pero que puedo entregarlo en diez días. Debo tener el dinero tres días antes, pues el propietario no lo dará hasta que tenga la pasta.

Cheng San pensó que Rey era un comerciante honrado. Si él afirmaba que la sortija estaba en su poder y que se la entregaría, no cabía dudarlo. No obstante, conseguir semejante cantidad y pasarla al campo, donde Rey quedaba fuera de su alcance… Bueno, era todo un riesgo.

—¿Cuándo puedo ver la sortija? —preguntó.

—Dígale que puede venir al campo dentro de siete días.

«Eso significa la entrega del dinero sin "ver", el diamante», pensó Cheng San. Imposible. Y el *tuan* raja lo sabía. Mal negocio. Si realmente era de cuatro quilates, quizá lograra cincuenta, cien mil dólares. El chino que fabricaba la moneda falsa era amigo suyo. Pero los cinco mil dólares malayos… Eso era otra cosa. Ésos tendría que comprarlos en el mercado negro. Y, ¿a qué precio? Seis a uno resultaría caro, veinte a uno barato.

—Dile a mi amigo el raja, que éste es un trato extraño. Y que yo debo pensar más tiempo del que necesita un hombre de negocios.

Se fue hacia la ventana y miró fuera.

Cheng San, cansado de la guerra y de las maquinaciones ocultas que un negociante debe de soportar para obtener beneficios, pensó cara a la noche y las estrellas en la estupidez del hombre que lucha y muere por cosas sin valor perdurable. Pero, también sabía que los fuertes subsisten y que los débiles mueren. Pensó en su esposa e hijos, tres varones y una hembra, y las cosas que le gustaría comprarles para que vivieran cómodos. También pensó en la segunda mujer que deseaba. De un modo u otro tenía que realizar aquel negocio. Y valía la pena el riesgo de confiar en Rey.

«El precio es justo», razonó. Pero, ¿cómo salvaguardar el dinero? ¿Cómo encontrar un intermediario de confianza? Quizás uno de los guardianes, que podría ver la sortija y entregar lo estipulado, si era auténtica y su peso correcto. Luego, que el *tuan* la trajera al poblado. No era preciso que el guardián se hiciera cargo de ella. ¿Cómo iba a confiarse en un guardián?

Podría contarle una historia, por ejemplo, que se trataba de un empréstito chino al campo de Singapur. Pero no, no era factible, pues el guardián tenía que

ver la sortija. Resultaba imposible ocultar la verdad. Y, claro, querría un fuerte beneficio.

Cheng San se volvió a Rey, que sudaba. «¡Ahí —pensó—. Deseas vender. Pero también sabes que yo lo deseo tanto como tú. Somos los únicos que podemos tratar este negocio. Ninguno goza de un nombre tan honrado como tú para comerciar, y ninguno, excepto yo, es capaz de entregar tanto dinero».

—Bien, *tuan*, Marlowe. Tengo un plan que puede cubrir a mi amigo el raja y a mí. En principio aceptemos el precio. El que ha dicho es muy elevado, pero, de momento, carece de importancia. Segundo, hemos de aceptar un intermediario, un guardián del que podamos fiarnos los dos. Pasados diez días entregaré la mitad del dinero al guardián. Éste examinará la sortija. Si es tal como dice el propietario, lo dará a mi amigo el raja, quien me la traerá aquí. Yo vendré acompañado de un experto para que pese la piedra! Entonces pagaré la otra mitad y me quedaré con ella.

Rey escuchaba atentamente mientras Marlowe traducía.

—Dígale que conforme. Pero debo conseguir el precio estipulado. El tipo no responderá sin la cantidad prevista.

—Entonces diga a mi amigo el raja, que yo daré al guardián tres partes del precio acordado para ayudarle a negociar con el propietario.

Cheng San consideró que el setenta y cinco por ciento cubriría la cantidad a pagar al propietario. Rey, simplemente, se jugaría su beneficio, pues con toda seguridad era suficientemente listo para conseguir una comisión del veinticinco por ciento.

Rey hizo cálculos. Había bastante dinero para iniciar la operación. También era posible que lograra una rebaja en el precio.

«Ajajá, hasta ahí, todo es conforme».

—Dígale que estoy de acuerdo. ¿Quién sugiere como intermediario?

—Torusimi.

Rey sacudió la cabeza. Pensó un momento, luego dijo a Cheng San:

—¿Qué le parece Immuri?

—Diga a mi amigo que preferiría a otro. ¿Quizá Quimina?

Rey silbó. ¡Un cabo! Nunca había negociado con él. Demasiado peligroso. «Debe ser alguien que yo conozca».

—¿Shagata?

Cheng San asintió. Ése era el hombre que le gustaba, pero no quiso sugerirlo, sin antes conocer las preferencias de Rey. Así comprobaba una vez más su honradez. Sí, Shagata era una buena elección. No muy brillante, aunque lo suficiente, según sus experiencias comerciales con él.

—Ahora pasemos al precio —dijo Cheng San—. Sugiero que discutamos esto. Cuatro mil dólares falsos por quilate. Total dieciséis mil, y cuatro mil en dólares malayos al precio de quince a uno.

Rey movió la cabeza suavemente. Luego dijo a Marlowe:

—Dígale que no voy a entretenerme regateando. El precio son treinta mil, más cinco mil en dólares malayos, ocho a uno, todo en billetes pequeños. Ese es mi precio final.

—Tendrá que regatear algo —dijo Marlowe—. Como si dijera treinta y tres, y luego…

Rey sacudió la cabeza.

—No. Y cuando traduzca use una palabra como «entretener».

Marlowe se volvió de nuevo a Cheng San.

—Mi amigo lo dice así: No va a entretenerse con las bellezas del regateo. Su precio final son treinta mil; más cinco mil en dólares malayos al precio de ocho a uno. Todo en billetes de poco valor.

Para su sorpresa, Cheng San dijo inmediatamente:

—Estoy de acuerdo.

Tampoco deseaba perder tiempo regateando. El precio era justo y Rey sería inflexible. Hay un momento en todos los tratos en que el comerciante debe decir sí o no. El raja era un buen negociante.

Se estrecharon las manos. Sutra ofreció una botella de licor y bebieron a la salud de uno y otro hasta que la acabaron. Luego estudiaron los detalles.

Al cabo de diez días Shagata iría al barracón de los norteamericanos, después del relevo de la guardia nocturna, con el dinero y comprobaría la sortija antes de entregarlo. Pasadas tres fechas, Rey y Peter Marlowe se obligaban a darla a Cheng San en el poblado. Si por alguna causa Shagata no se presentaba aquel día, iría al otro. De modo semejante, ellos retrasarían una fecha la entrevista en el poblado, en caso de impedimento.

Luego de intercambiar mutuos cumplidos, Cheng San dijo que deseaba aprovechar la marea. Se inclinó ceremoniosamente y Sutra se fue con él a la

playa. Junto al bote, empezaron su cortés discusión acerca del pescado.

Rey había triunfado.

—¡Formidable, Peter! Lo conseguimos.

—¡Es usted terrible! Cuando dijo de pegarle en los dientes de aquella forma, bueno, lo creí perdido. Simplemente, ellos no hacen estas cosas.

—Comamos —fue cuanto dijo Rey.

Luego añadió, con un trozo de carne en la boca:

—Usted gana el diez por ciento…, del beneficio, naturalmente. Pero tendrá que trabajar, hijo de perra.

—¡Como una muía! Con sólo pensar en tanto dinero… Treinta mil dólares debe de ser un montón de billetes demasiado alto.

—Más —dijo Rey contagiado por la excitación.

—¡Por Dios! Tiene nervio. ¿Cómo diablos llegó al precio? Él aceptó sin más, con toda facilidad. Un rato de charla y, luego, ya es usted rico.

—Tengo bastante que hacer antes de que «sea» negocio. Montones de cosas podrían ir mal. No es negocio hecho hasta que se ha entregado el dinero y se halla en el Banco.

—¡Oh! No pensé en eso.

—En un Banco no se ingresan charlas. Sólo billetes.

—Aún no lo entiendo. Estamos fuera del campo, con más comida dentro de nosotros que la ingerida en varias semanas. Todas las perspectivas son formidables. Es usted condenadamente genial.

—Esperemos los resultados, Peter.

Rey se levantó.

—Aguarde aquí. Regresaré dentro de una hora, aproximadamente. Otro negocíejo. Mientras salgamos antes de dos horas, todo irá bien. Así estaremos en el campo al amanecer, el mejor momento. Entonces los guardianes rinden menos. Hasta luego. —Y desapareció.

Peter Marlowe se sintió solo, y bastante temeroso.

«¡Diablos! ¿Qué irá a hacer? ¿Dónde va? ¿Y si hace tarde? ¿Y si no regresa? ¿Y si viene un japonés al poblado? ¿Y si me quedo solo? Si no regresamos al amanecer, informarán de nuestra falta y tendremos que huir. ¿Dónde? Quizá Cheng San nos ayude. ¡Demasiado peligroso! ¿Dónde vive? ¿Podríamos irnos al muelle y conseguir un bote? ¿O ponernos en contacto con las guerrillas que se

supone operan cerca?

«Compórtate, Marlowe, ¡maldito cobarde! Actúas como un niño de tres años». Lleno de ansiedad, se dispuso a esperar. Luego, repentinamente, recordó el condensador de acopiamiento…, trescientos microfaradios.

—*Tabe tuan*. —Kasseh sonrió cuando Rey penetró en su choza. —*¡Tabe*, Kasseh!

—¿Quieres comer, sí?

Él sacudió la cabeza y la abrazó. Ella se mantuvo de puntillas para colocar sus brazos alrededor de su cuello. Su pelo, una mata de oro oscuro, caía por su pecho.

—Mucho tiempo —dijo animada por su contacto.

—Mucho tiempo —repitió él—. ¿Me encontraste a faltar?

—Uh-uh —sonrió ella.

—¿Llegó ya?

Kasseh sacudió la cabeza.

—No es fácil esa cosa, *tuan*. Hay peligro.

—Todo encierra peligro.

Oyeron pisadas y pronto una sombra oscureció la puerta. Un chino de baja estatura penetró en la choza. Llevaba *sarong* y unas zapatillas indias en los pies. Sonrió, mostrando unos dientes rotos y manchados.

En su costado colgaba un grueso puñal malayo dentro de una funda. Rey notó que la funda estaba muy bien aceitada. Era fácil sacar el puñal y cortar la cabeza de un hombre… muy fácil. Entre el cinturón y el cuerpo llevaba un revólver.

Rey había pedido a Kasseh que se pusiera en contacto con las guerrillas que operaban en Johore, y el hombre era el resultado. Como la mayoría, era un bandido convertido en guerrillero contra los japoneses, bajo la bandera de los comunistas, que les suministraban armas.

—*Tabe*. ¿Hablas inglés? —preguntó Rey forzando una sonrisa. No le gustaba el aspecto del chino.

—¿Por qué quieres charlar con nosotros?

—Para hacer un trato.

El chino clavó su mirada en Kasseh. Ella se estremeció.

—Lárgate, Kasseh —dijo Rey.

Sin ruido, se marchó a través de la cortina de cuentas a la parte posterior de la casa.

El chino la siguió con la mirada.

—Tiene suerte —dijo a Rey—. Demasiada suerte. 'Apuesto que sirve bien a dos, o a tres hombres una misma noche. ¿No?

—¿Te interesa un negocio, sí o no?

—Vigila, hombre blanco. Quizá yo diga a los japoneses tú aquí. Quizá yo diga poblado es seguro para los prisioneros blancos. Entonces todos muertos.

—Tú también acabarías de ese modo.

El chino gruñó, agachándose. Sacó ligeramente el puñal, amenazador.

—Quizá yo quiera la mujer ahora.

«¡Diantre! —pensó Rey—. Posiblemente me he equivocado».

—Tengo una proposición para vosotros. Si la guerra acaba de repente…, o si a los japoneses se les ocurre acuchillarnos a todos los prisioneros, os quiero alrededor dispuestos a protegernos. Te pagaré dos mil dólares norteamericanos cuanto esté a salvo.

—¿Cómo sabremos que los japoneses matan a los prisioneros?

—Lo sabréis. Como sabéis la mayoría de cosas que pasan.

—¿Cómo sabemos que tú pagas?

—El gobierno norteamericano pagará. Todos saben que habrá recompensas.

—Dos mil, *mahlu*. Podemos conseguir dos mil cualquier día. Matar al del blanco. Fácil.

Rey hizo su jugada.

—Tengo poderes de nuestro jefe supremo para garantizaros dos mil por cada norteamericano que se salve.

—No entiendo.

—Si los japoneses intentan destruirnos… matarnos. Si los aliados desembarcan aquí, los japoneses se volverán mezquinos. O si los aliados desembarcan en el Japón, entonces los japoneses tomarán represalias. Si lo hacen, lo sabrás, y quiero que nos ayudes de inmediato.

—¿Cuántos hombres?

—Treinta.

—Demasiados.

—¿Cuántos garantizas?

—Diez. Pero el precio será cinco mil por hombre.

—Demasiado.

El chino se encogió de hombros.

—Bueno. Trato hecho. ¿Conoces el campo?

El chino mostró sus dientes en una sonrisa torcida.

—Sí.

—Nuestro barracón está hacia el Este. Es pequeño. Si hemos de salir huyendo, lo haremos a través de la alambrada de allá. Si estáis en la jungla podéis cubrirnos. ¿Cómo sabremos que estaréis preparados?

Otra vez el chino se encogió de hombros.

—Si no estamos, mueren.

—¿No podríais hacernos una señal?

—No.

«Eso es una locura —se dijo Rey—. Ignoramos cuándo podemos vernos obligados a huir, y si es de repente no habrá modo de mandar un mensaje a las guerrillas. Quizás estén allí, quizá no. Pero si imaginan que cobrarán una gran cantidad por cada uno de nosotros que salven, puede ser que mantengan vigilancia desde ahora».

—¿Vigilaréis el campo?

—Quizá jefe diga sí quizá diga no.

—¿Quién es vuestro jefe?

El chino se encogió de hombros y apretó los dientes.

—¿Trato hecho, entonces?

—Quizá —los ojos eran hostiles—. ¿Has acabado?

—Sí —Rey tendió su mano—. Gracias.

El chino miró la mano, sonrió burlón y se encaminó a la puerta.

—Recuerda. Sólo diez. El resto muertos.

Y salió.

«Bueno, vale la pena probarlo —pensó Rey—. Esos bastardos, seguro como hay infierno que necesitan dinero. Y el tío Sam, pagará. ¿Por qué no ha de hacerlo? ¿Para qué diablos pagamos nosotros los impuestos?».

—*Tuan* —dijo gravemente Kasseh desde la puerta—. No me gusta eso.

—Es una probabilidad. Si hay una matanza repentina, quizá podamos huir de ella —le guiñó el ojo—. Vale la pena probar. De otro modo es segura nuestra

muerte. Si llega esa hora, puede ser que consiga una línea de retirada.

—¿Por qué no haces un trato para ti solo? ¿Por qué no te vas con él ahora y escapas del campo?

—No es fácil. Primero porque se está más seguro en el campo que con los guerrilleros, pues no son de confianza, salvo en caso de urgencia. Segundo, por un hombre solo no merece la pena ese trabajo. Por eso le propuse salvar treinta. Pero sólo podía hacerse cargo de diez.

—¿Cómo eliges los diez?

—Lo mismo me da unos que otros, mientras yo esté entre ellos.

—Quizá tu jefe no le guste sólo diez.

—Le gustará, si él es uno de los afortunados.

—¿Crees que los japoneses matarán a los prisioneros?

—Quizá, pero olvidémoslo, ¿quieres?

Ella sonrió.

—Olvídalo. Estás ardiendo. ¿Una ducha?

—Sí.

Rey se echó encima varios cubos de agua fría que le hicieron jadear.

—¡Kasseh!

Ella surgió de detrás de las cortinas con una toalla. Se quedó mirándole. Sí, su *tuan* era un hombre hermoso. Fuerte y fino y el color de su piel causaba placer. *«Wah-lah* —pensó—, tengo suerte de poseer un hombre así. Pero él es demasiado alto y yo demasiado baja. Me pasa dos cabezas».

Aun así, sabía que le gustaba a él. Es fácil complacer a un hombre, si la mujer no se avergüenza de serlo.

—¿De qué te ríes? —preguntó Rey.

—Ah, *tuan*, simplemente pienso: tú eres grande y yo pequeña. Pero cuando nos acostamos, no hay mucha diferencia, ¿verdad?

Rey le golpeó las caderas y cogió la toalla.

—¿Hay algo de beber?

—¿Quién sabe, *tuan?*

—¿Qué más hay a punto?

Kasseh sonrió con su boca y sus ojos. Su dientes eran de un blanco brillante, sus ojos profundos y pardos, y su piel suave olía gratamente.

—¿Quién sabe, *tuan?*

Y salió de la habitación.

«Es formidable —pensó Rey, siguiéndola con la mirada mientras se frotaba vigorosamente—. Soy un tipo con suerte».

Kasseh había sido elegida por Sutra cuando Rey vino por vez primera al poblado. Los detalles se fijaron meticulosamente. Tan pronto terminara la guerra tenía que pagar a Kasseh veinte dólares norteamericanos por cada vez que hubiera estado con ella. No obstante, consiguió rebajar el precio inicial, pues el negocio era el negocio.

—¿Cómo sabe que pagaré? —le preguntó Rey.

—No lo sé. Si no lo haces, gané sólo placer. Si pagas, entonces tendré dinero y placer. —Sonrió.

Rey se calzó las zapatillas que ella había dejado dispuestas, y se dirigió al lecho oculto tras una cortina. Kasseh le esperaba.

Peter Marlowe aún contemplaba a Sutra y Cheng San en la playa. El chino hizo una reverencia y subió a la barca. Sutra ayudó a empujarla en el fosforescente mar. Luego regresó a su choza.

—¡*Tabe-lah!* —dijo Marlowe.

—¿Quieres comer algo más?

—No, gracias, *tuan* Sutra.

«Palabra —pensó Marlowe— que es un cambio de costumbres rechazar comidas». Pero había comido tanto como quiso, e ingerir más hubiera sido descortés. Obviamente, el poblado era humilde y no debía malgastarse el alimento.

—He oído —dijo tanteando a su anfitrión— que las noticias de guerra son buenas.

—También he oído eso, pero nada que un hombre pueda confirmar. Rumores vagos.

—Es una lástima que los tiempos no sean como en años anteriores. Entonces un hombre podía conseguir una radio, oír las noticias y leer los periódicos.

—Cierto. Es una lástima.

Sutra no mostró señal de comprensión. Se acuclilló en su estera y lió un cigarrillo, que luego empezó a fumar.

—Nos enteramos de malas noticias del campo —dijo al fin.

—No tan malas, *tuan* Sutra. Nos arreglamos de uno u otro modo, pero no

saber como está el mundo, desde luego, es muy malo.

—Me enteré que había una radio en el campo y que detuvieron a los dueños de ella. Ahora están en la cárcel de Outram Road.

—¿Tienes noticias de ellos? Uno es amigo mío.

—No. Sólo oímos que los llevaron allí.

—Tú conoces el lugar y como llevan allí a los hombres. Tú debes de saber lo que hacen allí.

—Cierto. Siempre se confía en que alguno tenga suerte.

—Estamos en manos de Alá, según el profeta.

—Su nombre sea alabado.

Sutra volvió a mirarle. Luego, calmosamente, chupó su cigarrillo y preguntó:

—¿Dónde aprendiste malayo?

Marlowe le habló de su estancia en Java. De cómo había trabajado en los arrozales y vivido como un javanés, que es casi igual que vivir como un malayo. Las costumbres son iguales y el idioma también, excepto las palabras propias de occidente. Pero amor, odio, enfermedad y aquellas que un hombre puede decir a otro o a una mujer, son idénticas. Las cosas importantes no sufrían variación alguna.

—¿Cuál era el nombre de tu mujer en el poblado, hijo mío? —preguntó Sutra.

Hubiera resultado descortés preguntarlo antes, pero entonces, después de hablar de cosas del espíritu, del mundo y su filosofía, de Alá y de ciertos dichos del profeta, no se incurría en falta.

—Su nombre es N'ai Jahan.

El viejo suspiró satisfecho, recordando su juventud.

—¿Y ella te amó mucho y largo?

—Sí.

Peter Marlowe la recordó casi de modo visible.

Se presentó en su choza una noche cuando él se disponía a acostarse. Su *sarong* era rojo y oro, y llevaba puestas diminutas sandalias. Un delgado collar de flores rodeaba su cuello y su fragancia impregnó la choza y todo su universo propio.

N'ai tendió su estera y se inclinó profundamente.

—Mi nombre es N'ai Jahan —dijo—. *Tuan* Abu, mi padre, me ha elegido

para compartir tu vida, porque no es bueno que un hombre esté solo. Y tú has estado solo desde hace tres meses.

N'ai tendría catorce años, pero en las tierras de sol y lluvia una niña de catorce años es ya una mujer, con los deseos de una mujer. A esa edad debería de estar casada, o al menos vivir, con el hombre elegido por su padre.

La oscuridad de su piel tenía resplandores lechosos, sus ojos eran joyas de topacio y sus manos pétalos de una orquídea de fuego. Sus pies eran pequeños y su cuerpo de niña-mujer bien moldeado, escondía la felicidad de un colibrí. Era una hija del sol y de la lluvia. Su nariz, graciosa y bonita, de aletas delicadas.

N'ai era todo encanto. Firme donde debía ser firme. Blanda donde debía ser blanda. Fuerte donde debía ser fuerte. Y débil donde debía ser débil.

Su pelo largo era como un hechizo, cubierto con una gasa flotante. Marlowe le sonrió. Hubiera querido ocultar su timidez y ser como ella: libre, feliz y sin reparos. N'ai se quitó el *sarong* y se quedó erguida y orgullosa ante él, luego dijo:

—Deseo ser digna de hacerte feliz y de que tus sueños sean suaves. Te ruego que me enseñes todas las cosas que tu mujer debe saber para que «estés junto a los dioses».

«Junto a los dioses. ¡Qué maravilloso! —pensó Marlowe—. ¡Qué maravilloso comparar el amor con estar junto a los dioses!».

Miró a Sutra:

—Sí. Nos amamos mucho y largo. Agradezco a Alá que yo haya vivido y amado hasta la eternidad. ¡Qué gloriosos son los medios de Alá!

Una nube envolvió la luna y oscureció la noche.

—Es bueno ser hombre —dijo Peter Marlowe.

—¿Te preocupa esa falta esta noche?

—No. De verdad. No esta noche.

Estudió al viejo malayo, gustándole por su oferta, suave y sin complicaciones.

—Escucha, *tuan* Sutra. Te abriré mi mente, sé que con tiempo seríamos amigos. Tú no puedes en tan corto rato sopesar mi amistad y el «yo» que hay en mí. Pero la guerra es un asesino de tiempo. Te hablaré como a un amigo, aunque yo no pueda ser tu amigo ahora.

El viejo nada dijo. Aspiró su cigarrillo y esperó que continuara.

—Necesito una pequeña pieza de radio. ¿Hay una radio vieja en el poblado? Quizás esté rota; podría coger de ella el trocito.

—Tú sabes que están prohibidas por los japoneses.

—Cierto. Pero a veces hay lugares secretos donde ocultar lo que está prohibido.

Sutra pensó en el receptor que guardaba en su choza. Quizás Alá había mandado al *tuan* Marlowe a recogerla. Confiaba en él; *tuan* Abu había confiado antes. Pero si *tuan* Marlowe era cogido fuera del campo con la radio, inevitablemente, el poblado se vería envuelto.

Dejarla allí también resultaba peligroso. Desde luego, era fácil enterrarla profundamente en la jungla, pero no lo había hecho. En realidad resultaba tentador oírla y las mujeres aún eran más tentadas con el deseo de escuchar la «dulce música». Y la tentación de «saber» lo que otros ignoraban era grande. Estaba escrito: «Vanidad y sólo vanidad».

Mejor, decidió, que las cosas que son del hombre blanco sigan con el hombre blanco.

Se levantó, hizo seña a Marlowe y lo condujo a través de las cortinas al oscuro interior de la choza. Se detuvo en el umbral del dormitorio de Sulina, que yacía sobre su lecho, tapada con el *sarong*, y sus ojos abiertos y llorosos.

—Sulina —dijo Sutra—. Sal al pórtico y vigila.

—Sí, padre.

Sulina se deslizó de la cama, volvió a sujetarse el *sarong* y se ajustó su chaquetilla *baju*. «Demasiado ajustada», pensó Sutra. La promesa de sus senos se mostraba claramente. Seguro que era tiempo de que la chica se casase. Pero, ¿con quién? No había hombre elegible.

Se hizo a un lado y la muchacha pasó rauda con los ojos inocentemente bajos, sí bien no había inocencia en el movimiento de sus caderas, lo cual Marlowe notó también. «Debiera de darle un palo», pensó Sutra. Pero no estaba enfadado. Era una niña en el umbral de la mujer. Tentar es meramente un hecho de mujer, y ser deseada no es más que una necesidad de mujer.

«Debiera de darte al inglés. Quizás eso disminuiría tu apetito. Su apariencia es la de un hombre entero». Sutra suspiró. ¡Ah, convertirse en joven otra vez!

De debajo de una cama extrajo un pequeño receptor.

—Te la confiaré. Esta radio es buena. Te la puedes llevar.

Marlowe casi la dejó caer en su excitación.

—Pero, ¿y tú? Seguro que está fuera de todo precio.

—No tiene precio. Llévala contigo.

Marlowe cogió la radio. Era un aparato de primera calidad, en buen estado. Su parte posterior carecía de tapa, y los tubos brillaban a la luz de aceite. Había muchos condensadores. Acercó el aparato a la luz, y, cuidadosamente, examinó su interior, centímetro a centímetro.

El sudor empezó a gotear de su rostro. ¿Cogería sólo el condensador? Según Mac era «casi seguro». Mejor llevársela entera. Así, de fallar uno, podía cogerse otro. Ya la ocultarían en alguna parte. Sí. Preferible tener recambios.

—Te doy las gracias, *tuan* Sutra. Es un obsequio que no puedo agradecerte bastante, ni los miles que están en Changi.

—Te suplico que no te olvides de nosotros. Si te ve un guardián, entiérrala en la jungla. Mi poblado está en tus manos.

—No temas. Respondo con mi vida.

—Te creo. Pero quizá sea una locura.

—Hay veces, *tuan* Sutra, que, realmente, los hombres necesitan estar locos.

—Tu sabiduría está más allá de tus años.

Sutra le dio un pedazo de tela para cubrirla, y, luego, regresaron a la habitación principal. Sulina se hallaba en las sombras del pórtico. Cuando entraron en él, se levantó.

—¿Puedo traer comida y bebida, padre?

*«Wlah-lah* —pensó Sutra malhumorado—, me pregunta a mí, pero se dirige a él».

—No. Vete a la cama.

Sulina movió ostensiblemente su cabeza, pero obedeció.

—Mi hija merece unos latigazos.

—Sería una lástima dañar cosa tan delicada —dijo Peter Marlowe—. *Tuan* Abu solía decir; «Pega a una mujer por lo menos una vez por semana, y tendrás paz en tu hogar. Pero no la golpees demasiado fuerte, porque, entonces, seguro que te pegará a ti en respuesta y te hará muchísimo daño».

—Conozco el dicho. Seguro que es cierto. Las mujeres quedan más allá de la comprensión.

Hablaron de muchas cosas, acuclillados en el pórtico cara al mar. El oleaje

era suave y Marlowe pidió permiso para nadar.

—No hay corrientes —le indicó el viejo malayo—, pero a veces hay tiburones.

—Tendré cuidado.

—Nada en las sombras de los botes. Se han visto japoneses que caminaban por la playa. Hay un emplazamiento de ametralladora a cuatro metros y medio. Ten tus ojos abiertos.

—Tendré cuidado.

Marlowe se mantuvo en las sombras mientras se acercaba a las embarcaciones. La luna declinaba. «Estaré sólo un rato», pensó.

Junto a los botes algunos hombres y mujeres preparaban y repasaban las redes, charlaban y reían. No prestaron atención a Marlowe mientras se desvestía y se acercaba al mar.

El agua estaba caliente, pero había bolsas frías como en todos los mares del Este. Encontró una y trató de quedarse en ella. La sensación de libertad era gloriosa. Por un momento pensó que volvía a ser un muchacho tomando un baño a medianoche en el mar del Sur, con su padre cerca gritando. «No te alejes, Peter. Recuerda las corrientes».

Nadó por debajo del agua y su piel absorbió el salitre. Cuando emergió a la superficie, salpicó agua como una ballena y nadó perezosamente hacia los bajíos, donde yació de espaldas, lavado por la rompiente, y exaltado por la sensación de libertad.

Mientras sus piernas pateaban la resaca, recordó de repente que estaba desnudo y que habían hombres y mujeres a metros de él. Pero no sintió vergüenza.

La desnudez era un hábito en el campo de prisioneros. Y los meses que pasó en Java le enseñaron que no era vergonzoso que un ser humano tuviera necesidades y exigencias.

El calor del mar al jugar en él, y aquello que le producía la comida en su estómago, le provocaron un repentino ardor. Se revolcó sobre su vientre y volvió a adentrarse en el mar sumergiéndose.

Se quedó en el fondo arenoso, con el agua hasta el cuello, y contempló la playa y el poblado. Los hombres y mujeres seguían ocupados en sus redes. Vio a Sutra en el pórtico de su choza, fumando en las sombras. Entonces, a un lado,

vio a Sulina, como prendida en la luz de la lámpara de aceite, apoyándose en el alféizar de la ventana. Su *sarong* le caía descuidado y ella miraba hacia el mar.

Intuyó que era él el objeto de su observación y se preguntó, avergonzado, si le había visto. Durante un momento se miraron mutuamente. Luego Sulina se quitó el *sarong*, lo dejó caer y cogió una toalla blanca y limpia para secar el sudor que perlaba su cuerpo.

Era una hija del sol y de la lluvia. Su largo pelo negro ocultaba la mayor parte de su figura, pero ella lo trasladó sobre su espalda y empezó a trenzarlo. Sulina, sonriente, seguía mirándole. De pronto cada vaivén de las olas se transformó en una caricia, como también el roce de la brisa y los hilos de las algas, que parecían dedos cortesanos con siglos de aprendizaje.

«Voy a tomarte, Sulina, cueste lo que cueste».

Intentó dominar su deseo hasta que Sutra abandonase el pórtico. Sulina seguía mirándole y esperaba impaciente como él.

«Voy a tomarla, Sutra. No te pongas en mi camino. No lo hagas. ¡Oh por Júpiter que…!».

No vio a Rey que se acercaba a través de las sombras, ni advirtió cómo se detenía sorprendido al verle tendido sobre su vientre en la arena.

—¡Eh! ¡Peter!

Oyó la voz a través de la niebla, volvió despacio su cabeza y vio a Rey.

—Vamos, Peter. Ya es hora.

Rey le recordó el campo, la alambrada, la radio y el diamante.

El campo trajo a su mente la guerra, y la radio el guardián que tenían que soslayar. Pensó que debían de regresar con tiempo y en cuan feliz sería Mac con los trescientos microfaradios y la radio de repuesto que funcionaba. Su acaloramiento pasó.

Pero el deseo no.

Se puso en pie y se encaminó a sus ropas.

—Tiene agallas —dijo Rey.

—¿Por qué?

—¡Estar de esa manera! ¿Acaso no ve a la chica de Sutra que le mira?

—Ha visto montones de hombres sin ropas y no hay en ello nada malo.

—A veces no le comprendo. ¿Dónde está su modestia?

—La perdí hace mucho.

Se vistió rápidamente y se unió a Rey en las sombras. Se sentía enfermo. Dijo:

—Celebro que haya venido en este preciso momento. Gracias.

—¿Por qué?

—Oh, nada.

—¿Temió que me hubiese olvidado de usted?

Marlowe sacudió la cabeza.

—No. Olvídelo. Pero gracias.

Rey le estudió, luego se encogió de hombros.

—Vamos; ahora podemos hacerlo con facilidad.

Se dirigió al camino que pasaba por la choza de Sutra y saludó:

—*Salamat.*

—Espere un segundo, raja.

Marlowe corrió escaleras arriba y penetró en la choza. La radio estaba aún allí. Manteniéndola debajo del brazo, envuelta en un paño, se inclinó ante Sutra:

—Te doy las gracias. Está en buenas manos.

—Ve con Dios —Sutra vaciló—. Guarda tus ojos hijo mío. No sea que cuando haya comida para ellos, no puedan comer.

—Recordaré.

Marlowe se sintió repentinamente sofocado. «Me pregunto si las historias son ciertas, y que los ancianos pueden leer los pensamientos de vez en cuando».

—Te doy las gracias. La paz sea contigo.

—La paz sea contigo hasta nuestro próximo encuentro —contestó el viejo.

Marlowe dio media vuelta y se marchó. Sulina estaba en su ventana cuando pasaron por debajo de ella. El *sarong* la cubría ahora. Sus ojos se encontraron y una mutua promesa pasó del uno al otro. Sulina contempló los hombres mientras seguían por la sombra hacia la jungla y les deseó seguridad hasta que desaparecieron.

Sutra suspiró, luego hizo ruido antes de penetrar en la habitación de Sulina, que seguía en la ventana en actitud soñadora, con su *sarong* alrededor de sus hombros. Sutra llevaba en sus manos un delgado bambú y lo descargó contra las caderas de ella, pero no con demasiada dureza.

—Eso por tentar al inglés cuando yo no te había dicho que lo hicieras —dijo, intentando aparecer muy enfadado.

—Sí, padre —respondió entrecortadamente, y cada uno de sus sollozos se convirtió en un cuchillo que se clavaba en el corazón del anciano.

Una vez sola, se revolcó furiosamente sobre el colchón y dejó que corrieran sus lágrimas, gozándolas. Y el calor se extendió por todo su cuerpo, ayudado por el golpe recibido.

Estaban a un kilómetro y medio de distancia del campo cuando Rey y Marlowe se detuvieron a descansar. Rey advirtió el pequeño envoltorio que llevaba su compañero.

Hasta aquel momento sólo había prestado atención al camino, al éxito de la expedición nocturna y a la oscuridad, pendiente de cualquier peligro.

—¿Qué lleva? ¿«Chino» extra?

Miró, mientras Marlowe, sonriente y orgulloso, quitaba el paño.

—¡Sorpresa!

El corazón de Rey perdió seis latidos.

—¡Vaya, maldito hijo de perra! ¿Está fuera de sus cabales?

—¿Qué ocurre? —preguntó Marlowe confundido.

—¿Está loco? Eso nos traerá más preocupaciones de las que hay en el infierno. No tiene derecho a arriesgar muchos cuellos por una condenada radio, ni a usar «mis» relaciones para sus propios y malditos negocios.

Marlowe sintió que la noche se cerraba sobre él mientras miraba incrédulo. Luego dijo:

—Mi intención no era hacer daño.

—¡Vaya condenado hijo de perra! —exclamó furioso Rey—. Las radios son veneno.

—No hay ninguna en el campo…

—Basura. Tire esa maldita cosa ahora mismo. Y le voy a decir algo más. Hemos terminado usted y yo. No tiene ningún derecho a mezclarme en nada sin decírmelo. ¡Debería quitársela a patadas!

—Inténtelo —Peter Marlowe se hallaba tan enfadado y furioso como Rey—. Según parece se ha olvidado de que hay una guerra en marcha y que no tenemos ninguna radio en el campo. Uno de los motivos que me indujo a venir fue la esperanza de obtener un condensador. Pero ahora tengo una radio completa… y funciona.

—¡Desembarácese de ella!

—¡No!

Los dos hombres se enfrentaron tensos e inflexibles. Durante un fugaz segundo Rey se dispuso a destrozar a Marlowe.

Pero la rabia carece de valor cuando debe tomarse una importante decisión, y, una vez vencido el primer momento, volvió a ser crítico y analizó la situación.

Primero, debía de admitir que, si bien era un mal negocio arriesgar tanto, el riesgo quedaba superado por el éxito. Si Sutra no hubiera estado bien dispuesto hacia Peter, su reacción habría sido parecida a: «¡Demonios, no hay ninguna radio aquí!». Luego, no se infería ningún daño del asunto. Además, se trataba de un negocio privado entre Peter y Sutra.

Segundo, una radio fuera de su barracón, era más que útil. Tener noticias de la situación era saber exactamente el momento de huir. Resumiendo, que no había sucedido nada importante, excepto que Peter obró sin su consentimiento. Tenía que aceptarlo. Por otra parte, quien confía en un tipo y lo alquila, también alquila sus sesos. Y carece de sentido tener a un tipo alrededor sólo para aceptar órdenes y depender, en cuanto a ideas, de uno.

Peter había estado formidable durante las negociaciones. Y cuando llegara la huida…, bueno, Peter tenía que estar en el equipo. Era preciso acompañarse de alguien que hablara el lingo. Además, Peter no era un timorato. Después de este razonamiento, comprendió que era una locura pelearse con él, y su mente le dijo que usara la nueva situación de un modo comercial. En realidad había perdido los estribos como un niño de dos años.

—Peter.

Vio cómo se transformaba la mandíbula de Marlowe, y se preguntó si podría embaucar al hijo de perra. Desde luego, quizá cincuenta u ochenta libras…

—¿Qué?

—Siento haber perdido los estribos. La radio es una buena idea.

—¿Cómo?

—Que siento lo sucedido. Es una gran idea.

—No le entiendo —contestó Peter Marlowe—. De golpe se vuelve loco y luego dice que es una buena idea.

A Rey le gustaba aquel hijo de perra. Tenía buenas tripas.

—Las radios me asquean; no hay futuro en ellas —rió suavemente—. No tiene valor comercial.

—¿Ya no está enfadado conmigo?

—¡Diablos, no! Somos camaradas —le golpeó amistoso—. Simplemente me molestó que no me ló dijera. Eso no estuvo bien.

—Lo siento. Tiene razón. Fue ridículo y poco noble. Lo siento de veras.

—Chóquela. Yo también lo siento. Pero la próxima vez adviértame «antes» de hacer nada.

Marlowe le estrechó la mano.

—Palabra que lo haré.

—Bien. Pero, ¿para qué diablos quiere un condensador?

Marlowe le habló de las tres cantimploras.

—Así, todo cuanto Mac necesita es un condensador, ¿no es eso?

—Según «cree», sí.

—Entonces será mejor quitar el condensador y enterrar la radio aquí mismo. Estará más segura. Si la que tiene no funciona, siempre podremos regresar a buscarla. A Mac le será más fácil cambiar el condensador. Ocultarla en el campo sería difícil. Y, si está allí, ¿quién resiste la tentación de enchufarla, eh?

—Sí —Marlowe miró el receptor—. ¿Volvería conmigo a buscarla?

—Desde luego.

—Sí…, por cualquier causa…, yo no pudiera, ¿vendría **usted por ella**, si Mac o Larkin se lo pidieran?

Rey pensó un momento.

—Conforme.

—¿Palabra?

—Sí —sonrió desmayadamente—. Le da mucha importancia a la «palabra», ¿no le parece, Peter?

—¿De qué otra forma calibra usted a un «hombre»?

Marlowe necesitó un momento para desconectar los dos alambres del condensador. Un minuto después la tenía envuelta en su tela protectora y dentro de un hoyo cavado en el suelo de la jungla. Pusieron una piedra llana en el fondo, cubrieron la radio con una buena capa de hojas, alisaron la tierra y echaron un tronco de árbol sobre el lugar.

Un par de semanas en la humedad de su tumba la convertiría en inservible, pero dos semanas era tiempo suficiente para regresar y cogerla.

Marlowe se enjugó el sudor. Luego, nervioso, miró el cielo, juzgando el

tiempo.

—¿No sería mejor que nos fuéramos ahora?

—Aún no. Son las cuatro y cuarto. Nuestro mejor momento es antes del amanecer. Mejor que esperemos diez minutos más. —Sonrió—. La primera vez que pasé la alambrada también me sentí asustado. Al regresar tuve que esperar en la alambrada media hora o más, antes de que la costa estuviera libre. ¡Diantre, cómo sudaba! —Con sus manos espantó los insectos—. ¡Malditos mosquitos!

Se sentaron un rato escuchando el movimiento constante de la jungla.

Enjambres de luciérnagas proyectaban su brillo en los pequeños charcos formados por la lluvia junto al camino.

—Igual que Broadway de noche —dijo Rey.

—Una vez lo vi en un film titulado *Times Square*. Se refería a un periódico. Creo que era de Gagney.

—No recuerdo esa película. Pero Broadway tendría que verlo de verdad. Es igual que un día en medio de la noche. Hay enormes anuncios de neón y luces por todas partes.

—¿Nació usted en Nueva York?

—No. He estado allí un par de veces.

—¿Dónde nació, pues?

Rey se encogió de hombros.

—Mi padre va de un lado para otro.

—¿En qué trabaja?

—Buena pregunta. Un poco de eso, un poco de aquello. Está borracho la mayor parte del tiempo.

—¡Oh! Eso ha de ser muy desagradable.

—Es desagradable para un muchacho.

—¿Tiene familia?

—Mi madre murió cuando yo contaba tres años, no tengo hermanos ni hermanas y mi padre me crió. Es un cerdo, pero me enseñó mucho de la vida. Primero: la pobreza es una enfermedad. Segundo: el dinero lo es todo. Tercero: no importa cómo lo consigas, mientras lo consigas.

—Yo nunca he pensado mucho en el dinero. En la vida militar siempre hay una paga mensual y cierto nivel de vida, quizá por eso el dinero no significa mucho para mí.

—¿Cuánto gana su padre?

—No lo sé exactamente. Unas seiscientas libras al año.

—¡Diantres! Son dos mil cuatrocientos dólares. Yo ganaba mil trescientos de cabo. Seguro que no me gustaría trabajar por esa basura.

—Quizá sea diferente en Estados Unidos. En Inglaterra, uno puede pasar muy bien con eso. Claro que nuestro coche es viejo, pero no importa. Al jubilarnos nos queda una pensión.

—¿Cuánto?

—Aproximadamente la mitad de la paga.

—Eso no es nada. No comprendo por qué hay gente que va al servicio. Supongo que serán fracasados en la vida.

Rey advirtió que Marlowe se erguía visiblemente.

—Desde luego —añadió presuroso— eso no se refiere a Inglaterra, hablo de Estados Unidos.

—La vida militar es buena para un hombre. Hay dinero suficiente y aventuras en todas las partes del mundo. Se desenvuelve uno en círculos sociales selectos y, en fin, un oficial siempre goza de mucho prestigio. —Marlowe añadió casi excusándose—: Bueno, también cuenta la tradición y todo eso.

—¿Piensa seguir después de la guerra?

—¡Naturalmente!

—Me parece —dijo Rey, hurgándose las encías con un trocito de corteza— que eso es demasiado fácil. No hay excitación o futuro en aceptar órdenes de tipos que en su mayoría son nulidades. Al menos así me lo parece a mí. Peter tendría que dar un vistazo a Estados Unidos. No hay nada parecido en el mundo. Cada hombre es él mismo y tan bueno como el vecino. Allí sólo se precisa imaginarse un ángulo y ser mejor que el vecino. Eso es excitación.

—No creo que yo ajustara en ese mundo. Intuyo que no soy un buscador de dinero. Estoy mejor siendo aquello para lo cual nací predestinado.

—Tonterías. Sólo porque su viejo es militar.

—Se remonta a 1720. Viene de padres a hijos. Es una tradición muy antigua la que tendría que combatir.

Rey gruñó:

—Ya es hora de hacerlo. —Luego añadió—: Sólo sé de mi padre y de mi abuelo. Antes de ellos, nada. Según parece, mis antepasados vinieron de un viejo

país hacia 1800.

—¿De Inglaterra?

—¡Diablos, no! Creo que de Alemania. O, quizá, de la Europa central. ¿Qué importa eso? Yo soy norteamericano y es lo que cuenta.

—Los Marlowe son militares.

—¡Infierno! Eso depende de usted. Mire. Tómese a sí mismo como ejemplo. Se alimenta porque usa sus sesos, y sería un gran negociante si quisiera. Sabe hablar como un *wog*, ¿no? Yo necesito sus sesos, y eso es lo que pago. Ahora no se monte en un maldito caballo. Así es el estilo norteamericano. No hay nada que hacer entre nosotros como simples compañeros. Nada. Si yo no pagara sería un sablista.

—Me parece un error. Uno no debe de pagar simplemente por un poco de ayuda.

—Seguro como hay infierno que necesita usted ser educado. Me gustaría trasladarle a Estados Unidos y dejarle en la calle; con su falso criterio terminaría en lo indecoroso. Seguro que terminaría vestido con ropa interior de señora.

—¡Santo cielo! —Peter sonrió, si bien su sonrisa aparecía teñida de horror.

—Intentará vender algo antes que remontarme.

—Puede volar.

—Quise decir sin avión.

—Seguro. Hacía un chiste.

Rey consultó su reloj.

—Él tiempo va despacio cuando se espera.

—A veces creo que nunca podremos salir de este pestilente agujero.

—¡Alto! El tío Sam ha desplegado sus alas. No tardará mucho. Y, aunque tarde, ¿qué importa? Nos encontraremos con todo hecho, compañero. Eso es lo que interesa.

Rey volvió a mirar su reloj.

—Mejor que midamos el polvo.

—¿Qué?

—Empezar a marchar.

—¡Ah! —Marlowe se levantó—. ¡Adelante, Mcduff! —dijo feliz.

—¿Cómo?

—Un dicho. Significa «midamos el polvo».

Felices después de reafirmada su amistad, se adentraron en la jungla. Cruzar la carretera sería fácil, una vez rebasada el área que patrullaban los guardianes. Sigueron un corto sendero y se encontraron a cosa de medio metro de la alambrada. Rey guiaba tranquilo y confiado. Sólo las nubes de libélulas y mosquitos hacían desagradable su progreso.

—¡Diablos! Las chinches son malas.

—Sí; si pudiera las freiría todas.

Entonces vieron una bayoneta que les apuntaba, y se detuvieron paralizados.

El japonés aparecía sentado, apoyado contra un árbol y con sus ojos fijos en ellos. En su rostro había una sonrisa sobrecogedora, mientras el fusil descansaba sobre sus rodillas.

Sus pensamientos fueron los mismos. «¡Cristo! ¡Outram Road! ¡Estoy muerto! ¡muerto!».

Rey fue el primero en reaccionar. Saltó contra el guardián y le arrebató el fusil con bayoneta, rodó mientras se apartaba, y, luego, se levantó, manteniendo en alto la culata dispuesto a destrozar el rostro del hombre. Marlowe saltó en busca de la garganta del guardián. Pero un sexto sentido le advirtió que sus manos debían de evitar su objetivo y fue a parar contra el árbol.

—¡Apártese de él! —gritó a su compañero.

Se puso en pie, sujetó a Rey y lo apartó del camino.

El guardián no se había movido. Los mismos ojos abiertos y la misma sonrisa malévola seguían en su rostro.

—¿Qué diablos pasa? —jadeó Rey, presa de pánico, con el fusil aún sobre su cabeza.

—¡Apártese! ¡Por amor de Dios, dése prisa!

Arrancó el arma de manos de Rey y la tiró al lado del japonés muerto. Entonces Rey vio la serpiente en el regazo del hombre.

—¡Cielos! —gimió, mientras se acercaba para verla mejor.

Marlowe le sujetó frenético.

—¡Vamonos! ¡Corra, por Júpiter!

Marlowe corrió, alejándose de los árboles y aplastando sin cuidado el follaje. Rey emprendió la carrera a su vez, y sólo se detuvieron al encontrar un claro.

—¿Se ha vuelto loco? —resopló Rey—. ¡Era sólo una condenada serpiente!

—Era una serpiente voladora —jadeó Marlowe—. Viven en los árboles. La

muerte es instantánea, viejo. Trepan a los árboles, se aplastan en una especie de espiral y caen a tierra sobre sus víctimas. Había una sobre sus rodillas y otra debajo de él. Seguro que habían más, porque están siempre en nidos.

—¡Diantre!

—En realidad, viejo, debemos estar agradecidos a esas condenadas —dijo Marlowe intentando acompasar su respiración—. El japonés estaba aún caliente. Sólo hacía dos minutos que había muerto. Nos hubieran cazado si no llegan a morderle. Y debemos alegrarnos de nuestra pelea que dio tiempo a las serpientes. Nunca estaremos más cerca de ser cogidos. ¡Jamás!

—No deseo ver más a un maldito japonés con su maldita bayoneta apuntándome en medio de la noche. Vamonos. Tenemos que alejarnos de aquí.

Una vez llegados cerca de la alambrada, se detuvieron a esperar. Había demasiada gente cerca para intentar cruzarla. Eran idiotas que hablaban, o simples vagabundos insomnes mientras los demás dormían. No obstante, precisaban un pequeño descanso, pues ambos notaban el temblor de sus rodillas, pese a la dicha de seguir vivos.

«Ha sido una noche de aupa —pensó Rey—. Si no es por Peter sería un pato muerto. Iba a poner el pie en el regazo del japonés para golpearle con el fusil. Mi pie estaba a quince centímetros de distancia de la serpiente. Odio las serpientes. ¡Hijas de perra!».

Y mientras se calmaba, su aprecio hacia Marlowe creció.

—Es la segunda vez que salva mi vida —susurró.

—Usted logró desarmarlo antes. Si el japonés no llega a estar muerto, lo hubiera matado. Yo fui lento.

—¡Eh! Que yo estaba delante. —Rey calló un momento y sonrió—. Bien Peter. Formamos un buen equipo. Con sus reflejos y mis sesos, lo hacemos bien.

Marlowe empezó a reír. Intentó ahogar la risa y rodó por el suelo. Su contenida hilaridad y las lágrimas surcando su rostro contagiaron a Rey que también se contorsionó. Al fin dijo Marlowe:

—Por favor, calle.

—Usted empezó.

—Yo no.

—Seguro que sí, usted dijo…

Pero Rey no pudo continuar. Se secó las lágrimas.

—¿Recuerda al japonés? Aquel hijo de perra estaba sentado como un simio…

—¡Mire!

Su risa desapareció. Al otro lado de la alambrada Grey recorría el campo. Le vieron detenerse fuera del barracón norteamericano y ocultarse en las sombras, y miró hacia la alambrada, casi directamente a ellos.

—¿Cree que lo sabe? —susurró Marlowe.

—Lo ignoro. Pero seguro que no podemos arriesgarnos durante un buen rato. Hay que esperar.

Esperaron. El cielo empezó a aclararse. Grey se mantenía en las sombras mirando al barracón norteamericano y los alrededores del campo. Rey comprendió que el preboste observaba su cama, y, por lo tanto, sabía que él no estaba allí. Ahora bien, los cobertores estaban vueltos y podía encontrarse con los otros insomnes. No había ley que les prohibiera permanecer levantados. Ansiaron que Grey se fuera de allí.

—Tendremos que ir pronto —dijo Rey—. La claridad está en contra nuestra.

—¿Y por otro lugar?

—Tiene cubierta la valla hasta el ángulo.

—¿Cree que ha habido chivatazo?

—Podría ser. También puede ser pura coincidencia.

Rey, enfurecido, se mordió el labio.

—¿Qué le parece el área de las letrinas?

—Demasiado peligrosa.

Esperaron. Entonces vieron a Grey que miraba una vez más hacia ellos y se marchaba. Le observaron hasta que dobló el recodo de la cárcel.

—Quizá sea un engaño —dijo Rey—. Démosle un par de minutos.

Los segundos fueron como horas mientras el cielo se clareaba y las sombras comenzaban a disolverse. No había nadie cerca de la alambrada, nadie a la vista.

—Ahora o nunca. Vamos.

Corrieron. En pocos segundos alcanzaron la alambrada y el foso.

—Usted vaya al barracón raja. Yo esperaré.

—Conforme.

Pese a su corpulencia Rey era ligero de pies, y, velozmente, cubrió la distancia que le separaba de su barracón. Marlowe salió del foso. Algo le dijo

que se sentara en el borde y que mirara hacia el campo. Entonces, por el rabillo del ojo, vio a Grey aparecer en el recodo.

Supo que había sido visto de inmediato.

—Marlowe.

—Hola Grey. ¿Tampoco usted puede dormir? —dijo desperezándose.

—¿Cuánto hace que está usted ahí?

—Unos minutos. Me cansé de caminar y me senté.

—¿Dónde está su compañero?

—¿Quién?

—El norteamericano —dijo Grey burlón.

—Lo ignoro. Durmiendo, supongo.

Grey miró el atuendo chino que llevaba Marlowe. Su ropa aparecía ¿Qué le pasa?

destrozada por los hombros y húmeda de sudor. Había barro y trozos de hojas sobre su estómago y rodillas, e, incluso en su rostro.

—¿Dónde se ensució tanto? ¿Y, cómo es que suda de esa manera?

—Estoy sucio porque…, no hay nada de malo en un poco de honesta suciedad. En realidad —dijo Peter Marlowe mientras se levantaba, y se sacudía las rodillas y el asiento de sus pantalones— no hay nada como algo de suciedad para que un hombre se sienta limpio cuando se lava. Y sudo porque usted también suda. Ya lo sabe, los trópicos… el calor… y todo eso.

—¿Qué lleva usted en los bolsillos?

—Porque usted sea suspicaz, cerebro de mosquito, no todos llevamos contrabando. No hay ley que prohiba pasear por el campo, si uno no puede dormirse.

—Eso es lógico —replicó Grey—. Pero hay una ley que prohibe caminar fuera del campo.

Peter Marlowe le estudió impasible, si bien no tan impasible por dentro. Se esforzó en comprender qué diablos pretendía con aquello. ¿Lo sabía?

—Sólo un loco lo intentaría.

—Eso también es lógico.

Grey le miró larga y duramente. Luego dio media vuelta y se marchó.

Marlowe se puso de pie y caminó en dirección contraria, sin mirar hacia el barracón norteamericano. Aquella mañana, Mac sería dado de alta en el hospital.

Sonrió, pensando en el regalo de bienvenida que aguardaba a Mac en el hogar.

Desde la seguridad de su cama Rey observó a Peter Marlowe que se marchaba, y, luego, se fijó en Grey, su enemigo, erguido y malévolo en la creciente luz. Aparecía esqueléticamente delgado en sus pantalones cortos y desastrados, con simples zuecos nativos sin camisa y con la banda en su brazo. Su cabeza lucía el gorro deshilacliado de tanquista. Un rayo de sol refulgió en el emblema del gorro, con virtiéndolo de simple metal en reluciente oro.

«¿Cuánto sabes tú, Grey, hijo de perra?», se preguntó Rey.

# TERCERA PARTE

# XV

Era poco después del amanecer.

Peter Marlowe yacía en su litera medio dormido.

¿Soñaba?, se preguntó repentinamente despierto. Luego sus cautelosos dedos tocaron el pequeño pedazo de trapo que contenía el condensador y supo que no era un sueño.

Ewart se retorció en la litera superior y gimió despierto.

—*Mahlu* la noche —dijo mientras colgaba sus piernas por encima de la litera.

Marlowe recordó que tocaba a su grupo realizar la limpieza de cucarachas. Salió fuera del barracón y abordó a Larkin.

—Hola, Peter —saludó Larkin quitándole el sueño de encima—. ¿Qué pasa?

Fue difícil para Marlowe no decirle la nueva del condensador, pero quería esperar hasta que Mac estuviera allí; así, sólo le dijo:

—Limpieza, viejo.

—¡Maldita sea! ¿Otra vez?

Larkin desperezó su dolorida espalda, se ató de nuevo su *sarong y* se deslizó en sus zuecos.

Recogieron la red y el recipiente de cinco galones, y caminaron por el campo, que empezaba a agitarse. Cuando llegaron al área de las letrinas, no hicieron caso de sus ocupantes, y éstos a su vez no prestaron atención. Larkin levantó la tapa de un agujero y Marlowe cubrió rápidamente los lados con la red. Cuando la sacó estaba llena de cucarachas. Sacudió la red encima del recipiente y repitieron la operación.

Otra pesca buena. Larkin volvió a colocar la tapa y se trasladó al próximo agujero.

—Déjelo quieto —dijo Marlowe—. ¡Mire lo que hizo! Por lo menos he

perdido cien.

—Hay muchísimas más —contestó Larkin disgustado, sujetando mejor el recipiente.

El olor era muy desagradable pero la cosecha resultaba abundante. Pronto el envase estuvo lleno. La más pequeña de las cucarachas medía casi cuatro centímetros. Larkin ajustó la tapa del envase y se encaminó al hospital.

—No es mí dieta favorita —dijo Peter Marlowe.

—¿Las comió de verdad en Java, Peter?

—Naturalmente. También usted, de paso. En Changi.

Larkin casi dejó caer el recipiente.

—¿Qué?

—¿No irá usted a creer que yo entregaría un requisito nativo y una fuente de proteínas a los doctores sin aprovecharme de ello en nuestro beneficio?

—Pero nosotros teníamos un pacto —gritó Larkin—. Acordamos, los tres, que no coceríamos nada sin consultarnos mutuamente.

—Lo dije a Mac y estuvo de acuerdo.

—¡Pero yo no, maldita sea!

—¡Está bien, coronel! Hemos tenido que cazarlas y cocinarlas secretamente y escuchar cómo decía luego que estaba muy bueno el guiso. ¡Nosotros somos tan remilgosos como usted!

—Bueno, la próxima vez quiero saberlo. ¡Es una condenada orden!

—Sí, señor —rió Marlowe.

Entregaron el envase en la cocina del hospital. Aquello iba destinado a los enfermos hambrientos en situación desesperada.

Cuando regresaron al barracón, Mac les aguardaba. Su piel aparecía de un color gris amarillo, sus ojos estaban inyectados en sangre y sus manos temblaban, pero vencida la fiebre, volvía a sonreír.

—Me alegra que esté con nosotros de nuevo camarada —dijo Larkin, sentándose.

—Ay, yo también.

Marlowe sacó el pequeño pedazo de trapo.

—¡Ah! De paso —dijo con estudiada negligencia—, eso podría ser útil en algún momento.

Mac desdobló el trapo sin interés.

—¡Oh! ¡Mi asquerosa palabra! —exclamó Larkin.

—¡Maldita sea, Peter! —dijo Mac cuyos dedos temblaban—. ¿Es que intenta provocarme un ataque al corazón?

Marlowe mantuvo su rostro tan impasible como su voz, gozando enormemente su excitación.

—No hay porqué alterarse tanto por nada.

Y no pudo contener más su risa.

—¡Usted y su maldito juego en la sombra!

Larkin intentaba aparecer enfadado, pero a duras penas contenía su gozo.

—¿Dónde lo consiguió, compañero?

Peter Marlowe se encogió de hombros.

—Pregunta estúpida. Lo siento, Peter —dijo Larkin, excusándose.

Marlowe sabía que no volverían a preguntárselo. Era muchísimo mejor que no supieran nada del poblado.

Anochecía.

Larkin y Marlowe vigilaban. Bajo la cubierta de su mosquitera Mac ajustaba el condensador. Luego, incapaz de esperar más, rezó una oración y conectó el hilo a la electricidad. Sudando, escuchó por el auricular único.

La espera se convirtió en agonía. La atmósfera resultaba sofocante debajo de la red, mientras las paredes y el suelo de cemento conservaban el calor del sol que desaparecía. Un mosquito zumbaba molesto. Mac lo maldijo, pero no intentó matarlo.

De repente percibió un sonido en el auricular.

Sus dedos tensos, húmedos por el sudor que corría por sus brazos, resbalaron hasta el conmutador de volumen. Lo secó. Delicada, suavemente, dio la vuelta al minúsculo botón. Sólo ruidos indescifrables. Luego, repentinamente, oyó la música. Era una grabación de Gleen Miller.

La música cesó, y el locutor dijo:

—Aquí Calcuta. Continuamos el recital de Gleen Miller con *Serenata a la Luna.*

A través del umbral Mac podía ver a Larkin acuclillado en las sombras, y, más allá, hombres que caminaban por la carretera. Deseó precipitarse fuera y gritar: «¡Chicos!, ¿quieren oír las noticias dentro de poco? ¡He conseguido conectar con Calcuta!».

Mac escuchó otro minuto, luego desconectó la radio y, cuidadosamente, colocó las cantimploras en sus fundas y las dejó sin orden sobre las camas. Habría una emisión de noticias desde Calcuta a las diez; así, para ahorrar tiempo, ocultó el alambre y el auricular debajo del colchón en lugar de ponerlo dentro de la tercera botella.

Había estado agachado tanto tiempo debajo de la red que sintió crujir sus huesos en su espalda, y gimió cuando se puso de pie.

Larkin le miró desde su emplazamiento exterior.

—¿Qué pasa, compañero? ¿No puede dormir?

—No, camarada —repuso Mac, acuclillándose a su lado.

—Debería tomarlo con calma, es el primer día que sale del hospital.

Larkin no necesitaba que le dijera que funcionaba. Los ojos de Mac estaban iluminados de excitación. Le golpeó amistoso.

—¿Se encuentra bien, eh, viejo bastardo?

—¿Dónde está Peter? —preguntó sabiendo que vigilaba junto a las duchas.

—Allá. Es un holgazán ese estúpido; simplemente está sentado. Mírele.

—*¡Eh, mahlu sana!* —gritó Mac.

Marlowe comprendió que Mac había terminado; se levantó y regresó diciendo:

—*Mahlu senderis* —que significa: «Cuídate».

Tampoco precisaban explicaciones.

—¿Qué os parece una partida de bridge? —preguntó Mac.

—¿Quién es el cuarto?

—¡Eh, Gavin! —llamó Larkin—. ¿Quiere ser el cuarto?

El comandante Gavin Ross sacó sus piernas fuera de la silla de inválido. Apoyóse en unas muletas y se arrastró desde el barracón vecino. Le alegraba el ofrecimiento. Las noches eran siempre malas. Antes era un hombre, ahora, nada. Sus piernas paralíticas e inútiles le mantenían encadenado a la silla, y eso para toda la vida.

Había sido golpeado en la cabeza por una diminuta esquirla de metralla poco antes de la rendición de Singapur. «Nada de que preocuparse —le dijeron los médicos—. Se la sacaremos tan pronto podamos ingresarle en un hospital donde tengamos el equipo apropiado. Habrá tiempo de sobra». Pero nunca hubo un hospital con equipo apropiado, y el tiempo había pasado.

—¡Hola! —saludó mientras se acomodaba en el suelo de cemento. Mac encontró un cojín y se lo echó.

—Toma, viejo.

Necesitó un rato para colocarse mientras Marlowe cogía las cartas y Larkin arreglaba el espacio entre ellos. Gavin elevó su pierna izquierda y le apartó de en medio, desconectando el muelle de alambre que unía sus extremos, y dejó el zapato junto a su pierna, debajo de la rodilla. Luego movió la otra pierna, igualmente paralizada, y se apoyó en el cojín contra la pared.

—Así se está mejor —dijo atusándose el bigote a lo Kaiser, con un rápido movimiento nervioso.

—¿Cómo van los dolores de cabeza? —preguntó Larkin mecánicamente.

—No demasiado mal, viejo —replicó Gavin del mismo modo impersonal—. ¿Juega usted conmigo?

—No, usted con Marlowe.

—¡Oh! El chico siempre estropea mi as.

—Eso fue sólo una vez —exclamó Marlowe.

—Una vez cada noche —rió Mac empezando a repartir.

—*Mahlu.*

—Dos corazones.

Larkin abrió con un floreo.

El juego continuó furioso y vehemente.

Más tarde Larkin golpeó con los nudillos en la puerta de uno de los barracones.

—¿Qué pasa? —preguntó Smedly-Taylor.

—Siento estorbarle, señor.

—¡Ah! Hola, Larkin.

Siempre venía por causa de algún jaleo. Smedly-Taylor, mientras se incorporaba, se preguntó qué habrían hecho ahora los australianos.

—No, señor —indicó Larkin como intuyendo su pensamiento.

Luego se aseguró de que nadie les oía. Sus palabras fueron deliberadamente quedas.

—Los rusos están a sesenta y cuatro kilómetros de Berlín. Manila ha sido liberada. Los yanquis han desembarcado en Corregidor y en Iwo Jima.

—¿Estás seguro, Larkin?

—Sí, señor.

—¿Quién…? —Smedly-Taylor se detuvo—. No. No quiero saber nada. Siéntese, coronel —dijo en un susurro—. ¿Está absolutamente seguro?

—Sí, señor.

—Sólo quiero decirle —Smedly-Taylor hablaba con tono solemne— que yo no puedo ayudar a quien sea cogido con…, lo que sea cogido. —Ni siquiera se atrevió a pronunciar la palabra radio—. No quiero saber nada de ello. —La sombra de una sonrisa cruzó su rostro de granito, que lo suavizó—. Le ruego que la guarde con su vida y que me diga inmediatamente las noticias.

—Sí, señor. Nos proponemos…

—No quiero oír nada. Sólo las noticias. —Con manifiesta amargura, Smedly-Taylor le tocó el hombro—. Lo siento.

—Es más seguro, señor.

Larkin se alegraba de que Smedly-Taylor no quisiera saber su intento. El plan acordado era decirlo a dos personas cada uno. Larkin a Smedly-Taylor y a Gavin Ross; Mac, al comandante Tooley y al teniente Bosley, ambos amigos personales; y Peter a Rey y al padre Donovan, el capellán católico. Ellos pasarían las noticias a otras dos personas en quienes confiaran, y, así, sucesivamente. «Un buen plan», pensó Larkin. Peter tampoco les dijo de dónde procedía el condensador. Buen muchacho.

Más tarde, cuando Marlowe regresó a su barracón, después de ver a Rey, Ewart, totalmente despierto, asomó la cabeza entre la mosquitera y susurró excitado:

—Peter. ¿Se ha enterado de las noticias?

—¿Qué noticias?

—Que los rusos están a sesenta y cuatro kilómetros de Berlín. Que los yanquis han desembarcado en Iwo Jima y Corregidor.

Marlowe sintió un terror interno. «¡Dios mío! ¿Tan pronto?».

—Rumores sin fundamento, Ewart. Tonterías.

—No¿no lo son, Peter. Hay otra radio en el campo. Es verdad. No es rumor. ¿No es eso grande? ¡Oh, Cristo, olvidé lo mejor! Los yanquis han liberado Manila. Ahora ya no tenemos para mucho, ¿eh?

—Lo creeré cuando lo vea.

«Quizá sólo hubiéramos debido decirlo a Smedly-Taylor, y a nadie más —

pensó mientras«se acostaba—. Si Ewart lo sabe ya…, sin comentarios».

Nervioso, escuchó a través del campo. Casi captaba la creciente excitación de Changi. El campo sabía que ya volvía a tener contacto.

Yoshima, lleno de temor, permanecía cuadrado frente al enfurecido general.

—¡Usted, estúpido, incompetente loco!

Yoshima se preparó para el golpe que veía venir, y llegó la mano abierta, cruzándole el rostro.

—¡Encuentre esa radio o será degradado! Su traslado queda cancelado. ¡Fuera!

Yoshima saludó marcialmente, y su inclinación fue una perfecta demostración de humildad. Salió de las dependencias del general, agradecido de haber terminado tan bien librado. ¡Malditos y pestilentes prisioneros!

En los cuarteles hizo formar a su personal, y, furioso, abofeteó sus rostros hasta que le dolió la mano. Era su turno. Los sargentos abofetearon a los cabos, y, éstos, a los soldados coreanos. La orden fue tajante.

—¡Conseguir la radio!

Durante cinco días no sucedió nada. Luego los carceleros cayeron sobre el campo y casi lo destrozaron. Pero sin resultado. El traidor aún no sabía dónde estaba la radio. Nada sucedió, excepto la amenaza de reducir las raciones. El campo volvió a sufrir los largos días sin apenas comida, si bien les consolaba tener noticias. No eran rumores, eran noticias auténticas. Y noticias muy buenas. La guerra de Europa estaba casi terminada.

Aun así, cundió el desánimo entre los hombres. Pocos tenían reservas alimenticias. Y la buena información encontraba sus ánimos decaídos. Si la guerra terminaba en Europa, mandarían más tropas al Pacífico. Luego era de temer un ataque a las islas del Japón. Y semejante ataque conduciría a los carceleros a… Todos esperaban un solo fin para Changi.

Marlowe caminó hacia el área de los gallineros, con su cantimplora colgando de la cadera. Mac, Larkin y él consideraban más seguro llevarlas encima tanto tiempo como fuera posible, por si había una repentina investigación.

Estaba de buen humor. Del dinero ganado ya no les quedaba absolutamente nada. No obstante. Rey le adelantó comida y tabaco a cuenta de futuros beneficios. «¡Señor, qué hombre! —pensó—. Si no fuera por él, Mac, Larkin y yo estaríamos tan hambrientos como el resto de Changi».

Hacía frío. La lluvia del día anterior hizo desaparecer el polvo. Era casi hora de comer. Mientras se acercaba a los gallineros se apresuró. Quizás habría más huevos. Luego, perplejo, se detuvo.

Cerca de las jaulas correspondientes a su grupo vio una pequeña multitud, enfurecida y violenta.

Grey estaba allí. Frente a él se hallaba el coronel Forster, con un simple taparrabos, que saltaba como un loco, y daba gritos casi incoherentes acusando de abuso a Johnny Hawkins, que abrazaba protector a su perro contra su pecho.

—¡Eh, Max! —dijo Marlowe que llegaba a la altura de las jaulas de Rey—. ¿Qué pasa?

—Hola, Pete —contestó Max, levantando sus manos.

Advirtió la reacción instintiva de Marlowe al oírse llamar «Pete». «¡Oficiales! —pensó despectivo—. Uno intenta tratar a un oficial como a un tipo corriente, lo llama por su nombre, y se vuelve loco. ¡Al diablo con ellos!».

—Hola Pete. —Lo repitió para no rectificar en el acto—. Todo el infierno se vino abajo hace una hora. Parece que el perro de Hawkins penetró en el gallinero del griego y mató una de sus gallinas.

—¡Oh, no!

—Seguro que le entregarán su cabeza; seguro.

Forster chillaba:

—¡Quiero otra gallina y que me pague los perjuicios! ¡La bestia mató a uno de mis hijos, quiero un veredicto de muerte!

—Pero, coronel —decía Grey con su paciencia agotada—. Era una gallina, no un niño. No puede jurar que…

—¡Mis gallinas son mis hijos, idiota! Gallina, niño, ¿qué diferencia hay? Hawkins es un sucio asesino. ¡Un asesino! ¿Oye usted?

—Comprenda, coronel —replicó Grey enfurecido—. Hawkins no puede darle otra gallina. Dijo que lo sentía. El perro se soltó de su correa.

—Quiero un consejo de guerra. Hawkins es un asesino, y su bestia otro asesino. —La boca del coronel Forster tenía flecos de espuma—. Esa maldita bestia mató a mi gallina, y se la comió. ¡Se la comió y sólo quedan plumas de lo que fue mi hija!

Rugiendo, se lanzó de repente contra Hawkins. Sus manos abiertas, con uñas como garras, arañaron al perro en los brazos de Hawkins.

—¡Te mataré a ti y a tu maldita bestia!

Hawkins evitó a Forster. El coronel cayó al suelo y *Rover* aulló de temor.

—He dicho que lo siento —dijo Hawkins—. Si tuviera el dinero con gusto le daría dos, diez gallinas; pero no puedo. Grey… —Hawkins, desesperado, se volvió a él—. Por amor de Dios, haga algo.

—¿Qué diablos quiere que haga? —Grey estaba cansado y loco, y tenía disentería—. Usted sabe que no puedo hacer nada. Tengo que informar de ello. Pero es mejor que se desembarace de su perro.

—¿Qué quiere decir?

—¡Por Júpiter! —Grey estalló—. Quiero decir que se desembarace de él, que lo mate. Y si usted no puede, que alguien lo haga. Pero, ¡pardiez!, procure que no esté en el campo a la caída de la noche.

—Es mi perro. Usted no puede ordenar…

—¡El infierno no puedo!

Grey intentó controlar los músculos de su estómago. Le gustaba Hawkins, siempre le había gustado, pero aquello no tenía significación entonces.

—Usted conoce los reglamentos. Se le ha advertido que lo mantenga atado fuera de esta área. *Rover* mató y se comió la gallina. Hay testigos que lo vieron.

—Voy a matarlo —musitó—. He de matarlo yo. Ojo por ojo.

Grey se plantó delante de Forster que se disponía a otro ataque.

—Coronel Forster. Se dará parte de este asunto. Se ha ordenado al capitán Hawkins que mate a su perro.

Forster no pareció oírle.

—Quiero esa bestia. Voy a matarla. Igual que él mató a mi gallina,! Es mío! Voy a matarlo —empezó a avanzar—. Igual que él mató a mi hija.

Grey extendió su mano.

—¡No! Lo hará Hawkins.

—Coronel Forster —dijo Hawkins humildemente—. Le suplico, por favor, le suplico, que acepte mis excusas. Permita que retenga mi perro, no sucederá otra vez.

—No, no sucederá —el coronel Forster rió como un enajenado—. ¡Está muerto, y es mío!

Avanzó y Hawkins volvió a retroceder; Grey sujetó al coronel por el brazo.

—¡Basta! —gritó—. O voy a arrestarle. ¡Éste no es el modo de conducirse

un oficial mayor! ¡Apártese de Hawkins! ¡Fuera!

Forster se desprendió de Grey. Su voz era poco más que un murmullo cuando habló directamente a Hawkins.

—¡Incluso acabaré contigo! ¡Incluso contigo!

Regresó a su gallinero, y se arrastró dentro. Era su hogar, el lugar donde vivía, dormía y comía con sus hijas, sus gallinas.

Grey se volvió a Hawkins.

—Lo siento, Hawkins, pero desembarácese de él.

—Grey —suplicó Hawkins—. ¡Por Dios! Retire la orden. Por favor, se lo ruego, haré cualquier cosa, cualquier cosa.

—No puedo. —Grey no tenía alternativa—. Sabe que no puedo, Hawkins, viejo. No puedo. Mátelo. Y hágalo rápidamente.

Dio media vuelta y se marchó.

Las mejillas de Hawkins estaban húmedas por las lágrimas, mientras seguía abrazado a su perro. Entonces vio a Marlowe.

—Peter, por amor de Dios, sálveme.

—No puedo, Johnny. Lo siento; es algo que nadie puede hacer.

Totalmente apesadumbrado, Hawkins miró a los hombres silenciosos que le rodeaban. Lloraba abiertamente. Aquéllos empezaron a marcharse; ninguno podía hacer nada. Si un hombre hubiera matado una gallina, bueno, pues, hubiera sido casi lo mismo, quizá lo mismo. Todos sintieron lástima. Luego, Hawkins, corrió sollozando con el perro en sus brazos.

—¡Pobre hombre! —dijo Marlowe a Max.

—Sí, pero a Dios gracias, no fue una de las gallinas de Rey. ¡Pardiez! Me hubiera tocado a mí el lote.

Max cerró el gallinero, se inclinó ante Marlowe y se marchó.

A Max le gustaba cuidarse de las gallinas. No había nada semejante a un huevo extra de vez en cuando, ni riesgo si se chupaba rápidamente, se machacaba la cascara y se mezclaba con la comida de las gallinas. Así no quedaban pistas. Y, ¡diablos!, ¿qué importancia tenía quitarle de vez en cuando a Rey un huevo? Mientras hubiera uno diario para él, no había porqué preocuparse. ¡Diablos, no! Max, desde luego, era feliz. Aquella semana era el guardián de las gallinas.

Más tarde, Marlowe yacía en su litera, descansando.

—Disculpe, señor.

Marlowe levantó la vista y vio que Dino estaba junto a su litera.

—Hola.

Miró a su alrededor y sintió un tinte de rubor.

—¿Puedo hablar con usted, señor?

El «señor»» sonaba impertinente, como siempre. ¿Por qué los norteamericanos no saben decir «señor» tal como suena ordinariamente? Se levantó y se fue tras él.

Dino le condujo hasta un reducido claro entre los barracones.

—Pete. Rey le necesita. Y debe llevar a Larkin y Mac.

—¿Qué pasa?

—Dijo simplemente que les llevase. Deben reunirse con él en el interior de la cárcel, celda cincuenta y cuatro, cuarto piso, dentro de media hora.

Estaba prohibida la entrada a los oficiales en el recinto de la cárcel.

Era una orden japonesa, que hacía cumplir la Policía del campo. «¡Cuernos! ¡Eso es peligroso!», pensó Marlowe.

—¿Algo más?

—No, eso es todo. Celda cincuenta y cuatro, cuarto piso, media hora. Hasta luego, Pete.

«¿Qué pasa ahora?» —se preguntó. Buscó a Larkin y Mac y les dijo lo que había.

—¿Qué le parece, Mac?

—Bueno, camarada —contestó cautelosamente—. No creo que Rey nos llame a los tres a la ligera y sin explicaciones, a menos que ocurra algo importante.

—¿Y de la cárcel?

—Si nos cogen —dijo Larkin— será mejor tener preparada una historia. Grey se enterará y seguro que arruga la nariz. Lo mejor que podemos hacer es ir por separado. Yo puedo decir que voy a ver a uno de los australianos confinados en la cárcel. ¿Y usted, Mac?

—Algunos del regimiento malayo están allí. Podría ir a visitarles. ¿Y usted, Peter?

—También hay tipos de la RAF que podría visitar —vaciló un momento—. Quizá será mejor que vaya solo a ver qué pasa.

—No. Si no le ven a la entrada, puede ser que lo detengan a la salida. Entonces ya no tendría oportunidad de volver a entrar. Es peligroso desobedecer una orden y volver a infringirla. No. Es mejor que vayamos, pero independientemente. —Larkin sonrió—. Misterio, ¿eh? ¿Qué será?

—Confío en que no sea ningún jaleo.

—¡Ah, jovencito! —dijo Mac—. Vivir en estos tiempos es un jaleo. No me sentiría tranquilo si no fuera… Rey tiene amigos en altos lugares. Quizá sepa algo.

—¿Qué hacemos con las cantimploras?

Pensaron un momento, luego Larkin rompió el silencio.

—Las llevaremos.

—¿No es eso peligroso? Quiero decir, que si una vez dentro de la cárcel hay cacheo, no podremos ocultarlas.

—Si hemos de ser cogidos, lo seremos. —Larkin aparecía serio y con las facciones endurecidas.

—¡Eh, Peter! —le llamó Ewart, cuando vio que abandonaba el barracón—. Se olvida la banda de su brazo.

—Gracias. —Marlowe se maldijo a sí mismo mientras regresaba a su litera.

—Yo siempre la llevo. Nunca se es demasiado prudente.

—Eso es cierto. Gracias otra vez.

Marlowe se unió a los hombres que caminaban por la carretera junto al muro. Siguió hacia el Norte, volvió el recodo y ante él apareció la puerta. Se quitó el brazal y se sintió repentinamente desnudo. Los hombres que pasaban a su lado le miraron preguntándose por qué no llevaba su banda en el brazo. Ante él, a doscientos metros, se hallaba el final de la carretera oeste. La barricada aparecía abierta, pues alguna de las partidas de trabajo regresaban de su labor. La mayor parte de los obreros estaban agotados. Marlowe recordó que dos días después le tocaba salir con una partida similar. No le preocupaban los equipos que trabajaban en el campo. Aquello era fácil. En cambio, arrastrar los troncos resultaba un trabajo peligroso. Muchos fallaban por falta de tirantes que hubieran facilitado el trabajo. Así, algunos hombres se rompían miembros o se dislocaban tobillos.

Todos tenían que ir una o dos veces por semana, pues las cocinas precisaban madera. Los aptos suplían a los impedidos, era un acto obligado de nobleza y

camaradería.

Al otro lado de la puerta vio al guardián coreano que, apoyado contra la pared, fumaba como aletargado mientras miraba a los hombres que pasaban. Éstos traían a otros en parihuelas. Era corriente que algunos regresaran de aquella manera, pero tenían que estar muy cansados, o muy enfermos, para ser conducidos así a Changi.

Marlowe pasó por delante del guardián y se unió a los hombres que rodeaban al enorme bloque de cemento.

Siguió su camino hacia uno de los bloques de celdas y subió por las escaleras, pasando por entre las camas enrolladas. Había hombres por todas partes. En las escaleras, en los pasillos, y en las celdas abiertas. Por lo general, vivían cuatro o cinco en cada celda destinada a uno solo. Sintió un creciente horror hacia toda la prisión. El hedor era nauseabundo. Olor de cuerpos podridos. Olor de cuerpos sin lavar. Olor de una generación de cuerpos humanos confinados. Y, olor de paredes de prisión.

Llegó a la celda cincuenta y cuatro. La puerta estaba cerrada, la abrió y entró. Mac y Larkin ya se hallaban dentro.

—¡Pardiez! ¡El olor de este lugar me mata!

—A mí también, camarada —contestó Larkin.

Mac sudaba. El aire estaba corrompido y las paredes de cemento mostraban su característica humedad, con manchas antiguas.

La celda tenía aproximadamente metro ochenta centímetros de ancho por dos cuarenta de largo y tres de alto. En el centro, sujeta con cemento a una pared había una cama, que era un sólido bloque de cemento de noventa centímetros de alto por otros noventa de ancho y un metro ochenta de largo. Sobre ella se veía una almohada también de cemento. A un lado había un lavabo y, en el suelo, un agujero que empalmaba con la cloaca, que no funcionaba. Una diminuta ventana embarrada aparecía a dos metros y medio de altura en la pared, pero el cielo no era visible porque la pared tenía un grosor de sesenta centímetros.

—Mac. Le concederemos unos minutos, luego nos marcharemos de este condenado lugar —dijo Larkin.

—¡Ay, compañero! —suspiró Mac.

—Por lo menos abramos la puerta —dijo Marlowe, bañado en su propio sudor.

—Mejor tenerla cerrada, Peter. Es más seguro —aconsejó Larkin, intranquilo.

—Preferiría estar muerto a vivir aquí.

—Demos gracias a Dios por estar fuera.

—¡Eh, Larkin! —Mac indicó las sábanas que había sobre la cama de cemento—. No comprendo donde están los hombres que viven en esta celda. Todos no pueden estar en una partida de trabajo.

—No lo sé tampoco. —Larkin se ponía nervioso—. Salgamos de aquí.

La puerta se abrió para dar paso a Rey que destellaba satisfacción.

—Hola, muchachos.

En sus brazos sostenía algunos paquetes.

Tex entró también cargado.

—Pongámoslo en la cama.

Tex sacó el fogón eléctrico y la gran cacerola, y luego dio una patada a la puerta para cerrarla mientras ellos miraban sorprendidos.

—Ve a buscar agua —dijo Rey.

—No faltaría más.

—¿Qué pasa? ¿Por qué quiere usted vernos? —preguntó Larkin.

Rey se puso a reír.

—Vamos a cocinar.

—¡Por Júpiter! ¿Quiere decir que nos hizo venir aquí para eso? ¿Por qué diablos no podíamos hacerlo allí abajo?

Larkin estaba furioso. Rey le miró sonriente. Se volvió de espaldas y abrió el paquete. Tex regresó con el agua y puso la cacerola sobre el fogón eléctrico.

—Raja, mire que… —Marlowe se detuvo.

Rey vertía la mayor parte de novecientos gramos de *katchang idju* en el agua. Añadió sal y dos cucharadas colmadas de azúcar. Luego abrió otro paquete envuelto en hojas de banano y lo enseñó.

—¡Virgen Santa!

Rey mostróse satisfechísimo con el efecto de su sorpresa.

—Se lo dije, Tex —sonrió—. Me debe un dólar.

Mac alargó la mano y tocó la carne.

—*¡Mahlu!* Es real.

Larkin hizo lo mismo.

—Había olvidado el aspecto de la carne —dijo con la voz apagada por la sorpresa—. ¡Diablos! Es usted un genio. Un genio!

—Es mi cumpleaños. Pensé que podríamos celebrarlo. Y he conseguido esto —dijo Rey mostrando una botella.

—¿Qué es?

—Vino.

—No puedo creerlo —dijo Mac—. Vaya, aquí hay los cuartos traseros de un cerdo. —Se inclinó hacia delante y lo olió—. ¡Dios mío, es real, real, real, y fresca como un día de mayo! ¡Hurra!

Todos rieron.

—Mejor que cierre con llave, Tex. —Rey se volvió a Marlowe—. ¿Conforme, socio?

Éste aún miraba la carne.

—¿De dónde diablos la ha sacado?

—Larga historia.

Rey sacó un cuchillo, troceó la carne y la colocó en la cacerola. Todos miraban fascinados mientras él añadía sal y ajustaba el recipiente al mismo centro del hornillo. Luego tomó asiento en la cama de cemento y cruzó las piernas.

—¿No está mal, eh?

Pasó un largo rato sin que nadie hablara.

Un repentino torcimiento del pomo de la puerta rompió el silencio. Rey hizo seña a Tex, que abrió la puerta, primero un poquito, y, luego, del todo. Entró Brough.

Miró a su alrededor sorprendido. Vio el hornillo, se acercó y observó el contenido de la cacerola.

—¡Será el no va más!

Rey volvió a reír.

—Es mi cumpleaños. Pensé que podía invitarles a comer.

—Consiguió un invitado. —Brough tendió su mano a Larkin—. Don Brough, coronel.

—Grant es mi nombre de pila. ¿Conoce a Mac y a Peter?

—Desde luego —Brough les sonrió y se volvió a Tex—. Hola Tex.

—Celebro verle, Don.

Rey indicó la cama.

—Siéntese, Don. Luego nos pondremos a trabajar.

Marlowe se sorprendió de que los soldados y oficiales norteamericanos se llamaran tan fácilmente por el nombre de pila. Sin embargo no sonaba a chabacano ni había adulación. Todo parecía casi correcto. También observó que Brough era siempre obedecido como jefe, pese a que le llamaran Don.

—¿Qué trabajo es ése? —preguntó Brough.

Rey rompió algunas tiras de sábanas.

—Vamos a tener que sellar la puerta.

—¿Qué dice? —preguntó Larkin incrédulo.

—Desde luego —explicó Rey—. Cuando esto empiece a cocer es probable que provoque una revolución. Si esos tipos de fuera lo huelen, ¡diablos! imagínenselo, son capaces de destrozarnos. Es el único lugar donde podemos guisar en privado. El olor se irá por la ventana, si sellamos bien la puerta. No podíamos cocinar fuera, sin un mínimo de seguridad.

—Larkin, Rey tiene razón —dijo Mac volviéndose hacia él—. Es usted un genio. Nunca hubiera pensado en ello. Créame —añadió riendo—. Los norteamericanos, de ahora en adelante se cuentan entre mis amigos.

—Gracias, Mac. Ahora es mejor que lo hagamos.

Los huéspedes de Rey cogieron las tiras de sábanas y cubrieron los resquicios de la puerta y cerradura. Cuando acabaron, Rey inspeccionó el trabajo.

—Bien —dijo—. Y ahora, ¿qué hacemos con la ventana?

Miraron hacia la pequeña abertura enrejada, y Brough propuso:

—Dejémosla abierta hasta que el estofado empiece a hervir. Luego la cubriremos y aguantaremos cuanto podamos. Si es preciso, la abrimos un rato. —Miró a su alrededor, y supuso que todos estaban conformes en dejar que el olor saliera esporádicamente, como si fuesen señales de fuego indio.

—¿Hace viento?

—Maldito si me fijé. ¿Lo hizo alguien?

—¡Eh, Peter! Eléveme un poco, camarada —dijo Mac.

Era el más bajo de todos y Marlowe lo sostuvo sobre sus hombros. Mac miró a través de las barras, se mojó un dedo, y lo sacó fuera.

—De prisa, Mac. Hombre… que no es un polluelo, ¡caramba! —gritó

Marlowe.

—Debo probar el viento, joven bastardo.

Volvió a mojarse el dedo y a sacarlo fuera. Parecía tan atento y ridículo que Marlowe se puso a reír. Larkin le coreó, todos hicieron lo mismo. Mac cayó desde un metro ochenta centímetros de altura, dio con su pierna contra la cama de cemento y empezó a maldecir.

—¡Mire mi pierna, maldito sea! —Era sólo un rasguño, pero sangraba—. ¡Casi me arranco la piel!

—Mire Peter —dijo Larkin aguantándose el estómago— Mac tiene sangre. Siempre creí que sólo tenía leche en las venas.

—¡Vayanse todos al infierno, bastardos, *mahlu!* —exclamó Mac irascible. Luego se contagió de la risa, se levantó y, cogido a Marlowe y a Larkin, empezó a cantar.

Marlowe cogió el brazo de Brough, éste el de Tex, y la cadena de hombres cantó bulliciosa moviéndose alrededor de la cacerola mientras Rey seguía sentado con las piernas cruzadas detrás de ellos.

Mac rompió la cadena.

—Ave César. Los que vamos a comer, te saludamos.

Todos a una se lanzaron sobre él y se confundieron en un montón.

—¡Suelte mi brazo, Peter!

—¡Que tiene el pie sobre mí estómago, bastardo! —juró Larkin a Brough.

—Lo siento, Grant. ¡Diantre! No había reído tanto en muchos años.

—Raja —exclamó Marlowe—. Creo que deberíamos removerlo por turno para tener todos la misma suerte.

—Es mi huésped —contestó Rey.

La felicidad de aquellos hombres deparó gozo en su corazón.

Solemnemente formaron cola y Marlowe removió el estofado, que empezaba a caldearse. Mac cogió la cuchara, removió y le echó una bendición obscena. Larkin, para no quedar atrás, meneó el guiso, diciendo:

—Hierve, hierve, hierve y burbujea.

—Está fuera de quicio citando a *Macbeth* —exclamó Brough.

—¿Qué pasa?

—Que no trae suerte citar a *Macbeth.* Es como silbar en el vestuario de un teatro.

—¿Lo es?

—Cualquier tonto lo sabe.

—Estaré maldito. No lo sabía —Larkin frunció el ceño.

—De todos modos, lo citó mal —dijo Brough—. Es «doble, doble tarea y trabajo; el fuego quema y el caldero bulle».

—¡Oh, no es así, yanqui! Yo conozco a mi Shakespeare.

—Me juego el arroz de mañana.

—Cuidado coronel —dijo Mac suspicaz, conociendo la propensión de Larkin al juego—. Ningún hombre apuesta con esta ligereza.

—Tengo razón, Mac —exclamó Larkin, a quien no le gustó la expresión fanfarrona del norteamericano—. ¿Qué le hace pensar tan seguro de que la razón es suya?

—¿Hay apuesta? —preguntó Brough.

Larkin pensó un momento. Le gustaba jugar, pero el arroz del día siguiente era demasiado.

—No. Dejaré mi ración de arroz tranquila, pero maldito si la dejo por Shakespeare.

—¡Lástima! —exclamó Brough—. Hubiera podido conseguir una ración extra. Lo dice en el acto cuarto, escena primera, línea diez.

—¿Cómo diablos puede ser tan exacto?

—Nada de particular —explicó Brough—. Estudié arte en Estados Unidos. Me gusta el periodismo y la literatura. Seré escritor cuando salga.

Mac se inclinó hacia delante y observó la cacerola.

—Le envidio, amigo. Creo que escribir debe de ser casi el trabajo más importante del mundo. Si se escribe bien.

—Es una tontería, Mac —repuso Marlowe—. Hay millones de cosas más importantes.

—Eso demuestra su incultura.

—Los negocios son mucho más importantes —interrumpió Rey—. Son simplemente cosas materiales. Me gusta lo que Mac dice.

—Mac —preguntó Marlowe—. ¿Qué lo hace tan importante?

—Está bien, jovencito. Primero porque es una cosa que siempre me ha gustado hacer. Lo he intentado muchas veces, pero nunca fui capaz de terminar nada. Ésa es la parte más difícil… acabar. Pero lo más importante es que un

escritor puede «hacer» una cosa completa en este planeta, y un negociante no puede hacerlo todo…

—Bobadas —interrumpió Rey—. ¿Qué le parece Rockefeller? ¿Y Morgan? ¿Y Ford? ¿Y Du Pont? ¿Y todos los demás? Su filantropía financia muchísimas investigaciones, librerías, hospitales y arte. Bueno, sin su pasta…

—Pero hicieron el dinero a expensas de alguien —dijo Brough crispado—. Les sería fácil devolver sus millones a los hombres que los hicieron por ellos. Esos chupadores de sangre…

—Supongo que es usted demócrata —dijo Rey acalorado.

—Ya ve qué dulce vida me doy. Piense en Roosevelt. Piense en lo que hace con el país. Lo arrastró por los cordones de las botas, pese a los malditos republicanos.

—Eso es basura y usted lo sabe. Los republicanos no tienen nada que ver con eso. Fue un ciclo económico…

—Basura a los ciclos económicos. Los republicanos…

—¡Eh, amigos! —intervino Larkin suavemente—. Nada de política hasta que hayamos comido, ¿qué les parece?

—Bueno, conforme —dijo Brough malhumorado—. Pero este tipo es de abrigo.

—Mac, ¿por qué es tan importante? Todavía no lo sé.

—Bueno, un escritor puede trasladar una idea o un punto de vista a un pedazo de papel. Si dice algo bueno puede mover a la gente, aunque sea escrito en papel de tocador. Y si es el único experto en economía moderna y sabe hacerlo, puede «cambiar» el inundo. Un hombre de negocios no puede, sin gastarse una fortuna. Un político, tampoco, si no ocupa una importante posición en el poder. Un plantador ni hablar, desde luego. Y un contable, tampoco, ¿verdad Larkin?

—Desde luego.

—Pero usted habla de propaganda —dijo Brough—. Yo no quiero escribir propaganda.

—¿Escribió alguna vez para el cine, Don? —preguntó Rey.

—Nunca he vendido nada a nadie y un tipo no es escritor hasta que ha vendido algo. Pero el cine es importantísimo. ¿Saben que Lenin dijo que era el más importante medio de propaganda que se había inventado? —Vio a Rey que

preparaba un asalto—. Y yo no soy comunista, hijo de perra, porque sea demócrata. —Se volvió a Mac—. Vaya hombre, sólo por leer a Lenin, Stalin o Trotsky ya le llaman a uno comunista.

—Bueno, debiera admitir, Don —dijo Rey—, que la mayor parte de los demócratas son rojos.

—¿Desde cuándo un pro-ruso es comunista? Son aliados nuestros, ¿lo saben verdad?

—Lo son de un modo histórico —dijo Mac.

—¿Por qué?

—Después tendremos mucho trabajo. Particularmente en Oriente. Aquella gente mueve un montón de jaleo; ya lo hicieron antes de la guerra.

—La televisión será el próximo futuro —intervino Peter Marlowe, vigilando un hilo de vapor que danzaba por la superficie del estofado—. ¿Saben? Vi una demostración en el «Alexandra Palace» de Londres. Baird emite un programa cada semana.

—He oído algo de la televisión —dijo Brough—. Pero nunca la he visto.

Rey asintió.

—Tampoco yo, pero eso no haría negocios.

—No en Estados Unidos, eso seguro —gruñó Brough—. Piense en las distancias. ¡Demonios! Eso estaría muy bien para uno de los pequeños países, como Inglaterra, pero no en un verdadero país como Estados Unidos.

—¡¿Qué quiere decir con eso? —intervino Peter Marlowe irguiéndose.

—Quiero decir que si no fuera por nosotros, esta guerra continuaría siempre. Bueno, es nuestro dinero y nuestras armas y nuestro poder…

—Escuche, viejo, nos desenvolvimos bien solos. Les dimos a ustedes tiempo de quitar de en medio su culo. Es «su» guerra tanto como lo es nuestra.

Marlowe le miró fijamente, y Brough le devolvió la mirada.

—¡Bobo! ¿Por qué diablos, ustedes, los europeos, no se matan como lo han hecho durante siglos y nos dejan tranquilos? Yo no lo sé, pero sí que primero tuvimos que echarles fuera de nuestro país.

En un momento todos discutían y juraban y nadie escuchaba. Cada uno tenía una opinión firme y cada opinión era la acertada.

Rey sacudió su puño furioso contra Brough, que le devolvió el puñetazo, y Marlowe gritó a Mac, cuando de repente sonó un estampido en la puerta.

El silencio se hizo automáticamente.

—¿Qué maldita pelea es ésa? —dijo una voz.

—¿Es usted Griffiths?

—¿Quién cree que soy, el condenado Adolfo Hitler? ¿Quieren que nos metan en la cárcel o algo parecido?

—No, lo siento.

—¡Que cese ese condenado ruido!

—¿Quién es? —preguntó Mac.

—Griffiths. El dueño de la celda.

—¿Cómo?

—Desde luego. Se la alquilé por cinco horas. Tres dólares la hora. No se consigue nada por nada.

—¿Que alquiló la celda? —preguntó Larkin incrédulo.

—Eso mismo. Griffiths es un negociante listo —explicó Rey—. Hay miles de hombres a su alrededor, ¿no? Pero no hay paz ni quietud, ¿verdad? Bueno, éste alquila la celda a cualquiera que desee estar solo. No es que sea un santuario, pero Griffiths hace negocio.

—Apuesto que no fue idea suya —dijo Brough.

—Capitán, no puedo mentir. —Rey sonrió—. Debo confesar que la idea fue mía. Pero Griffiths ganó lo suficiente para mantenerse muy bien él y su grupo.

—¿Qué gana usted de eso?

—El diez por ciento.

—Si es sólo el diez por ciento, es justo —dijo Brough.

—Lo es —dijo Rey.

No le mentía nunca a Brough, aunque no fuera asunto suyo lo que él hiciera.

Brough se inclinó y removió el estofado. —¡Eh, chicos! ¡Ya hierve!

Todos se agruparon a su alrededor. Era verdad.

—Será mejor que arreglemos la ventana. Pronto empezará a oler.

La taparon con una manta y la celda no tardó en impregnarse con el delicioso olor del estofado.

Mac, Larkin y Tex se acuclillaron junto a la pared, con los ojos fijos en la cacerola. Marlowe se sentó al otro lado de la cama, y, al estar más próximo, de vez en cuando removía el guiso.

Rey se inclinó y echó un puñado de hierbas aromáticas nativas y ajos, y eso

aumentó el perfume.

—Un leñador sería capaz de hacer una fortuna después de la guerra si supiera deshidratar papayas —dijo Rey—. Ahora que saben cómo volver tierno a un búfalo.

—Los malayos siempre lo han hecho —repuso Mac, pero en realidad ninguno escuchaba, ni siquiera él mismo prestó atención a sus palabras pues el rico vapor les enervaba.

El sudor caía por sus pechos, barbillas, piernas y brazos. Cosa que apenas notaban. Ellos sólo percibían que el estofado no era un sueño, sino carne puesta a cocer allí, delante de sus ojos, y, que pronto, muy pronto, podrían comérsela.

—¿Dónde la consiguió? —preguntó Marlowe, no interesado en la respuesta. En realidad, fue una excusa para romper el sofocante silencio.

—Es el perro de Hawkins.

—*¿Rover?*

—¿El perro de Hawkins, dice?

—¡Yo creí que era un cerdo pequeño!

—¡El perro!

—¡Voto al diablo!

—¿Quiere decir que «eso» son los cuartos traseros de *Rover?* —inquirió Marlowe aturdido.

—Cierto —replicó Rey.

Una vez roto el secreto, no le importaba.

—Quería decirlo a ustedes después. Ahora ya lo saben.

Se miraron unos a otros aplanados. Marlowe exclamó:

—¡Madre de Dios! ¡El perro de Hawkins!

—Conforme —contestó Rey razonablemente—. Pero, ¿qué diferencia hay? En realidad era el perro que comía más limpio de cuantos he visto en mi vida. Mucho más limpio que cualquier cerdo, o que la misma gallina que se comió. Además, carne es carne.

Mac salió en su defensa.

—Desde luego, no hay nada malo en comerse un perro. Los chinos se los comen siempre. Es un bocado exquisito.

—Sí —dijo Brough medio mareado—. Pero nosotros no somos chinos, y éste es el perro de Hawkins.

—Me siento caníbal —exclamó Peter Marlowe.

—Miren —respondió Rey—. Es tal como dijo Mac. No hay nada malo en que sea perro. Huélanlo, ¡por Júpiter!

—¡Huélanlo! —exclamó Larkin por todos ellos, pese a que le era difícil hablar, pues la saliva casi le ahogaba—. No puedo oler nada excepto ese estofado; Es el olor más grato que jamás he aspirado, y no me preocupa si es *Rover* o no, quiero comer. —Se frotó el estómago, casi dolorosamente—. No sé qué piensan ustedes, bastardos, pero tengo tanta hambre que siento calambres. Ese olor actúa sobre mi metabolismo de modo anormal.

—Yo me siento enfermo también. Y no se debe a que la carne sea de perro —dijo Marlowe. Luego añadió casi lastimeramente—: Pero no me gusta comerme a *Rover* —miró a Mac—. ¿Cómo vamos a encararnos después con Hawkins?

—No lo sé, jovencito. Miraré a otro lado. Sí. No creo que pudiera mirarle a la cara —las aletas de su nariz temblaron y observó el estofado—. ¡Huele tan bien!

—¡Naturalmente! —exclamó suavemente Rey—. Si alguno no quiere comer puede marcharse.

Ninguno se movió. Luego, todos se inclinaron hacia atrás perdidos en sus propios pensamientos. Escuchaban el burbujeo y sorbían la fragancia. ¡Era magnífica!

—No hay nada sorprendente si uno lo piensa —dijo Larkin, más para convencerse a sí mismo que a los demás—. Recuerden lo afectuosos que somos con nuestras gallinas. Sin embargo, no nos importa comérnoslas… o sus huevos.

—Eso es cierto, compañero. Y recuerden aquel gato que cogimos y nos comimos. No nos preocupó aquello, ¿en, Peter?

—No, pero el gato era un desconocido. ¡Éste es *Rover!*

—Lo «era». Ahora es simplemente carne.

—¿Son ustedes los tipos que cogieron el gato? —preguntó Brough enojado pese a sí mismo—. ¿Hará de eso unos seis meses?

—No. Fue en Java.

—¡Ah! —exclamó Brough.

Entonces coincidió su mirada con la de Rey.

—Debí haberlo adivinado. Es usted un bastardo —explotó.

—No se pique, Don.

—Mis australianos están perdiendo facultades —dijo Larkin.

Rey levantó la cuchara y su mano tembló al probar el caldo.

—Buen sabor.

Luego pinchó la carne, que aún seguía dura.

—Otra hora.

Pasaron diez minutos y volvió a probar.

—Quizá le falte algo de sal. ¿Qué le parece, Peter?

Marlowe probó. Lo encontró muy bueno, muy bueno.

—Una pizca, sólo una pizquita.

Todos probaron por turno. Hacía falta una pizca de sal, un trocito más de huan, un pellizquito de azúcar y un suspiro de *turmeric*. Volvieron a esperar casi asfixiados, en la celda de exquisita tortura.

De vez en cuando levantaban la manta de la ventana y dejaban que saliera parte del vapor acumulado y que entrara aire nuevo.

En Changi, el olor flotaba en la brisa. Y, dentro de la cárcel, siguiendo el corredor, ráfagas aromáticas escapadas por la puerta saturaban la atmósfera.

—¡Pardiez, Smithy! ¿No hueles?

—Claro que huelo. ¿Acaso crees que no tengo nariz? ¿De dónde procede?

—Espera un segundo. Es en alguna parte alta de la cárcel, en alguna parte alta, seguro.

—Apuesto a que esos puercos amarillos están cociendo junto a la alambrada.

—Eso no está bien. ¡Bastardos!

—No creo que sean ellos. Parece que viene de la prisión.

—¡Pardiez! Escuchad a Smithy. Olfatea como un maldito perro.

—Te digo que lo huelo y que viene de la prisión.

—Es el viento. El viento viene de aquella dirección.

—El viento nunca ha olido de esta forma. Es carne que está cociendo, os lo digo. Es buey. Me apuesto la vida. Estofado de buey.

—Nueva tortura japonesa. ¡Bastardos! ¡Qué juego más sucio!

—¿Cómo diablos podemos imaginarlo todos? Mirad, todos los hombres se han detenido.

—¿Quién dice eso?

—¿Qué?

—Tú lo dijiste. «Dicen» que uno puede imaginar un olor. ¿Quién lo «dice»?

—Caramba, Smithy. Es simplemente un dicho.

—Pero, ¿quién lo dice?

—¿Cómo diablos voy a saberlo?

—Entonces deja de decir «dicen». Es suficiente para volver loco a un hombre.

Los hombres de la celda, los elegidos de Rey, contemplaban a éste que ponía una porción de estofado en un plato y lo daba a Larkin. Sus ojos dejaron de mirar el plato de Larkin y volvieron a la cuchara y a Mac, y otra vez a la cuchara y a Brough. Así continuaron pasando por Tex y Marlowe, hasta concluir con su ración. Cuando todos estuvieron servidos, se pusieron a comer. Aún quedaba como mínimo para dos raciones más por hombre.

Comer tan bien resultaba ser un suplicio.

Las *katchang idju* se habían roto y mezclado con el espeso caldo. La papaya había ablandado la carne hasta desprenderla del hueso, desperdigándola hecha trozos oscuros por las hierbas y las judías. El guiso tenía el espesor del verdadero estofado irlandés, con ribetes aceitosos que manchaban sus platos.

Rey levantó la vista del suyo, seco y limpio. Hizo seña a Larkin que, simplemente, se limitó a entregarle el plato. En silencio, cada uno aceptó otra ración, que también desapareció. Luego se comieron la última.

Finalmente, Rey apartó su plato.

—Ahora soy hijo de una perra.

—Perfecto —exclamó Larkin.

—Soberbio —dijo Peter Marlowe—. Había olvidado a qué se parece un estofado. Me duelen las mandíbulas.

Mac recogió cuidadosamente su última judía y eructó. Fue un eructo formidable.

—Les diré, muchachos, que en mis tiempos probé toda clase de comidas, desde el *roast beef* en el «Simpson» de Picadilly, hasta el *rijstta-feí*, en el «Hotel des Indes» en Java, y, desde luego, ninguna puede compararse a ésta. ¡Jamás!

—De acuerdo —corroboró Larkin, acomodándose más confortablemente—. Incluso en el mejor lugar de Sydney, donde los bistecs son formidables, he gozado tanto.

Rey eructó y pasó un paquete de «Kooas». Luego abrió la botella de vino y

bebió largamente. Era áspero y fuerte, y barrió el sabor sublime, riquísimo, de su boca.

—Ahí va —dijo, pasándola a Marlowe.

Todos bebieron y fumaron.

—Tex, que aún queda algo de Java —recordó Rey entre bostezos.

—Será mejor que pasen unos minutos antes de abrir la puerta —dijo Brough, aunque no preocupándole que la puerta estuviera abierta o cerrada—. ¡Oh, Dios, me siento grande!

—Estoy tan lleno que parece que voy a reventar —dijo Marlowe—. Sin duda es lo mejor…

—¡Por Dios, Peter! Todos hemos dicho eso. Todos lo sabemos.

—Bueno, tenía que decirlo.

—¿Cómo pudo arreglarlo? —preguntó Brough a Rey, sofocando un bostezo.

—Máxime habló del perro que mató la gallina. Mandé a Dino a ver a Hawkins. Se lo dio a él, Kurt lo mató. Mi parte fueron los cuartos traseros.

—¿Por qué se lo dio Hawkins a Dino? —preguntó Marlowe.

—Es veterinario.

—¡Ah, ya comprendo!

—¡Diablos si lo es! —dijo Brough—. Es un marino mercante.

Rey se encogió de hombros.

—Así hoy fue veterinario. Perrerías.

—Yo se lo hubiera dado a usted. Seguro como hay infierno que se lo hubiera dado a usted.

—Gracias, Don.

—¿Cómo…, cómo lo mató Kurt? —preguntó Brough.

—No se lo pregunté.

—Bien hecho, compañero —dijo Mac—. Ahora es mejor que olvidemos el asunto, ¿eh?

—Buena idea.

Marlowe se levantó y se desperezó.

—¿Qué hacemos con los huesos? —preguntó.

—Los camuflaremos fuera, a la salida.

—¿Qué os parece si jugáramos una partida de póquer? —preguntó Larkin.

—Buena idea —dijo Rey perezosamente—. Tex, ponga en marcha el café.

Peter, limpie un poco. Grant, arregle la puerta. Don, ¿qué le parece si apila los platos?

Brough se levantó pesadamente.

—¿Y qué demonios va a hacer usted?

—¿Yo? —Rey enarcó las cejas—, yo sigo sentado.

Brough le miró. Todos le miraron. Entonces Brough dijo:

—Pienso hacer de usted un oficial, siempre y cuando tenga el gusto de abofetearle.

—Dos puñetazos conseguirán para usted cinco de los míos —dijo Rey—. Y eso no le haría ningún bien.

Brough miró a los otros, luego otra vez a Rey.

—Probablemente tenga razón. Yo terminaría delante de un consejo de guerra —rió—. Pero no hay juego en el que yo no pueda ganarle su dinero.

Sacó un billete de cinco dólares y puso la baraja de cartas en las manos de Rey.

—Gana la más alta.

Rey esparció las cartas.

—Coja una.

Brough, ufano, mostró la reina, Rey miró la baraja y cogió una carne: era una sota. Brough sonrió.

—Doble o nada.

—Don —dijo Rey suavemente—. Retírese mientras gana.

Cogió otra carta y la volvió boca arriba. Un as.

—Con la misma facilidad puedo coger otro as… son mis cartas.

—¿Por qué demonios no me batió ya? —dijo Brough.

—Usted mismo, capitán.

Rey se divertía grandemente.

—Sería descortés quitarle su pasta. Después de todo es nuestro intrépido jefe.

—¡Maldito sea! —Brough empezó a amontonar platos.

Aquella noche, mientras la mayor parte del campo descansaba, Marlowe yacía debajo de su mosquitera despierto, sin deseos de dormir. Se deslizó fuera de la litera, se abrió camino entre las mosquiteras y salió al exterior. Brough se hallaba también despierto.

.—Hola, Peter —llamó Brough quedamente—. Venga y siéntese. ¿Tampoco puede dormir?

—Simplemente no quiero. Todavía no, me siento tan bien…

—Bella noche.

—Sí.

—¿Casado?

—No —replicó Peter.

—Suerte. No crea que es tan malo estar soltero —Brough guardó silencio un minuto—. Me vuelvo loco pensando si ella estará aún allí. Y si está, ¿qué hace ahora?

—Nada —Marlowe contestó sin propósito. N'ai vivía en su pensamiento—. No se preocupe. —Era tanto como decirle: «Deje de respirar».

—No la culpo. Ni a ninguna otra mujer. Es mucho el tiempo que llevamos ausentes, demasiado. No sería su culpa.

Brough, tembloroso, lió un cigarrillo usando un poco de té seco y la punta de uno de los «Kooas». Cuando lo tuvo encendido aspiró profundo, y lo pasó *a* Peler Marlowe.

—Gracias, Don.

Fumaron del cigarrillo.

Lo acabaron en silencio, transportados por su añoranza. Luego Brough se levantó.

—Me voy a acostar. Hasta la vista, Peter.

—Buenas noches, Don.

Marlowe miró otra vez la aterciopelada noche, y dejó que su mente vagara de nuevo hacia N'ai.

# XVI

El día de la victoria en Europa llegó, y los hombres de Changi sintiéronse exaltados. No obstante, para ellos fue una jornada como otra cualquiera. La comida, el cielo que los cubría, el calor insoportable, la enfermedad, las moscas y el desgaste, fueron idénticos. Grey mantenía su vigilancia y esperaba. Su espía le dijo que el diamante pronto cambiaría de manos. Muy pronto. Marlowe y Rey aguardaban con la misma ansiedad. Sólo faltaban cuatro días.

También llegó el día de *Eva,* que dio a luz doce pequeños roedores, Los actos conmemorativos dispuestos para tan fausto acontecimiento divirtieron enormemente a Rey y sus asociados.

Grey tuvo noticia de que estaba sucediendo algo anormal, rodeó el barracón y registró a todos los hombres con la excusa de buscar relojes o cualquier otra cosa digna del mercado negro. A Rey no le preocupaba tener un espía en el barracón. El tercer alumbramiento se produjo con toda felicidad.

Contaban ya con setenta jaulas debajo del barracón. Catorce estaban ocupadas. Pronto se llenarían doce más.

El problema de los nombres lo resolvieron del modo más sencillo posible. Los machos fueron señalados con números pares y las hembras con impares.

—Muchachos —dijo Rey—. Debemos preparar más jaulas.

Se hallaban reunidos en el barracón. La noche era fría y agradable.

—Estamos en un apuro —indicó Tex—. Ya no queda tela metálica por parte alguna. Lo único que podemos hacer es pedir ayuda a los australianos.

—Si hacemos eso —contestó Max, lentamente—, es lo mismo que dejar que los bastardos se enteren.

Todo el esfuerzo guerrero del barracón norteamericano se había centrado alrededor del oro viviente que se desarrollaba vertiginosamente debajo de ellos. Un equipo de cuatro hombres había prolongado la trinchera y hecho una serie de

pasillos. Contaban con suficiente espacio para las jaulas, pero carecían de tela metálica con que hacerlas. La tela era desesperadamente necesaria; volvía a vislumbrarse otro alumbramiento, y, muy pronto, después de aquél, llegarían otro y otro.

—Si contáramos con una docena de hombres en quienes confiar, podríamos darles el par de cría y que construyeran sus propias granjas —dijo Peter Marlowe pensativo—. Así nos limitaríamos a ser los criadores centrales.

—No es bueno, Peter. No podríamos guardar el secreto.

Rey enrolló un cigarrillo y recordó que el negocio había remitido últimamente, y que llevaba una semana sin fumar cigarrillos hechos.

—Lo único factible —dijo después de un momento de reflexión— es que Timsen entre en el negocio.

—Ese piojoso australiano ya es mala competencia —reprobó Max.

—No tenemos alternativa —contestó Rey—. Necesitamos jaulas, y él es el único que sabrá cómo resolverlo, y el único en quien confío tenga la boca cerrada. Si la granja va según el plan previsto, hay bastante pasta para todos —miró a Tex—. Busque a Timsen.

Tex se encogió de hombros, y salió.

—Vamos, Peter —dijo Rey—. Será mejor que comprobemos cómo están las cosas abajo.

Se dirigió hacia la puerta de la trampa.

—¡Vaca sagrada! —exclamó al ver la extensión de las excavaciones—. Si perforamos más todo el maldito barracón se viene abajo, y, entonces, ¿dónde diablos estaremos?

—No se preocupe, jefe —dijo orgulloso Miller, que era el encargado del equipo de excavación—. Lo he planeado de modo que podemos seguir por las columnas de cemento. Tenemos espacio suficiente para mil quinientas jaulas, siempre que podamos conseguir la tela metálica. Incluso podríamos doblar el espacio si contáramos con la madera necesaria para asegurar los túneles. Sería fácil.

Rey caminó por la trinchera principal e inspeccionó los animales. *Adán* le vio llegar y, rabioso, atacó el alambre como si quisiera destruirle.

—¿Amistoso, eh?

Miller rió.

—El bastardo le conoce.

—Sería preferible interrumpir la cría —indicó Marlowe—, hasta que estén las jaulas a punto.

—Timsen es la respuesta —contestó Rey—. Si alguien puede servirnos los suministros es su equipo de ladrones.

Una vez en el barracón se sacudieron la suciedad. Después de una ducha se sintieron mejor…

—Hola, amigo.

Timsen entró en el barracón y se sentó.

—¿Temen sus yanquis que les quemen las tripas o algo parecido?

Era alto y rudo, con ojos hundidos.

—¿De qué habla?

—El modo que tienen sus bastardos de excavar trincheras hace pensar que toda la maldita fuerza aérea ha de caer sobre Changi.

—No hay daño en ser precavido —Rey se preguntó si sería conveniente arriesgarse a que Timsen tuviera parte en el negocio—. No tardarán mucho en volar sobre Singapur. Y, cuando lo hagan, nosotros estaremos bajo tierra.

—Nunca será contra Changi. Saben que estamos aquí. Por lo menos, los nuestros. Naturalmente, cuando los yanquis están en el cielo no se puede predecir dónde infiernos caerán las bombas.

Le acompañaron a través de las galerías subterráneas, e, inmediatamente, comprendió la magnitud de la organización y el ambicioso proyecto.

—¡Mi madre, compañero! —exclamó Timsen sin aliento, cuando regresaron al barracón—. Tengo que admitirlo. ¡Mi madre! ¡Y pensar que nosotros les teníamos por cobardes! ¡Mi madre! Deben tener espacio para quinientas o seiscientas…

—Mil quinientas —interrumpió Rey impasible—. Ahora tenemos noventa. Pronto serán trescientas.

Las cejas de Timsen casi tocaron la línea de su pelo.

—Voy a contarle nuestro propósito. —Rey se detuvo revisando la oferta—. Usted nos suministrará material para mil jaulas más. Mantendremos nuestra existencia completa a mil, sólo los mejores. Usted pone en venta la producción e iremos a partes iguales. Un negocio de ese tamaño dará suficiente para todos.

—¿Cuándo empezamos a vender? —preguntó Timsen, manifiestamente

interesado.

—Dentro de tres semanas le daremos diez piernas traseras. Usaremos primero los machos y mantendremos las hembras. Venderemos las patas traseras.

—¿Por qué sólo diez para empezar?

—Si ponemos más en el mercado desde un principo, los hombres sospecharán. Hemos de tomarlo con calma.

Timsen pensó un momento.

—¿Seguro que…, que la carne será conforme?

Una vez comprometido el primer suministro, Rey experimentó ciertos escrúpulos. Pero, ¡diablos! la carne era carne, y el negocio era negocio.

—Simplemente ofrecemos carne *rusa tikus.*

Timsen sacudió su cabeza y sus labios hicieron bolsa.

—No me gusta la idea de venderla a mis australianos. Palabra. Eso no me parece bien. Palabra que no. No, no me parece bien; en absoluto.

Marlowe sufrió el mismo remordimiento anticipado.

—Ni a nuestros compañeros tampoco.

Los tres se miraron. «Sí —se dijo Rey—. No parecía correcto. Pero "necesitamos" subsistir».

De repente su mente se abrió. Se volvió impasible y dijo muy serio. —Llamen a los demás. Acabo de tener una idea luminosa. Los norteamericanos fueron rápidamente reunidos. Tensos, contemplaron a Rey, que aparecía tranquilo. De momento, siguió callado, mientras fumaba un cigarrillo, al parecer, absorto. Marlowe y Timsen se miraron perturbados.

Rey se puso de pie y la electricidad del ambiente pareció aumentar. Aplastó el cigarrillo.

—Amigos —su voz era extrañamente débil y cansada—. Han transcurrido cuatro días desde el último alumbramiento. —Se volvió al cuadro de multiplicación de existencias que había en la pared—. Esperamos que nuestro rebaño aumente por encima de las cien cabezas. He llegado a un acuerdo con nuestro amigo Timsen. Él suministrará material para mil jaulas, así cuando llegue el momento, el problema albergue estará resuelto. Él y su grupo se encargarán de vender la producción. Nosotros nos limitaremos a concentrarnos en la cría de los mejores. —Se detuvo y miró fijamente a cada uno—. De hoy en ocho días empieza la venta.

Una vez conocida la fecha fatídica, los rostros parecieron mustios.

—Realmente, ¿cree que debemos hacerlo? —preguntó Max aprensivo.

—¿Quiere esperar un momento, Max?

—Yo no entiendo de ventas —dijo Byron Jones III, asegurándose el parche de su ojo—. La idea me produce…

—¿Quieren esperar, diablos? —gritó Rey, impaciente.

Todos callaron, vencidos, mientras Rey continuó casi en susurro.

—¡Solamente venderemos a los oficiales! ¡De comandantes para arriba!

—¡Mi madre! —resopló Timsen.

—¡Señor! —exclamó Max.

—¿Qué? —dijo Marlowe aturdido.

Rey guardó el silencio de los dioses.

—Sí, sólo a oficiales. Son los únicos bastardos que pueden comprar. En lugar de un negocio masivo, será un negocio de lujo.

¿Y los sodomitas que pueden permitirse el lujo de comprar son a los que quiere alimentar con carne? —preguntó Marlowe.

—¡Estupendo! —exclamó Timsen—. ¡Genial! Daría mi brazo derecho por ver a tres bastardos que conozco, comer carne de rata y luego decirles…

—Yo conozo a dos —interrumpió Marlowe—, a quienes también les daría la carne, al menos, vendérsela. Pero si llega a los jefazos…, son tan brutos que se lo olerán.

Max gritó por encima de las risas.

—Escuchen, camaradas. Escuchen. Escuchen un momento. —Se volvió a Rey—. Sabe… yo… bueno… yo —sentíase tan conmovido que le resultaba imposible hablar—. Yo siempre… yo no siempre he estado de su parte. No hay daño en eso. Vivimos en un país libre. Pero esto… esto es tan enorme… tan… eso… bueno… —Extendió la mano solemnemente—. Quiero estrechar la mano del hombre que tuvo semejante idea. Creo que todos deberíamos estrechar la mano del verdadero genio. En nombre de todos los prisioneros del mundo… me siento orgulloso de usted. ¡El Rey!

Max y Rey se estrecharon las manos.

Tex saltaba nervioso de uno a otro lado.

—Sellars, Prouty, Grey… están en la lista.

—Grey no tiene dinero —indicó Rey.

—Bueno le daremos un poco —dijo Max.

—No podemos hacer eso. Grey no es tonto. Sospecharía —intervino Marlowe.

—¿Y qué les parece Thorsen… aquel bastardo…?

—Los oficiales yanquis no. Bueno —rectificó Rey delicadamente—. Quizás uno o dos.

Los vítores cesaron rápidamente.

—¿Y los australianos?

—Eso queda de mi cuenta, compañero —repuso Timsen—. Ya tengo en perspectiva tres docenas de clientes.

—¿Y los demás? —preguntó Max.

—Todos podemos pensar en algunos de ellos —Rey se sentía poderoso y extático.

—Es una suerte que los bastardos que tienen la pasta, o el medio de conseguirla, sean los que usted quiere alimentar y luego decirles lo que han comido —dijo Tex.

Poco antes de apagar las luces, Max se precipitó dentro del barracón y susurró a Rey.

—Un guardián se encamina hacia aquí.

—¿Quién?

—Shagata.

—Conforme —dijo Rey procurando que su voz fuera normal—. Compruebe que todos nuestros vigías estén en su puesto.

—Ahora mismo.

Max se precipitó fuera.

Rey se inclinó hacia Marlowe.

—Quizás haya habido un chivatazo —dijo nervioso—. Será mejor que estemos preparados.

Se deslizó fuera por la ventana y se aseguró de que el toldo estaba en posición; luego, se sentó con Marlowe a su protección y esperaron.

Shagata asomó su cabeza por debajo del toldo y cuando reconoció a Rey se deslizó rápidamente y se sentó. Apoyó su rifle contra la pared y ofreció un paquete de «Kooas».

—*Tabe* —dijo.

—*Tabe* —replicó Marlowe.

—Hola —dijo Rey.

Su mano temblaba al coger el cigarrillo.

—¿Tienes algo que venderme esta noche? —preguntó Shagata con voz sibilante.

—Pregunta si tiene algo que venderle esta noche.

—Dígale que no.

—Mi amigo está abatido porque no tiene nada con que tentar a un hombre de gusto esta noche.

—¿Tendría su amigo semejante artículo dentro de tres días?

Rey suspiró aliviado cuando Marlowe tradujo.

—Dígale que sí. Y que es de sabios el comprobar.

—Mi amigo dice que, probablemente, ese día tenga algo para tentar a un hombre de gusto. Y añade que hacer negocios con un hombre tan cuidadoso, es bueno para la conclusión satisfactoria de dicha transacción.

—Es siempre sabio acordar los asuntos en la negrura de la noche —Shagata respiró profundamente—. Si no vengo pasadas tres noches espéreme en las sucesivas. Un mutuo amigo teme no poder cumplir su parte con la premura acordada. Pero sí podrá dentro de tres noches desde la de hoy.

Shagata se incorporó y dio a Rey el paquete de cigarrillos. Una ligera inclinación y la oscuridad se lo volvió a tragar.

Marlowe tradujo lo que había dicho Shagata.

—Formidable. Simplemente formidable. ¿Quiere venir mañana por la mañana? Discutiremos planes.

—Voy con el equipo del aeropuerto.

—¿Quiere que le busque un sustituto?

Marlowe negó con un movimiento de cabeza.

—Sería mejor que se quedara —dijo Rey—, por si Cheng San quiere establecer algún contacto.

—¿Cree usted que algo va mal?

—No. Shagata demuestra inteligencia al comprobar. Yo también lo hubiera hecho. Todo sigue según lo previsto. Otra semana y el negocio habrá terminado.

—Así lo espero.

Marlowe recordó el poblado. Esto le hizo desear que el negocio se

concertara. Todo su ser ansiaba volver allá, y, de lograrlo, Sulina sería suya o perdería el juicio.

—¿Qué pasa? —Rey percibió el estremecimiento de Marlowe.

—Simplemente, que me gustaría tener a Sulina en los brazos en este momento.

—¿Sí?

La respuesta de Marlowe hizo aflorar una sombra de temor en los ojos de Rey. Aquél sonrió desmayamente.

—No se preocupe, viejo camarada. No haré ninguna locura, si es eso lo que está pensando.

—Desde luego —Rey sonrió—. Pero debemos esperar a… y mañana es la representación. ¿Sabe de qué se trata?

—Sólo que se titula «Triángulo». Y que Sean es el protagonista.

La voz de Marlowe se hizo repentinamente clara.

—¿Por qué estuvo a punto de matar a Sean?

Rey no lo había preguntado antes, pues, con un hombre como Marlowe, siempre resultaba peligroso inmiscuirse en sus asuntos privados. Pero entonces intuyó que el momento era oportuno.

—No hay mucho que decir —contestó satisfecho de que Rey abordara aquel asunto—. Sean y yo estuvimos en el mismo escuadrón en Java. El día antes de que la guerra acabara allí, Sean no regresó de una misión. Supuse que había muerto.

»Hace cosa de un año, al día siguiente de llegar aquí desde Java, presencié una de las funciones de teatro. Reconocí a Sean en el escenario, y ya puede imaginarse el impacto que recibí.

»Hacía de chica; si bien no sospeché nada, pues siempre hay uno que se encarga de esos papeles. Me senté cómodamente dispuesto a gozar la función. Verle allí, vivo y sano, me produjo una gran alegría. Pero me era imposible comprender que interpretara el papel de fémina de modo tan sensacional. Sus movimientos, su voz, su manera de caminar y sentarse, me dejaron perplejo. El vestido y la peluca le transformaban con absoluta perfección. Su arte me impresionó profundamente. Sean nunca había trabajado en el teatro.

»Después del espectáculo me acerqué a los vestuarios, donde otros tipos esperaban también. Pasado un rato comprendí que sus admiradores eran

similares a los que se ven a las puertas de los camerinos en cualquier parte. Ya puede imaginárselo. Son gentes que aguardan a sus amigas, colgándoles la lengua.

Finalmente, la puerta del camerino se abrió y todos penetraron dentro. Yo lo hice el último y me quedé en el umbral. Fue entonces cuando advertí que aquellos hombres eran algo raros. Sean se hallaba sentado en una silla y todos le rodeaban, alabándole. Le llamaban "cariño", lo abrazaban, y le decían que había estado "maravillosa". Lo trataban como si fuera la bellísima primera actriz del espectáculo. ¡Y Sean lo aceptaba contento! ¡Cuernos! En realidad gozaba las alabanzas como cualquier perra caliente. De repente, me vio, y, cosa lógica, se sorprendió.

»—Hola, Peter. —Éstas fueron sus primeras palabras. Yo no supe qué decir. En aquel momento miraba a uno de aquellos tipos raros que le acariciaba una rodilla. Sean vestía una especie de *negtigée* corto y medias de seda. Mostraba sus piernas, e, incluso, parecía tener senos, debajo del *negligée*. Súbitamente, advertí que no llevaba peluca, que todo aquel pelo largo y ondulado como el de una chica, era suyo.

»Sean despidió a todos sus admiradores. "Peter es un viejo amigo que yo creía muerto. Deseo hablar con él. Marchaos, por favor."

»Una vez solos le pregunté:

»—Pero, ¡en nombre de Dios! ¿Qué te ha pasado? ¿Gozabas realmente esa basura de alabanzas?

»—¿Puedes explicarme qué le ha ocurrido a cada uno de nosotros? —respondió Sean. Luego me dijo con su maravillosa sonrisa—: Celebro mucho verte. Peter. Supuse que habías muerto. Siéntate un momento mientras me quito el maquillaje. Tenemos mucho de qué hablar. ¿Viniste con la partida de Java?

»Asentí, aún atontado. Sean se volvió al espejo y empezó a quitarse la crema de la cara.

»—¿Qué te sucedió, Peter? ¿Te hirieron?

«Cuando empezó a desaparecer el maquillaje sentí que me relajaba; todo parecía más normal. Me consideré un estúpido, pues aquello formaba parte de la exhibición; algo así como hacer propaganda. Seguro ya de que sólo prolongaba su papel, me excusé: "Lo siento, Sean, debes de considerarme un necio. Me alegra saber que estás bien. Yo también supuse que habías muerto." Luego le

expliqué mi odisea.

»Sean me contó su pelea con cuatro *Zeros* y cómo se vio obligado a saltar en paracaídas. De regreso al aeropuerto encontró mi avión, hecho cenizas. Le dije que lo incendié antes de huir para evitar que los condenados japoneses lo repararan.

»—Supuse que se había incendiado en el momento del aterrizaje —dijo él—, y que habías muerto. Yo me quedé en Bandung con el resto de los compañeros, hasta que fuimos llevados a un campo. Poco después nos mandaron a Batavia y luego aquí.

«Sean no cesaba de mirarse al espejo. Su rostro aparecía tan suave y hermoso como el de una chica. De repente, tuve la extraña sensación de que se había olvidado de mí. No supe qué hacer. Pero Sean se volvió hacia mí y me miró directamente, con el ceño fruncido de un modo raro.

»Le pregunté si quería que me fuese.

»—No, Peter; quédate.

»De su monedero de mujer sacó un lápiz de labios y empezó a pintarse. Yo estaba estupefacto.

»—¿Qué haces?

»—Me pinto los labios, Peter.

»—Vamos, Sean. Basta ya de bromas. Hace media hora que acabó la función.

»No me hizo caso y cuando sus labios estuvieron perfectos se empolvó la nariz, se cepilló el pelo, y, ¡pardiez!, volvía a ser otra vez la hermosa mujer. No podía creerlo. Me aferré a la idea de que me estaba gastando una broma.

»Se arregló un rizo aquí y otro allá, luego volvió a examinarse en el espejo. Pareció absolutamente satisfecho de sí mismo. Al verme a través del espejo, se puso a reír.

»—¿Qué ocurre, Peter? Es que no has estado nunca en un camerino?

»—Sí —dije—. He estado en el de una chica.

»Me miró largo rato. Luego se compuso el *negligée* y cruzó sus piernas.

»—Éste es el camerino de una chica.

»—Vamos, Sean —contesté irritándome—. Soy yo, Peter Marlowe. Estamos en Changi. Ha terminado la función y ahora todo vuelve a ser normal.

»—Sí —dijo con absoluta calma—. Todo es normal.

«Necesité mucho tiempo para decir:

»—Bueno. ¿No vas a quitarte estas ropas y limpiarte esa porquería de la cara?

»—Me gustan estos vestidos, Peter. Ahora siempre llevo maquillaje. —Se levantó y abrió un armario.

»¡Por Satanás! Estaba lleno de *sarongs*, vestidos, bragas, etcétera. Cuando se volvió hacia mí, lo vi perfectamente tranquilo.

»—Éstos son los únicos vestidos que llevo ahora. "Soy" una mujer.

»—Debes de haber perdido la razón —le contesté.

»Sean vino hacia mí y me observó. Yo no podía admitir que fuese una chica, pese a su aspecto, a sus maneras, a su modo de hablar y a que olía como una mujer.

»—Mira, Peter. Sé que ha de ser difícil que lo entiendas, pero he cambiado. No soy un hombre ya, soy una mujer.

»—¡Tú no eres más mujer que yo! —chillé.

»No pareció alterarse lo más mínimo. Simplemente se quedó sonriendo y, luego, dijo:

»—Soy una mujer, Peter. —Me tocó un brazo como si lo hubiera hecho una de ellas, e insistió—: Por favor, trátame como a una mujer.

»Algo pareció estallar en mi cabeza. Le cogí del brazo, desgarré su *negligée* haciéndolo caer de sus hombros, le quité el afelpado sostén y lo arrastré hasta situarlo delante del espejo.

»—¿Insistes en llamarte mujer? —grité—. ¡Mírate al espejo! ¿Dónde están tus malditos senos?

»Sean no levantó la vista. Se quedó delante del espejo con la cabeza gacha y el pelo cayéndole por la cara. Con el *negligée* en la cintura, su torso aparecía desnudo. Le agarré por el pelo y le hice subir la cabeza.

»—¡Mírate, enajenado maldito! ¡Eres un hombre, demonios, y siempre lo serás!

»No reaccionó. Siguió impasible sin decir nada, y, finalmente, advertí que lloraba.

»Rodrick y Frank Parrish se precipitaron dentro y me apartaron de su lado. Parrish le subió el *negligée y* lo rodeó con sus brazos. Sean seguía sollozando. Frank, sin deshacer su abrazo le decía:

»—Calma, Sean, calma. —Luego me miró y supe que deseaba matarme—: ¡Fuera de aquí, bastardo!

»Ni siquiera sé cómo salí de allí. Finalmente advertí que vagaba por el campo, y empecé a comprender que no tenía derecho, ningún derecho a comportarme de aquella manera.

El rostro de Marlowe aparecía demudado por la angustia.

—Volví al teatro. Quería hacer las paces con Sean. Su puerta estaba cerrada con llave, pero me pareció oírle dentro. Golpeé una y otra vez sin que nadie me contestara. El enfado creció nuevamente en mí y abrí la puerta de un golpe. Deseaba excusarme en su presencia y no a través de una puerta.

»Sean yacía en su lecho con un gran corte en la muñeca izquierda. Había sangre por todas partes. Le hice un torniquete y avisé al viejo doctor Kennedy, a Rodrick y a Frank. Sean daba la sensación de ser un cadáver. No emitía sonido alguno. Kennedy cosió el corte hecho con unas tijeras. Cuando terminó Frank me dijo:

»—¿Está satisfecho ahora podrido bastardo?

»No pude decir nada. En aquel momento me odiaba a mí mismo.

»—Salga y quédese fuera.

»Inicié el camino, pero oí a Sean que me llamaba con una especie de susurro débil y desmayado. Me volví. Sus ojos me miraban sin enfado, y, a la vez, comprensivos.

»—Lo siento, Peter. No fue culpa tuya.

»—¡Por Dios, Sean! —conseguí decir—. Yo no quería hacerte daño.

»—Lo sé. Vuelve a ser mi amigo, Peter. —Miró a Parrish y a Rodrick y añadió—: He deseado la muerte, pero ahora —otra vez vi su sonrisa maravillosa —, me siento feliz de estar con vosotros.

El rostro de Peter Marlowe se hallaba inundado de sudor, que corría por su cuello y pecho.

Rey encendió un «Kooa».

Marlowe, con el ánimo encogido se puso en pie y, lleno de remordimientos se fue hacia la puerta.

# XVII

—Vamos, de prisa —ordenó Marlowe a los hombres que bostezaban formados en la calle.

Era poco después del amanecer y el desayuno se había transformado ya en un recuerdo. Que lo dieran a una hora tan temprana servía sólo para aumentar la irritabilidad de los hombres, acrecentada con la perspectiva de un largo día de sol ardiente en el campo de aviación, a no ser que tuvieran otra suerte.

Se rumoreaba que un grupo iba al lado oeste donde crecían los cocoteros. También se rumoreaba que iban a cortar tres árboles. Y el corazón de un cocotero además de comestible, era muy nutritivo y exquisito. Le llamaban «col de millonario», pues para obtenerlo era preciso sacrificar un árbol entero. A la col de millonario se unirían los cocos en cantidad suficiente para treinta hombres. Esto justificaba que tanto los oficiales como los soldados se sintieran por igual tensos.

El sargento que mandaba aquel grupo se acercó a Marlowe y saludó.

—Éste es el lote, señor. Veinte en total, conmigo.

—Tenían que ser treinta.

—Somos veinte. El resto está enfermo o en el equipo de la leña.

—Conforme. Vamos a la salida.

El sargento se puso al frente de sus hombres y caminaron a lo largo del muro de la cárcel para unirse a los que iban al campo de aviación. Marlowe hizo una seña y el sargento maniobró hasta conseguir la mejor posición, cerca del final de la línea, donde era más probable que fueran elegidos para la tala de árboles.

Los hombres advirtieron la picardía de su oficial y permanecieron alerta.

Todos llevaban sus rasgadas camisas en sacos de formas desiguales que servían para recoger las cosechas y como cestos o maletas. También lo utilizaban para ocultar todo aquello que robaban. En una partida de trabajo siempre había

oportunidad de hacerse con algo, como col de millonario, cocos, madera, cascaras de coco, plátanos, nueces de palma, raíces comestibles, hojas, e incluso, a veces, papaya.

La mayoría de ellos calzaban zuecos de madera o de goma de neumático. Algunos llevaban zapatos con las punteras destrozadas, y, los menos, botas. Marlowe se había calzado las de Mac. Le apretaban; no obstante, para una marcha de trece kilómetros y medio con un grupo de trabajo, eran preferibles a los zuecos.

La serpenteante línea de hombres empezó a salir por la puerta este, con un oficial a cargo de cada sección. A la cabeza iba un grupo de coreanos, y, en la cola, uno sólo.

La sección de Marlowe se rezagó para situarse la última con el claro objetivo de ir a los árboles. Marlowe colocó su camisa dentro del saco y ajustó su cantimplora, no la «cantimplora», pues llevarla en un equipo de trabajo hubiera resultado peligroso. Ignoraban cuándo se le ocurriría a un coreano pedirla para beber de su contenido.

Finalmente, llegó el momento de avanzar y él y sus hombres empezaron a cruzar la puerta. Todos saludaban al pasar por delante de la caseta del centinela. Un sargento japonés, situado allí, devolvía el saludo. Marlowe dijo el número de sus hombres a un guardián, que lo confrontó con el ya facilitado.

Una vez fuera del campo, caminaron despacio por la carretera asfaltada que discurría entre montículos y cañadas. Tan pronto llegaron a una plantación de goma avivaron el paso. Los árboles de goma aparecían semi des trozados y en total abandono. «Extraño —pensó Marlowe—, la goma es un material vital para la guerra».

—Hola, Duncan —saludó al capitán que, con su grupo empezaba a pasarle. Marlowe se emparejó con él, sin dejar de observar a sus hombres, que iban inmediatamente delante.

—Es estupendo volver a tener noticias —repuso Duncan.

—Sí —replicó Marlowe—, si son ciertas.

—Querrá decir que son demasiado buenas para que sean verdad.

Marlowe era del agrado de Duncan, un escocés bajo, de pelo rojo y mediana edad. Nada parecía alterarle. Siempre tenía a punto una palabra amable. Peter Marlowe creyó percibir algo distinto en él.

Duncan notó su curiosidad y, al reír, le mostró sus nuevos dientes postizos.

—Ah, es eso.

—¿Qué le parecen?

—Peor es nada.

—Buena contestación. Yo los creía muy bonitos.

—No puedo acostumbrarme a ver dientes de aluminio. Todos se ven feos.

—Fue una tortura que me quitaran los míos. Una horrorosa tortura.

Delante de ellos la columna de hombres se arrimó a un lado de la carretera para dejar paso a un autobús viejo, ruidoso y que además echaba humo por todas partes. Su capacidad era de veinticinco pasajeros, pero en aquel momento llevaba unos sesenta hombres, mujeres y niños en su interior, y otros diez que colgaban del estribo. El techo aparecía repleto de jaulas con pollos, equipajes y esteras enrolladas. Mientras pasaba el asmático vehículo, los nativos miraban curiosos a los prisioneros, y éstos observaban los pollos medio muertos, deseando que el autobús cayera por un terraplén para socorrer a los pasajeros y, al mismo tiempo, liberar unos cuantos volátiles. Pero el vehículo pasó sin novedad, dejando tras sí infinidad de maldiciones.

Marlowe seguía junto a Duncan, que hablaba de su dentadura y la mostraba a través de su amplia sonrisa, sin importarle que pareciera grotesca.

Un guardián coreano gritó a uno de los prisioneros que se salió de la fila. Éste se bajó los pantalones y, rápidamente, se alivió. Sólo gritó:

—*¡Sakit marah!* —(disentería).

El coreano se encogió de hombros, sacó un cigarrillo y lo encendió mientras aguardaba a que el otro volviera a la fila.

—Peter —pidió Duncan quedamente—. Cúbrame.

Marlowe miró delante. A unos veinte metros de la carretera en un sendero junto a una torrentera, estaban la esposa y la hija de Duncan.

Ming Duncan era china nacida en Singapur. Esto la libró de ser internada en el campo donde se hallaban las esposas e hijos de los otros prisioneros. Entonces vivía en las afueras de la ciudad. La niña era tan bonita como su madre, y alta. Una vez por semana «coincidían» en pasar por allí de modo que Duncan las viera. Éste afirmaba que mientras pudiera verlas, Changi no sería malo para él.

Marlowe se movió entre Duncan y el guardián, escudándole.

Mientras la columna pasaba, la madre y la niña permanecieron impasibles.

Cuando Duncan llegó a la altura de ellas sus ojos se encontraron brevemente, y vieron que él dejaba caer un pedazo de papel. Ninguna de las dos intentó cogerlo. El esposo y padre se perdió prontamente entre la masa de hombres, seguro de que ellas habían visto el papel. Tan pronto hubieron pasado todos, ellas se detendrían para volver en su busca y leerlo. Esto hacía feliz a Duncan.

«Os quiero y os encuentro a faltar. Ambas sois mi vida». El mensaje nunca variaba, y, no obstante, siempre era nuevo, tanto para él como para ellas. Había sido escrito pocas horas antes y aquellas dos frases merecían repetirse una y mil veces. Siempre.

—¿No le parece que tiene buen aspecto? —preguntó Duncan cuando volvió al lado de Marlowe.

—Maravillosa. Está de suerte. Mordeen será una belleza.

—Toda una belleza. Cumplirá seis años en setiembre.

La felicidad quedó atrás y Duncan guardó silencio.

—¡Cómo deseo que termine esta guerra! —dijo pasado un rato.

—No tardará mucho.

—Cuando se case, Peter, elija una china. Son las mejores esposas del mundo. Sé que es difícil compenetrarse y que también lo será para los hijos, pero moriré satisfecho si lo hago en sus brazos. —Suspiró—. Usted no me hará caso. Escogerá una inglesa y se creerá feliz. ¡Qué lástima! Yo he vivido las dos experiencias.

—Tendré que esperar y ver, ¿no le parece Duncan? —Marlowe se sonrió y apresuró el paso para situarse a la cabeza de sus hombres.

—Hasta luego.

—Gracias, Peter.

Ya estaban cerca del campo de aviación. Delante de ellos los guardianes se disponían a conducir sus partidas a las áreas de trabajo. Detrás de aquéllos caminaban grupos con piquetas, azadones y palas.

Marlowe miró hacia el Oeste. Un equipo se dirigía ya a los árboles. Detuvo a sus hombres y saludó a los guardianes, advirtiendo que uno de ellos era Torusimi, quien, al reconocerle, también le sonrió.

—*Tabe.*

—*Tabe* —contestó Marlowe inquieto por la manifiesta amistad de Torusimi.

—Me llevaré a tus hombres —dijo, y señaló las herramientas.

—Te doy las gracias —Marlowe se volvió al sargento—. Hemos de ir con él.

—Ese sanguinario trabaja en el extremo este —contestó irritado—. Tenemos una suerte de perros.

—Lo sé —replicó igualmente irritado, y, mientras sus hombres se adelantaban hacia las herramientas, dijo a Torusimi—: Espero que hoy nos lleves al extremo oeste. Es más fresco.

—Iremos al este. Sé que es más fresco el lado oeste; por eso voy al este.

Marlowe decidió aventurarse.

—Quizá puedas conseguir un trato mejor.

Resultaba peligroso hacer sugerencias a un coreano o a un japonés. Torusimi le observó fríamente, luego se volvió de repente y se fue hacia Azumi, un cabo japonés, que, malhumorado, permanecía solo a un lado. Era temido por su mal carácter.

Nervioso, Marlowe contempló la reverencia de Torusimi, que empezó a hablar rápidamente al japonés. Captó la mirada de Azumi sobre él. A su lado, el sargento miraba con la misma ansiedad.

—¿Qué le dijo, señor?

—Que sería buena idea que nos llevase al lado oeste para cambiar.

El sargento dio un respingo. Si el oficial conseguía un bofetón, el sargento recibía automáticamente otro.

—Se arriesga…

Dejó inconclusa la frase al ver que Azumi se acercaba a ellos, seguido de Torusimi, a dos pasos de distancia, en señal de respeto.

Azumi, de poca estatura y piernas combadas, se detuvo a cinco pasos de Peter Marlowe, y le miró fijamente durante unos diez segundos. El joven teniente se dispuso a encajar el bofetón que esperaba. En vez de ello, Azumi, al sonreír mostró sus dientes de oro. Sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno, al tiempo que decía algo en japonés. Marlowe no le entendió, excepto *Shoko-san*, que le dejó aún más sorprendido, pues ningún japonés le había llamado así antes. *Shoko* quiere decir «oficial» y *san* significa «señor»; luego le había llamado «señor oficial» aquel despreciable pequeñajo de Azumi. Era toda una alabanza.

—*Arigato* —contestó aceptando la llama que le ofrecía para encender el pitillo.

«Gracias» era una de las pocas palabras japonesas que sabía, así como «descanso», «atención», «marcha rápida», «saluden» y «venga aquí bastardo blanco».

Se volvió al sargento, que aparecía obviamente abatido, y le ordenó que formara a los hombres.

—Sí, señor —dijo contento de tener una excusa para alejarse.

Azumi, que significa santo, dijo algo a Torusimi, que se volvió rápidamente y ordenó: *Hotchatore* (marcha rápida). Atravesaban el campo de aviación, ya fuera del alcance del oído de Azumi, cuando Torusimi sonrió a Marlowe.

—Hoy vamos a extremo oeste. Y vamos a cortar árboles.

—¿Sí? ¿Cómo lo has conseguido?

—Fácil. Dije a Azumi-san que tú eres el intérprete de Rey. Él se queda con el diez por ciento de nuestros beneficios. —Torusimi se encogió de hombros—. Hemos de ayudarnos unos a otros. Quizá podamos tratar algún negocio durante el día.

Marlowe ordenó con voz suave a los hombres que se detuvieran.

—¿Qué pasa, señor? —preguntó el sargento.

—Nada, sargento. Escuchen y no alboroten. ¡Conseguimos los árboles!

—¡Cielos, qué grande!

Hubo un conato de hurra, que, rápidamente, fue sofocado.

Una vez en el lugar de los árboles, encontraron allí a Spence y su equipo que había llegado antes en unión de otro guardián. Torusimi se dirigió a éste y tuvieron una discusión en coreano. Spence y sus enojados hombres volvieron a formar y marcharse con el enfurecido guardián.

—¿Cómo demonios ha conseguido usted los árboles, bastardo? ¡Nos mandaron a nosotros primero! —gritó Spence.

—Sí —contestó Marlowe compungido, pues comprendía el estado de ánimo de Spence.

Torusimi llamó a Marlowe, se sentó en una sombra y apoyó el rifle contra un árbol.

—Pon vigilancia —bostezó—. Te hago responsable si me sorprende dormido cualquier pestilente japonés o coreano.

—Tu sueño está en mis manos.

—Despiértame a la hora de la comida.

—Será hecho.

Marlowe apostó centinelas en los puntos dominantes y luego organizó el furioso asalto a los árboles. Era mejor derribarlos y trocearlos antes de que pudieran cambiar las órdenes.

Al mediodía los tres árboles estaban derribados y la col de millonario fuera de ellos. Los hombres se hallaban agotados y comidos de hormigas, pero no les importaba; el botín de aquel día era inmenso. Tocaron a dos cocos por hombre, y, de los quince restantes, Marlowe dispuso que se guardaran cinco para Torusimi y los otros diez que se comieran allí mismo. Repartió dos coles de millonario y reservó la otra para Torusimi y Azumi, por si la querían. Si ellos la rechazaban, también sería dividida.

Marlowe se hallaba apoyado contra un árbol, jadeando por el esfuerzo, cuando un repentino silbido de peligro le hizo incorporarse y sacudir a Torusimi, que despertó.

—Un guardián. Date prisa.

Torusimi se puso en pie de un brinco y se sacudió el uniforme.

—Bien. Regresa a los árboles y simula que tienes trabajo —dijo suavemente.

Luego caminó impasible hacia el claro. Reconoció al visitante y se relajó. Una vez juntos se dirigieron a la sombra, apoyaron sus rifles y, sentados, comenzaron a fumar.

—*Shoko-san* —llamó Torusimi—. Tranquilo, es mi amigo.

Marlowe sonrió y después gritó:

—Sargento. Abra un par de los mejores cocos y tráigalos a los guardianes.

No podía hacerlo él mismo sin perder mucho prestigio.

El sargento los eligió cuidadosamente y cortó la parte superior de ambos. La cascara exterior era verde parda y de cinco centímetros de grosor. La carne blanca, pegada a la pared interior, era blanda y fácil de comer con una cuchara si uno la quería además del fresco y dulce jugo.

—Smith —llamó.

—Sí, sargento.

—Lleve esto a los condenados nipones.

—¿Por qué yo? Siempre me toca hacer más de la…

—¡Mueva su trasero!

Smith, un bajo y magro londinense, se puso de pie y cumplió lo que se le

ordenaba.

Torusimi y su amigo bebieron ávidamente. Luego aquél llamó a Marlowe.

—Te damos las gracias.

—La paz sea contigo —replicó él.

Torusimi sacó un paquete empezado a «Kooas» y se lo entregó.

—Te doy las gracias.

—La paz sea contigo —repitió Torusimi.

Había siete cigarrillos. Los hombres insistieron en que Peter Marlowe se quedara con dos. Los otros cinco fueron repartidos; uno para cada cuatro hombres, y, por acuerdo general, decidieron fumar después de comer.

La comida consistió en arroz, agua de pescado y té flojo. Marlowe cogió sólo su ración de arroz y lo mezcló con una pizca de *blachang.* Como postre saboreó su parte de coco. Sentíase cansado y optó por sentarse, apoyado contra uno de los árboles caídos. Desde allí observó el aeródromo, mientras esperaba el fin de la hora dedicada a la comida.

Hacia el Sur se destacaba un monte, y, sobro él y sus alrededores, se veían miles de culíes chinos cargados con dos cestos de bambú que colgaban de un palo, también de bambú, sobre los hombros. Ascendían la colina, llenaban los cestos de tierra, descendían y los vaciaban. Semejante movimiento nunca se terminaba y era fácil apreciar cómo desaparecía el monte. Y todo ello bajo el ardiente sol.

Marlowe iba al campo de aviación cuatro y hasta cinco veces por semana desde hacía unos dos años. Tanto él como Larkin, cuando vieron por primera vez el lugar, con sus montes, marismas y arenales, se rieron. Los chinos jamás podrían transformar aquello en un campo de aterrizaje, sin el concurso de tractores y excavadoras. No obstante, dos años después se utilizaba una pista y, la más grande, destinada a los bombarderos, aparecía casi terminada.

Marlowe se maravilló de la paciencia de todos aquellos trabajadores hormigas y se preguntó qué no serían capaces de hacer si dispusieran de equipo moderno.

Sus ojos se cerraron y se quedó dormido.

—Ewart. ¿Dónde está Marlowe? —preguntó Grey, hoscamente.

—En un equipo de trabajo en el campo de aviación. ¿Por qué?

—Dígale que venga a verme inmediatamente que regrese.

—¿Dónde estará usted?

—¿Cómo infiernos voy a saberlo? Dígale que me busque.

Al abandonar el barracón el preboste sintió el principio de un espasmo y se apresuró a ir a las letrinas. Antes de llegar a medio camino el espasmo alcanzó su punto máximo y un poco de mucosa sanguinolenta le atravesó la almohadilla de paja que llevaba debajo de los pantalones. Atormentado y muy débil, se apoyó contra un barracón para recuperar fuerzas.

Grey pensó en la necesidad de cambiar otra vez la almohadilla de paja, la cuarta de aquel día, pero no le preocupó. Al menos era higiénica y conservaba sus pantalones, los únicos que poseía. Y sin la almohadilla resultaba imposible caminar por el campo. «Desagradable —se dijo—. Igual que un paño higiénico. ¡Qué asquerosidad!». No obstante, era práctica.

Hubiera debido informar que se encontraba enfermo. Pero tenía atornillado a Marlowe y no estaba dispuesto a perderse una cosa tan buena como aquélla. Deseaba ver su rostro cuando se lo dijera. Esto le ayudaba a soportar el dolor que le atenazaba. Además, a través de Marlowe, Rey sudaría un poco. Sólo era cuestión de un par de días más el coger a los dos. Estaba al corriente de la operación diamante y de que el contacto debía de realizarse una semana después, si bien ignoraba exactamente cuándo, pero se lo dirían. «Eres listo —se dijo—. Listo por tener dispuesto un sistema eficiente».

Fue al barracón donde estaba su oficina y ordenó a su ayudante que esperara en el pórtico. Se lavó las manos para borrar una mancha de sangre imaginaria.

Una vez aliviado decidió encaminarse al barracón de intendencia. Era obligación suya realizar una inspección semanal mientras se distribuía el suministro de arroz y demás comidas. Semejante operación contaba con el aval de la escrupulosa intervención del teniente coronel Jones, que pesaba siempre en público el arroz. Así eliminaba toda posibilidad de hurto.

Grey admiraba al teniente coronel Jones y le gustaba el modo como hacía todos sus cosas…, sin ningún desliz. También le envidiaba porque era muy joven para ser teniente coronel. Contaba treinta y tres años.

«Pone a uno enfermo —se dijo—, yo sólo soy teniente, y la "única diferencia consiste en el trabajo bien hecho en el momento oportuno. Sin embargo, yo lo estoy haciendo muy bien, y gano amigos que podrán ayudarme cuando la guerra termine. Jones no es un profesional, y cuando acabe todo esto no seguirá en el

Ejército. Pero es amigo de Samson y también de Smedly-Taylor, mi jefe, y juega al bridge tan bien como él, y no obstante, nadie me invita, pese a que trabajo más que ninguno».

Cuando Grey llegó al barracón de intendencia, el suministro de arroz aún se estaba realizando.

—Buenos días, Grey —saludó Jones—. Me alegro de que haya venido.

Jones era alto, guapo, bien educado y tranquilo. Su rostro aniñado era la causa de que en el campo se le conociera por el «teniente coronel niño».

—Gracias, señor.

Grey se quedó de pie y contempló a un sargento y un soldado que se acercaron a las balanzas. Cada cocina enviaba dos hombres, así uno vigilaba al otro. El número de hombres que facilitaban ellos, era comprobado antes de pesar el arroz.

Una vez servida la última cocina, el resto del arroz que quedaba en el saco lo recogía el sargento Blakely, y lo guardaba. Grey siguió al teniente coronel Jones al interior y le escuchó distraído mientras le decía preocupado las cifras:

—Nueve mil cuatrocientos ochenta y tres entre oficiales y soldados. Dos mil trescientos setenta y tres cuartos de libras de arroz entregados hoy, cuatro onzas por hombre. En total, unos doce sacos.

Señaló los sacos de yute vacíos y Grey vio cómo los contaba, pese a saberlo ya. Luego Jones, continuo:

—Un saco tenía cuatro kilos y medio menos. —Eso era normal.

El teniente coronel recogió el saco casi vacío que el sargento Blakely había depositado en el interior del barracón y lo puso en la báscula. Cuidadosamente procedió a pesarlo.

—Confronta —sonrió satisfecho mirando a Grey.

Todo lo demás: medio buey, dieciséis cubos de pescado seco, dieciocho kilos de *gula malacca*, cinco docenas de huevos, veintidós kilos y medio de sal y los sacos de pimienta, también confrontaban perfectamente.

Grey firmó la relación de existencias en almacén y cerró los ojos al ser presa de otro espasmo.

—¿Disentería? —preguntó Jones interesado.

—Un poco, señor —Grey miró a su alrededor en la semioscuridad y luego saludó—. Gracias, señor. Hasta la semana próxima.

—Gracias, teniente.

En su camino hacia el exterior Grey sufrió otro espasmo y tropezó contra la báscula, derribándola y esparciendo los pesos por el sucio suelo.

—Lo siento.

Levantó la báscula y se agachó para recoger los pesos, pero Jones y Blakely ya estaban de rodillas.

—No se preocupe, Grey —dijo Jones, y luego gritó a Blakely—. ¡Ya le dije que pusiera la báscula en el rincón!

Pero Grey logró coger un peso de novecientos gramos. Se resistió a creer lo que veía. Se acercó a la puerta y lo inspeccionó a la luz para asegurarse de que sus ojos no le engañaban. Y no le engañaban. En la base de hierro encontró un pequeño agujero relleno de arcilla, que quitó con la uña del dedo mientras su rostro se tornaba blanco.

—¿Qué pasa, Grey? —preguntó Jones.

—Este peso ha sido lastrado.

Sus palabras eran una acusación.

—¿Qué? ¡Imposible! —Jones fue hasta Grey—. Déjeme ver.

Después de observarlo detenidamente, sonrió.

—No ha sido lastrado. Es un simple agujero correctivo. El peso inicial debía de ser algo inferior. —Rió débilmente—. Caramba, consiguió alarmarme.

Grey se acercó rápidamente al resto de los pesos y cogió otro. También tenía el agujero.

—¡Por Júpiter! ¡Todos están lastrados!

—Eso es absurdo —exclaró Jones—. Son meramente corregidos.

—Sé lo bastante de pesos y medidas para saber que no se permiten agujeros de corrección. Si el peso está equivocado, no se entrega.

Dio media vuelta veloz y se encaró con Blakely, que estaba agazapado junto a la puerta.

—¿Qué sabe usted de esto?

—Nada, señor —dijo Blakely aterrado.

—¡Es mejor que me lo diga!

—No sé nada, señor. Palabra.

—Muy bien Blakely. ¿Sabe usted lo que voy a hacer? Saldré del barracón y diré a todos lo que pasa, a todos… y les mostraré este peso. Antes de que

informe al coronel Smedly-Taylor, usted será destrozado.

Grey se encaminó a la puerta.

—Espere, señor —Blakely temblaba—. Se lo diré. No fui yo, señor, fue el teniente coronel. Me lo ordenó él. Un día me sorprendió con un poco de arroz y juró que me desharía si no le ayudaba…

—¡Cállese, loco! —gritó Jones. Luego, con voz más tranquila, dijo a Grey —: Éste loco intenta complicarme. Nunca supe nada…

—No le crea, señor —interrumpió Blakely—. Siempre pesa el arroz. Siempre. Y él tiene la llave de la caja donde se guardan los pesos. Usted mismo sabe que él lo hace todo. Y quien manipula los pesos alguna vez ha de mirarlos. Por bien camuflados que estén los agujeros, uno tiene que verlos. Y de esto hace más de un año.

—¡Cállese, Blakely! —chilló Jones—. ¡Cállese!

El sargento guardó silencio.

Grey se dirigió a Jones.

—Teniente coronel, ¿desde cuándo usa esos pesos?

—No lo sé.

—¿Un año? ¿Dos años?

—¡Cómo infiernos quiere que lo sepa! Si los pesos están así, nada tengo que ver con ello.

—Pero usted guarda la llave y los tiene cerrados, ¿no?

—Eso no significa…

—¿Ha mirado usted el fondo de los pesos?

—No, pero…

—Resulta algo extraño, ¿no? —dijo Grey con sorna.

—No, no lo es; y no voy a someterme a interrogatorio por un…

—Mejor será que diga la verdad, por su propio bien.

—¿Me está usted amenazando, teniente? Haré que le formen consejo de guerra.

—No me preocupa eso, teniente coronel. Yo estoy legalmente aquí y los pesos han sido lastrados, ¿acaso no?

—Veamos, Grey…

—¿Acaso no?

Grey mantuvo el peso ante el escurrido rostro de Jones, que ya no era

infantil.

—Yo… supongo… sí —dijo al fin—. Pero eso no significa…

—Significa que hay un sospechoso, Blakely o usted. Quizá los dos. Usted es el único responsable aquí. Los pesos son cortos, y uno, o los dos, han estado disfrutando de ración extra.

—No fui yo, señor —dijo Blakely—. Yo sólo conseguía medio kilo cada diez…

—¡Embustero! —gritó Jones.

—Oh, no. Yo no. Le dije miles de veces que nos cogerían. —Se volvió a Grey retorciéndoce las manos—. Por favor, señor, por favor, no diga nada. Los hombres nos destrozarán.

—¡Bastardo! Espero que lo hagan.

Grey sentíase complacido de haber descubierto los pesos falsos. Oh, sí, sentíase muy complacido.

Jones sacó su caja de tabaco y empezó a liar un cigarrillo.

—¿Quiere uno? —ofreció, mientras su cara de niño volvía a ser normal, extrañamente enferma y con una sonrisa tentadora.

—No, gracias.

Grey llevaba sin fumar cuatro días y necesitaba uno.

—Podemos solucionar esto —dijo Jones, volviendo a su tranquilidad y buena educación—. Quizás alguien «ha» falsificado los pesos. Pero la cantidad es insignificante. Puedo conseguir los otros pesos, los correctos.

—¿Admite usted que han sido alterados?

—Sólo digo, Grey…. —Jones se detuvo—. Salga fuera, Blakely. Espere fuera.

Inmediatamente, Blakely se dispuso a obedecer la orden.

—¡Quédese donde está, Blakely! —ordenó Grey. Luego se volvió a Jones, con diferencia en sus modales—. No veo la necesidad de que Blakely se vaya. ¿No le parece, señor?

Jones le estudió a través del humo, luego dijo:

—No. Las paredes no tienen oídos. Muy bien. Conseguirá usted medio kilo de arroz a la semana.

—¿Eso es todo?

—Le daremos novecientos gramos de arroz y doscientos gramos de pescado

seco, una vez por semana.

—¿Azúcar no? ¿Huevos, tampoco?

—Eso es para el hospital. Lo sabe usted.

Jones esperaba, Grey esperaba y Blakely sollozaba en silencio. Luego Grey empezó a salir guardándose el peso en el bolsillo.

—Grey, un momento —Jones cogió dos huevos y se los ofreció—. Bueno, conseguirá usted uno a la semana, además del otro suministro y algo de azúcar.

—Le diré lo que voy a hacer, teniente coronel. Explicaré al coronel Smedly-Taylor lo que ha dicho usted y le mostraré los pesos… y si hay un grupo de linchadores, y ruego que lo haya, yo estaré con ellos después de arrastrarle hasta allí, pero no demasiado de prisa, porque quiero verle morir. Quiero oírle gritar y verle morir, durante largo rato. A los dos.

Salió del barracón y el calor del día le molestó y el dolor se agarró a sus intestinos. No obstante, hizo un esfuerzo e inició lentamente el descenso del montículo.

Jones y Blakely, desde la puerta del barracón de intendencia le vieron marchar. Ambos estaban aterrados.

—¡Dios mío, señor! ¿Qué sucederá? —tartamudeó Blakely—. Nos despedazarán…

Jones le empujó al interior, cerró la puerta y le golpeó rencorosamente.

—¡Cállese!

Blakely tartamudeaba en el suelo mientras las lágrimas bajaban por su rostro. Jones le obligó a levantarse y le volvió a derribar.

—No me pegue, no tiene derecho a pegarme…

—¡Calle y escuche! —Jones volvió a golpearle—. ¡Escuche condena do! Le he dicho miles de veces que use los pesos de verdad cuando es el día de inspección de Grey, ¡maldito loco incompetente! Deje de temblar y escuche. Primero negará cuanto se ha dicho. ¿Entiende? Yo no hice ninguna clase de oferta a Grey, ¿entiende?

—Pero, señor…

—Tiene que negarlo, ¿está claro?

—Sí, señor.

—Bueno. Ambos lo negaremos y si usted se mantiene firme, saldremos con bien de esta situación.

—¿Puede usted? ¿Puede usted, señor?

—Puedo, si usted niega. Usted no sabe nada de los pesos, ni yo tampoco, ¿lo entiende?

—Pero si nosotros somos los únicos que…

—¡Cállese!

—Sí, señor.

—Nada ha sucedido aquí, excepto que Grey descubrió los pesos falsos y tanto usted como yo nos quedamos igualmente atónitos. ¿Comprende?

—Pero…

—Ahora dígame qué sucedió. ¡Maldito! ¡Dígamelo! —Jones resoplaba, creciéndose por encima del sargento.

—Nosotros…, nosotros acabábamos la comprobación y entonces…, entonces Grey tropezó con la báscula, y los pesos se cayeron, y… y entonces descubrimos que los pesos eran falsos.

—Bueno, señor…

—¿Qué sucedió luego?

Blakely pensó un momento, y su rostro se iluminó.

—Grey nos preguntó sobre los pesos. Yo le dije que nunca había visto que fuesen falsos, y usted se quedó igualmente sorprendido. Luego Grey se marchó.

Jones le ofreció tabaco.

—Usted ha olvidado lo que Grey dijo. ¿No lo recuerda? Dijo: «Si me da usted una cantidad extra de arroz, medio kilo a la semana, y uno o dos huevos, no informaré de esto». Entonces yo le dije que se fuera al infierno, que yo mismo informaría de los pesos, y daría parte de él también. Yo me mostré furioso a la vista de los pesos lastrados y pregunté: «¿Cómo llegaron aquí? ¿Quién fue el cerdo que los trajo?».

Los pequeños ojos de Blakely se llenaron de admiración.

—Sí, señor. Lo recuerdo muy bien Él pidió medio kilo de arroz y uno o dos huevos, tal como ha dicho usted.

—Recuérdelo pues, ¡estúpido loco! Si hubiera usado los pesos corrientes y frenado su lengua no estaríamos en ese embrollo. No vuelva a fallarme o cargaré a usted la culpa. Sería su palabra contra la mía.

—No fallaré señor. Le prometo…

—Ahora, de todos modos, es nuestra palabra contra la de Grey. Así que no se

preocupe. «Si» sabe guardar su cabeza y recuerda.

—No lo olvidaré, señor. No lo olvidaré.

—Bueno.

Jones cerró con llave la caja y la puerta de entrada, y se marchó.

«Jones es un hombre duro —se dijo Blakely—. Saldrá con bien». Una vez que el sobresalto había pasado, se sentía más seguro. «Sí, Jones tendrá que salvar mi cuello para salvar el suyo. Sí, yo también soy listo al asegurarme de que él participara de las mercancías, en previsión de un caso como éste».

El coronel Smedly-Taylor observó el peso.

—¡Sorprendente! Es algo increíble. —Miró a Grey fijamente—. ¿Quiere usted decir que me comunica de modo oficial que el teniente coronel Jones intentó «sobornarle» ofreciéndole provisiones del campo?

—Sí, señor. Eso es cuento le dije.

Smedly-Taylor tomó asiento sobre su cama en el pequeño *bungalow y* se secó el sudor; hacía calor y bochorno.

—Increíble —repitió sacudiendo la cabeza.

—Son los únicos que lienen acceso a los pesos…

—Lo sé. No es que discuta su palabra, Grey, simplemente es… increíble.

El coronel guardó silencio largo rato y Grey esperó pacientemente.

Smedly-Taylor seguía observando el peso y el diminuto agujero.

—Pensaré la medida que debo adoptar. Este asunto está erizado de peligro. No debe usted hablar de ello a «nadie», ¿entiende?

—Sí, señor.

—¡Dios mío! Si es cierto cuanto me dice, bueno, esos hombres serían asesinados. —Smedly-Taylor volvió a sacudir su cabeza—. ¿Pero cómo se han atrevido esos dos hombres, o mejor dicho, el teniente coronel Jones, a tocar las raciones del campo? ¿Y todos los pesos son falsos?

—Sí, señor.

—¿Cuál es el promedio que usted cree que hurtan?

—No lo sé. Quizás una libra cada cuatrocientas. Supongo que un kilo y medio o un kilo ochocientos gramos de arroz por día, sin contar el pescado seco y los huevos. Puede que haya otros implicados en el asunto, debe de haberlos… No podrían cocer el arroz sin que se supiera. Sospecho que hay alguna cocina comprometida en el robo.

—¡Dios mío! —Smedly-Taylor se levantó y empezó a pasear—. Gracias, Grey; ha realizado un buen trabajo. Me cuidaré de que conste en su expediente. —Le tendió la mano—. Buen trabajo, teniente. Grey estrechó la mano que le ofrecía.

—Gracias, señor. Lamento no haberlo descubierto antes.

—Ahora, ni una palabra a nadie. Eso es una orden.

—Comprendo.

Después de saludar se marchó, y sus pies apenas tocaban el suelo.

Smedly-Taylor le había dicho: «Me cuidaré de que conste en su expediente». «Quizá me asciendan», pensó Grey con repentina esperanza. Otros habían tenido esa suerte y él, ciertamente, merecía un rango más elevado: Capitán Grey…, sonaba muy bien. ¡Capitán Grey!

La tarde acababa. Sin un trabajo concreto a realizar, le resultaba difícil a Marlowe mantener a los hombres de pie. Optó por organizar partidas de forraje y cambió la guardia. Torusimi volvía a estar dormido. El calor era bochornoso y el aire húmedo. Todos maldecían el sol y oraban por la llegada de la noche.

Finalmente Torusimi se despertó, y luego de ausentarse un momento entre la vegetación, cogió su fusil y empezó a caminar arriba y abajo para sacudirse el sueño. Gritó a algunos de los hombres que dormitaban y dijo a Marlowe.

—Te ruego que hagas levantar a esos hijos de cerda y que trabajen, o, por lo menos, que lo parezca.

Marlowe se le acercó.

—Lamento que te hayas disgustado.

Luego se volvió al sargento.

—¡Inútil! ¡Está usted aquí para vigilarlos! Que esos condenados idiotas se levanten y caven un hoyo, corten aquel maldito árbol o poden esa palmera, ¡maldito imbécil!

El sargento se excusó con humildad e, inmediatamente, apremió a los hombres, obligándoles a simular que estaban ocupados. Todos sabían que semejante actividad era parte del final de la jornada.

Apilaron algunas cortezas de coco, ramas de palmera y los trozos de tronco aserrados de un árbol. De trabajar a ese ritmo todos los días, aquella zona no tardaría en verse limpia y nivelada.

El sargento, cansado, informó a Marlowe.

—Están todos tan ocupados como jamás lo han estado.

—Bien. No tardaremos mucho ahora.

—Señor. ¿Quiere usted…, quiere usted hacer algo…, por mí?

—¿Qué?

—Bueno, es algo particular. Como usted tiene… bueno. —Se limpió la boca con el saco. Era una oportunidad demasiado buena para perderla—. Mire esto. —Sacó una pluma estilográfica—. ¿Por qué no prueba a ver si el nipón la compra?

—¿Quiere decir que yo la venda por usted? —Marlowe le miraba fijamente.

—Sí, señor. Es… bueno… yo creo que siendo amigo de Rey, usted sabrá cómo va eso.

—Está prohibido vender a los guardianes. Es orden nuestra y también de ellos.

—Ayúdeme, señor. Puede confiar en mí. Bueno, usted y Rey…

—¿Qué pasa conmigo y Rey?

—Nada, señor —dijo cauteloso el sargento, y pensó: «¿Qué le pasa a éste? ¿A quién intenta engañar?», y continuó—: Pensé que podía ayudarme, y también a mi grupo, naturalmente.

Marlowe miró al sargento y la pluma y se preguntó el porqué de su enojo. En realidad, él «había» vendido para Rey, o, por lo menos, intervenido en sus transacciones. Y, en verdad, era amigo suyo. Claro que no había nada de malo en ello. De no mediar el respeto y consideración a Rey no estarían en la zona de los cocoteros. Por lo tanto, le beneficiaba mantener la reputación de su amigo.

—¿Qué quiere por ella?

El sargento sonrió:

—Bueno, no es una «Parker», pero tiene plumilla de oro —desenroscó el capuchón—, y creo que puede valer algo. Vea usted mismo lo que él está dispuesto a dar.

—Él querrá saber lo que usted desea por ella. Yo le pondré precio, pero usted diga cuánto quiere.

—Si pudiera conseguirme sesenta y cinco dólares, sería feliz.

—¿Vale tanto?

—Creo que sí.

La plumilla era de oro, catorce quilates, y, según parecía, auténtica. Desde

luego, no era como la otra.

—¿Dónde la consiguió?

—Es mía, señor. La guardé para un día de lluvia, y, ahora, llueve torrencialmente.

Marlowe asintió comprensivo.

—Bueno, veré qué puedo hacer. Vigile a los hombres y recuerde que debe mantenerse la vigilancia.

—No se preocupe, señor. Impediré que tengan tiempo de parpadear.

Marlowe encontró a Torusimi apoyado contra un árbol.

—*Tabe.*

—*Tabe.*

Torusimi miró su reloj y bostezó.

—Dentro de una hora podremos marcharnos. No es tiempo aún. —Se quitó la gorra y se enjugó el sudor de la cara y cuello—. ¡Este maldito calor y esta pestilente isla!

—Sí.

Marlowe intentó que sus palabras parecieran importantes, como si fuera Rey quien hablara y no él.

—Uno de los hombres tiene una pluma y desea venderla. Se me ocurrió que tú, como amigo, pudieras estar interesado en comprarla.

—*¡Astaghfaru'llag!* ¿Es una «Parker»?

—No —Marlowe sacó la pluma, desenroscó el capuchón, y mostró la plumilla de modo que reflejará el sol—. Pero tiene plumilla de oro.

Torusimi la examinó. Parecía decepcionado porque no era una «Parker»; claro que eso hubiera sido esperar demasiado. Ciertamente, una «Parker» no se la ofrecerían en el aeropuerto. En todo caso la operación se habría hecho a través de Rey.

—No vale mucho.

—Si no te interesa…

Peter Marlowe volvió la pluma a su bolsillo.

—Puede interesarme. Quizá nos ayude a pasar la hora si discutimos semejante artículo sin valor. —Se encogió de hombros—. Sólo vale unos sesenta y cinco dólares.

Marlowe se sorprendió de que la primera oferta fuera tan alta. El sargento no

tenía ni idea de su valor. ¡Por Dios!, merecía la pena saber su verdadero valor. Una vez sentados discutieron sobre ello. Torusimi se enfadó, y él se mantuvo firme. Finalmente fijaron el precio en ciento veinte dólares y un paquete de «Kooas».

Torusimi se puso de pie y volvió a bostezar.

—Es hora de marcharse. —Sonrió—. Rey es un buen maestro. Cuando le vea le diré cómo tú te has aprovechado de mi amistad consiguiendo un precio tan alto. —Sacudió la cabeza simulando disgusto—. ¡Demasiado dinero por una miserable pluma! Seguro que Rey se reirá de mí. Dile, te lo ruego, que estaré de guardia durante siete días desde hoy. Quizá pueda encontrarme un reloj. ¡Qué sea bueno esta vez!

Marlowe quedó satisfecho después de realizar felizmente su primera venta por un precio que consideraba justo. Pero esto le puso en un brete. Dar todo el dinero al sargento, iba contra los intereses de Rey, pues arruinaría su estructura comercial tan hábilmente construida. Y seguro que Torusimi le hablaría de la pluma y del precio. Ahora bien, si pagaba al sargento lo estipulado por él mismo y se quedaba con el resto, ¿le engañaba? o, simplemente ¿era un buen «negocio»? Él valoró la pluma en sesenta y cinco dólares, y eso debía de obtener. Además, Rey le daba a ganar muchísimo dinero.

Deseó no haber iniciado el estúpido negocio. El problema moral que aquello le planteaba se le antojó una trampa. «Una preocupación más para ti, Peter, si tienes conciencia de tu propia honradez. Si hubieras dicho no al sargento, ahora no te encontrarías en el atolladero. ¿Qué hacer? Cualquier cosa que haga estará mal hecha».

Caminó lentamente, pensativo. El sargento ya había formado a los hombres y miraba expectante a Peter.

—Están todos a punto, señor. He comprobado las herramientas —bajó la voz —. ¿La compró?

—Sí.

Marlowe se decidió. Puso la mano en el bolsillo y dio al sargento un fajo de billetes.

—Ahí tiene. Sesenta y cinco dólares.

—Señor, es usted un condenado comerciante. —Apartó un billete de cinco dólares y se lo ofreció—. Le debo un dólar y medio.

—No me debe nada.

—El diez por ciento es suyo. Eso es legal y me siento muy feliz de pagárselo. Le daré el dólar y medio en cuanto haya cambiado.

Marlowe rechazó el billete.

—No —dijo sintiéndose repentinamente culpable—. Guárdelo.

—Insisto.

El sargento puso otra vez el billete en su mano.

—Comprenda, yo no…

—Está bien. Pero al menos acepte los cinco. Lo sentiría mucho, señor, si no los acepta. Muchísimo. No puedo agradecérselo bastante.

Mientras caminaban de regreso al campo de aviación, Marlowe permaneció silencioso. Sentíase deshonrado con el monstruoso fajo de billetes en su bolsillo. No obstante, recordaba el mucho dinero que anteriormente le había dado Rey y lo útil que fue para el grupo, pues les permitió comprar extras. Pensó que el sargento se había dirigido a él por considerarle amigo de Rey, y éste, y no el sargento, era su verdadero amigo. La preocupación seguía en su mente cuando regresó al barracón.

—Grey quiere verle, Peter —dijo Ewart.

—¿Para qué?

—No lo sé, chico. Parecía olfatear algo.

La cansada mente de Marlowe se puso en guardia contra un nuevo peligro. Posiblemente algo relacionado con su amigo. Grey, de hecho, significaba jaleo. «Piensa, piensa, Peter. ¿El pueblo? ¿El reloj? ¿El diamante? ¿La pluma? No, la pluma es imposible, aún no puede saberlo. Iré a ver a Rey. Quizá no sepa nada. Pero verle es peligroso. Pudiera ser que Grey se lo haya dicho a Ewart para forzarme a un error. Él sabía que me encontraba en un equipo de trabajo».

En realidad no estaba obligado a ir como una oveja al matadero sin antes haberse duchado y dar un paseo. Después se acercaría al barracón del preboste.

Se fue a la ducha. Johnny Hawkins estaba debajo de uno de los chorros.

—Hola, Peter —le saludó.

Otra sensación de culpabilidad embargó a Marlowe.

—Hola, Johnny. Lo sentí mucho.

—No quiero hablar de ello —Hawkins parecía enfermo—. Le agradeceré que no me lo mencione más.

«¿Sabrá —se pregunló trastornado— que participé en el banquete? No puede saberlo, seguro. De otro modo habría intentado matarme. En su lugar, yo lo haría. ¿O no lo haría? ¡Dios mío! ¡A qué estado hemos llegado! Todo lo que parece malo es bueno, y, viceversa. Es demasiado para comprenderlo. Demasiado. ¡Estúpido mundo! ¿Y los sesenta dólares y el paquete de "Kooas" que he ganado? ¿Es un robo, es un beneficio… qué es? ¿Los devuelvo? Eso sería un error».

—¡Marlowe!

Dio media vuelta y se encontró con un Grey malévolo al lado de la ducha.

—¡Le han advertido que se presentase a mí en cuanto regresara!

—Sólo me han dicho que usted deseaba verme. Después de ducharme pensaba visitarle.

—Di orden de que se presentase a mí inmediatamente. —El rostro de Grey mostraba una leve sonrisa—. Pero no importa. Queda usted arrestado.

El silencio se produjo automáticamente en las duchas. Todos los oficiales miraron atentos.

—¿Por qué?

Grey, gozoso, dijo con énfasis:

—Por desobedecer órdenes.

—¿Qué órdenes?

—Lo sabe usted tan bien como yo.

Su conciencia culpable acusó el golpe.

—Tiene usted que presentarse al coronel Smedly-Taylor después de cenar. ¡Y vista como un oficial, no como un condenado chino!

Marlowe salió de la ducha, se vistió el *sarong* e hizo un nudo diestro, consciente de las miradas curiosos de los otros oficiales.

Su mente se convirtió en un torbellino, impelida por el deseo de intuir la causa. No obstante, ocultó su angustia. ¿Por qué dar a Grey semejante satisfacción?

—Realmente es usted un mal educado. ¡Vaya fastidio!

—Hoy he aprendido mucho sobre la buena crianza, ¡condenado cerdo! Celebro no pertenecer a su sucia clase, ¡podrido rufián! Todos son iguales: embusteros, ladrones…

—Por última vez, Grey, cierre la boca, o, ¡por Júpiter! que se la cierro yo.

Grey intentó dominar su deseo de arrojarse contra él allí mismo. Podía golpearle. Claro que podía hacerlo, incluso, pese a la disentería.

—Si alguna vez salimos vivos de este infierno, le buscaré. Será lo primero que haga.

—Sentiré un gran placer. Pero, mientras tanto, si repite sus insultos, le golpearé —Marlowe se volvió a los otros oficiales—. Todos me han oído. Queda advertido. No voy a permitir que me insulte un trasto de clase inferior como éste. —Se volvió a Grey—. Ahora apártese de mí.

—¿Cómo puedo hacerlo cuando es un transgresor de la ley?

—¿Qué ley?

—Preséntese al coronel Smedly-Taylor después de cenar. Y otra cosa. Queda arrestado en el barracón hasta el momento de presentarse.

Grey salió de la ducha con la mayor parte de su exultación diluida. Resultaba estúpido insultar a Marlowe. Estúpido, cuando no había necesidad.

# XVIII

Peter Marlowe llegó al *bungalow* de Smedly-Taylor y vio a Grey que estaba allí.

—Anunciaré al coronel que ha llegado usted.

—Es usted muy amable.

Marlowe se sentía incómodo. El gorro de pico de la Fuerza Aérea y la rasgada, aunque limpia camisa le producían irritación. Los *sarongs* eran mucho más cómodos. El *sarong* le hizo pensar en el día siguiente, señalado para la entrega del dinero a cuenta del diamante. Y, tres fechas después, el poblado. Entonces vería a Sulina…

«Eres un loco al pensar en ella. Ejercita tu ingenio que vas a necesitarlo para otra cosa», se dijo.

—Conforme, Marlowe, *Tenshun* —ordenó Grey.

El joven adoptó un porte marcial y se dirigió al interior del *bungalow.* Al pasar por delante de Grey, susurró:

—Apártese, burro.

El insulto le produjo cierto desahogo. Inmediatamente después se vio ante el coronel. Saludó militarmente, y fijó sus ojos en los de su superior.

Sentado detrás de su improvisado escritorio, con la gorra puesta y el bastón de mando sobre la mesa, Smedly-Taylor miró escrutadoramente a Marlowe y correspondió a su saludo. De hecho sentíase orgulloso artífice de la disciplina en el campo. Allí todo se desenvolvía como en cualquier otra unidad del Ejército, es decir, según el reglamento.

Smedly-Taylor sopesó al joven teniente que tenía delante firme y erguido. «Conforme —se dijo—, es un tanto a su favor». Guardó silencio un rato, según su costumbre, y, al fin, dijo:

—Bien, teniente Marlowe. ¿Qué tiene usted que alegar?

—Nada, señor. No sé de qué se me acusa.

El coronel Smedly-Taylor, sorprendido, miró a Grey, luego frunció el ceño a Marlowe.

—Quizá vulnera usted tanto el reglamento que tiene dificultad en recordarlo. Usted fue a la prisión ayer, y eso contraviene lo ordenado. No llevaba el brazalete, que, igualmente, es una infracción.

Marlowe se sintió aliviado Se trataba sólo de la cárcel. Pero, ¿y la comida?

—Bien —apremió el coronel—. ¿Fue usted, o no?

—Sí, señor.

—¿A qué fue usted a la cárcel?

—Simplemente a visitar a algunos hombres.

El coronel esperó callado, luego repitió:

—Simplemente a visitar a algunos hombres.

Marlowe no respondió. Quedó a la expectativa.

—El norteamericano también fue a la cárcel. ¿Estuvo usted con él?

—Un rato. Ignoro que eso esté prohibido, señor. Pero sí contravine las otras dos órdenes.

—¿Qué hicieron allí?

—Nada, señor.

—¿Admite usted que tiene relaciones delictivas con él, de vez en cuando?

Marlowe se enfureció consigo mismo por no ser cauto al contestar, sabiendo que el coronel era un hombre astuto.

—No, señor.

Sus ojos seguían fijos en los del coronel. No añadió nada más. Recordó que al superior, constituido en autoridad, simplemente se le responde: «Sí, señor. No, señor». Pero siempre había de ser verdad. Era una regla inviolable que los oficiales respetaban. No obstante, él, pese a su herencia y a cualquier otra formación, estaba diciendo mentiras o medias verdades. ¿Realmente era censurable su proceder? ¿O era así como debía comportarse?

El coronel empezó el juego que había practicado tantas veces, con sus hombres, para caer luego sobre la víctima, si lo consideraba oportuno.

—Marlowe. —Su voz se hizo paternal—. He sido informado de que usted se relaciona con elementos indeseables. Sería inteligente por su parte que considerase su posición como oficial y caballero. Esa asociación… con el

norteamericano. Se sabe que «es» un contrabandista, si bien no se ha probado. Pero lo sabemos, y usted también debe de saberlo. Le aconsejo que se desligue de él. Puedo ordenárselo, naturalmente, y, no obstante, me limito a aconsejárselo.

El teniente no contestó. Lo que decía el coronel era cierto. Pero Rey había demostrado ser su amigo. No sólo le proporcionaba comida, sino que también ayudaba a su grupo. Y, además, era un buen hombre.

Quiso decir: «Está usted equivocado, y no me preocupa. Me gusta Rey. Es un hombre bueno y nos hemos divertido y reído mucho juntos». Pero al mismo tiempo deseaba explicar lo relacionado con las ventas, el poblado, el diamante, e, incluso, la venta de la pluma. Ahora bien, esto le hizo imaginarse a Rey detrás de las rejas, privado de la libertad. Optó por endurecer su espíritu para no confesar.

Smedly-Taylor intuía la tormenta interior del joven oficial. Para él hubiera sido sencillo decir: «Espere fuera, Grey. —Y luego—: Escuche, muchacho, comprendo su problema. ¡Caramba! Hago de padre de un regimiento desde hace tanto tiempo que ya ni me acuerdo. Conozco su problema. Usted no quiere cebarse con su amigo. Eso sería vergonzoso. Pero usted es un oficial de carrera, un oficial por tradición. Piense en su familia y en las generaciones de oficiales que han servido a la patria. Piense en ellos. Su honor está en entredicho. Tiene que decir la verdad, ésa es nuestra norma». Luego, después de un pequeño suspiro, practicado durante tantos años, añadiría: «Olvidemos esa tontería de la cárcel. Yo mismo lo he hecho muchas veces. Pero si quiere confiar en mi…». Su frase incompleta dicha con grave entonación habría arrancado los secretos de Rey, y éste iría a parar a la cárcel del campo. Ahora bien, ¿a qué conduciría eso?

En realidad el coronel se hallaba agobiado con una preocupación mayor: los pesos. Aquello sí que podía ser una catástrofe de proporciones infinitas.

Por otra parte siempre lograría la información que desease de Marlowe. Conocía muy bien a sus hombres. Él era un jefe inteligente, ¡no faltaba más!, después de tan larga experiencia. Su primera regla consistía en mantener el respeto de los oficiales, que lograba tratándoles con blandura hasta que sacaban los pies del plato. Entonces castigaba cruelmente a uno de ellos para que sirviera de lección a los demás. Pero había que saber elegir el momento, el delito y el oficial oportuno.

—Conforme, Marlowe. Le multaré con la paga de un mes. No constará en su expediente, ni hablaré de ello. Pero no infrinja más órdenes.

—Gracias, señor.

Después de saludar, salió al exterior, contento de que hubiera acabado la entrevista. Había estado a punto de decirlo todo. El coronel, hombre bueno y amable, gozaba de una excelente reputación por su nobleza.

—¿Le molesta la conciencia? —preguntó Grey, fuera del *bungalow*, al ver cómo sudaba Marlowe.

Éste no le contestó. Seguía demasiado trastornado, a la vez que enormemente satisfecho por haber escapado con tanta fortuna.

Oyeron la voz del coronel.

—Grey. ¿Puede entrar un momento?

—Sí, señor.

Éste miró a Marlowe. «La paga de un mes no es mucho», pensó considerando que el coronel le había cogido. Y sintióse sorprendido y no poco molesto de que escapara tan bien librado. Ahora bien, él había visto actuar a Smedly-Taylor, con tanta firmeza como un *bulldog*, *y* jugar con los hombres como si se tratara de un deporte cinegético. Seguro que tenía su plan, cuando lo soltaba tan fácilmente.

Grey pasó por delante de Marlowe y entró una vez más en el *bungalow.*

—Cierre la puerta.

—Sí, señor.

Ya solos, Smedly-Taylor le dijo:

—He hablado con el teniente coronel Jones y el sargento Blakely.

—Espero, señor, que todo esté claro.

—Desde hoy quedan relevados de sus obligaciones —añadió el coronel, jugando con el peso.

La sonrisa de Grey se hizo más amplia.

—Sí, señor.

Cuando se celebrara el consejo de guerra y fueran reducidos a simples soldados, todos los prisioneros sabrían que él, Grey, los había desenmascarado. Entonces aparecería como el ángel guardián del campo, y, ¡canastos!, resultaba maravilloso.

—Bien; daremos por zanjado el asunto —dijo el coronel.

La sonrisa de Grey se desvaneció.

—¿Qué?

—Sí. He decidido olvidar el asunto. Y usted también. En realidad, repito mi orden. No debe usted mencionar esto a nadie y debe olvidarlo.

Grey quedó tan aturdido que se derrumbó encima de la cama del coronel con sus ojos fijos en él.

—Pero, usted no puede hacer eso, señor —estalló—. Les cogí con las manos en la masa. Robaban comida del campo. Es comida de usted y mía. Intentaron sobornarme. ¡Sobornarme! —Su voz se hizo histérica—. ¡Dios mío! Si les cogí, si son ladrones, si merecen ser ahorcados.

—Cierto. —El coronel Smedly-Taylor asintió gravemente—. Pero en vista de las circunstancias actuales, es la decisión más oportuna.

Grey se puso de pie.

—No puede hacer eso —gritó—. Usted no puede dejarles libres. Usted no puede…

—¡No me diga lo que yo puedo o no puedo hacer!

—Lo siento —se excusó Grey, luchando por controlarse—. Pero, señor, esos hombres son ladrones. Usted tiene la prueba.

—He decidido dar por concluido este asunto. —Su voz era tranquila—. Queda zanjado.

El genio de Grey se impuso.

—¡Como hay Dios que no queda zanjado! ¡Me opongo a ello! ¡Esos bastardos han comido cuando nosotros nos moríamos de hambre! ¡Merecen ser acuchillados! ¡Insisto!

La voz de Smedly-Taylor subió por encima de la histérica de Grey.

—¡Calle! No puede usted «insistir» en nada. El asunto está liquidado. —Suspiró pesadamente, cogió un pedazo de papel y dijo—: Esto es su informe oficial. He añadido algo. Se lo leeré: «Recomiendo grandemente al teniente Grey por su trabajo como preboste del campo. Su cumplimiento del deber, sin duda alguna es excelente. Recomiendo que se le dé el rango activo de capitán». —Levantó la vista del papel—. Tengo intención de mandarlo hoy y que su ascenso tenga efectividad con esta fecha. —Sonrió—. Naturalmente, usted sabe que el jefe del campo tiene autoridad para ascenderle. Felicidades, capitán Grey. Lo merece usted.

Ofreció a Grey su mano.

Pero éste no la aceptó. Simplemente la miró, y luego el papel. Entonces

intuyó la verdad.

—¿Intenta comprarme? Usted es como ellos. Posiblemente ha compartido el arroz también.

—¡Guarde su lengua, subalterno exaltado! ¡Firmes!

—Usted está de parte de ellos y yo no permitiré que ninguno de ustedes siga con eso —chilló Grey, que cogió el peso de encima de la mesa—. Aún no puedo probar nada contra usted, pero tengo la prueba contra ellos. Este peso…

—¿Qué pasa con el peso?

Grey miraba perplejo la base del peso. Estaba intacta.

—¿Qué pasa con el peso, Grey? —repitió el coronel.

«Estúpido loco —pensó despreciativo mientras observaba al preboste que seguía buscando el agujero—. ¡Qué loco! Puedo desayunármelo sin que se entere».

—No es el que yo le di —contestó con voz ahogada—. No es el mismo. No es el mismo.

—Está completamente equivocado. Es el mismo.

El coronel aparecía tranquilo. Dijo con voz solícita:

—Grey, usted es joven. Supongo que piensa quedarse en el Ejército cuando acabe la guerra. Eso es bueno. El Ejército necesita oficiales inteligentes y trabajadores, y la vida en él resulta maravillosa. El coronel Samson me dijo que piensa mucho en usted. Como sabe, es amigo mío. Yo puedo influir en él y añadir mi recomendación para que le concedan una comisión permanente. Está usted muy agotado, es comprensible. Éstos son tiempos terribles. Creo que es de sabios dejar correr este asunto. Sería mala cosa provocar un escándalo en el campo. Muy mala cosa. No dudo que usted se da perfecta cuenta de ello.

Esperó la respuesta de Grey. No obstante, en el preciso momento, para algo era un experto, dijo:

—¿Quiere que envíe mi recomendación para su ascenso? Grey se volvió lentamente y miró horrorizado el informe. El coronel podía dar o quitar, y lo mismo que podía dar o quitar, también podía destruir. Comprendió que estaba derrotado. Intentó hablar, pero era tan inmenso su desaliento que no pudo hacerlo. Asintió, y oyó cómo Smedly-Taylor decía:

—Bien, puede usted dar por firme su nombramiento de capitán. Estoy seguro de que mi recomendación y la del coronel Samson serán suficientes para que le

concedan una comisión permanente después de la guerra.

Grey salió de la estancia y se dirigió a su barracón. Una vez allí, despidió al agente de servicio, sin importarle que el hombre le miraba como si estuviera loco. Cuando se quedó solo, cerró la puerta, se sentó en el borde de la cama, y lloró su amarga derrota.

Las lágrimas mojaron sus manos y su rostro. Su espíritu se encogió aterrorizado, balanceándose en el filo de lo desconocido; luego cayó en una profunda sima.

Al recobrarse, yacía en unas parihuelas llevadas por dos agentes. El doctor Kennedy iba delante. Grey supo que se estaba muriendo, pero no le importó. Vio a Rey que le miraba, de pie junto al camino.

Se fijó en sus limpios zapatos, en la raya del pantalón, en el «Kooa», y en su aspecto de bien nutrido. Entonces recordó un trabajo a realizar. No podía morir aún. No, mientras Rey fuera bien planchado, limpio y aumentado. No, estando aún por medio el asunto del diamante. ¡Por Dios, no!

—Ésta será la última partida —dijo el coronel Smedly-Taylor—. No quiero perderme la función.

—No puede pasar sin dar un vistazo a Sean —respondió Jones, cogiendo sus cartas—. Dos diamantes. —Abrió el fuego con presunción.

—Tiene la suerte del diablo —dijo malhumorado Sellars—. Dos corazones.

—Paso.

—No siempre goza de la suerte del diablo, socio —replicó Smedly-Taylor con irónica sonrisa. Sus ojos de granito miraron a Jones—. Fue usted muy estúpido, hoy.

—Simplemente mala suerte.

—No hay excusa para la mala suerte —contestó Smedly-Taylor estudiando las cartas—. Fue usted un incompetente al no comprobar los pesos que tenía que usar.

—He dicho que lo siento. ¿Acaso cree usted que no me doy cuenta de mi estupidez? No volverá a suceder. Nunca más. Jamás supe hasta hoy lo que es sentir verdadero pánico.

—Dos sin triunfo. —Smedly-Taylor sonrió a Sellars—. Eso hará borrón, socio. —Se volvió de nuevo a Jones—. He recomendado que Samson se haga cargo del almacén. Usted necesita un «descanso». Eso quitará el aliento a Grey.

El sargento Donovan será el ayudante —rió—. Es una lástima que tengamos que cambiar el sistema, pero no importa. Simplemente tendremos que asegurarnos de que Grey está ocupado los días que se usan los pesos falsos. —Miró a Sellars—. Eso será trabajo suyo.

—Muy bien.

—¡Ah! De paso, he multado a Marlowe restándole un mes de paga. Está en uno de sus barracones, ¿verdad?

—Sí —repuso Sellars.

—Fui blando con él, pero es un chico excelente; viene de buena familia. No es como ese cerdo de Grey, todo nervio. ¡Y pensar que he de recomendarlo para una comisión permanente! Es la clase de sanguijuelas que no necesitamos en el Ejército. ¡Dios, no!

—De acuerdo —dijo Sellars con disgusto—. Pero a Marlowe hubiera debido multarle con tres meses. Puede permitírselo. El maldito norteamericano tiene sojuzgado todo el campo.

—Lo tiene, de momento.

Smedly-Taylor gruñó algo y se puso a examinar sus cartas. Luego intentó cubrir su resbalón.

—¿Tiene algo contra él? —preguntó Jones. Y añadió—: Tres diamantes.

—¡Condenado! —exclamó Sellars—. Cuatro corazones.

—Paso.

—Seis picas —dijo Smedly-Taylor.

—¿Realmente tiene algo contra el norteamericano? —preguntó de nuevo Jones.

El coronel Smedly-Taylor mantuvo inmutable su rostro. Sabía lo del diamante y el trato para que cambiara pronto de mano. Ahora bien, en cuanto el dinero estuviera en el campo… Bueno, entonces pondría en práctica su plan. Era eficaz y secreto para conseguir el dinero. Volvió a gruñir y a distender su fina sonrisa; dijo:

—Si lo tengo, seguro que no se lo diré. No se puede confiar en usted.

Cuando Smedly-Taylor sonreía, todos se sentían aliviados.

Peter Marlowe y Larkin se unieron a la corriente de hombres que iban al teatro.

Las luces del escenario estaban ya encendidas y la luna brillaba en lo alto. El

teatro disponía de dos mil asientos situados en forma de abanico, y construidos con tablones montados sobre mahones, así todos los prisioneros tenían ocasión de verla por lo menos una vez.

Las filas estaban ya atestadas, excepto las delanteras reservadas a los oficiales, que llegaban más tarde. Los norteamericanos no seguían esta costumbre.

—¡Eh! ¡Ustedes dos! —llamó Rey—. ¿Quieren sentarse con nosotros?

Gozaba de asiento preferente junto al pasillo.

—Me gustaría, pero ya sabe… —dijo Marlowe.

—Sí, claro. Ya nos veremos después.

Marlowe observó a Larkin, seguro de que no estaba conforme. Si uno desea sentarse con sus amigos, ¿por qué no hacerlo? Claro que sentarse allí…

—¿Quiere que nos acomodemos aquí, coronel? —dijo descargando sobre él la responsabilidad y odiándose por ello.

—¿Por qué no? —contestó Larkin.

Se sentaron. Sus cuerpos permanecían tensos, pues eran conscientes de su deserción y de los ojos llenos de sorpresa que les observaban.

—Coronel. —Brough se inclinó, con una sonrisa que le arrugaba la cara—. Le buscarán las cosquillas. Es malo para la disciplina.

—Si quiero sentarme aquí, ¿quién me lo impide?

Pero Larkin deseó no haber aceptado tan rápidamente.

—¿Cómo van las cosas, Peter? —preguntó Rey.

—Bien, gracias.

Marlowe intentó ocultar su incomodidad.

Aún no habíale hablado de la venta de la pluma, de la entrevista con Grey, y de la pelea que casi sostuvo con él.

—Buenas noches, Marlowe.

Levantó la vista y se estremeció al ver a Smedly-Taylor que pasaba. Sus ojos parecían de pedernal.

—Buenas noches, señor —replicó débilmente.

«¡Oh, Dios mío! —pensó—. ¡Esto acaba de estropearlo todo!».

Una onda de repentina excitación sacudió a todos cuando el comandante jefe del campo recorrió el pasillo y se sentó en la fila delantera. Las luces se apagaron y se abrió la cortina. En el escenario apareció la banda del campo

compuesta de cinco instrumentos.

En el centro, de pie, se hallaba Phil, el director de la reducida banda.

Fueron saludados con aplausos y silbidos.

—Buenas noches —empezó Phil—. Hoy presentamos una nueva obra de Frank Parrish, titulada *Triángulo*, y tiene por escenario Londres antes de la guerra. Sus intérpretes son Frank Parrish, Brod Rodrick, y el único entre los únicos, el esperado ¡Sean Jennison!

Vítores tumultuosos, pitidos, silbidos y gritos de: «¿Dónde está Sean?». «¿A qué guerra se refiere?». «¡Bien, viejo!». «¡Empiecen ya!» y «¡Queremos a Sean!».

Phil hizo una reverencia y comenzó la función. Una vez empezada, Marlowe se relajó algo.

Dino apareció de repente al lado de Rey y susurró algo en su oído.

—¿Dónde? —oyó preguntar a Rey—. Conforme, Dino. Vuélvase al barracón.

Rey se inclinó.

—Debemos irnos Peter. —Su rostro no se alteró, y su voz casi era un susurro —. Cierto tipo quiere vernos.

«¡Shagata! Y ahora, ¿qué?», pensó Marlowe.

—No podemos levantarnos e irnos en este momento —contestó intranquilo.

—¡El infierno no podemos! Los dos sufrimos un ataque de disentería. Vamos.

Rey empezó a caminar por el pasillo.

Marlowe se sintió desnudo ante tantos ojos asombrados, al precipitarse tras él.

Encontraron a Shagata refugiado en las sombras detrás del escenario. Daba muestras de estar nervioso.

—Te ruego perdones mi intemperancia al mandar en tu busca tan de repente, pero hay dificultades. Uno de los juncos de nuestro mutuo amigo fue interceptado y ahora lo interroga, acusado de contrabando, la odiosa Policía.

Shagata, sin su fusil, era como un huérfano, y sabía que, de ser sorprendido en el campo en horas libres de servicio, le encerrarían en la caja sin ventanas.

—Se me ocurrió pensar que si nuestro amigo es interrogado brutalmente, puede mezclarnos.

—¡Demonios! —exclamó Rey.

Nervioso aceptó un «Kooa» y los tres se adentraron más en las sombras.

—Pensé que, siendo tú un hombre de experiencia —continuó precipitadamente Shagata— sabrías organizar un plan que nos permita eludir las consecuencias.

Su mente trabajaba veloz, pero siempre obtenía la misma respuesta: Espera y sudor.

—Peter. Pregúntele si Cheng San estaba en el junco cuando fue detenido.

—Dice que no.

Rey suspiró, aliviado.

—Entonces quizá Cheng San pueda escurrirse. —Volvió a pensar. Luego dijo —: Lo único que podemos hacer es aguardar. Dígale que no se asuste, que mire de ponerse en contacto con Cheng San de algún modo y averiguar si ha dicho algo. Debe avisarnos si hay novedad.

Marlowe tradujo. Shagata respiró a través de sus dientes.

—Me impresiona que vosotros estéis tranquilos cuando yo tiemblo de miedo, pues si me cogen tendré suerte si primero disparan sobre mí. Haré lo que dices. Si tú eres cogido, te ruego que no me líes. Yo intentaré hacer lo mismo. —Su cabeza se movió de un lado a otro cuando oyeron un leve silbido de aviso—. Debo dejaros. Si todo va bien nos atendremos al plan. —Precipitadamente tiró el paquete de «Kooas» a las manos de Marlowe—. No te conozco ni tampoco a tus dioses, pero seguro que hablaré mucho con el mío por el bien de todos nosotros.

Se marchó.

—¿Y si Cheng San se va de la boca? —preguntó Marlowe con el estómago hecho un nudo—. ¿Qué podemos hacer?

—Huir.

Rey tembloroso, encendió otro cigarrillo y se apoyó contra el edificio, abrazando las sombras.

—Es preferible a ir a Outram Road.

Detrás de ellos acabó el primer acto entre aplausos, gritos y risas. Pero ninguno de los dos pareció enterarse.

Rodrick estaba en el escenario dirigiendo a quienes disponían el decorado para el segundo acto.

—¡Comandante! —Mike se precipitó junto a él—. Sean está haciendo un

drama. Se le van a secar los ojos de tanto llorar.

—¡Cielos! ¿Qué ha sucedido? Todo iba bien hace un minuto —explotó Rodrick.

—No lo sé.

Rodrick soltó un taco y se marchó veloz. Angustiado golpeó la puerta del camerino.

—Sean, soy yo. ¿Puedo entrar?

Oyó sollozos contenidos a través de la puerta.

—No. Vete. No sigo. No puedo.

—Sean. Todo va bien. Simplemente estás rendido, eso es todo.

—¡Vete y déjame solol —gritó histérico—. ¡No sigo!

Rodrick quiso abrir la puerta pero estaba cerrada con llave. Volvió presuroso al escenario.

—¡Frank!

—¿Qué quiere? —preguntó éste que, cubierto de sudor e irritado, estaba subido en una escalera de mano arreglando una luz que no funcionaba.

—Baje. He de hablarle.

—¡Por amor de Dios! ¿No ve que estoy ocupado? Resuélvalo usted —rugió —. ¿Es que yo he de hacerlo todo? Aún no me he cambiado ni maquillado. —Volvió otra vez a su tarea—. Pruebe los otros interruptores, Duncan. ¡Vamos, hombre, de prisa!

Desde el otro lado de la cortina llegó a Rodrick el creciente coro de pateos impacientes. «¿Ahora qué hago?», se preguntó.

Regresó a los vestuarios.

Entonces vio a Marlowe y a Rey cerca de la puerta lateral. Bajó corriendo los peldaños.

—Marlowe. Tiene usted que ayudarme.

—¿Qué pasa?

—Es Sean, está haciendo una escena —empezó Rodrick sin aliento—. Rehusa seguir. ¿Quiere usted hablarle, por favor? Yo no consigo nada. Háblele, ¿quiere?

—Pero…

—No necesitará ni un segundo —le interrumpió Rodrick—. Es usted mi última oportunidad. Por favor. Me preocupa Sean desde hace unas semanas. Su

papel es difícil incluso para una mujer, y aún más para… —Se detuvo, y continuó débilmente—. Por favor, Marlowe. Temo por él. Nos prestaría un gran servicio.

Marlowe vaciló.

—Está bien —dijo.

—Nunca se lo agradeceremos bastante.

Rodrick se enjugó la frente e inició el camino de regreso, con Marlowe siguiéndole de mala gana. Rey continuó allí, como ausente, pensando cómo y por dónde podría huir, de precisarlo. Intranquilo, Marlowe golpeó la puerta.

—Soy Peter. ¿Puedo entrar, Sean?

Sean le oyó a través de una tormenta de horror.

—Soy Peter. ¿Puedo entrar?

Sean abrió la puerta. Las lágrimas estropeaban su maquillaje. Marlowe vaciló antes de entrar en el vestuario. Sean cerró la puerta a sus espaldas.

—Peter, no puedo seguir. He llegado al fin —dijo aniquilado—. No puedo fingir, no puedo. Estoy perdido, ¡perdido! ¡Que Dios me ayude! —Ocultó la cara entre sus manos—. ¿Qué voy a hacer? No puedo enfrentarme más con eso. No soy nada. ¡Nada!

—Lo comprendo, Sean, compañero —contestó Marlowe lleno de piedad—. No te preocupes. Eres muy importante. La persona más importante de todo el campo.

—Quisiera estar muerto.

—Eso es una tontería.

Sean dio media vuelta y se encaró con él.

—¡Mírame! ¿Qué soy yo? En nombre de Dios. ¿Qué soy yo?

Pese a sí mismo Marlowe sólo vio a una chica patéticamente atormentada. Vestía una falda de color blanco y llevaba zapatos de tacón alto. Sus largas piernas lucían medias y la blusa mostraba la forma de unos senos.

—Eres una mujer, Sean —dijo igualmente abatido— Dios sabe cómo… o por qué pero lo eres.

El terror el sufrimiento y el odio a sí mismo cesaron de atormentar a Sean.

—Gracias, Peter. Gracias de todo corazón. Se oyó un golpe en la puerta.

—En marcha dentro de dos minutos —dijo Frank desde el otro lado—. ¿Puedo entrar? —Un momento.

Sean fue al tocador, borró las huellas de lágrimas, reparó el maquillaje y se observó un instante. —Entra, Frank.

La visión de Sean dejó sin respiración a Frank, como siempre.

—¡Estás maravilloso! ¿Te encuentras bien?

—Sí. Temo que he sido algo loco. Lo siento.

—Simplemente, exceso de trabajo —contestó Frank ocultando su preocupación. Miró a Peter—. Hola. Celebro verte. —Gracias.

—Mejor que te prepares, Frank —apremió Sean—. Estoy bien ahora. Frank captó la sonrisa afeminada y automáticamente volvió a los modos que él y Rodrick habían comenzado tres años atrás y que lamentaban desde entonces.

—Aparecerás maravillosa, Betty —dijo abrazando a Sean—. Estoy orgulloso de ti.

Pero entonces, a diferencia de otras incontables veces, fueron hombre y mujer. Sean descansó sobre él, necesitándole con cada molécula de su ser. Y Frank lo sabía.

—Nosotros… estaremos dispuestos en un minuto —dijo inseguro por la repentina y arrolladura necesidad que sentía—. Yo… tengo que prepararme.

Salió.

—Será mejor que vuelva a mi asiento —dijo Marlowe profundamente impresionado.

Había intuido más que visto la chispa entre ellos.

—Sí.

Pero Sean apenas reparaba ya en él.

Comprobó por última vez su maquillaje y esperó su turno entre bastidores, donde sufrió el inevitable momento de terror. Luego «se convirtió». Los vítores y la maravillosa lujuria cayeron sobre «ella». Los ojos la seguían cuando «ella» se sentaba, cuando «ella» se cruzaba de piernas y cuando «ella» caminaba o charlaba. Aquellos miles de pares de ojos la alcanzaban, la «tocaban» y la hacían vivir. «Ella» y los ojos se fundieron en un mismo deseo.

—Comandante —preguntó Marlowe que en unión de Rey y Rodrick permanecía entre bastidores—. ¿Qué significa el nombre de Betty?

—¡Oh! Es parte de todo este lío —replicó Rodrick con acento desgraciado —. Ése es el nombre de Sean esta semana. Nosotros, Frank y yo, siempre llamamos a Sean según el papel que desempeña.

—¿Por qué? —interrogó Rey.

—Para ayudarle en su papel —Rodrick miró al escenario, esperando su turno —. Empezó como un juego —dijo amargamente—. Ahora es un condenado enredo. Creamos eso… esa mujer. ¡Que Dios nos perdone! Somos responsables.

—¿Por qué? —preguntó Marlowe.

—Usted recordará lo mal que estuvimos en Java —Rodrick miró a Rey—. Yo era actor antes de la guerra, y me enviaron aquí para que organizara el teatro del campo.

.Rodrick dejó que sus ojos vagaran de nuevo por el escenario y observó a Frank y a Sean. Algo extraño advirtió en ellos en aquel momento. Analizó con ojo crítico la actuación de ambos y la encontró inspirada.

—Frank también es profesional y empezamos a trabajar juntos en algunas exhibiciones. Llegó un momento en que fue preciso que uno hiciera de mujer, pero ni él ni yo queríamos hacerlo. Entonces las autoridades del campo seleccionaron a dos o tres. Uno de ellos fue Sean.

Desesperado, se opuso, pero ya saben ustedes cuan tozudos son los oficíales mayores.

—Alguno ha de hacer de chica, diablo. Usted es lo bastante joven para imitarlas bien, y además, no se afeita más que una vez por semana. Sólo se trata de ponerse vestidos femeninos durante una hora o así. Piense en lo que será para la moral de todos.

Sean rabió, maldijo *y* suplicó, pero fue en vano.

Sean me pidió que no lo aceptase. Yo no veía futuro en trabajar con un talento que no cooperaba, e intenté echarlo de la compañía.

—Miren —dije a las autoridades—. Realmente es un gran esfuerzo psicológico.

—¡Memo! —me dijeron—. ¿Qué daño puede haber en ello?

»—Hacer de chica puede envolverle, por poco inclinado que estuviera…

»—¡Bobadas! —me replicaron—. ¿Trabajar en el teatro pervierte el cerebro? ¿Y al teniente Jennison? ¡Imposible! Nada hay que haga pensar eso de él. Es un piloto estupendo, comandante. Se acabó. ¡A usted se le ha ordenado que lo acepte y a él que lo haga!

»Frank y yo intentamos aplacar a Sean, pero juró ser la peor actriz del mundo, y comportarse desastrosamente en la primera actuación para que lo

eliminaran. Le dijimos que a nosotros también nos preocupaba.

Su primera intervención fue terrible. Pero después pareció no odiar tanto al teatro. Incluso para sorpresa suya, le gustó. Así empezamos a trabajar. Era bueno tener algo que hacer para no pensar en el pestilente campo y en la asquerosa comida. Le enseñamos cómo habla, camina y siente una mujer; como fuma, bebe, viste, e, incluso, cómo piensa. Entonces, empezamos a jugar a creerlo. Siempre estábamos en el teatro nos levantábamos cuando él entraba y le ayudábamos a sentarse. Le tratábamos igual que a una mujer. Primero fue algo excitante mantener la ilusión. Nos aseguramos de que Sean nunca fuera observado al vestirse o desnudarse, y que sus hábitos no trascendieran, si bien tenían que ser sugestivos para él. Incluso conseguimos un permiso especial para que tuviera una habitación especial, con ducha.

«Luego, repentinamente, ya no necesitó ayuda. Resultaba ser una mujer tan completa en el escenario como era posible imaginar.

»Poco a poco la mujer empezó a dominar en él fuera del escenario si bien nosotros no lo notamos. Por entonces, Sean se había dejado crecer el pelo, pues las pelucas que teníamos no valían nada. Al fin se puso ropas de mujer. Una noche intentaron forzarle.

«Después de aquello Sean casi perdió la razón. Quiso aplastar a la mujer que había en él, y no pudo. Probó de suicidarse. Afortunadamente lo evitamos. Ahora bien, semejante cúmulo de cosas no ayudó a Sean. Por el contrario, todo fue peor y terminó maldiciéndonos por haberle salvado la vida.

Unos meses después hubo otro intento. Entonces Sean enterró su yo masculino.

—No voy a luchar más contra ello —dijo—. Queríais que fuese mujer, ahora creen que lo soy. Muy bien. Lo seré. Siento que lo "soy", y no es preciso fingir más. "Soy" una mujer y voy a dejar que me traten como a una de ellas.

—Frank y yo intentamos disuadirle, pero estaba totalmente contra nosotros. Finalmente lo aceptamos como una cosa temporal. Sean volvería a ser el de antes.

En realidad era insuperable para mantener la moral del campo y no conseguiríamos otro que fuera ni una décima parte tan bueno como él para hacer el papel de chica. Nos encogimos de hombros y continuó el juego.

Pobre Sean. Es una persona maravillosa. Si no fuera por él, Frank sería una

calavera desde hace tiempo.

Una tempestad de aplausos saludó a Sean cuando apareció de nuevo por el otro lado del escenario.

—Ustedes no tienen ni idea de lo que hace el aplauso en uno —dijo Rodrick casi para sí mismo—; el aplauso y la adoración. No, a menos que lo hayan experimentado. Fuera del escenario, no es posible. Es una droga excitante, que asusta y a la vez deslumbra. Y siempre cae a torrentes sobre Sean. Siempre. Eso y la sensualidad de… ustedes mía, de todos nosotros.

Rodrick se limpió el sudor de su rostro y manos.

—Somos responsables, conforme. Que Dios nos perdone.

Llegó su turno y penetró en el escenario.

—¿Quiere que volvamos a nuestros asientos? —preguntó Marlowe a Rey.

—No. Permanezcamos aquí. Nunca había estado entre bastidores. Y es algo que siempre deseé.

«¿Estará ahora Cheng San derrapando sus intestinos?», se preguntó Rey.

Pero era inútil preocuparse. Se hallaban comprometidos y estaba dispuesto a enfrentarse a cuanto viniera. Volvió a mirar al escenario. Observó a Rodrick, a Frank y a Sean. Sus ojos siguieron todos los movimientos y gestos de Sean. Pero eso lo hacían todos. Parecían hipnotizados.

Sean, Frank y los miles de ojos se fundieron en una misma pasión que sojuzgó a los actores y a los espectadores. Cuando la cortina se corrió después del último acto, el silencio no fue roto. Los espectadores parecían hechizados.

—¡Dios mío! —exclamó Rodrick, alelado—. Ése es el mayor cumplido que jamás pudieron hacernos. Y los dos os lo merecéis, estuvisteis inspirados; ciertamente inspirados.

La cortina fue abierta de nuevo, y los vítores obligaron a saludar diez veces. Finalmente, Sean se quedó solo bebiendo la adoración que insuflaba nueva vida a un ser.

Rodrick y Frank salieron a última hora para compartir el triunfo con la «hermosa muchacha» que era el orgullo y Némesis de ellos.

Los asistentes abandonaron quedamente la sala. Cada hombre, concentrado en su propio dolor, pensaba en su hogar, en «ella». ¿Qué hacía «ella» en aquel preciso momento?

Larkin resultó el más afectado. ¿Por qué demonios le pusieron Betty? ¿Por

qué? ¿Y mi Betty? ¿Estará ahora en los brazos de otro?».

Mac lloró de temor por Mem. ¿Se hundió el barco? ¿Estaría viva? ¿Vivía su hijo Y Mem…, ¿qué hacía en aquel momento? ¡Hacía tanto tiempo, Dios santo!

Peter pensó con N'ai la incomparable. Su amor, su amor…

Y todos sufrían el mismo fenómeno.

También Rey se preguntaba con quién estaría ella. Si bien era solo un amor de adolescente. La recordó tapándose la nariz con un pañuelo perfumado mientras le decía que la paja podrida olía mejor que los negros.

La risa de Rey fue sardónica. Su mente volvió a cosas más importantes. Las luces del teatro se apagaron. Quedó vacío, excepto el camerino.

# CUARTA PARTE

# XIX

Rey y Marlowe aguardaban llenos de ansiedad. Shagata hacía mucho que debiera haber llegado.

—Qué noche más insoportable —dijo Rey irritado—. Estoy sudando como un cerdo.

Se hallaban sentados en el barracón norteamericano, y Marlowe contemplaba cómo hacía solitarios. Se notaba la tensión en el aire sofocante de aquella noche sin luna. Incluso dejaron de rascarse en el interior de los barracones.

—Supongo que vendrá —dijo Peter Marlowe.

—Deseo saber qué diablos ha sucedido con Cheng San. Lo menos que hubiera podido hacer el hijo de perra es mandarnos aviso.

Rey miró por milésima vez hacia la alambrada a través de la ventana, deseoso de ver una seña de los guerrilleros, si es que estaban allí. ¡Debían de estar! Pero no vio ningún movimiento o señal. La jungla, como el campo, aparecía quieta. Marlowe dio un respingo mientras flexionaba los dedos de su mano izquierda y movía el dolorido brazo hacia una posición más cómoda.

Rey se volvió a mirarle.

—¿Cómo va eso?

—Duele como un demonio, viejo.

—Tendría que ir a que se lo mirasen.

—Tengo concertada visita para mañana.

—Piojosa suerte.

—Los accidentes no se pueden evitar.

Le había sucedido dos días antes, en una partida de trabajo. AI esforzarse en unión de otros veinte sudorosos compañeros cuando arrastraban un tronco cortado hacia un remolque, sus manos resbalaron y su brazo quedó cogido entre el tronco y el remolque. Sintió las aristas, que duras como el hierro, penetraban

en el músculo de su brazo, y el peso del tronco que casi le aplastaba los huesos. Entonces gritó lastimeramente.

Los demás necesitaron varios minutos para levantar el tronco, liberar su brazo y tenderle en el suelo, con la sangre brotando de la herida. Tenía una longitud de quince centímetros y cinco de profundidad en algunas partes. Le sacaron trozos de astilla y vertieron agua en la herida y después de limpiarla le hicieron un torniquete. Luego de subir trabajosamente el tronco al remolque, regresaron a Changi, con Marlowe junto al remolque, mareado y lleno de náuseas.

El doctor Kennedy examinó la herida y la empapó de iodina mientras Steven prestaba su ayuda a un Marlowe traspasado de dolor. El doctor le puso ungüento de zinc sobre una parte de la herida y grasa en el resto para evitar que la sangre se mezclara con el ungüento. Finalmente, le vendó el brazo.

—Tiene usted una condenada suerte, Martowe —le dijo—. No hay ningún hueso roto y los músculos están bien. Sólo hay carne herida. Venga dentro de un par de días, y volveremos a mirarlo.

Rey levantó la vista de los naipes cuando Max penetró precipitadamente en el barracón.

—Jaleo —dijo con voz baja y forzada—. Grey acaba de salir del hospital y se encamina hacia aquí.

—Manténgase en su cola, Max. Mejor que mande a Dino.

—Conforme —Max salió corriendo.

—¿Qué opina, Peter?

—Si Grey está fuera del hospital, es porque sabe algo.

—Lo sabe. Seguro.

—¿Cómo?

—Hay un chivato en el barracón.

—¿Está seguro?

—Sí. Y sé quién es.

Rey puso un cuatro negro sobre un cinco rojo y el cinco rojo sobre un seis negro, y sacó otro as.

—¿Quién es?

—No se lo digo, Peter —Rey sonrió forzadamente—. Mejor que no lo sepa. Sé que Grey tiene un hombre aquí.

—¿Qué hará usted, pues?

—Nada. Quizá más tarde sirva de alimento a las ratas. —Luego sonrió y cambió el tema—. La granja ha sido una condenada idea, ¿no le parece?

Peter Marlowe se preguntó qué haría él de saber quién era. Yoshima contaba también con otro en algún lugar del campo. El que provocó la detención de Daven, y que aún no había sido descubierto. Seguro que estaría entregado de lleno a averiguar el paradero de la radio embotellada. Pensó que Rey era prudente al ocultar el nombre, así no habría fuga. Por eso no mostró resentimiento. No obstante, hizo un balance de posibilidades.

—¿Cree de verdad que la carne será buena? —preguntó.

—¡Infiernos! ¡Qué sé yo! La idea en sí es enfermiza cuando se piensa en ello. Pero, el negocio es el negocio.

Marlowe sonrió y olvidó el dolor de su brazo.

—Recuérdelo. La primera anca para mí.

—¿Para alguien que conoce?

—No.

Rey rió.

—¿No se la dará a un compañero?

—Se lo diré después.

—Cuando llege el momento, recuerde que la carne es carne, y la comida es comida. Y si no, piense en el perro.

—Hace unos días vi a Hawkins.

—¿Qué sucedió?

—Nada. En realidad preferí callar y él tampoco tenía deseos de hablar…

—Aquel tipo vive en las nubes. Bien, lo pasado, pasado está.

Intranquilo tiró las cartas sobre la mesa y añadió:

—Me gustaría que Shagata estuviera aquí.

Tex se asomó por la ventana.

—¡Hola!

—¿Está?

—Timsen dice que al propietario le está invadiendo el pánico. ¿Cuánto rato tiene que esperar?

—Iré a verle —Rey se deslizó por la ventana y susurró—: Vigile la tienda, Peter. No tardaré.

—Conforme.

Recogió las cartas y empezó a barajarlas, estremeciéndose a medida que el dolor le aumentaba o decrecía.

Rey se mantuvo en las sombras, intuyendo muchos ojos sobre él. Algunos eran los de sus guardianes, pero otros eran ajenos y hostiles. Cuando halló a Timsen, el australiano se hallaba empapado de sudor.

—Hola, compañero. No puede quedarse aquí para siempre.

—¿Dónde está?

—Cuando llegue su enlace lo sacaré. Ése es el trato. No está lejos.

—Pues mejor que no lo pierda de vista. ¿No querrá usted que se derrumbe, verdad?

Timsen chupó su «Kooa», luego lo pasó a Rey.

—Gracias —Rey señaló con la cabeza hacia el muro de la prisión situado en el Este—. ¿Sabe de ellos?

—Naturalmente —rió el australiano—. Voy a decirle otra cosa. Grey viene hacia aquí en este mismo momento. Toda el área está infectada de policías emboscados. Sé de una pandilla de australianos y de otra más que han olfateado la transacción. Pero mis compañeros tienen el área marcada. Tan pronto tengamos el dinero, usted recibe el diamante.

—Concederemos al guardián otros diez minutos. Si no llega, entonces haremos nuevos planes. Mejor dicho, el mismo plan con detalles distintos.

—Conforme, amigo. Le veré mañana después del desayuno.

—Esperemos que sea esta noche.

Pero no fue aquella noche. Shagata no llegó y Rey canceló la operación.

Al día siguiente Marlowe se unió a los hombres que aguardaban fuera del hospital. Era después de comer, y el sol atormentaba el aire, la tierrra y a los seres que vivían en ella. Incluso las moscas parecían sonámbulas. Encontró un recuadro de sombra, se acuclilló pesadamente en el suelo y se dispuso a esperar. El dolor de su brazo se había acentuado. Era oscuro cuando llegó su turno.

El doctor Kennedy le saludó brevemente y le indicó que se sentara.

—¿Cómo se encuentra hoy? —preguntó ausente.

—No muy bien.

El médico se inclinó y tocó el vendaje. Marlowe chilló.

—¿Qué diablos le pasa? —dijo molesto—. Apenas le toqué, ¡caramba!

—No lo sé. El roce más ligero me duele atrozmente.

El doctor le colocó el termómetro en la boca, puso el metrónomo en marcha y tomó su pulso. Anormal. El pulso alcanzaba noventa. Malo. Temperatura anormal, malo también. Levantó el brazo y deshizo el vendaje. Tenía un claro olor ratonil. Malo.

—Bueno —dijo—. Voy a quitarle el vendaje. Tenga.

Dio a Marlowe un pedacito de goma de neumático que sacó de un líquido esterilizante con unas pinzas quirúrgicas.

—Muerda eso. Le ayudará a sentir menos el dolor.

Esperó hasta que Marlowe se puso la goma entre sus dientes, y, luego, tan suavemente como pudo, empezó a desenrollar el vendaje. Pero estaba pegado a la herida. La única cosa era tirar de él y no era tan hábil como debiera y como había sido.

Marlowe sabía lo que es el dolor. Y cuando uno conoce íntimamente una cosa y el efecto, si tiene valor le resulta más soportable. De hecho, se convierte en algo controlable. A veces, incluso, es bueno.

Pero el dolor que sufría en aquel momento iba más allá de la agonía.

—¡Oh, Señor! —gimió a través del pedazo de goma, saltándosele las lágrimas.

—Ahora mismo acabo —dijo el doctor Kennedy, sabiendo que no era cierto. Pero no le era factible remediar la situación. Al menos, no allí. El paciente necesitaba morfina, cualquier necio sabía eso. Ahora bien, él no la tenía—. Veamos eso.

Estudió atentamente la herida abierta. Aparecía hinchada, con manchas amarillas y otras de color púrpura. Descubrió la presencia de mucosa.

—Hum —murmuró especulativo, y se echó hacia atrás y jugó con sus dedos buscando una aguja.

—Bueno —dijo al fin—. Tenemos tres alternativas.

Se levantó y comenzó a pasear, con los hombros caídos. Luego habló de modo ausente, como si estuviera pronunciando una conferencia:

—La herida tiene ahora nuevas características. Miositis clostidrial. Para hacerlo más comprensible, diremos que es gangrenosa. Puedo dejar la herida abierta y extirpar el tejido infectado, si bien no creo que dé resultado, pues la infección es profunda. Por lo tanto tendría que quitar parte de los músculos del

antebrazo y entonces se inutiliza la mano. La mejor solución es… amputar.

—¿Qué?

—Desde luego. —El doctor Kennedy no hablaba a su paciente, seguía pronunciando su conferencia en la clase esterilizada de su mente—. Propongo una amputación de guillotina alta. Inmediatamente. Así quizá podamos salvar la juntura del codo.

Marlowe estalló desesperado:

—¡Es simplemente una herida! No hay nada de malo en ella, sólo la carne herida.

El temor que acusaba su voz volvió a la realidad al doctor Kennedy, que miró un momento el rostro blanco del paciente.

—«Es» una herida en la carne, pero muy profunda. Y tiene usted toxanemia. Vea muchacho, es muy sencillo. Si tuviera un suero se lo daría, pero no lo tengo. Si tuviera sulfamidas, se las aplicaría en la herida, pero no las tengo. Lo único que puedo hacer es amputar.

—¡Usted ha perdido la razón! —le gritó Marlowe—. Habla de amputarme el brazo cuando simplemente tengo una herida!

La mano del médico se deslizó como una serpiente y Marlowe chilló cuando los dedos sujetaron su brazo mucho más arriba de la herida.

—¡Vea usted! Eso no es «simplemente» una herida en la carne. Tiene usted toxanemia y se le extenderá por todo el brazo y su sistema. Si quiere vivir, tenemos que cortar. Por lo menos salvaré su vida.

—¡Usted no me corta el brazo!

—Como usted quiera. Eso, eso… o… —el médico parecía preocupado—. Supongo que es privilegio de usted elegir la muerte. Desde luego, no le culpo de ello. Pero, por favor, muchacho, ¿no comprende lo que intento decirle? Usted «morirá» si yo no amputo.

—¡Usted no me tocará! —los labios de Marlowe estaban separados de sus dientes y su ánimo dispuesto a matar al médico si volvía a tocarle—. ¡Está usted loco! —gritó.

—Bien. No me crea. Lo consultaremos con otro médico.

Kennedy llamó a otro galeno, que confirmó el diagnóstico, y Marlowe supo que la pesadilla no era un sueño. Tenía gangrena ¡Dios santo! El temor quebrantó su fuerza. Escuchó aterrado. Le explicaron que la gangrena era

causada por los bacilos que se multiplicaban velozmente en su brazo, engendrando la muerte desde aquel mismo instante. Su brazo era un miembro canceroso. Tenía que ser cortado, y, precisamente, por el codo. Y pronto, de lo contrario, se verían obligados a amputar todo el brazo. Además la operación no sería dolorosa, pues contaban con mucho éter…, no era como en los viejos tiempos.

Marlowe salió del hospital con el brazo en su sitio, sujeto con un vendaje limpio y empollando bacilos. Dijo a los médicos que se lo pensaría. Pero, ¿qué tenía que pensar?

Se encontró en el barracón norteamericano, donde Rey estaba solo, dispuesto para la llegada de Shagata, si acudía aquella noche.

—¡Jesús! ¿Qué le sucede, Peter?

Rey escuchó, creciendo su congoja a medida que se desarrollaba la historia.

—¡Cristo!

Miró el brazo que descansaba sobre la mesa.

—Le juro que prefiero morir a ser un mutilado. Lo juro —dijo Marlowe mirando patéticamente y sin fingir a Rey mientras sus ojos desorbitados gritaban: «¡Ayúdeme! ¡Ayúdeme! ¡Por amor de Dios, ayúdeme!».

Y Rey pensó: «¡Vaca sagrada! Si yo fuera Peter, y eso fuera mi brazo… ¿Y el diamante? Necesito que Peter me ayude, tiene que…».

—Eh —susurró Max apremiante desde el umbral—. Shagata llega.

—Conforme, Max. ¿Y Grey?

—Está junto a la pared. Timsen lo sabe ya. Lo cubren sus australianos.

—Bien, dése prisa. Corra la voz.

—Ahora mismo.

Max salió presuroso.

—Vamos, Peter. Debemos prepararnos —dijo Rey.

Pero Marlowe sufría, una fuerte conmoción. Estaba inutilizado.

—¡Peter! —Rey le sacudió rudamente—. ¡Levántese y resista! Vamos, tiene que ayudarme. ¡Levántese!

Puso a Peter Marlowe en pie.

—¿Qué pasa?

—Shagata llega. Tenemos que acabar el trato.

—¡Al infierno su negocio! —chilló en un arrebato de locura—. ¡Al infierno

el diamante! ¡Me van a cortar el brazo!

—¡No lo harán!

—Sabe usted muy bien que no. Moriré antes…

Rey le abofeteó violentamente.

La locura se detuvo de golpe y Marlowe sacudió su cabeza.

—Llega Shagata. Debemos de estar a punto.

—¿Llega? —preguntó sin entonación y con el rostro ardiéndole.

—Sí.

Rey vio que los ojos de Marlowe volvían a estar en guardia y supo que el inglés despertaba de nuevo.

—¡Por Dios! —exclamó con voz débil.

—¿Se encuentra bien ahora? Tiene que agudizar su ingenio.

—Me encuentro bien.

Marlowe se deslizó por la ventana detrás de Rey. Y se alegró del ramalazo de dolor que hizo presa en su brazo cuando sus pies tocaron el suelo. «Te invadió el pánico —se dijo—. Tú, Marlowe, te asustas como un chiquillo. Has de perder el brazo, pero tienes suerte de que no sea una pierna. Entonces sí que realmente serías un inválido. ¿Qué es un brazo? Nada. Puedes conseguir uno artificial, provisto de gancho. Un brazo artificial no es cosa del otro mundo. Puede ser una buena solución».

—*Tabe* —Shagata les saludó.

—*Tabe* —contestaron Rey y Marlowe.

Shagata parecía muy nervioso. Cuanto más pensaba en aquel negocio menos le gustaba. Demasiado dinero y demasiado riesgo. El hombre olfateó el aire igual que un perro.

—Huelo peligro —dijo.

—Dice «huelo peligro».

—Dígale que no se preocupe, Peter. Conozco el peligro y sé cuidarme de él. ¿Qué hay de Cheng San?

—Te digo —Shagata susurró precipitadamente— que los dioses sonríen sobre mí y sobre nuestro amigo. Es un zorro. Consiguió que la diosa policía le dejara escapar de la trampa. —El sudor goteaba de su rostro—. Traigo el dinero.

El estómago de Rey dio un vuelco.

—Dígale que es preferible dejar la charla e ir al grano. Regreso en seguida

con la mercancía.

Rey halló a Timsen en las sombras.

—¿Dispuesto?

—Dispuesto.

Timsen imitó el canto de un pájaro nocturno. Casi en seguida se oyó la respuesta.

—De prisa amigo. No puedo garantizar que esté a salvo mucho rato.

—Conforme.

Rey vio surgir la figura encorvada de un cabo australiano.

—Hola, amigo. Mi nombre es Townsend. Bill Townsend.

—Vamos.

Rey se precipitó bajo la colgadura mientras Timsen vigilaba y sus australianos se abrían en abanico dispuestos a cubrir la retirada.

Abajo, en el ángulo de la cárcel, Grey esperaba impaciente. Dino acababa de susurrar en su oído que Shagata estaba allí pero el preboste sabía que los preliminares necesitaban tiempo. Decidió esperar un rato, antes de ponerse en movimiento.

La banda de Smedly-Taylor aguardaba también, a la espera de que se realizara la transferencia. En cuanto Grey estuviera en movimiento, ellos harían lo mismo.

Rey se mostraba nervioso con Townsend a su lado.

—Enséñele el diamante —ordenó.

Townsend abrió su rasgada camisa y tiró de un cordel. Al final se hallaba la sortija con el diamante. El australiano temblaba cuando lo mostró a Shagata, que enfocó su linterna sobre la piedra y la examinó minuciosamente. Era una gota de luz helada en el extremo de un cordel. Luego rascó el diamante en la superficie de cristal de la lámpara. Chirrió y dejó una señal. Shagata asintió, sudoroso.

—Muy bien —se volvió a Marlowe—. Seguro que es un diamante. —Sacó un compás y midió el tamaño de la piedra. Volvió a asentir—. Desde luego, es de cuatro quilates.

Rey sacudió la cabeza.

—Conforme, Peter, espere con Townsend.

Marlowe se levantó, hizo una seña a Townsend y juntos se encaminaron fuera del toldo y esperaron en la oscuridad. Alrededor de ellos habían cientos de

ojos a la expectativa.

—¡Maldito infierno! —gimió Townsend—. Me arrepiento de haber conseguido la piedra. El esfuerzo me está matando, se lo juro. —Sus dedos jugaron con el cordel y la joya, asegurándose por millonésima vez que se hallaba alrededor de su cuello.

—Gracias a Dios que ésta es la última noche.

Rey contemplaba con creciente excitación a Shagata que abría su cartuchera y sacaba un fajo de billetes de quince centímetros, de su camisa sacó otro de cinco centímetros, y otro más de sus bolsillos laterales hasta que formó dos montones de billetes de quince centímetros cada uno. Rey inició el recuento. Shagata hizo una nerviosa inclinación. Cuando se halló otra vez en el sendero se sintió más seguro. Se ajustó el fusil, y estuvo a punto de derribar a Grey, que avanzaba rápidamente.

Grey le maldijo y siguió adelante sin aminorar su marcha, ignorando el torrente de insultos del guardián. Esta vez Shagala no corrió detrás del preboste como debiera de haber hecho para golpearle entre palabras corteses, pues sentíase agradecido de estar fuera y regresar de nuevo a su puesto.

—Polis —susurró Max desde fuera de la colgadura. Rey recogió los billetes, salió fuera y dijo a Townsend mientras corría:

—Me escondo. Dígale a Timsen que tengo el dinero, y que pagaré hoy cuando se evapore el calor.

Townsend desapareció.

—Vamos, Peter.

Rey se dirigía hacia la trinchera situada bajo el barracón cuando Grey doblaba la esquina.

—¡Quédense donde están! —ordenó el preboste.

—¡Sí, señor! —gritó Max desde las sombras y se puso en el camino con Tex detrás de él, cubriendo a Rey y a Marlowe.

—¡Ustedes dos no!

Grey intentó empujarles y pasar.

—Usted ha ordenado que nos detuviéramos —dijo Max, volviendo a interponerse tranquilamente en el camino de Grey.

Éste, furioso, lo apartó, saltó a la trinchera y corrió por debajo del barracón en persecución de los fugitivos.

Rey y Marlowe ya habían salido al otro lado. Un nuevo grupo se cruzó ante Grey, mientras corría tras ellos.

Grey los descubrió junto al muro de la cárcel y tocó su pito, alertando al agente estacionado allí. Éste salió de su escondite e interceptó el camino desde la pared de la cárcel a la alambrada.

—Por aquí —dijo Rey mientras saltaba por la ventana del barracón de Timsen.

Ninguno de los hombres que había allí les prestó atención, si bien muchos vieron el bulto de la camisa de Rey.

Atravesaron el barracón y salieron por la puerta. Otro grupo de australianos hizo acto de presencia y cubrió la retirada mientras Grey jadeaba subiendo la ventana y viéndoles fugazmente. Corrió a través del barracón. Los australianos tenían bloqueada la salida.

Grey gritó bruscamente:

—¿Por dónde se fueron? ¡Vamos! ¿Por dónde?

Le respondió un coro de: «¿Quién? ¿Quiénes, señor?».

Grey los empujó y salió fuera.

—Todo el mundo en su puesto, señor —dijo un agente que corrió hasta él.

—Bien. No pueden ir muy lejos. Y no se atreverán a deshacerse del dinero. Les cercaremos. Avise a los demás.

Rey y Marlowe se dirigieron al extremo norte de la cárcel.

—¡Maldita sea! —exclamó Rey.

Donde debía de haber un grupo australiano de interferencia, se encontraban cinco agentes de la policía militar.

—¿Y ahora, qué?

—Tendremos que retroceder. Vamos.

Rey pensó rápidamente y se preguntó: «¿Qué diablos ha ido mal?». De repente, lo averiguó. Cuatro hombres bloquearon su huida, con el rostro cubierto con pañuelos y estacas en sus manos.

—Será mejor que entregue el dinero, amigo, si no quiere salir perjudicado.

Rey simuló primero, y, luego, cargó, con Marlowe a su lado. Cayó sobre un hombre y pateó a otro en la ingle. Marlowe descargó un puñetazo, seguido de un chillido por el dolor de su brazo y arrancó el palo de las manos del hombre. El otro emboscado salió huyendo y fue tragado por la noche.

—¡Por Júpiter! —jadeó Rey—. Salgamos de aquí.

Sabían que otros estaban al acecho y temieron un nuevo ataque en cualquier momento. Rey patinó al detenerse.

—¡Mire! ¡Viene Grey!

Dieron media vuelta y se deslizaron junto a un barracón, escondiéndose debajo de él.

Inmediatamente se produjeron ruidos de carrera y retazos de biosos murmullos.

—Se fueron por allá. Dadles alcance antes de que lo hagan los malditos policías.

—Todo el campo está detrás de nosotros —dijo Rey.

—Dejemos el dinero aquí —propuso Marlowe deshecho—. Podemos enterrarlo.

—Es muy arriesgado. Lo encontrarían en seguida. ¡Maldita sea, si todo iba bien! Pero ese bastardo de Timsen nos ha fallado. —Rey se limpió la suciedad y el sudor que perlaba su rostro—. ¿Preparado?

—¿Hacia dónde?

Rey no contestó. Simplemente se arrastró en silencio por debajo del barracón y corrió entre las sombras. Marlowe le siguió de cerca. Saltaron al profundo foso de la torrentera junto a la alambrada y continuaron por él hasta llegar casi frente al barracón norteamericano. Se detuvieron y se apoyaron contra la pared del foso, faltos ya de aliento. Alrededor y encima de ellos se percibía un sordo griterío.

—¿Qué pasa?

—Rey ha huido con Marlowe…, llevan encima un montón de miles de dólares.

—¡Infiernos! De prisa, quizá podamos capturarles.

—Vamos.

—Conseguiremos el dinero.

Grey recibía informes, lo mismo que Smedly-Taylor y también Timsen. Pero los informes eran confusos. Timsen maldecía e incitaba a sus hombres a que los encontraran antes que Grey o Smedly-Taylor. —¡Consigan el dinero!

Las huestes de Smedly-Taylor, igualmente confundidos, vigilaban a los australianos de Timsen. ¿Por dónde se fueron? ¿Dónde buscarles? Grey esperaba

también, seguro de que las salidas se hallaban bloqueadas. Era sólo cuestión de tiempo. Su investigación sería al fin fructífera. Grey confiaba en cogerlos, entonces sí que se apoderaría del dinero.

No era presumible que se desprendieran de él. Al menos, en aquellos momentos pues era una cantidad muy elevada El preboste ignoraba la presencia de los hombres de Smedly-Taylor y de los australianos de Timsen.

—Mire —dijo Marlowe, que, cauteloso, asomó la cabeza para escrutar la oscuridad.

Los ojos de Rey se entrecerraron, buscando. Entonces vio a los agentes a cincuenta metros de ellos. No obstante, eran muchos más los fantasmas que buscaban precipitadamente.

—Estamos listos —dijo frenético.

Se volvió hacia la alambrada y miró por encima de ella. La jungla aparecía oscura. Seguro que estaba poblada de centinelas. Bien, se dijo. El último plan. El definitivo.

—En marcha —ordenó mientras colocaba todo el dinero en los bolsillos de Marlowe—. Le cubriré, Cruce la alambrada. Es nuestra única oportunidad.

—¡Demonios! Yo no hago eso. El centinela me localizará.

—¡Vamos, es nuestra única posibilidad!

—No lo haré.

—Cuando haya cruzado, entiérrelo y regrese por el mismo camino. Le cubriré. ¡Maldita sea! Tiene que ir.

—Me matarán. No están ni siquiera a cincuenta pies. Hemos de rendirnos.

Miró salvajemente a su alrededor, buscando otra ruta de escape, y con el repentino movimiento se golpeó el brazo herido contra la pared de la zanja, y gimió, agónico.

—Usted salve el dinero, Peter —dijo Rey desesperado— y yo salvaré su brazo.

—¿Cómo lo hará?

—¿Me oyó? Pues, adelante.

—Pero, ¿cómo puede usted…?

—¡Adelante! —interrumpió Rey—. Usted salve la pasta.

Marlowe miró fijamente ios ojos de Rey, luego se deslizó fuera de la trinchera, corrió hacia la alambrada y se arrastró por debajo de ella, esperando en

cualquier momento que una bala le diera en la cabeza. Un instante después de haber salido él, Rey saltó fuera de la trinchera y giró hacia el sendero. Tropezó deliberadamente y cayó sobre el polvo con un grito de rabia. El guardián miró por encima de la alambrada y rió fuerte. Cuando volvió sus ojos a la jungla vio una sombra que tal vez no era nada; desde luego, un hombre no.

Marlowe parecía abrazar la tierra al arrastrarse como un animal, sobre la húmeda hierba, conteniendo su respiración mientras se helaba. El guardián se le acercó paso a paso y sus pies estuvieron a dos centímetros y medio de su mano. Luego empezó a separarse, y cuando estuvo a cinco pasos de distancia Marlowe se adentró más en la oscuridad del arbolado, cinco diez, veinte, treinta metros, y, a cuarenta, se consideró a salvo. Su corazón parecía que se calmaba, pero tuvo que detenerse para respirar y por el dolor de su brazo, aquel brazo que no dejaría de ser suyo. Si Rey lo decía…

Marlowe quedó tendido sobre la hierba y oró suplicante por su vida, porque no le abandonara su fortaleza y también por Rey.

Éste respiró al ver que Marlowe había penetrado en la jungla. Se levantó y empezó a sacudirse el polvo. Grey y uno de sus policías aparecieron de pronto a su lado.

—Quédese donde está.

—¿Quién? ¿yo? —Rey simuló escudriñar la oscuridad para reconocer a Grey — ¡Oh, es usted! Buenas noches, capitán Grey —Se zafó de la mano del agente que le sujetaba por un brazo—. ¡Quite su mano!

—Está usted arrestado —dijo Grey, cubierto de sudor y suciedad por la persecución.

—¿Por qué, capitán?

—Regístrelo, sargento.

Rey, tranquilo, no se opuso. No teniendo el dinero, Grey carecía de motivo para obrar contra él.

—No lleva nada, señor.

—Registre el foso. —Se volvió a Rey—. ¿Dónde está Marlowe?

—¿Quién? —preguntó suavemente.

—¡Marlowe! —chilló Grey.

Aquel cerdo no llevaba el dinero y Marlowe había desaparecido.

—Puede que esté dando un paseo, señor.

Rey se mostró cortés, mientras su mente se centraba en el peligro que le rodeaba, pues intuyó que aún no había pasado del todo, ya que desde las sombras de la pared de la cárcel un grupo de fantasmas le observó un momento antes de desaparecer.

—¿Dónde puso el dinero? —preguntaba Grey.

—¿Qué dinero?

—El dinero de la venta del diamante.

—¿Qué diamante, señor?

Grey admitió su momentánea derrota. Ésta sería total a menos que encontrar a Marlowe con el dinero encima. «Conforme, bastardo —pensó enfurecido—. Te suelto, pero te vigilaré y tú me llevarás hasta Marlowe».

—¡Bien, no tengo nada que decir ahora! ¡Nos ha vencido esta vez!, pero habrá otra.

Rey regresó a su barracón, riéndose entre dientes. «Crees que te llevaré hasta Peter, ¿verdad Grey? Pero, de tan astuto, resultas candido».

En el interior del barracón encontró a Max y a Tex. Los dos sudaban.

—¿Qué sucedió? —preguntó Max.

—Nada. Vaya en busca de Timsen. Dígale que aguarde debajo de la ventana. Le hablaré a través de ella. Sobre todo que no entre en el barracón, pues Grey aún nos vigila.

—Conforme.

Rey puso en marcha la cafetera, y su cabeza trabajó intensamente. ¿Cómo efectuar el cambio? ¿Dónde? ¿Qué hacer con Timsen? ¿Cómo apartar a Grey de Peter? No se volvió a mirar la ventana, pero sí el interior del barracón. Sus compañeros captaron el mensaje y le dejaron solo. Dino salió fuera, y Rey le obsequió con la sonrisa torcida que él hiciera al regresar.

—¿Timsen? —preguntó, atareado con el café.

—Sí, amigo.

—Tendría que cortarle el cuello.

—No fue mía la culpa, compañero. Algo fue mal…

—Sí. Quería el dinero y el diamante.

—No hay daño en probar, compañero —rió Timsen—. No volverá a suceder.

—Tiene condenada razón.

Timsen era de su agrado, y muy bueno para bailes como aquél. Desde luego,

resultaba comprensible que intentara el golpe cuando los palos eran tan altos. Además, él necesitaba a Timsen.

—Haremos la transferencia de día. Así no habrá fallos. Le avisaré entonces.

—Entendidos, compañero. ¿Dónde está el inglés?

—¿Qué inglés?

Timsen rió.

—Hasta mañana.

Rey se bebió el café y encargó a Max que montara la guardia. Después de salir cautelosamente por la ventana, se adentró en las sombras y se encaminó hacia el muro de la cárcel. Aparentemente procuraba no ser observado, y se rió para sí, cuando notó a Grey que le seguía. Se deslizó entre los barracones y siguió diversos caminos. Grey, implacable, se mantuvo en sus pasos que le condujeron hasta la puerta de la prisión y, a través de ella, a tos bloques de celdas. Rey se encaminó a la celda del cuarto piso, fingiendo mayor cautela mientras penetraba en la misma, y dejaba la puerta entreabierta. Cada cuarto de hora se asomaba al pasillo para observar ansiosamente los alrededores, y así continuó hasta que vino Tex.

—Todo claro —dijo éste.

—Bien.

Peter había regresado y no era preciso seguir fingiendo. Volvió al barracón y guiñó un ojo a Marlowe.

—¿Dónde ha estado?

—Pensé que debía enterarme cómo le va.

—¿Quiere un poco de café?

—Gracias.

Llevaba únicamente su *sarong*, y éste carecía de bolsillos. Su distintivo de oficial circundaba su brazo.

Peter Marlowe se llevó la taza a los labios, y bebió café mientras sus ojos semicerrados se encaraban con Grey, que desapareció en la noche.

Marlowe se levantó exhausto.

—Creo que ahora me derrumbaré.

—Estoy orgulloso de usted, Peter.

—¿Lo dice en serio?

—Desde luego.

—Gracias.

Aquella noche Rey tuvo un nuevo problema. ¿Cómo infiernos cumpliría su promesa?

# XX

Larkin, terriblemente preocupado, caminaba por el sendero hacia el barracón australiano. Estaba preocupado por Marlowe.

Su brazo parecía empeorar y su aspecto ponía en duda que fuera posible curarlo como una simple herida. También le preocupaba el viejo Mac, que pasó la noche sumido en una pesadilla, entre gritos y palabras sueltas. Él mismo había sufrido angustiosos sueños las últimas noches. En ellos veía a su Bétty con otros hombres en la cama, y, mientras él les miraba, ella se reía.

Larkin entró en el barracón y se acercó a Townsend, que yacía en su litera, con los ojos hinchados y cerrados. Su rostro, brazos y cuerpo mostraban hematomas y arañazos. Cuando abrió la boca para contestar, el coronel vio el desagradable sitio vacío que antes ocuparan los dientes.

—¿Quién se lo hizo, Townsend?

—No lo sé —gimió el hombre—. Yo estaba entre las matas.

—¿Por qué?

Las lágrimas que le fluyeron se deslizaron sobre sus heridas.

—Yo tenía… yo tenía… Nada… nada. No lo sé.

—Estamos solos, Townsend. ¿Quién fue?

—No lo sé. —Un gemido brotó de sus labios—. ¡Dios mío! ¡Me golpearon salvajemente!

—¿Por qué estaba usted oculto?

—Yo… yo…

Townsend deseaba gritar: «El diamante, tenía el diamante». También deseaba la ayuda del coronel para que cogiera a los bastardos que se lo habían robado.

Ahora bien, no le era posible hablar del diamante. De hacerlo, el coronel querría saber dónde lo consiguió, y él no estaba dispuesto a decir que de Gurble. La pregunta inmediata sería: ¿Cómo? Luego saldría a relucir el suicidio, y, tal

vez pensara que fue un asesinato. Y no lo fue, al menos Townsend no lo creía. Pero, ¿quién sabe? Quizá lo mataron para robarle el diamante. Aquella noche Gurble no ocupó su litera y él vio el bulto de la sortija en el colchón y se apoderó de ella. Luego coincidió que Gurble puso fin a su vida. Esto alivió la conciencia de Townsend. Pero, de saberse, podían achacarle el asesinato. Incluso era posible que eso hubiera provocado el suicidio, después de haber sido expulsado del grupo por robar parte de las raciones. Tal vez la pérdida del diamante le trastornó, pobre bastardo, hasta inducirle a meter la cabeza en el hoyo de la letrina. Townsend pensó que mermar las raciones carecía de lógica, siendo como era dueño de un diamante fácil de vender. No, aquello no tenía sentido. En absoluto.

Estos pensamientos le hicieron temer que fuera él la causa de la muerte de Gurble. Townsend se maldijo una y otra vez por haber robado el diamante. Desde el momento en que lo sustrajo no conoció la paz. Finalmente, se alegraba de no tenerlo.

—No lo sé —sollozó.

Larkin comprendió que era inútil insistir y lo dejó sumido en su pena.

—Lo siento, padre —se excusó casi al chocar con Donovan en los peldaños del barracón.

—Hola, viejo amigo.

El padre Donovan parecía un espectro. Mostraba sus ojos muy hundidos y extrañamente pacíficos.

—¿Cómo está usted? ¿Y Mac? ¿Y el joven Peter?

—Bien, gracias —Larkin señaló con un gesto de cabeza hacia donde se hallaba Townsend—. ¿Sabe algo de eso?

Donovan miró al maltrecho hombre y replicó suavemente:

—Sólo veo a un ser humano que sufre.

—Lo siento. No debí preguntar —Larkin quedó pensativo un momento, y luego sonrió—. ¿Le gustaría una partida de bridge esta noche, después de cenar?

—Sí, gracias. Me gustará.

—Bien. Hasta después.

El padre Donovan observó a Larkin mientras se marchaba; finalmente se acercó al lecho de Townsend. Éste no era católico. Pero él se debía a todos, pues todos los hombres son hijos de Dios. ¿Era eso cierto?, se preguntó. ¿Acaso

podían hacer semejantes cosas los hijos de Dios?

AI mediodía el viento y la lluvia llegaron juntos. El campo tardó poco en aparecer empapado. Cesó la lluvia y continuó el viento. Parte de las techumbres saltaron hechas pedazos y fueron arrastradas por remolinos, entre ramas sueltas, trapos y sombreros de culi. Calmado el viento, el campo volvió a la normalidad del sol, el calor y las moscas, si bien el agua corrió durante media hora por las torrenteras antes de reducirse a pequeños charcos sobre la tierra. Esto dio lugar a un mayor número de moscas.

Marlowe, indiferente, ascendía la colina, con sus pies manchados de barro, lo mismo que sus piernas. El joven había desafiado la tempestad, con la ilusa esperanza de que el viento y la lluvia arrastraran su dolor.

Llegó a la ventana de Rey y se asomó.

—¿Cómo se encuentra, Peter? —preguntó aquél mientras se levantaba del lecho y cogía un paquete de «Kooas».

—Horrible —Marlowe se sentó en el banco debajo del toldo, mareado por el dolor—. Este brazo me mata.

Rey saltó fuera y forzó una sonrisa.

—Olvídelo.

—¿Cómo demonios puedo olvidarlo? —Inmediatamente lamentó el estallido —. Lo siento. Estoy exaltado. No sé lo que me digo.

—Fume.

Le ofreció lumbre al mismo tiempo que pensaba: «Está en una encrucijada. El inglés aprende de prisa, muy de prisa. Por lo menos así lo creo. Veamos».

—Mañana completaremos el negocio. Hoy puede ir a buscar el dinero. Yo le cubriré.

Peter Marlowe no le oyó. Su brazo mantenía fija una palabra en su cerebro. ¡Amputar! Captaba el chirrido de la sierra y cómo se lo cortaban, provocando polvo de hueso, «su» polvo de hueso. Le sacudió un estremecimiento.

—Y de esto, ¿qué? —murmuró mientras alzaba la vista de su brazo—. ¿Realmente puede usted hacer algo?

Rey movió la cabeza. «Ya lo ves. Tenías razón. Sólo él sabe dónde está el dinero, pero no irá a buscarlo hasta que tú hayas arreglado lo de su cura. Si no hay cura, no hay pasta. Si no hay pasta, no hay venta. Si no hay venta, no hay beneficios». Después de un suspiro, continuó su pensamiento: «Sí, es bueno

conocer a los hombres. No obstante, a veces, como la noche pasada, te hunden el negocio. Claro que si Peter no hubiera aprovechado la oportunidad ambos estaríamos en la cárcel, sin dinero y sin nada. Luego, me ha traído suerte. El negocio es ahora mejor que nunca. Buen chico. Y ¡demonios! ¿Quién desea perder un brazo? Peter tiene razón. Me alegro de que sea avispado».

—Déjelo para el tío Sam.

—¿Para quién?

—Para el tío Sam. El símbolo norteamericano. Ya sabe —añadió exasperado —, igual que John Bull.

—Oh, lo siento. Hoy… hoy…

Un conato de náusea embargó a Marlowe.

—Regrese a su litera y descanse. Yo me cuidaré de ello.

Marlowe se levantó vacilante. Deseó sonreír, y dar las gracias a Rey, estrechar su mano y bendecirle, pero en su cerebro seguía persistente el ruido de la sierra y sólo hizo una inclinación de cabeza antes de irse.

«Por Cristo —se dijo amargamente Rey—. Piensa que lo he abandonado, que no haré nada a menos que me atornille. Peter, yo te ayudaré. Seguro. Aunque no me tuvieras cogido por los pantalones. ¡Infiernos! Eres mi amigo».

—Eh, Max.

—Diga.

—Que Timsen venga en seguida.

—Ahora mismo le aviso.

Rey abrió la caja negra y sacó tres huevos.

—Tex, ¿quiere freírse un huevo junto con estos dos?

—¡Demonios, no! —exclamó Tex mientras cogía los huevos—. Eché un vistazo a *Eva*. Hoy está más gorda.

—Imposible. Sólo hace un día.

Tex dejó oír una risita.

—Veinte días y todos volvemos a ser papas.

Cogió el aceite y salió al exterior donde solían cocinar.

Rey volvió a tumbarse en su litera y se rascó pensativo la picada de un mosquito. Cerró los ojos satisfecho y comenzó a divagar. Eran las doce, y ya habían trabajado intensamente. Bien, todo estaba ultimado desde las seis de la mañana.

Sonrió ante el recuerdo. «Sí, señor. Compensa tener buena reputación».

Había sucedido poco antes del amanecer. Estaba dormido cuando una voz cautelosa interrumpió sus sueños.

Se despertó en seguida, miró fuera de la ventana y vio a un hombrecillo mirándole desde las sombras. Un desconocido.

—¿Qué hay?

—Tengo algo que usted querrá comprar. —La voz sonó sin expresión y vulgar.

—¿Quién es usted?

En respuesta el hombrecillo abrió su huesuda mano de uñas largas, rotas y sucias.

El diamante apareció en su palma.

—Diez mil es el precio si la venta es rápida —añadió sardónicamente.

Los dedos volvieron a cerrarse tan pronto él hizo un amago de cogerlo.

—Esta noche. —El hombre mostró una sonrisa sin dientes—. Es el verdadero, no tema.

—¿Es usted el propietario?

—Lo tengo yo. ¿No es bastante?

—De acuerdo, es un negocio. ¿A qué hora?

—Usted espere dentro. Yo me cuidaré de que no haya moros en la costa.

El desconocido se marchó con la misma rapidez con que había llegado. Rey se sentó cómodamente. «Pobre Timsen —se dijo—: El desgraciado hijo de perra sólo ha conseguido que le estrellen un huevo en el rostro. Tendré la sortija por la mitad de su precio».

—Buenos días, compañero —saludó Timsen—. ¿Me necesita?

Rey abrió los ojos y cubrió un bostezo con su mano mientras Timsen avanzaba por el barracón.

—Sí. —Balanceó las piernas fuera de la cama al mismo tiempo que se desperezaba—. Estoy cansado. Demasiado excitación. ¿Quiere un huevo? Se están friendo dos.

—Claro que deseo un huevo.

—Está en su casa. —Rey podía permitirse la hospitalidad—. Ahora manos al negocio. Cerraremos el trato esta tarde.

—No —Timsen sacudió la cabeza—. Hoy no. Mañana.

Rey tuvo que hacer un esfuerzo para no mostrar su alegría.

—El calor habrá desaparecido entonces —dijo Timsen—. He oído que Grey ha salido del hospital. Seguro que vigila —parecía muy preocupado—. También nosotros hemos de vigilar. Usted y yo. No quiero que nada vaya mal. Me preocuparé de vigilar por usted. No olvide que somos socios.

—Al infierno mañana —respondió Rey simulando decepción—. Esta tarde.

Luego, mientras se reía por dentro, escuchó decir a Timsen que era muy importante mostrarse cauteloso. El propietario recelaba, e incluso había sido golpeado la noche pasada, si bien él y sus hombres consiguieron salvar al pobre bastardo.

Rey comprendió que Timsen sangraba, que el diamante se había desvanecido y que buscaba ganar tiempo. «Bien —se dijo extático— los australianos intentan encontrar al escamoteador. No me gustaría estar en su pellejo si lo hacen». Se dejó persuadir, por si Timsen realmente encontraba al sujeto. Así el primer trato quedaba en pie.

—Conforme —exclamó refunfuñando—. Puede ser que tenga razón. Que sea mañana. —Encendió otro cigarrillo, dio una chupada, y lo pasó a Timsen mientras añadía suavemente, fingiendo—: Estas noches calurosas pocos de mis muchachos duermen. Siempre hay cuatro levantados.

Timsen captó la amenaza. Pero tenía otra cosa en su mente. ¿Quién atacó a Townsend? Ansiaba que sus hombres encontraran a los culpables. Debían de hallarlos antes de que acudieran a Rey con el diamante; de otro modo, estaba perdido. «Sé como obrará. Menos mal que mis muchachos estaban cerca de mi pobre y viejo compañero Townsend. ¡Estúpido bastardo! ¿Cómo infiernos pudo ser tan débil y permitir que saltaran encima de él sin gritar con todas sus fuerzas antes de que fuese demasiado tarde?».

—Todo cuidado es poco estos días —respondió Timsen.

Tex trajo los huevos y los mezclaron con el arroz de la comida. Después tomaron café fuerte. Cuando Tex retiró los platos, Rey inició la conversación que deseaba.

—Conozco a un sujeto que está interesado por el mercado de las drogas.

Timsen sacudió la cabeza.

—Un pobre bastardo toxicómano. Seguro.

Luego pensó: «¡Drogas? ¿Para quién serán? Para él no, desde luego. Se le ve

muy fuerte. Tampoco es para la reventa. Nunca comercia con drogas, y eso está muy bien, pues deja el mercado en mis manos. Tiene que ser para algún amigo, de lo contrario no se mezclaría. El comercio de las drogas no es cosa suya. ¿El viejo McCoy? Sé que no está muy bien estos días. El coronel tampoco goza de buen aspecto».

—Sé de un inglés que tiene algo de quinina. Pero, recanastos, quiere una fortuna por ella.

—Deseo antitoxina. Una botella. Y polvos de sulfamida.

Timsen emitió un silbido.

—No es para un toxicómano.

Antitoxina y sulfamidas. ¡Gangrena! ¡El inglés! ¡Cristo, padecía gangrena! Aquel rompecabezas ajustaba. Seguro que era el inglés.

Timsen no dominaba el mercado de drogas sólo por la astucia; también sabía bastante de ellas, pues en un tiempo fue ayudante de farmacia. Pese a ello no lo destinaron al Cuerpo de Sanidad, lo cual hubiera significado no luchar ni matar.

—No es un toxicómano —repitió sacudiendo la cabeza.

—Seré franco con usted. —Timsen era el único hombre que podía conseguirlo; precisaba su ayuda—. Se trata de Peter.

—Es difícil.

Pero Marlowe le era simpático. «Pobre muchacho. Gangrena. Buen sujeto y con muchas tripas», pensó. Aún sentía el puñetazo que le diera la noche anterior al caer los cuatro sobre ellos. También obtuvo referencias suyas tan pronto supo que era un protegido de Rey. Un hombre nunca es bastante cauteloso y la información es siempre necesaria. Por eso conocía su hazaña sobre los cuatro aviones alemanes y los tres nipones, y lo del poblado, y cómo intentó huir de Java, sin hacer como otros que se limitan a esperar humildemente a ser cogidos. Ahora bien, si se pensaba en ello, parecía bastante estúpido ir tan lejos Sí, demasiado lejos. Pero eso demostraba que el inglesito era un valiente.

Timsen se preguntó si debía arriesgarse a que uno de sus hombres fuera a las dependencias del médico japonés para conseguir los medicamentos. Era peligroso. Pero Marlowe estaba muy grave. Claro que conseguiría las drogas… y lo haría gratis, o sólo cobraba un precio razonable, tan razonable como era posible. De proponérselo ganaría una fortuna vendiendo a los japoneses. No obstante su comercio se limitaba al campo y con un pequeño beneficio, teniendo

en cuenta los riesgos.

—Pone enfermo a uno —dijo Timsen— conocer la cantidad de medicamentos que la Cruz Roja tiene en Kedah Street.

—Son rumores.

—Oh, no lo son. Los he visto, amigo, una vez que fui con una partida de trabajo. Había un almacén atiborrado de medicamentos de la Cruz Roja: plasma, quinina, sulfamidas. Todo apilado hasta el techo. Y aquel almacén tendrá sus buenos cien metros de largo por treinta de ancho. Y todo para los malditos nipones, que lo guardan allí. Me dijeron que proceed de Cungking. La Cruz Roja lo envía a los siameses y ellos lo entregan a los nipones, consignado al campo de prisioneros de Changi. ¡Pardiez! Incluso vi etiquetas, pero los nipones lo usan para sus propios micos.

—¿Alguien más sabe eso?

—Se lo dije al coronel y él al comandante de campo, quien habló de ello a ese bastardo nipón ¿Cuál es su nombre? Ah, sí, Yoshima. Pero se rieron de él y le dijeron que era un bulo. Desde entonces no han vuelto a ir partidas de trabajo. ¡Piojosos indecentes! No es justo cuando tanto necesitamos de los medicamentos. Nos podrían dar algo. Mi compañero falleció seis meses atrás por falta de insulina. Y yo vi cajas enteras.

Timsen lió un cigarrillo, y después de toser y escupir, se alteró tanto, que pateó la pared.

Pero eso no facilitaba las cosas ni el modo de ir allá. Y él quería obtener la antitoxina y las sulfamidas para el inglés. Palabra. Y dárselas gratis.

Timsen era demasiado inteligente para dejar que Rey leyera sus pensamientos. Sería infantil permitir que descubiera su punto flaco. Seguro que se valdría de ello más adelante. Y necesitaba estar en forma para el negocio del diamante. ¡Oh! Había olvidado al sucio ladrón.

Timsen hizo una mueca y se dejó convencer. No obstante puso un precio elevado, pues Rey podía pagarlo. Además, de pedirle menos, el bribón pensaría en aquello como negocio.

—Conforme —contestó indiferente—. Usted gana.

Rey no se mostró tan indiferente. De hecho esperaba que Timsen se aprovechara, y, si bien el precio era mayor del que le hubiera gustado pagar, lo consideraba justo.

—Necesitaré tres días —dijo Timsen, seguro de que era demasiado tiempo.

—Lo necesito esta noche.

—Entonces le costará otros quinientos.

—¡Soy amigo suyo! —exclamó Rey sintiendo verdadero dolor—. Somos compañeros.

—De acuerdo, amigo. —Timsen compuso la cara triste de un perro—. Pero ya sabe cómo es. Tres días es lo menos que necesito.

—¡Maldita sea! Está bien.

—Y para el enfermero serán quinientos más.

—¡Demonios! ¿Para qué diablos queremos un enfermero?

Timsen gozó viendo saltar a Rey.

—Bien —dijo complacido—. ¿Qué hará usted con la materia cuando la tenga? ¿Cómo tratará al paciente?

—¡Qué se yo!

—Para eso son los quinientos. Supongo que pensaba dar los medicamentos al inglés para que los lleve al hospital y diga al primer sierra-huesos que encuentre: «Tengo antitoxina y sulfamidas, arrégleme el brazo que me sangra». Entonces el médico responderá: «Nosotros no tenemos antitoxinas, ¿de dónde diablos sacó usted eso?». Y como él no lo dirá, los bastardos se la quitarán para dársela a cualquier pringoso coronel inglés.

Timsen sacó diestramente el paquete de tabaco del bolsillo de Rey y cogió un cigarrillo. Luego añadió totalmente serio:

—Tiene que encontrar un lugar donde tratarle en privado y que pueda esta acostado. La antitoxina es dura para algunos hombres. Y yo no acepto responsabilidad alguna si el tratamiento se vuelve agrio.

—Si consigue usted antitoxina y sulfamidas, ¿qué puede agriarse?

—Algunos tipos no la asimilan. Tienen ataques de náusea y no les hace efecto. Depende de la toxina que haya en su sistema.

Timsen se levantó.

—Bien, vendré en cualquier momento esta noche. Ah, sí, y el equipo costará otros quinientos.

Rey explotó:

—¿Qué equipo, caramba?

—Inyecciones, vendas y jabón. ¡Pardiez! —Timsen parecía casi disgustado

—. ¿Acaso cree usted que la antitoxina es una pildora que se empalma en el trasero?

Rey siguió a Timsen con la mirada. «Te creías un tipo listó al buscar lo que cura la gangrena a cambio de un cigarrillo, pero, cabeza de nuez, te olvidaste de preguntar qué demonios tenías que hacer con ello cuando lo consiguieras. Bueno, al infierno con todo. El negocio está cerrado y Peter conservará su brazo. Y estoy conforme con los gastos, ¡caramba!».

Luego se acordó del hombrecillo y destelló de alegría. Sí, estaba muy satisfecho con el trabajo de la mañana.

# XXI

Aquel atardecer Marlowe renunció a comer. No dio su ración a Mac o a Larkin, sino a Ewart. De haberlo dejado a beneficio de su grupo le hubieran forzado a decir lo que ocurría, y no quería explicarlo.

Por la tarde, preocupado y con fuerte dolor, volvió a visitar al doctor Kennedy. Nuevamente creyó enloquecer de agonía mientras le quitaban el vendaje. Luego el médico le dijo sencillamente:

—El veneno está encima del codo Puedo amputar debajo, pero es una pérdida de tiempo. Es mejor hacer la operación de una vez. Le quedará un buen muñón, por lo menos doce centímetros y medio del hombro. Lo suficiente para que sujete un brazo artificial. No pierda más tiempo, Marlowe —y se rió fríamente—. *Domani é troppo tardi.*

Peter le miró sin expresión y el doctor añadió:

—^Mañana será demasiado tarde.

Después regresó dando trompicones a su litera y se hundió en un pozo de temor. Entonces llegó la hora de la cena y renunció a ella.

—¿Tiene fiebre? —preguntó Ewart, feliz por la comida extra.

—No.

—¿Puedo hacer algo por usted?

—¡Por Dios! Déjeme solo.

Peter Marlowe se dio la vuelta, Al rato se levantó y abandonó el barracón lamentando haber aceptado jugar al bridge con Mac, Larkin y el padre Donovan, una o dos horas. «Eres un loco —se dijo amargamente— debieras haberte quedado en tu litera hasta llegado el momento de cruzar la alambrada y conseguir el dinero».

Pero sabía que no hubiera podido yacer en su litera, hora tras hora, hasta que llegara el momento de ir. Era preferible hacer algo entretanto.

—Eh, amigo —el rostro de Larkin se arrugó al sonreír.

Marlowe no devolvió la sonrisa. Se sentó malhumorado en el umbral. Mac miró a Larkin, que se encogió imperceptiblemente.

—Peter —dijo Mac forzando su buen humor—. Las noticias son mejores cada día. No tardaremos mucho en estar fuera de aquí.

—¡Exacto! —exclamó Larkin.

—Viven en un paraíso de locos. Nunca saldremos de Changi.

No quiso ser áspero, si bien no pudo contenerse. Mac y Larkin estaban dolidos, pero no intentó aminorar la preocupación de ambos. Sentíase obsesionado con el muñón de doce centímetros y medio.

«¿Cómo demonios me ayudará Rey? ¿Cómo? Sé realista. Si fuera su brazo…, ¿qué podrías hacer tú, por más amigo suyo que seas? Nada.

No creo que él pueda hacerlo… a tiempo. Es preferible que te enfrentes con la situación, Peter. Se trata de amputar o morir. Sencillo. Y si lo piensas bien, no puedes morir. Al menos todavía. Una vez se ha nacido, debe subsistirse a toda costa».

«Sí —se repitió—, mejor que seas realista. No hay nada que Rey pueda hacer, nada. Y no debiste ponerle en el brete. Es asunto de tu sola incumbencia. Debes recoger el dinero, dárselo y luego irte al hospital y tenderte en la mesa para que te corten el brazo».

Marlowe, Mac y Larkin se sentaron cara a la fétida noche y guardaron silencio. Cuando el padre Donovan llegó, le obligaron a comer algo de arroz y *blanchang*. Le invitaron entonces, porque de lo contrario, hubiera renunciado, como hacía con la mayoría de sus raciones.

—No son ustedes amables conqíigo —dijo Donovan. Sus ojos parpadearon al añadir—: Si los tres reconocieran su error de su comportamiento y me acompañaran al otro lado de la alambrada, completarían mi noche.

Mac y Larkin rieron con él, pero no Marlowe.

—¿Qué pasa, Peter? —preguntó Larkin con voz encogida—. Parece un dingo con el trasero triste esta noche.

—No hay mal en estar algo abstraído —intervino rápidamente Donovan—. ¿Es cierto que las noticias son muy buenas?

Sólo Marlowe parecía ausente en la atmósfera de amistad que imperaba en la pequeña habitación. Su presencia era sofocante, pero no podía evitarlo.

El padre Donovan abrió el juego con dos picas.

—Paso —dijo Mac, algo enojado.

—Tres diamantes —contesto Marlowe, que, tan pronto lo dijo se arrepintió, pues, estúpidamente, había dicho diamantes cuando debió decir corazones.

—Paso —declaró Larkin, que lamentaba haber sugerido la partida en la que no hallaba diversión alguna.

—Tres picas —anunció el padre Donovan.

—Paso.

—Paso —replicó Marlowe, y todos le miraron sorprendidos.

El padre Donovan le dijo:

—Debiera de tener más fe.

—Estoy cansado de tener fe.

Sus palabras sonaron repentinamente crudas y malhumoradas.

—Lo siento, Peter. Yo sólo intentaba…

—Caramba, Peter —interrumpió Larkin—, todo porque está enojado.

—Tengo derecho a opinar, aunque haya sido una broma de mal gusto —contestó Marlowe manifiestamente alterado. Luego se volvió a Donovan—: Por el solo hecho de que usted juegue a ser mártir, renunciando a comer y durmiendo en los barracones de los soldados, supongo que no tiene derecho a considerarse «la autoridad». La fe no sirve para nada. En todo caso, es propia de los niños… y lo mismo Dios. ¿Qué demonios puede hacer Él? ¿Acaso puede hacer algo? ¡Conteste!

Mac y Larkin miraban a Marlowe sin reconocerle.

—Puede remediar —dijo el padre Donovan sabiendo lo de la gangrena. También sabía muchas cosas que hubiera preferido ignorar.

Marlowe aplastó sus cartas sobre la mesa.

—¡Basura! —gritó—. Eso es basura y usted lo sabe. Y no otra cosa, ya que nos hemos metido en esto.

—¿Pero está loco, Peter? —explotó Larkin.

—No lo sé. Repare en lo que se hace en nombre de Dios —siguió Marlowe con su rostro contorsionado por la rabia que sentía—. Piensen en la maldad que se practica al amparo de su nombre. —Acercó su cabeza a la de Donovan—. ¿Recuerda los miles de seres que fueron quemados y torturados hasta la muerte por humanos sedientos de sangre? ¿Ha olvidado las matanzas y quema de

católicos por los protestantes?

»¿Y qué han hecho los católicos, los judíos, los mahometanos, los mormones, los cuáqueros, y toda la inmunda masa de creyentes? ¡Muerte! ¡Tortura! ¡Quema! Pero claro, mientras lo hagan en nombre de Dios, todo está bien. ¡Qué cantidad de hipocresía! ¡No me hable de fe! ¡No es nada!

—Pero sí tiene fe en su amigo Rey —contestó quedamente el padre Donovan.

—¿No irá usted a decirme que es un instrumento de Dios?

—Quizá lo sea. No lo sé.

—Escuche —Marlowe se rió histéricamente—. Hasta el mismísimo cielo se reirá de eso.

—¡Marlowe! —Larkin se levantó, sacudido por la ira—. ¡Será mejor que se excuse o que salga fuera!

—No se preocupe coronel. Me voy. —Se levantó, los miró con odio a ellos, odiándose a sí mismo—. Oiga, cura. Usted es un chiste. Sus faldas son un chiste.

Recogió algunas cartas de la mesa y las tiró al rostro del padre Donovan antes de precipitarse a la oscuridad.

—¡Dios santo! ¿Qué le sucede a Peter? —exclamó Mac, rompiendo el silencio.

—Peter está afectado de gangrena —explicó el padre Donovan—. O deja que le amputen el brazo, o morirá. Se le ven claramente las ramificaciones escarlatas sobre su codo.

—¿Qué? —Larkin miró petrificado a Mac.

Simultáneamente, los dos se levantaron y corrieron hacia el exterior. Pero el padre Donovan les hizo regresar.

—Esperen no pueden ustedes hacer nada.

—¡Maldita sea! Debe de haber algo que podamos hacer —Larkin estaba en el umbral de la puerta—. Pobre muchacho… y yo pensé… pobre muchacho…

—Nada excepto esperar, tener fe, rezar. Quizá Rey pueda ayudarle —el padre Donovan añadió cansado—: Es el único que puede hacerlo.

Peter Marlowe entró vacilante en el barracón norteamericano.

—Iré en busca del dinero ahora —susurró a Rey.

—¿Está loco? Hay demasiada gente alrededor.

—¡Al diablo la gente! ¿Quiere el dinero o no?

—Siéntese.

Rey le obligó a sentarse, le dio un cigarrillo y le hizo beber café. Luego pensó: «Cuánto trabajo me va a dar este pequeño botín».

Pacientemente le invitó a no perder la serenidad, pues todo iba muy bien, y los medicamentos que necesitaba llegarían pronto. Una hora después Marlowe se mostró más tranquilo y, por lo menos, coherente. No obstante Rey advirtió que apenas le escuchaba. Aunque asentía de vez en cuando, era perceptible que su mente se hallaba presionada por otros pensamientos.

—Ya es hora —dijo Marlowe casi cegado por el dolor, sabiendo que si no iba entonces no iría nunca.

Rey comprendió que pese a ser demasiado pronto para ir sobre seguro, no podía mantenerle por más tiempo en el barracón. Ordenó un despliegue de vigilancia y toda la zona quedó cubierta. Max se cuidó de Grey que estaba en su litera. Byron Jones III de Timsen que se hallaba en la parte norte, junto a la puerta, a la espera de las drogas. Los muchachos de Timsen, otra fuente de peligro, seguían buscando con ahínco al ladrón.

Rey y Tex observaron a Marlowe, que caminaba como si fuera un pertubado por el sendero en dirección al torrente. Vaciló al cruzarlo y una vez en el otro extremo empezó a hacer eses mientras se dirigía a la alambrada.

—¡Jesús! —dijo Tex—. No puedo mirarle.

—Yo tampoco —contestó Rey.

Marlowe, pese al dolor y el delirio, intentó fijar sus ojos en la alambrada. Pedía mentalmente que le llegara una bala. Su agonía era insufrible. Pero no llegó ninguna y continuó su camino, grotestamente erguido, hasta que se tambaleó frente al espino. Se cogió a él para mantenerse firme. Luego se inclinó dispuesto a cruzar. Emitió un débil gemido, y creyó caer en el fondo del infierno.

Rey y Tex corrieron hacia él, y lo arrastraron fuera de la valla.

—¿Qué le pasa? —preguntó alguien desde la oscuridad.

—Supongo que se habrá vuelto loco —contestó Rey—. Vamos, Tex. Llevémosle al barracón.

Una vez allí lo tendieron en la cama de Rey. Tex se apresuró a retirar la vigilancia y el barracón volvió a la normalidad. Sólo quedó uno de guardia en el exterior.

Marlowe gemía y murmuraba incoherencias en su delirio. No obstante,

pasado un rato, se repuso.

—¡Cristo! —gimió mientras intentaba ponerse en pie, inútilmente.

—Tome —Rey le dio cuatro aspirinas—. Tómelas con calma, se encontrará mejor.

La mano de Rey temblaba mientras le ayudaba a beber agua.

«¡Hijo de perra! —pensó amargamente—, si Timsen no trae pronto los medicamentos, no podrás recoger el dinero esta noche. Y si no lo haces, ¿cómo demonios voy a conseguir el diamante?».

Cuando Timsen llegó Rey parecía deshecho.

—Hola, compañero.

Timsen se mostraba igualmente nervioso. Había tenido que proteger a su mejor hombre mientras cruzaba la alambrada hacia las dependencias del doctor japonés, que estaba a cincuenta metros de distancia y no demasiado lejos del aposento de Yoshima, y excesivamente cerca del cuartel de los guardianes para los nervios de cualquier hombre. Pero el australiano se había deslizado en ambos sentidos, demostrando a Timsen que no hay mejor experto en el mundo que un zapador para esa clase de trabajo.

—¿Dónde le colocaremos? —preguntó.

—Aquí mismo.

—Conforme. Ordene la vigilancia.

—¿Dónde está el enfermero?

—Yo haré la primera cura —explicó Timsen algo mareado—. Steven no puede venir ahora. Él continuará luego.

—¿Está seguro de que sabrá hacerlo?

—Encienda una luz —ordenó Timsen—. Claro que sé. ¿Ha puesto agua a hervir?

—No.

—Pues venga. ¿O es que sus yanquis no saben hacer nada?

—¡Manténgase dentro de su camisa!

Rey hizo seña a Tex, que puso agua a hervir. Timsen deshizo el envoltorio quirúrgico y lo ordenó sobre una toalla pequeña.

—¿Es posible? —exclamó Tex—. No he visto nunca una cosa tan limpia. ¡Casi es azul de tan blanco!

Timsen escupió primero y luego se lavó las manos cuidadosamente con una

pastilla de jabón y empezó a hervir la jeringuilla y las pinzas. Después se inclinó sobre Marlowe y le golpeó ligeramente la mejilla.

—¡Eh, amigo!

—Hola —le contestó débilmente.

—Voy a limpiarte la herida, ¿conforme?

Marlowe trató de concentrarse.

—¿Qué?

—Le voy a dar antitoxina.

—Tengo que irme al hospital. Es hora de…, cortarlo.

—Su espíritu le abandonó una vez más.

—Mejor —dijo Timsen.

Una vez esterilizada la jeringa, Timsen le puso una inyección de morfina.

—¡Ayude! —dijo bruscamente a Rey—. ¡Quíteme el maldito sudor de los ojos!

Obediente, Rey cogió una toalla.

Timsen esperó a que la inyección surtiera efecto, y luego deshizo la vieja venda y dejó la herida al descubierto.

—¡Jesús! —La herida aparecía tumefacta, de color púrpura y verde—. Creo que es demasiado tarde.

—¡Dios mío! —exclamó Rey—. No es de extrañar que el pobre hijo de perra estuviera loco.

Timsen apretó los dientes, cortó cuidadosamente lo peor de la carne podrida, y lavó la herida tanto como pudo. Luego la espolvoreó con sulfamida y le puso una venda limpia. Una vez concluida la cura, suspiró.

—¡Caray! —Miró la apariencia perfecta del vendaje, y se volvió.

—¿Tiene una camisa?

Rey descolgó una que pendía de la pared y se la dio. Timsen deshizo una manga, y envolvió con ella el vendaje verdadero. —¿Para qué diablos es eso?

—Camuflaje. No puede circular por el campo con la venda nueva expuesto a que algún curioso agente de la Policía Militar le pregunte de dónde la sacó.

—Comprendido.

—¡Ya es algo!

Rey no hizo caso de la ironía. Se hallaba demasiado afectado por la visión del brazo, y por el olor y la sangre que empapaba el vendaje lleno de mucosa,

tirado en el suelo.

—Tex, recoja esa porquería.

—¿Quién? ¿Yo?

—¡Tírela!

Aunque a disgusto, Tex llevó el vendaje al exterior. Hizo un agujero en la tierra blanda, y después de enterrarlo se sintió enfermo. Cuando regresó, dijo:

—Gracias a Dios no he de hacerlo todos los días. Timsen, tembloroso, llenó la jeringuilla y se inclinó sobre el brazo de Marlowe.

—¡Mire aquí, diantre! —gruñó al ver que Rey se volvía de espaldas—. Si Steven no viene, quizá tenga que hacerlo usted. La inyección debe ser intravenosa, ¿entendido? Ha de buscar la vena, clavar la aguja y aspirar un poco hasta que vea que entra sangre en la jeringa. Entonces sabrá que la aguja está en la vena. Cuando la tenga, le inyecta la antitoxina; pero no de prisa. Invierta tres minutos por centímetro cúbico.

Rey, trastornado, observó el proceso hasta que Timsen presionó el algodón sobre el pinchazo, después de sacar la aguja.

—¡Diablos! Yo no sabré hacer eso.

—¿Quiere dejarle morir? Conforme. —Timsen, que sudaba, sentía los efectos del mareo—. ¡Y mi viejo deseaba que yo fuese médico! —Apartó a Rey de en medio y sacó la cabeza por la ventana para vomitar—. Hágame café, ¡pardiez!

Marlowe se movió medio despierto.

—Pronto estará totalmente bien, amigo. ¿Me entiende? —Timsen, amable, se inclinó sobre él.

Marlowe asintió semiinconsciente y levantó el brazo enfermo. Durante un momento lo miró incrédulo, luego murmuró:

—¿Qué sucedió? ¡Está… está aún… está aún!

—Claro que está —aseguró Rey orgulloso—. Simplemente le curamos y le pusimos antitoxina, Timsen y yo.

Marlowe sólo venía a Rey, moviendo la boca, pero no oía sus palabras. Finalmente, repitió en un susurro:

—¡Está… aún!

Con la mano derecha se tocó el brazo que suponía amputado, y una vez seguro de que no soñaba, volvió a caer en un pozo de sudor, cerró los ojos y

empezó a llorar. Minutos más tarde, dormía.

—Pobre muchacho —exclamó Timsen—. Debió de creer que estaba sobre la mesa de operaciones.

—¿Cuánto rato estará así?

—Otro par de horas. Escuche. Tiene que serle puesta una inyección cada seis horas hasta que la toxina desaparezca. Esto durará unas cuarenta y ocho horas. Hay que cambiarle el vendaje cada día y espolvorear la herida con sulfamida. No se sorprenda si vomita continuamente. Es probable que haya reacción, y mala. La primera dosis ha sido muy fuerte.

—¿Se pondrá bien?

—Ya se lo diré pasados diez días. —Timsen lo recogió todo e hizo un pequeño envoltorio con la toalla—. Ahora liquidemos, ¿conforme?

Rey sacó el paquete de «Kooas» que Shagata le había dado.

—¿Quiere fumar?

—Claro.

Una vez encendidos los cigarrillos, Rey dijo de modo casual.

—Podemos liquidar cuando se realice la operación del diamante.

—Oh, no amigo. Yo entrego y cobro. Aquello no tiene nada que ver con esto —contestó bruscamente Timsen.

—No hay daño en esperar un día o dos.

—Usted consiguió bastante dinero y logrará un buen beneficio. —Se detuvo repentinamente al intuir lo que sucedía—. ¡Oh! —dijo con amplia sonrisa, señalando con el pulgar a Marlowe—. No hay dinero hasta que su compañero lo traiga, ¿eh?

Rey se quitó el reloj de pulsera.

—¿Quiere esto como garantía?

—Oh, no amigo. Confío en usted —miró a Marlowe—. Vaya, parece ser que un montón de cosas dependen de usted, hijo. —Se volvió a Rey con los ojos centelleantes de alegría—. Eso también me da tiempo, ¿no es así?

—¿Cómo? —preguntó Rey con aparente inocencia.

—Vamos, amigo. Usted ya sabe que la sortija ha sido robada, y aguarda al primero que se la traiga. Si yo la tuviera, ¿cree que le permitiría inmiscuirse en el negocio? —Timsen mostraba un aire seráfico—. Bien, eso me da tiempo a encontrar al ladrón, ¿conforme? Si llega antes a usted, no tendrá dinero para

pagar, ¿no es así? Y sin dinero no hay trato, ¿eh? —Timsen esperó y luego dijo benignamente—. Claro que me avisará cuando llegue el bastardo y se lo ofrezca, ¿verdad? Después de todo, es de mi propiedad, ¿entendido?

—Entendido —contestó Rey.

—Usted no lo hará —suspiró—. ¡Vaya atajo de ladrones!

Se inclinó sobre Marlowe, y comprobó su pulso.

—Hum… el pulso aumenta.

—Gracias por su ayuda, Tim.

—Ni pensarlo, amigo. Tuve interés por el bastardo, ¿conforme? Y voy a vigilarle como a un cangrejo colorado. ¿Entendido?

Volvió a reír y se marchó.

Rey se sentía exhausto. Después que hubo tomado café se encontró mejor.

Volvió a sentarse en la silla y se entregó al sueño.

Se despertó sobresaltado y miró a Marlowe, que le observaba.

—Hola —saludó débilmente el enfermo.

—¿Cómo se encuentra? —Rey se desperezó antes de ponerse en pie.

—Como en el infierno. ¿Sabe? No hay nada… nada que yo pueda decir…

Rey encendió el último de los «Kooas» y lo puso en labios de Marlowe.

—Se lo ganó, compañero.

Mientras el enfermo recuperaba fuerzas, Rey le habló del tratamiento y de lo que debía hacerse.

—El único lugar donde pueden curarme es en el barracón del coronel. Mac me despertará y me ayudará a salir cuando lo precise. Puedo yacer en mi litera la mayor parte del tiempo.

Rey aguantó una de las marmitas de rancho mientras vomitaba.

—Lo siento. ¡Dios mío! —exclamó aterrado—. ¡El dinero! ¿Lo traje?

—No. No llegó a pasar la alambrada.

—Oh, Dios. No creo que pueda hacerlo esta noche.

—No se preocupe, Peter. Cuando se encuentre mejor. No hay por qué arriesgarse.

—¿No estropeará el negocio?

—No, no se preocupe.

Marlowe experimentó una recaída y después de recobrarse ofrecía un aspecto terrible.

—He tenido una pesarilla horrorosa. Soñé que me peleaba con Mac, el coronel y el padre Donovan. Dios mío, me alegro de que sólo fuera un sueño. —Se apoyó sobre el brazo bueno, pero volvió a caer.

—¿Quiere ayudarme?

—Tómese tiempo. Sólo acaban de apagar las luces.

—Compañero —dijo alguien desde el exterior.

Rey se asomó a la ventana y miró la oscuridad. Vio la difusa sombra de hombrecillo que se pegaba a la pared.

—De prisa —susurró éste—. Tengo aquí la piedra.

—Habrá de aguardar. No puedo darle el dinero antes de dos días.

—¡Podrido bastardo!

—¡Escuche, hijo de perra! Si quiere esperar dos días, estupendo. Si no, ¡váyase al infierno!

—Conforme, dos días. —El hombre blasfemó obscenamente y desapareció.

Rey oyó las pisadas que se alejaban, y al rato otros pies cautelosos que lo perseguían. Luego, se hizo el silencio, roto únicamente por el zumbido de los grillos.

—¿Qué pasa?

—Nada —replicó Rey preguntándose si el hombrecillo habría escapado.

Ahora bien, estaba seguro de que, cualquier cosa que pasara, él conseguiría el diamante, siempre que volviera a tener el dinero.

# XXII

Durante dos días, Marlowe batalló con la muerte. Pero tenía voluntad de vivir. Y vivió.

—Peter —Mac le despertó suavemente.

—Hola, Mac.

—Es hora.

Le ayudó a salir de la litera y juntos se las arreglaron para bajar los peldaños, la juventud apoyada en la vejez, y se encaminaron en la oscuridad al barracón de Larkin.

Steven ya estaba allí esperando. Marlowe se acostó en la litera de Larkin y volvió a someterse al pinchazo. Tuvo que morder fuerte para no gritar; Steven era amable, pero la aguja no.

—Veamos —dijo el enfermero—. Ahora le tomaré la temperatura. —Le colocó el termómetro en la boca, quitó los vendajes, y examinó la herida. La hinchazón era escasa, y el verde y púrpura había desaparecido; no obstante puso más sulfamida sobre la herida.

—Muy bien.

Steven parecía satisfecho con el resultado del tratamiento, pero aquel día su humor no era muy bueno. «El sucio sargento Flaherty —pensó con desagrado— sabe que odio hacer aquello pero siempre me escoge».

—¡Podrido! —exclamó en voz alta.

—¿Qué?

Mac, Larkin y Marlowe se alarmaron.

—¿No va bien? —preguntó el paciente.

—Oh, sí querido. Hablaba de otra cosa. Ahora veamos la temperatura. —Retiró el termómetro y sonrió a Marlowe leyendo la temperatura—. Normal. Sólo tiene una décima de más, pero eso no importa. Tiene suerte, mucha suerte.

—Levantó el frasco vacío de antitoxina—. Acabo de darle la última.

Le tomó el pulso.

—Muy bien —miró a Mac—. ¿Tiene una toalla?

Éste se la dio. Steven la mojó con agua fría y puso una compresa en la cabeza de Marlowe.

—Encontré éstas —dijo dándole dos aspirinas—. Ayudarán algo, querido. Ahora descanse un rato. —Se volvió a Mac, se puso en pie y después de suspirar se alisó el *sarong* a la altura de las caderas—. Ya nada más puedo hacer. Está muy débil. Tendrán que darle caldo, y todos los huevos que consigan. Cuídenle. —Se volvió y miró la delgadez de Marlowe—. Habrá perdido seis quilos ochocientos gramos en dos días y esto es peligroso, ¡pobre chico! Seguro que no pesa más de ocho *stones*, y eso es poco para su estatura.

—Le estamos muy agradecidos, Steven —dijo Larkin—. Nosotros reconocemos el mérito de su trabajo.

—Siempre me gusta ayudar —contestó vivamente, arreglándose un mechón de pelo que se le rizaba en la frente.

Mac miró a Larkin.

—Si hay algo… que podamos hacer, nos lo dice.

—Eso es agradable. Los dos son muy… amables —dijo con suavidad, mientras miraba al coronel, que sentía crecer su inquietud al mismo tiempo que jugaba con la medalla de san Cristóbal que llevaba alrededor del cuello—. Si mañana hicieran mi trabajo de hoyos, bueno, haría por ustedes cualquier cosa. Desde luego, cualquier cosa. No puedo soportar aquellas pestilentes cucarachas. Desagradable —se estremeció—. ¿Quieren?

—Conforme, Steven —contestó Larkin, lleno de asco.

—Hasta el amanecer, pues —gruñó Mac, y retrocedió algo para evitar el roce del enfermero.

Larkin no fue tan ligero, y Steven cogió su muñeca y se la golpeó afectuoso.

—Buenas noches, queridos. Los dos son, de verdad, muy amables conmigo.

Cuando se hubo marchado, Larkin miró a Mac.

—Si dice usted algo, le sujeto las orejas por detrás.

Mac se rió. Luego se inclinó sobre Marlowe, que seguía mirándoles.

—Hola, Peter.

—Creo que están los dos a punto para una conquista —dijo sonriendo

desmayadamente—. Está bien pagado con el ofrecimiento de ambos. Es una tentación. Si bien no sé qué puede ver en ustedes dos, viejos. Maldito si lo sé.

Mac rió a Larkin.

—El muchachito está mejor. Ahora, para cambiar, debe aumentar de peso.

—¿Cuándo me pusieron la primera inyección?

—Hace dos días.

—¿Dos días? —«Más bien parecen dos años —pensó Marlowe—. Pero mañana estaré fuerte y podré buscar el dinero».

Aquella noche, el padre Donovan fue a jugar una partida de bridge con ellos. Marlowe les habló de la pesadilla que tuvo sobre la pelea y rieron todos.

—Bien, muchacho —dijo Mac—. Su mente le juega extrañas tretas cuando tiene fiebre.

—Sí —añadió el padre Donovan, que sonrió a Peter—. Celebro que su brazo esté curado.

Este le devolvió la sonrisa.

—No es mucho lo que uno sabe de estas cosas, ¿verdad?

—Yo diría que Él sabe mucho de estas cosas. —Donovan se expresó con seguridad y muy tranquilo—. Estamos en buenas manos. —Luego rió entre dientes y añadió—: Incluso ustedes tres.

—Bueno, ya es algo —contestó Mac—, si bien creo que el coronel está por encima de las pequeñeces.

Después del juego y de marcharse Donovan, Mac dijo a Larkin:

—Montemos la vigilancia y oiremos las noticias antes de acostarnos.

Larkin vigiló la carretera y Marlowe, sentado en el pórtico intentó mantener sus ojos alerta. Dos días de tratamiento fueron suficiente para curar su brazo, si bien transcurrieron como una pesadilla, pero ahora todo iba bien.

Las noticias fueron muy buenas, y no tardaron en acostarse en sus literas. Marlowe durmió sin pesadillas y muy sosegado.

Tan pronto amaneció, Mac visitó los gallineros y encontró tres huevos. Hizo una tortilla con un poco de arroz que había ahorrado del día anterior, y la sazonó con una pizca de ajo.

La llevó al barracón de Marlowe, le despertó y esperó allí hasta que el convaleciente se la comió toda.

Spence penetró en el barracón.

—¡Eh, chicos! —gritó—. ¡Ha llegado algo de correo al campo!

El estómago de Mac se volvió del revés. «¡Oh, Dios! ¡Qué haya una para mí!

Pero no hubo carta para él.

Eran sólo cuarenta y tres cartas para diez mil hombres. Los japoneses habían entregado correo al campo dos veces en tres años. Muy pocas. Y en tres ocasiones permitieron que los prisioneros escribieran una postal de veinticinco palabras. Pero si estas tarjetas habían sido entregadas, lo ignoraban.

Larkin sí tuvo carta. Era la primera que recibía. Su carta estaba fechada el 21 de abril de 1945. Había tardado cuatro meses. Las otras variaban desde tres semanas a más de dos años.

Larkin la leyó y releyó solo. Luego lo hizo para Mac, Marlowe y Rey, sentados en el pórtico de su *bungalow.*

«Amor mío: Ésta es la número 205. Jeannie y yo nos encontramos bien y mamá vive con nosotras, en el mismo lugar de siempre. La última carta tuya que recibimos fue la del día 1.° de febrero de 1942, echada en Singapur. Pero aun así sabemos que estás bien. Rezamos para que regreses felizmente.

«Todas mis cartas llevan el mismo encabezamiento. Realmente es difícil, no sabiendo si las recibes. Te quiero. Te necesito. Y te hecho de menos, a veces, más de lo que puedo soportar.

»Hoy me siento triste. No se por qué, pero lo estoy. Quiero librarme de esta depresión, y decirte toda clase de cosas agradables.

«Quizás esté triste debido a la señora Gurble. Ella recibió ayer una tarjeta y yo no. Soy más egoísta de lo que imagino. Pero soy así. De todos modos, dile a Vic Gurble, que su esposa, Sara, recibió su postal del 6 de enero de 1943. Está bien y su hijo es robusto. Todas las chicas del regimiento se encuentran bien. La madre de Timsen sigue estupendamente. No te olvides de darle recuerdos a Tom Masters. Vi a su esposa anoche. Ella también está bien y gana mucho dinero para él. Ha emprendido otro negocio. He visto a Elizabeth Ford, Mary Vickers…».

Larkin levantó los ojos de la carta.

—Menciona el nombre de una docena de esposas. Pero los hombres están muertos. Todos. El único que vive es Timsen.

—Siga leyendo, amigo —indicó Mac, a quien hacía sufrir la agonía que reflejaban los ojos de Larkin.

«Hoy hace calor y estoy sentada en el pórtico. Jeannie juega en el jardín y

creo que esta semana iré a la cabaña.

»Te escribiría las últimas noticias, pero no está permitido.

«¡Oh, Señor! ¿Escribo a un vacío? ¿Cómo puedo saberlo? ¿Dónde estás, mi amor? Por caridad, ¿dónde estás? No puedo escribir más. Acabaré la carta aquí y no la mandaré… Mi amor, ruego por ti. Ruega tú por mí. Ruega por mí, ruega por mí…».

Después de una pausa, Larkin dijo:

—No hay firma y… la dirección va escrita por mi madre. Bueno, ¿qué piensan de eso?

—Ya sabe cómo son las mujeres —respondió Mac—. Probablemente la puso en el cajón y su madre la encontró y la echó al correo, sin leerla y sin consultar. Ya sabe cómo son las madres. Es probable que Betty se repusiera al día siguiente y escribiera otra, sintiéndose mejor.

—¿Qué quiere decir con «ruega por mí»? —preguntó Larkin—. Ella sabe que lo hago todos los días. ¿Qué sucede? ¡Dios mío! ¿Estará enferma?

—No se preocupe, coronel —dijo Peter Marlowe.

—¿Qué demonios sabe usted de estas cosas? —preguntó bruscamente Larkin —. ¿Cómo diablos puedo dejar de preocuparme?

—Por lo menos sabe que ella y su hija están bien —le replicó Mac enojado, por su propia añoranza—. Bendiga su suerte hasta ahí. Nosotros no hemos recibido carta, ¡ninguno! Usted tiene suerte.

Y, furioso, salió fuera.

—Lo siento, Mac. —Larkin corrió tras él, empujándole para que regresara.

—Lo siento, es simplemente así, después de tanto tiempo…

—Perdone, amigo. No se debe a lo que usted dijo. Soy yo quien ha de excusarse. Me siento enfermo de celos. Creo que odio estas cartas.

—Puede repetirlo sin miedo —dijo Rey— Es algo que vuelve a uno loco. Los que las reciben se vuelven locos, los que no las reciben, también. Sólo traen jaleo.

Era anochecido, después de la cena. Todo el personal del barracón norteamericano aparecía reunido.

Kurt escupió al suelo, y dejó la bandeja.

—Aquí está lo mío. Me quedé una a cuenta de mi diez por ciento. —Volvió a escupir, y se fue.

Todos miraron la bandeja.

—Creo que enfermaré de nuevo-dijo Marlowe.

—Lo comprendo —le disculpó Rey.

—No entiendo de eso —Max se aclaró la garganta—. Parecen piernas de conejo. Pequeñas, desde luego, pero aun así, parecen piernas de conejo.

—¿Quiere probar una? —preguntó Rey.

—¡Infiernos, no! Dije sólo que lo parecían. Puedo dar una opinión, ¿no?

—Os juro que nunca creí que, realmente, pudiéramos vender alguna —exclamó Timsen.

—Si no lo supiera… —Tex se detuvo—. Tengo mucha hambre y no he visto carne desde que nos comimos aquel perro.

—¿Qué perro? —preguntó Max.

—Eso fue… hace unos años —respondió Tex—. Hacia el cuarenta y tres.

—Ah.

—¡Maldita sea! —exclamó Rey fascinado aún por la bandeja—. Su aspecto es bueno. —Se inclinó y olió la carne, si bien no acercó demasiado la nariz—. Huele bien… —Pero interrumpió ávidamente Byron Jones III—, es carne de rata.

Rey apartó la cabeza.

—¿Para qué demonios dice usted eso, hijo de perra? —exclamó riendo Marlowe, que cogió una pierna y la colocó sobre una hoja de banano—. Ésta me la llevo.

Regresó a su barracón y susurró a Ewart.

—Quizá hoy podamos cenar bien.

—¿Qué?

—No se preocupe. Algo especial.

Marlowe sabía que Drinkwater les oía. Colocó la hoja de banano en su estante y dijo a Ewart.

—Regreso dentro de un momento.

Media hora después la hoja de banano había desaparecido, lo mismo que Drinkwater.

—¿Salió usted? —preguntó Marlowe a Ewart.

—Sólo un momento. Drinkwater me pidió que fuera a buscar agua. Dijo que se encontraba mal.

Marlowe sufrió un acceso de risa histérica y todos los del barracón creyeron que había perdido la razón. Mike le sacudió y dejó de reír.

—Lo siento. Es un chiste secreto.

Cuando Drinkwater regresó, Marlowe simuló estar mortalmente preocupado con la pérdida de la comida. El otro se preocupó también y dijo pasándose la lengua por los labios:

—Vaya juego sucio.

La risa volvió a sacudir a Marlowe, que, finalmente, se fue a su litera y se tendió agotado. Este cansancio acentuó su extenuación de días anteriores. Se durmió y en sueños vio a Drinkwater comer montañas de pequeños muslos. Él le contemplaba mientras tanto, a la vez que el otro decía: «¿Qué pasa, qué pasa? Son deliciosos, deliciosos…».

Ewart le despertó.

—Hay un norteamericano fuera, Peter. Quiere hablar con usted.

Marlowe se sentía débil y mareado, pero se levantó de la cama.

—¿Dónde está Drinkwater?

—No lo sé. Se fue después que le dio a usted el ataque.

—Oh —volvió a reír—. Temí que hubiera sido un sueño.

—¿El qué? —Ewart le estudiaba.

—Nada.

—No sé qué le pasa, Peter. Ültimamente se comporta de un modo muy raro.

Tex esperaba fuera del barracón.

—Peter —susurró—. Rey me manda. Hace usted tarde.

—¡Qué calamidad! Lo siento, me quedé dormido.

—Sí, eso imaginó. «Mejor que se decida», me dijo —Tex frunció el ceño—. ¿Se encuentra bien?

—Sí. Algo débil. Pero estoy bien.

Tex asintió y se marchó de prisa. Marlowe se frotó el rostro y luego descendió los peldaños hacia la carretera de alfalto y se colocó debajo de la ducha. Su cuerpo absorbió la fortaleza de la frialdad. Llenó su cantimplora y se fue a las letrinas. Eligió el hoyo más cercano a la alambrada.

Había sólo un hilo de luna. Esperó hasta que la zona estuvo momentáneamente desierta, luego se arrastró por el suelo, cruzó la alambrada y llegó a la jungla. Se mantuvo agachado hasta burlar al centinela que había junto

al sendero entre la jungla y la alambrada. Necesitó una hora para hallar el escondite. Se sentó, cogió los billetes, los ató alrededor de sus muslos, y dobló el *sarong* alrededor de su cintura. Éste, en vez de llegar al suelo, quedaba a la altura de las rodillas.

Tuvo que aguardar otra hora frente a las letrinas antes de poder deslizarse a través de la alambrada. Se acuclilló en un hoyo y esperó hasta que su corazón estuvo más tranquilo. Al fin recogió su cantimplora y abandonó la zona de las letrinas.

—Hola amigo —dijo Timsen con una mueca, saliendo de las sombras—. Maravillosa noche, ¿eh?

—Sí —contestó Marlowe.

—Bella noche para un paseo, ¿verdad?

—Desde luego.

—¿Le importa que camine con usted?

—No, Tim. Celebro que venga conmigo. Así no habrán condenados rateros, ¿verdad?

—Conforme, amigo. Es usted un hueso.

—Usted tampoco es malo —Marlowe le golpeó la espalda—. Nunca le di las gracias.

—Ni pensar en ello, amigo. Se lo juro —rió Timsen—. Casi me engañó. Creí que sólo había ido a evacuar.

Rey puso mala cara cuando vio a Timsen, pero inmediatamente dejó de ponerla al ver el dinero. Lo contó y lo guardó en la caja negra.

—Ahora todo lo que necesitamos es el trozo de hielo.

—Sí, amigo —exclamó Timsen, aclarándose la garganta—. Si cogemos al ladrón antes de que venga aquí, o después, entonces obtengo el precio que acordamos, ¿conforme? Si le compra la sortija y no le cogemos… entonces usted gana. ¿Bastante limpio?

—Seguro —dijo Rey—. Es un trato.

—Bueno. Que Dios le ayude si lo pillamos. —Timsen saludó y Marlowe salió.

—Peter, acuéstese —invitó Rey, sentándose sobre la caja negra—. Su aspecto es de agotamiento.

—Será mejor que regrese.

—Quédese aquí. Quizá más adelante necesite a alguien en quien confiar.

Rey sudaba, y el calor del dinero en la caja negra parecía quemarle a través de la madera.

Marlowe se tendió en la cama, aun doliéndole el corazón por el esfuerzo. Se durmió. No obstante, su mente estaba alerta.

—Compañero —dijo alguien.

Rey se asomó por la ventana.

—¿Ahora?

—De prisa.

El hombrecillo parecía tremendamente temeroso y el blanco de sus ojos rodaba de uno a otro lado mientras vigilaba.

—Vamos, de prisa.

Rey puso la llave en la cerradura, levantó la tapa y sacó el fajo de diez mil que tenía ya contados. Se precipitó otra vez a la ventana.

—Tenga. Diez de los grandes. Los he contado. ¿Dónde está el diamante?

—Cuando tenga el dinero.

—Cuando tenga el diamante —replicó él sujetando fuertemente los billetes.

El hombrecillo le miró beligerante, y luego abrió su puño.

Rey observó la sortija, la examinó, pero se abstuvo de cogerla. Tenía que asegurarse «Sí, es ella. Creo que es ella», se dijo.

—Vamos, hombre —apremió el otro—. ¡Cójala!

Soltó los billetes cuando tuvo bien cogida la sortija, y el desconocido salió disparado. Rey contuvo el aliento, se inclinó hacia la luz y examinó cuidadosamente la sortija.

—Lo hemos conseguido, Peter —susurró alelado—. Lo hemos conseguido. Tenemos el diamante y el dinero.

El esfuerzo de los últimos días llegaba a su fin. Abrió su saquito de café, hizo el gesto de enterrar el diamante allí, pero en su lugar, lo escamoteó limpiamente. Incluso Marlowe, el hombre más cercano a él, se engañó. Tan pronto hubo cerrado la caja, fue presa de un ataque de tos. Ninguno vio cómo transfería la sortija a su boca. Buscó la taza de café frío y se lo bebió, tragándose la piedra. El diamante estaba en lugar seguro. Muy seguro.

Se sentó en una silla y esperó a que pasara la tensión. «Oh, sí —se dijo exaltado—. Lo has conseguido».

Un silbido de peligro cortó la quietud. Max se deslizó al umbral.

—Polis —dijo, y rápidamente se unió a la partida de póquer.

—¡Maldita sea!

Rey se dio prisa y cogió los fajos de dinero. Tiró unos cuantos a Marlowe, otros los puso en sus propios bolsillos, y corrió hacia la mesa dando a cada hombre un montón, que se guardaron.

Luego acercó otro asiento, y se unió al juego.

—Vamos, ¡pardiez! —exclamó.

—Bueno, bueno —respondió Max—. Carta cinco. —Sacó un billete de cien dólares.

—Juego cien.

—Digamos dos —pujó Tex, con cara resplandeciente.

—Acepto.

Todos parecían felices. Max echó las dos primeras cartas y sacó un as.

—Tus cuatro y otros cuatro más —replicó Tex, que tenía un dos cara arriba.

—Juego —dijo Rey, que levantó los ojos y vio a Grey de pie en la puerta, entre Brough y Yoshima. Detrás estaba Shagata y otro guardián.

# XXIII

—De pie junto a sus camas —ordenó Brough, con rostro malhumorado.

Rey lanzó una mirada asesina a Max, que era el vigilante de aquella noche, y había fallado en su tarea. Dijo «polis» sin advertir la presencia del japonés. Si hubiera dicho «japoneses», habría usado un plan distinto.

Marlowe intentó ponerse de pie. Al hacerlo aumentó su náusea, tropezó con la mesa de Rey y se apoyó en ella.

Yoshima miraba el dinero depositado en la mesa. Brough ya lo había visto y parpadeado. Grey sintió que su pulso se aceleraba.

—¿De dónde procede este dinero? —preguntó Yoshima.

Nadie contestó.

—¿De dónde vino este dinero? —gritó Yoshima.

Rey creyó morir por dentro. Shagata parecía estar nervioso, y esto le hizo comprender que sólo un pelo le separaba de Outram Road.

—Procede del juego, señor.

Yoshima recorrió el barracón hasta que estuvo frente a Rey.

—¿Ninguno del mercado negro? —preguntó.

—No, señor —dijo forzando una sonrisa.

Marlowe experimentó un deseo creciente de vomitar. Vaciló y estuvo a punto de caerse. Sus ojos no podían mirar fijos. —¿Qué hace aquí un oficial inglés?

Esto le sorprendió, pues según sus informadores, existía poca confraternidad con los norteamericanos.

—Estoy… estoy… sólo de visita —pero Marlowe no pudo continuar—; perdone… —Se asomó a la ventana. Vomitó.

—¿Qué le pasa? —preguntó Yoshima.

—Fiebre, señor.

—Usted —Yoshima se dirigió a Tex—. Siéntele en aquella silla.

—Sí, señor —repuso Tex. Luego se volvió hacia Rey.

—¿Cómo es que hay tanto dinero sin mercado negro? —preguntó suavemente.

Rey sabía que todos los ojos estaban sobre él y era consciente del aterrado silencio. También notó el diamante en su estómago y percibió a Shagata en el umbral. Aclaró su garganta.

—Sencillamente, hemos… ahorrado nuestra pasta para jugar. La mano de Yoshima resonó en la mejilla de Rey haciendo que se tambaleara.

—¡Embustero!

El golpe no le dolió, si bien le pareció que había sido un contacto mortal. «¡Dios mío! —se dijo—. Estoy muerto. Mi suerte se ha acabado». —Capitán Yoshima.

Brough comenzó a caminar por el barracón. Posiblemente fuera inútil interferirse. Quizá lo empeoraría, pero tenía que probarlo.

—¡Cállese! —exclamó Yoshima—. El hombre miente. Todos lo saben. ¡Pringoso yanqui!

Volvió su espalda a Brough y se encaró con Rey nuevamente. —Déme su cantimplora.

Como en sueños, Rey la alcanzó del estante y se la entregó a Yoshima. El japonés vertió el agua, sacudió el recipiente y miró su interior. Luego lo tiró al suelo y fue hacia Tex. —Su cantimplora.

El estómago de Marlowe volvió a irse hacia arriba. «¿Qué pasa con las cantimploras? —chilló su cerebro—. ¿Están siendo registrados Mac y Larkin? ¿Qué pasará si Yoshima pide la mía?». Se arqueó y se arrastró hasta la ventana.

Yoshima recorrió el barracón, examinando todas las cantimploras. Al fin se quedó de pie frente a Marlowe. —Su cantimplora.

—Yo… —otra vez le inundó la náusea, torció sus rodillas y quedó sin habla.

Yoshima se volvió a Shagata y, furioso, dijo algo en japonés.

Shagata contestó:

—*Hai.*

—¡Usted! —Yoshima señaló a Grey—. Vaya con este hombre y el guardián y traiga su cantimplora.

—Muy bien.

—Perdóneme, señor —intervino Rey—. La suya está aquí.

Sacó de debajo de su cama una, la de repuesto, mantenida en secreto contra un día de escasez.

Yoshima la cogió. Pesaba mucho. Lo bastante para contener una radio o parte de ella. Quitó el tapón y la abrió. Una lluvia de granos de arroz se esparció por el suelo hasta que la botella quedó vacía y sin peso. No había radio.

—¿Dónde está la radio? —gritó.

—No hay ninguna… —empezó Brough, confiando en que Yoshima no preguntaría por qué el inglés, que estaba de visita, había puesto su cantimplora debajo de la cama.

—¡Cállese!

Yoshima y los guardianes registraron el barracón, asegurándose de que no hubiera más cantimploras. Luego volvió a insistir:

—¿Dónde está la que contiene la radio? —gritó—. Sé que está aquí. Que uno de ustedes la tiene. ¿Dónde está?

—No hay ninguna radio aquí —repitió Brough—. Si quiere, desmontaremos todo el barracón.

Yoshima supo que de algún modo su información era equivocada. Esta vez no le habían dicho el lugar del escondite, sólo que estaba dentro de una o varias cantimploras, y que uno de los dueños se hallaba en aquel momento en el barracón norteamericano. Sus ojos miraron a cada uno de los hombres. ¿Quién? Desde luego podía conducirlos al cuartel de los guardianes, pero eso no serviría para nada…, no sin la radio. Al general no le gustaban los fracasos. Y sin la radio… Luego, había fallado. Se volvió a Grey.

—Informará usted al comandante de campo que todas las cantimploras quedan confiscadas. ¡Tiene que llevarse al cuartel esta noche!

—Sí, señor —contestó Grey. Su rostro parecía todo ojos.

Yoshima comprendió que antes de que fueran llevadas al cuartel, las que contenían la radio serían sepultadas o escondidas. Pero eso no le preocupaba, pues al verse obligado a elegir otro escondite, ojos alertados vigilarían.

—¡Cerdos yanquis! —rugió—. Se creen muy listos, muy fuertes y muy grandes. Bien, recuérdenlo. Si esta guerra dura cien años, nosotros venceremos. Aunque ustedes puedan con los alemanes. Sabemos luchar solos. No nos vencerán nunca, nunca. Jamás nos conquistarán. Somos pacientes y no tememos a la muerte. Aunque se precisen cien años… les destruiremos.

Luego se precipitó fuera.

Brough se volvió a Rey.

—Se supone que usted está en el baile y dejó que el bastardo japonés y los guardianes penetraran en el barracón, con ese botín esparcido. Necesita que le examinen la cabeza.

—Sí, señor. Seguro como el infierno que lo haré.

—Y otra cosa. ¿Dónde está el diamante?

—¿Qué diamante, señor?

Brough se sentó.

—El coronel Smedly-Taylor me dijo que el capitán Grey tenía información de que usted había conseguido una sortija con un diamante que se cree en su poder o…, tal vez, del teniente de Aviación Marlowe Y «no» tengo ningún reparo en que el capitán Grey registre… mientras yo esté presente. Estábamos a punto de encaminarnos hacia aquí, cuando se presentó Yoshima con sus guardianes para registrar este barracón. Creía saber que uno de ustedes guarda una radio en su cantimplora. ¿Tan locos se han vuelto ustedes? Se nos ordenó a Grey y a mí que le acompañáramos.

Brough, una vez terminada la investigación, daba gracias a Dios que no hubiera ninguna radio allí, si bien supuso que Marlowe y Rey estaban implicados en el asunto. De otro modo, ¿por qué Rey simuló que una cantimplora norteamericana era del inglés?

—Conforme —dijo Brough a Rey—. Quítese la ropa. Va usted a ser registrado, y su litera y su caja negra. —Miró a su alrededor—. El resto de ustedes, muchachos, sigan en calma y continúen el juego. —Volvió a mirar a Rey—. A menos que desee entregar el diamante.

—¿Qué diamante, señor?

Mientras Rey comenzaba a desvestirse, Brough se inclinó sobre Marlowe.

—¿Puedo hacer algo por usted, Peter? —preguntó.

—Un poco de agua.

—Tex —ordenó Brough—, traiga agua. —Luego a Marlowe—: Su aspecto es lamentable. ¿Qué es ello?

—Simplemente… la fiebre… Me siento mal. —Marlowe se acostó en el lecho de Tex y forzó una débil sonrisa—. Aquel maldito japonés me asustó terriblemente.

—A mí también.

Grey registró las ropas de Rey, la caja negra, los estantes y el saquito de café. Los hombres, estupefactos, vieron cómo fracasaba la investigación, pues el diamante no apareció.

—Marlowe. —Grey se hallaba frente a él.

Los ojos del preboste, inyectados en sangre, apenas veían.

—Diga.

—Quiero registrarle.

—Oiga, Grey —intervino Brough—. Tiene usted derecho a investigar aquí si yo estoy presente, pero carece de autoridad para…

—Lo mismo da —contestó Marlowe—. Me es igual. Si no… lo hace… creerá… ¿Quiere ayudarme, por favor?

Marlowe se quitó el *sarong*, lo tiró, y el fajo de billetes cayó sobre la cama. Grey examinó cuidadosamente los bordes. Furioso, se lo devolvió de nuevo.

—¿De dónde sacó este dinero?

—Del juego —dijo Marlowe, recogiendo su *sarong*.

—Usted —gritó Grey a Rey—. ¿Qué es eso? —Levantó otro fajo de billetes.

—Juego, señor —contestó inocentemente, mientras se vestía, y Brough ocultó una sonrisa.

—¿Dónde está el diamante?

—¿Qué diamante, señor?

Brough se levantó y fue hasta la mesa de póquer.

—Parece que no está.

—¿De dónde procede todo este dinero?

—El hombre dice que del juego. No hay ley que prohiba jugar. Naturalmente, yo no lo apruebo —añadió con una fina sonrisa, mirando a Rey.

—Usted sabe que eso no es posible —dijo Grey.

—No es probable, si eso es lo que quiso decir —interrumpió Brough que lo sentía por Grey, con sus ojos reflejando la muerte, la boca retorcida, y sus manos cadavéricas—. Usted quería investigar, ha registrado y no hay diamante.

Se detuvo cuando Marlowe empezó a ir hacia la puerta. Rey lo cogió en el momento en que se desplomaba.

—Vamos, le ayudaré —dijo Rey—. Creo que será mejor que le acompañe a su barracón.

—Usted se queda aquí —dijo Brough—. Grey, quizá será mejor que le ayude usted.

—Por mí puede caerse muerto. —Los ojos de Grey fueron hacia Rey—. i Usted también! Pero no antes de que le haya cogido. Y lo haré.

—Cuando usted lo haga, yo le aplicaré todo el peso de la ley. —Brough miró a Rey—. ¿Conforme?

—Sí, señor.

Brough volvió a mirar a Grey.

—Pero hasta que usted lo haga, o él desobedezca «mis» órdenes… nada puede hacerse.

—Entonces, ordénele que abandone el mercado negro.

Brough se contuvo.

—Daría cualquier cosa por una vida pacífica. —Sintió el desprecio de sus hombres y se sonrió por dentro. «Hijos de perra»—. Usted —se dirigió a Rey—. Se le ha ordenado que deje el mercado negro. Entiendo que mercado negro significa vender comida y otras clases de mercancías a sus propíos paisanos…, en beneficio propio. No debe vender nada para lucrarse.

—Contrabando, eso es el mercado negro —dijo Grey.

—Capitán, vender con algún beneficio o, incluso, robar al enemigo no es mercado negro. No hay daño en comerciar un poco. —Pero va contra las órdenes.

—¡Órdenes japonesas! Yo no reconozco las órdenes de mis enemigos. Y «son» enemigos. —Brough deseaba acabar aquella necedad—. No hay mercado negro.

—Ustedes, los norteamericanos…

—No, no empiece. Ya he tenido suficiente con una noche de Yoshima. Nadie hace mercado negro aquí ni rompe leyes auténticas, al menos, que yo sepa. Ahora bien, si sorprendo a alguno robando, o vendiendo comida o medicinas en beneficio propio, yo mismo le arrancaré el brazo. Y recuerde que éstos son mis hombres. ¿Comprendido?

Grey contempló a Brough y se prometió a sí mismo vigilarle. Eran gente podrida con oficiales perdidos. Se volvió y salió del barracón.

—Ayude a Marlowe hasta su litera, Tex —ordenó Brough.

—Desde luego, Don.

Tex lo levantó en sus brazos y sonrió a Brough.

—Como un bebé, señor —dijo, y salió. Brough miró el dinero que había en la mesa de póquer.

—Bien, bien —dijo moviendo la cabeza, como si hablara a sí mismo—. El juego no es bueno. En absoluto. —Levantó los ojos hasta Rey y dijo dulcemente —: Yo no apruebo el juego, ¿y usted?

«Alerta —pensó Rey—. Brough ha permitido a ese mezquino oficial que te registre. ¿Por qué estos hijos de perra de oficiales consiguen ese aspecto bonachón, si bien uno siempre lo sabe… y pueden oler el peligro a 6 metros de distancia?».

—Bueno —dijo Rey ofreciendo a Brough un cigarrillo y sosteniéndole la lumbre—. Supongo que depende de cómo se lo mire uno.

—Gracias. Nada mejor que un liado. —Los ojos de Brough volvieron a observarle—. ¿Y cómo se lo mira usted, cabo?

—Si gano, me parece bien. Si pierdo, no tanto. —Y se dijo para sí: «Hijo de perra, ¿qué diablos hay en tu mente?».

Brough gruñó y miró el montón de billetes que había en el sitio que ocupara Rey. Asintió pensativo, tendió el brazo y los cogió. Observó las grandes pilas frente de cada puesto.

—Parece como si todos ganaran en esta escuela —dijo sin dirigirse a nadie en particular. Rey no respondió.

—Creo que usted puede permitirse el pago de un tributo. —¿Cómo?

—Sí. «¿Cómo?». ¡Maldita sea! —Brough levantó los billetes—. Esta cantidad es suficiente para tentar a oficiales y soldados.

Rey gimió por la mayor parte de sus cuatrocientos dólares.

—Caramba, Don…

—El juego es un mal hábito, como el jurar. ¡Maldita sea! Si se lo juega puede perderlo, y, entonces, ¿qué pasaría? Si paga un pequeño tributo salvará su alma cuando la situación empeore.

«Negocia, loco —se dijo Rey—. Déjalo en la mitad».

—Bueno, celebraría…

—Conforme. —Brough se volvió a Max—. Usted también.

—Pero, señor… —empezó Rey, dando muestras de acaloramiento.

—Usted ya ha dicho lo suyo.

Max intentó no mirar a Rey, y Brough dijo:

—Eso está bien, Max. Usted le pide consejo con los ojos. Él es un buen hombre que ha pagado su parte. ¿Por qué diablos no ha de pagarla usted también?

Brough cogió las tres cuartas partes de cada montón y contó rápidamente el dinero delante de ellos. Rey tuvo que sentarse.

—Esto hace diez dólares por hombre a la semana. Cobro seis semanas —dijo Brough—. Señalaremos el jueves como día de pago. Ah, Max. Recoja las cantimploras y llévelas al cuartel de los guardianes ahora mismo. —Se llenó un bolsillo con el dinero y luego se volvió hacia la puerta. Allí tuvo un repentino pensamiento. Volvió a sacar los billetes y cogió uno de cinco dólares. Miró a Rey y lo tiró al centro de la mesa.

—Es dinero asesino. —Su sonrisa era angélica—. Buenas noches, muchachos.

En todo el campo se realizaba la recogida de cantimploras.

Mac, Larkin y Marlowe estaban en el barracón. Sobre la cama, junto a Marlowe, se hallaban las cantimploras.

—Podríamos sacar la radio de ellas y echar las cajas a una letrina —dijo Mac —. Estas malditas serán difíciles de ocultar ahora.

—Quizá sea preferible tirarlas tal como están —opinó Larkin.

—¿Lo dice en serio, coronel? —preguntó Marlowe.

—No, amigo. Pero lo dije. No obstante, los tres hemos de acordar algo.

—Quizá devuelvan las otras dentro de uno o dos días. No podemos ocultar la radio mejor de lo que está ahora. —Levantó la vista y dijo rencorosamente—: Pero, ¿quién es el bastardo que lo sabe?

Contemplaron las cantimploras.

—¿No es la hora de las noticias? —preguntó Marlowe.

—¡Ay, muchachito! —exclamó Max, y miró a Larkin.

—De acuerdo —dijo éste.

Rey se hallaba aún despierto cuando Timsen se asomó por la ventana.

—Compañero.

—Hola.

Timsen traía un paquete de billetes.

—Conseguimos los diez que usted pagó.

Rey suspiró, abrió la caja negra y pagó a Timsen el resto acordado.

—Gracias, compañero. —Timsen rió entre dientes—. He oído que hubo un altercado con Grey y Yoshima.

—Así es.

—Es una lástima que Grey no hallara la piedra. No me gustaría encontrarme en sus zapatos… o en los de Peter. ¡Oh, no! Muy peligroso, ¿verdad?

—¡Vayase al infierno!

Tirasen rió.

—Sólo una advertencia amistosa. El primer embarque de tela para gallineros está debajo del barracón, hay bastante para cien jaulas, aproximadamente. —Sacó ciento veinte dólares—. Vendí el primer lote a treinta la pierna. Aquí está su parte: cincuenta-cincuenta.

—¿Quiénes fueron?

Timsen guiñó los ojos.

—Simples amigos míos. Buenas noches, compañero.

Rey se relajó en la cama y comprobó que la red estaba de nuevo sujeta debajo del colchón. Seguía alerta ante el peligro. Resultaba imposible ir al poblado antes de dos días, y, entretanto, sus ojos deberían vigilar. Aquella noche su sueño fue profundo. Al día siguiente vio su barracón rodeado de guardianes.

Después de comer se produjo una repentina investigación en los barracones. Los guardianes penetraron tres veces en los pequeños aposentos antes de dar por terminada su búsqueda.

Cuando oscureció, Mac se arrastró hacia las letrinas, y sacó de un hoyo las tres cantimploras, unidas por un cordel.

Después de limpiarlas regresó al barracón y las conectó. Larkin, él y Marlowe escucharon las noticias. Concluida la emisión, no devolvió las botellas a su escondite. Pese a las precauciones que tomó, había sido observado.

Los tres decidieron no ocultarlas de nuevo. Serenamente, aceptaron la seguridad de que pronto serían cogidos.

# XXIV

Rey corría veloz a través de la jungla. A medida que se acercaba al campo se volvía más cauteloso; finalmente, llegó frente al barracón norteamericano. Se tendió en el suelo y bostezó satisfecho, a la espera del momento oportuno para cruzar el sendero, deslizarse por debajo de la alambrada y así regresar a la seguridad de su barracón. El resto del dinero abultaba sus bolsillos.

Había ido solo al poblado. Marlowe no se hallaba lo suficiente recuperado para acompañarle. Allí encontró a Cheng San y le entregó el diamante. Luego celebraron una fiesta y, más tarde, visitó a Kasseh, que le recibió con su habitual afecto.

El amanecer pintaba el nuevo día cuando Rey se arrastró por debajo de la alambrada y llegó al barracón. Yacía en su lecho cuando notó la falta de la caja negra.

—¡Estúpidos hijos de perra! —chilló—. ¿Es que no puedo confiaros una maldita cosa?

—¡Infiernos! —exclamó Max—. Estaba ahí hace unas horas. Sólo he salido para ir a la letrina.

—¿Dónde diablos está ahora?

Ninguno de los hombres había visto u oído nada.

—Vaya a buscar a Samson y a Brant —ordenó Rey a Max.

—¡Caray! —dijo éste—. Es algo temprano…

—¡Digo que a buscarles!

Media hora después, el coronel Samson llegó sudando de temor.

—¿Qué pasa? Sabe que no se me puede ver aquí.

—Algún hijo de perra ha robado mi caja. Usted puede ayudar a que se encuentre.

—¿Cómo puedo yo…?

—No me importa cómo —le interrumpió—. Mantenga sus oídos abiertos alrededor de los oficiales. No hay más pasta para usted hasta que yo sepa quién lo hizo.

—Pero, cabo, yo no tengo nada que ver con ello.

—Cuando lo sepa, volverá a cobrar su paga semanal. Ahora, largúese.

Minutos más tarde se presentó el comandante Brant y recibió el mismo trato. Tan pronto se fue, Rey se preparó el desayuno, mientras los demás hombres del barracón buscaban por el campo.

Rey contó a Marlowe el robo de la caja negra.

—Eso sí que es mala suerte.

—No importa. Conseguí el resto de la pasta de Cheng San. Tenemos de sobra. Pero pensé que ya era hora de chillar un poco. Los chicos se descuidaron… y es cuestión de principios. —Le tendió un pequeño fajo de billetes—. Ésta es su parte en el negocio del diamante.

Marlowe deseaba enormemente el dinero. No obstante, sacudió negativamente la cabeza.

—Quédeselo. Le debo mucho más de lo que nunca podré pagarle. Y también cuenta el dinero que entregó para los medicamentos.

—Conforme, Peter. Pero aún somos socios.

Marlowe sonrió.

—Bueno.

Se abrió la puerta de la trampa y Kurt salió al barracón.

—Setenta —dijo.

—¿Cómo? —exclamó Rey.

—Día de alumbramiento.

—¡Maldita sea! Lo había olvidado todo.

—Del mismo modo que yo, ¿no? Mataré otras diez dentro de pocos días. No hay necesidad de alimentar a los machos. Hay cinco o seis que ya están a punto.

Rey se sintió enfermo, pero dijo:

—Conforme. Se lo diré a Timsen.

Kurt se marchó y Marlowe dijo:

—No creo que vuelva hasta dentro de uno o dos días.

—¿Por qué?

—Es mejor. Ya no podemos ocultar por más tiempo la radio. Hemos decidido

los tres quedarnos en el barracón.

—¿Quieren suicidarse? Desembaráncense de la maldita si imaginan que están localizados. Entonces, si les preguntan…, lo niegan.

—Pensamos en eso, pero es la única que hay… y queremos que funcione mientras pueda. Con un poco de suerte, no seremos cogidos.

—Encomiéndese a Dios, muchacho.

Marlowe sonrió.

—Sí, lo sé. Por eso no vendré por aquí. No quiero mezclarle en nada.

—¿Qué harán si Yoshima va hacia allí?

—Huiremos.

—Huir, ¿dónde? ¡Por Júpiter!

—Peor es quedarse sentados.

Dino, encargado de la vigilancia en aquel momento, asomó la cabeza por la puerta.

—Perdonen, Timsen se encamina hacia aquí.

—Conforme —dijo Rey—. Le veré. —Se volvió a Marlowe—. Es su cuello, Peter. Mi consejo es desprenderse de ella.

—Lo deseamos, pero es imposible.

Rey comprendió que no podía ayudarle en nada.

—Hola, compañero —saludó Timsen mientras entraba, con su cara tirante de furia—. Me he enterado de que ha tenido algo de mala suerte, ¿eh?

—Necesito una nueva serie de perros guardianes, seguro.

—Usted y yo —contestó furioso Timsen—. Los ladrones metieron su caja negra debajo de mi maldito barracón.

—¿Qué?

—Lo que oye. Está allí, debajo de mi choza, limpia como un silbido. Condenados bastardos, ésa es la verdad. Ningún australiano la ha robado ni la ha ocultado debajo de mi barracón. No señor. Debe de ser un inglés o un yanqui.

—¿Como, quién?

—Lo ignoro. Lo único que sé es que no fue ninguno de los míos. Se lo juro.

—Le creo. Pero puede usted correr mi promesa de mil dólares a quien presente pruebas concretas contra el ladrón. —Rey sacó deliberadamente de debajo de la almohada de su cama el montón de billetes que Cheng San le había pagado para completar la venta. Separó trescientos dólares y se los ofreció a

Timsen, que contemplaba con ojos desorbitados la enorme cantidad.

—Necesito azúcar, café y un coco o dos. ¿Puede conseguírmelo?

Timsen aceptó el dinero, incapaz de apartar los ojos del fajo de billetes.

—Completó la venta, ¿eh? Desde luego, no creí que pudiera hacerlo. Pero lo ha conseguido.

—Sí —dijo Rey impasible—. Tengo bastante para subsistir un mes o dos.

—Un condenado año, amigo —respondió Timsen, aturdido. Luego caminó lentamente hacia la puerta, pero se volvió con una sonrisa repentina—. Mil, ¿eh? Diría que eso producirá resultados.

—Supongo —contestó Rey—. Sólo es cuestión de tiempo.

Una hora después la noticia de la recompensa se extendió por el campo. Los ojos empezaron a observar con interés renovado. Las orejas se tensaron para captar los susurros en el viento. Y fueron desempolvados recuerdos una y otra vez. Con un poco, podía ganarse un millar de dólares.

Por la noche, Rey dio un paseo por el campo, y sintió como nunca el odio, la envidia y la intensidad de las miradas. Aquello acrecentó su sentimiento de superioridad. Todos sabían que era dueño de una enorme cantidad de billetes cuando ellos carecían de un simple dólar. Sólo él, únicamente él, había sido capaz de ganar tanto dinero.

Samson buscaba, Brant buscaba, y lo mismo hacían muchos más. Y si bien la adulación general le ponía enfermo, saboreó su propia satisfacción, pues, por vez primera, lo hacían sin recato. Pasó por delante del barracón de la Policía Militar, e, incluso Grey, que se hallaba de pie junto a la puerta, le devolvió un cortés saludo y no le llamó para registrarle. Rey se sonrió a sí mismo, sabiendo que, incluso Grey, pensaba en el fajo de billetes y en la recompensa.

Rey se había vuelto intocable. Sus dólares eran símbolo de seguridad, vida y poder.

# XXV

Yoshima llegó sigilosamente y con gran prisa aquella vez. No lo hizo como de costumbre a través del campo, y por la carretera. Vino acompanado de muchos guardianes cruzando la alambrada. Cuando Marlowe vio al primero de ellos el barracón estaba ya cercado y no había resquicio por donde escapar. Mac se hallaba debajo de su mosquitero con el auricular pegado a su oreja en el momento en que Yoshima penetró en la estancia.

Yoshima cogió el aparato y escuchó. La radio, aún conectada, le permitió oír el final de la emisión de noticias.

—Muy ingenioso —exclamó soltando el auricular—. ¿Sus nombres, por favor?

—Soy el coronel Larkin, éste es el comandante McCoy, y éste el teniente aviador Marlowe.

Yoshima sonrió.

—¿Un cigarrillo? —preguntó.

Lo aceptaron, y también la lumbre que les ofrecía. Yoshima encendió otro. Todos fumaron en silencio. Luego ordenó: —Desconecten la radio y vengan conmigo.

Los dedos de Mac temblaron al agacharse. Miró nerviosamente a su alrededor en el momento en que otro oficial japonés apareció de repente. Éste susurró algo en el oído de su compatriota. Durante un momento Yoshima le miró sin habla, luego empujó al guardián que vigilaba la puerta y salió presuroso seguido del otro oficial y de todos los guardianes.

—¿Qué pasa? —preguntó Larkin al centinela que les apuntaba con su fusil.

Mac seguía junto a su cama, sobre la radio, con las rodillas temblándole, y sin apenas respiración. Cuando al fin pudo hablar, dijo roncamente:

—Creo que lo sé. Son las noticias. No tuve tiempo de decirlo. Poseemos…

Poseemos un nuevo tipo de bomba. La bomba atómica. Ayer, a las nueve cincuenta horas de la mañana, cayó «una» sobre Hiroshima. La ciudad entera desapareció. Las víctimas se elevan a cientos de miles… Hombres, mujeres y niños. —¡Dios mío!

Larkin se sentó repentinamente, y el nervioso guardián casi presionó el gatillo. Mac le gritó en malayo.

—¡Espere! ¡Sólo se sienta!

—¡Todos sentados! —ordenó en malayo. Obedecieron los tres, y añadió:

—Sois unos locos. Tened cuidado cuando os mováis. Soy responsable de que no escapéis. Permaneced sentados. Dispararé contra vosotros sin vacilar.

Quedaron quietos y sin hablar. Pasado un rato se durmieron, si bien fue un sueño intranquilo bajo la escasa luz de la bombilla eléctrica, y el continuo golpear a los mosquitos que desaparecieron tan pronto empezó a clarear el día.

En esta hora temprana se efectuó el relevo del centinela. Los tres amigos continuaron sentados.

Fuera del barracón, hombres nerviosos caminaban por el sendero, pero miraban hacia él cuando llegaban a su altura.

Mediada la mañana, los tres levantaron sus ojos para ver a Grey, que se acercó al centinela y saludó. Sus manos sostenían dos marmitas con rancho.

—¿Puedo darles eso, *tnakan?*

Destapó los recipientes y mostró la comida.

El guardián se encogió de hombros y asintió.

Grey cruzó la puerta. Sus ojos aparecían con un círculo rojo y eran escrutadores.

—Lamento que esté fría.

—¿Viene a regocijarse, viejo? —preguntó Marlowe, con una sonrisa de desprecio.

—No me causa satisfacción que «ellos» se los lleven. Me hubiera gustado sorprenderles infringiendo órdenes… pero no verles cazados por arriesgar sus vidas en beneficio de todos nosotros. Envidio la suerte que les lleva a una nube de gloria.

—Peter —susurró Mac—. Distraiga al centinela.

Marlowe se levantó y se acercó al umbral. Saludó al guardián y le pidió permiso para ir a la letrina. El otro señaló el suelo junto al barracón. Peter

Marlowe se agachó allí mismo, no muy contento del lugar. No obstante agradeció que no le obligara a hacerlo en la pequeña estancia. Mientras el vigilante contemplaba a Marlowe, Mac susurró las noticias a Grey, que palideció. Luego se levantó, saludó a Marlowe, que le correspondió, e hizo lo mismo con el guardián. Éste señaló la deposición llena de moscas y le indicó que volviera con un balde y lo limpiara.

Grey pasó las noticias a Smedly-Taylor, quien lo susurró a los otros, y todo Changi, mucho antes de que Grey hubiera hallado el balde y colocado otro cubo en el suelo para que lo usaran, se enteró de los sucesos.

Por primera vez un gran temor invadió el campo: miedo a las represalias.

Declinaba el sol cuando volvieron a efectuar el relevo del centinela. Le tocó a Shagata. Marlowe intentó hablarle, pero aquél le obligó a retirarse al interior amenazándole con la bayoneta.

—No puedo hablar contigo. Tú has sido cogido con una radio, y está prohibido. Dispararé contra ti si alguno intenta escapar. Yo no quiero disparar contra ti.

Luego se volvió a la puerta.

—Desearía que terminaran de una vez con nosotros —exclamó Larkin.

Mac miró a Shagata.

—Señor —le dijo indicando su cama—. Te pido un favor. ¿Puedo descansar? He dormido poco esta noche.

—Bueno. Descansa mientras tengas tiempo.

—Te doy las gracias. La paz sea contigo.

—Y contigo.

Mac volvió a su cama y se tendió. Dejó que su cabeza descansara sobre la almohada.

—Sigue funcionando —dijo quedamente—. Transmiten un recital de música. Lo oigo muy bien.

Larkin vio el auricular cerca de la cabeza de Mac y, repentinamente se puso a reír. Los otros dos le imitaron. Shagata les apuntó con el fusil.

—¡Basta! —gritó asustado por la risa.

—Te pedimos perdón —dijo Marlowe—. No ocurre nada. Sólo que cuando se está tan cerca de la eternidad se encuentran divertidas las cosas pequeñas.

—Seguro que tú estás cerca de la muerte. También eres un loco por dejar que

te cogieran. Espero tener tu coraje y reír cuando llegue mi hora. —Tiró un paquete de cigarrillos dentro del barracón—. Toma. Lo lamento.

—No más que yo.

Marlowe dividió los cigarrillos y preguntó a Mac:

—¿De quién es el recital?

—Bach, muchacho —contestó Mac, aguantando con dificultad su risa histérica. Luego, acercó su cabeza al auricular—. Cállense, quiero gozar la música.

—Podemos turnarnos —sugirió Larkin—. Si bien cualquiera que sea capaz de gozar a Bach demuestra ser un loco.

Marlowe fumó su cigarrillo y dijo agradecido a Shagata.

—Te damos las gracias por el tabaco.

Las moscas oscurecían el cubo y su burda tapa. La acostumbrada lluvia de la tarde cayó al fin y se llevó el hedor. A continuación salió el sol y empezó a secar la humedad de Changi.

Rey llegó siguiendo la línea de barracones, consciente de los miles de ojos fijos en él. La prudencia le invitó a detenerse cerca del barracón de los condenados.

—*Tabe*, Shagata-san. Día *ichi-bon*, ¿no? ¿Puedo hablar con mi amigo *ichi-bon?*

Shagata le miró sin comprender.

—Te pide permiso para hablar conmigo —explicó Marlowe.

Shagata pensó un momento; luego asintió.

—Por el dinero que gané con la venta, te dejaré hablar. —Se volvió a Marlowe—. «Si» me das tu palabra de que no intentarás escapar.

—Tú tienes nuestras palabras.

—Sed rápidos. Vigilaré.

Shagata se situó de modo que podía dominar la carretera.

—Hay rumores de que los guardianes van a ser retirados a su cuartel —dijo nervioso Rey—. Maldito si duermo esta noche. Estos bastardos son capaces de hacerlo esta noche.

Sus labios aparecían secos, después de todo un día pendiente de la alambrada a la espera de una señal de los guerrilleros que provocara la huida concertada. Pero no se produjo señal alguna.

—Escuchen. —Bajó la voz y les habló del plan—. Cuando empiece la matanza, huyan del guardián hacia nuestro barracón. Intentaré cubrirles, pero no confíen mucho.

Después saludó a Shagata y se marchó. Una vez en su barracón, reunió consejo de guerra. Les habló del proyecto de fuga, si bien no les dijo que sólo podrían ir diez. Todos discutieron el plan y decidieron esperar.

—No podemos hacer otra cosa —dijo Brough, interpretando el temor general —. Si lo intentamos ahora, seríamos acribillados.

Sólo los muy enfermos durmieron aquella noche. O los pocos que sabían encomendarse pacíficamente a Dios, o al destino. Dave Daven dormía.

—Han traído a Dave de Outram Road esta tarde —dijo Grey a los presos cuando les entregaba la comida del mediodía.

—¿Cómo está? —preguntó Marlowe.

—Sólo pesa treinta y dos kilos.

Daven durmió aquella noche. Al día siguiente murió en su cama mientras Mac escuchaba la radio:

«La segunda bomba atómica ha destruido Nagasaki. El presidente Truman ha dirigido su última invitación a los japoneses, que dice: "Ríndanse incondicionalmente o se enfrentarán con la destrucción total"».

El sol alumbró un nuevo día y las partidas de trabajo salieron como siempre, pero, increíblemente, regresaron pronto. Los suministros de víveres llegaron al campo sin novedad, y Samson pesó las raciones en público.

Quedaban reservas en el almacén para dos días. Las moscas seguían formando nubes por doquier, y todo era igual que antes: las chinches y mosquitos picaban; las ratas amamantaban a sus pequeñuelos; algunos hombres murieron y la Sala Seis tuvo tres nuevos pacientes.

Dos días después Mac oyó las santas palabras: «Aquí Calcuta. "Radio Tokio" acaba de anunciar que el Gobierno japonés se ha rendido incondicionalmente. Han transcurrido tres años y doscientos cincuenta días desde que los japoneses atacaron Pearl Harbor. La guerra ha terminado. Dios salve al rey».

La noticia corrió como la pólvora por todo el campo. Las palabras rebotaban en el cielo, en la Tierra, y en los muros y celdas de Changi.

Aún transcurrieron dos días más sin novedad alguna. Al tercero el comandante jefe del campo caminó por la línea de barracones acompañado de

Awata, el sargento japonés.

Marlowe, Mac y Larkin, vieron cómo se acercaban a ellos, y murieron mil veces a cada paso que adelantaban. Temieron que era llegado su último instante.

# XXVI

—¡Lástima! —dijo Mac.

—Sí —replicó Larkin.

Marlowe miraba fríamente a Awata.

El rostro del comandante del campo aparecía angulado por la fatiga, pero, aun así, sus hombros eran cuadrados y caminaban con firmeza. Vestía pulcramente, como siempre. La manga izquierda de su camisa estaba sujeta debajo de su cinturón. Llevaba zapatillas de madera y su gorra de pico, de color verde gris por los años de sudor tropical. Ascendió los peldaños del pórtico, y vaciló en el umbral.

—Buenos días —dijo con voz ronca, cuando ellos se levantaron.

Awata se dirigió brutalmente al centinela. Este se inclinó y se colocó a su lado. Otra orden seca y los dos se pusieron los fusiles al hombro y se marcharon.

—Se acabó —dijo el comandante del campo—. Cojan la radio y síganme.

Aturdidos, hicieron lo que se les ordenaba y salieron del barracón al sol, que, como el aire, lo encontraron agradable. Siguieron al comandante jefe por la ascendente carretera observados por los miles de ojos pasmados de Changi. Los seis coroneles principales esperaban en las dependencias del comandante de campo. Brough estaba allí también. Todos saludaron.

—Pónganse cómodos, por favor —invitó el comandante jefe de campo, devolviendo el saludo. Luego se dirigió a los tres—: Siéntense. Tenemos contraída con ustedes una deuda de gratitud.

Larkin, incrédulo, preguntó:

—Pero, ¿ha terminado realmente?

—Sí. Acabo de hablar con el general. —El comandante de campo miró los rostros silenciosos—. Al menos, eso creo. Yoshima estaba con el general. Le dije… «La guerra ha terminado». El general me miró cuando Yoshima tradujo.

Yo esperé, pero en vista de que no decía nada insistí: «La guerra ha terminado. Yo… exijo que se rindan». —El comandante de campo se frotó su calva cabeza —. No me respondió. Durante largo rato el general sólo me miró. Yoshima permaneció callado. Finalmente el general habló y Yoshima tradujo: «Sí. La guerra ha terminado. Volverá usted a su puesto en el campo. He ordenado a mis hombres que se vuelvan de espaldas y les protejan contra cualquiera que intente entrar en el campo con ánimo de perjudicarles. Ellos son «sus» protectores hasta que reciban nuevas órdenes. Pero ustedes siguen siendo responsables de la disciplina en el campo».

»No supe qué decir. Ahora bien, le pedí que doblara las raciones y que nos dieran medicinas. Me contestó: «Mañana serán dobladas las raciones y recibirán medicamentos. Desgraciadamente no disponemos de mucho. Pero usted es responsable de la disciplina. Mis hombres les protejerán de aquellos que quieran matarles».

»¿Quiénes son?, pregunté. El general se encogió de hombros y dijo: «Sus enemigos. Bien, la entrevista ha terminado».

—¡Maldita sea! —exclamó Brough—. Quizá deseen que salgamos y así tener una excusa para matarnos.

—No podemos permitir que salgan los hombres —intervino Smedty-Taylor anonadado—. Se amotinarían. Pero debemos hacer algo. Quizá podríamos incautar las armas…

El comandante de campo alzó su mano.

—Lo único que podemos hacer es esperar. Yo supongo que vendrá alguien. Y, hasta ese momento, creo que es mejor comportarse como de costumbre. Me olvidaba decirles que nos permiten mandar un grupo al mar. Irán cinco por barracón cada vez y por turno riguroso. Espero que ninguno se engalle. No hay garantías de que los japoneses de aquí se rindan. Podría darse el caso de que decidan seguir la lucha. Bien, esperemos lo mejor y preparémonos para lo peor.

Se detuvo y miró a Larkin.

—La radio se quedará aquí. —Miró a Smedly-Taylor—. Usted se cuidará de que haya vigilancia permanente.

—Sí, señor.

—Naturalmente —dijo el comandante jefe de campo a Larkin, Peter Marlowe y Mac—, aún tendrán que hacerla funcionar ustedes.

—Si no le importa, señor —dijo Mac—. Permita que otro lo haga. Yo la repararé si algo va mal. Supongo que la tendrá conectada las veinticuatro horas del día. Nosotros no podríamos atenderla tantas horas, y, bueno, ya no hay peligro. Los demás querrán oír las noticias.

—Cuídese de ella, coronel —ordenó el comandante de campo.

—Sí, señor —repuso Smedly-Taylor.

—Ahora será mejor que discutamos las medidas a tomar.

Fuera de la sede del comandante de campo un grupo de curiosos, incluido Max, empezó a reunirse, impaciente por saber lo que se decía dentro y por qué habían retirado el guardián.

Max no pudo aguantar más el esfuerzo y regresó corriendo al barracón norteamericano.

—¡Muchachos! —consiguió gritar.

—¿Llegan los japoneses?

Rey se dispuso a saltar por la ventana y encaminarse a la alambrada.

—¡No! ¡Pardiez! —exclamó sin aliento Max, incapaz de continuar.

—Bueno, pues, ¿qué demonios pasa? —preguntó Rey.

—¡Han retirado el centinela de Pete y la radio! —Max recobró el aliento—. El comandante de campo se llevó a Pete, Larkin y el escocés, y la radio a su dependencia. Un gran zafarrancho se cuece allí dentro ahora. Todos los coroneles mayores están allí, incluso Brough.

—¿Seguro? —inquirió Rey.

—Le digo que lo vi con mis ojos, pero tampoco lo creo.

Se hizo un violento silencio, Rey sacó un cigarrillo y Tex exclamó:

—Ya se acabó pues. Realmente se acabó. Ha de ser eso para que retiren la vigilancia de la radio. —Tex miró a su alrededor—. ¿No les parece?

Max se hundió pesadamente en su litera y se secó el sudor de su rostro.

—Es lo que imagino. Se han llevado el guardián y eso significa que van a ceder…, que no pelearán. —Miró interrogativo a Tex—: ¿No?

Rey chupó su cigarrillo.

—Lo creeré cuando lo vea.

Luego, en el silencio que siguió, el miedo le invadió de repente.

Dino espantaba moscas. Byron Jones III, abstraído, movió un alfil. Miller lo cogió y dejó su reina al descubierto. Max miraba sus pies. Tex se desperezaba.

—Bueno, sigo con las mismas necesidades de siempre —exclamó Dino, y se levantó.

—No sé si reír o llorar —dijo Max—. Me siento como si estuviera acabado.

—No tiene sentido. —Tex hablaba para sí mismo sin saber lo que decía—. Simplemente no tiene sentido.

—Max —pidió Rey—. ¿Quiere hacer café?

Automáticamente Max puso agua en un pote. Enchufó el infiernillo y colocó encima el recipiente. Se dirigía a su litera cuando se detuvo, y, volviéndose, miró a Rey.

—¿Qué pasa, Max? —preguntó intranquilo Rey.

Max sólo le miraba, si bien movía sus labios sin producir sonido.

—¿Qué demonios mira?

De repente, Max agarró el pote, y lo tiró por la ventana.

—¿Es que ha perdido su maldita razón? —explotó Rey—. Me ha mojado.

—Es demasiado —gritó Max, con los ojos desorbitados.

—¡Merece que le saque las entrañas! ¿Se ha vuelto loco?

—La guerra ha terminado. Hágase usted su maldito café —chilló Max, llena de espuma la comisura de los labios.

Rey se puso de pie delante de Max, con el rostro moteado de furor.

—¡Salga de aquí antes de que ponga mi bota en su rostro! —Usted puede hacer eso. Hágalo. Pero no olvide que soy un sargento mayor. ¡Le formaré consejo de guerral.

Max empezó a reír histéricamente, luego la risa se transformó de repente en lágrimas, temblorosas lágrimas, y huyó del barracón, dejando un horrorizado silencio en su estela.

—¡Loco hijo de perra! —murmuró Rey—. Busque agua, Tex. ¿Quiere, Tex? —Después se sentó en su rincón.

Tex se hallaba en la puerta siguiendo con la vista a Max. Miró lentamente a su alrededor.

—Estoy ocupado —dijo con agónica indecisión. El estómago de Rey pareció volverse al revés. Contuvo su náusea y serenó su rostro.

—Sí —dijo con una risita—. Ya lo veo.

Podía captar el latir del profundo silencio. Sacó su cartera y cogió un billete.

—Aquí hay diez. Deje de tener tanto trabajo y vaya por agua, ¿quiere?

Sintió dolor en sus intestinos y contempló a Tex. Pero éste no respondió. Sólo acusó un estremecimiento nervioso y miró a otro lado.

—Aún necesita comer… hasta que todo haya terminado de verdad —recordó desdeñosamente Rey. Luego miró a su alrededor—. ¿Quién desea tomar café?

—Yo —repuso Dino sin disculparse. Trajo el pote, lo llenó de agua y lo colocó en el hornillo.

Rey dejó caer el billete de diez dólares sobre la mesa. Dino lo miró.

—No, gracias —dijo roncamente, sacudiendo la cabeza—. Sólo el café.

Después recorrió con pasos inseguros el barracón. Conscientes de sí mismos, los hombres se volvieron contra el refinado desprecio de Rey.

—Para suerte vuestra, hijos de perra, espero que sea verdad que ha acabado la guerra —les dijo.

Marlowe salió de las dependencias del comandante de campo y corrió hacia el barracón norteamericano. Contestó automáticamente los saludos de bienvenida y sintió los ojos fijos e incrédulos que le observaban. «Sí —pensó—. Yo tampoco lo creo. Pronto volveré a casa. Pronto volveré otra vez, pronto estaré con mi viejo, beberé con él, reiré con él y con toda la familia. Señor, resulta raro. ¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo! Lo conseguí».

—¡Hola muchachos! —Destellaba de alegría cuando penetró en el barracón.

—Hola Peter —saludó Tex, mientras se ponía en pie para estrecharle calurosamente la mano—. Muchachos, nos hemos alegrado al saber que retiraron al centinela, ¡viejo camarada!

—Es buena cosa la comprensión —dijo Peter Marlowe, y se rió. Mientras le rodeaban se meció en el calor de las felicitaciones.

—¿Qué pasó con el jefazo? —preguntó Dino.

Marlowe les contó lo acaecido y todos se sintieron aún más aprensivos. Todos, excepto Tex.

—¡Demonios! No hay necesidad de prepararse para lo peor. ¡Se acabó ya! —dijo confiado.

—Seguro que ha terminado —contestó malhumorado Max mientras penetraba en el barracón.

—Hola Max. Yo… —Marlowe no continuó. Le sorprendió su mirada terrorífica—. ¿Se encuentra bien? —preguntó confuso.

—¡Claro que estoy bien! —contestó irritado. Siguió hacia su litera y se dejó

caer en ella—. ¿Qué demonios mira? ¿Es que si un hombre pierde los estribos alguna vez, han de mirarle todos los bastardos?

—Tómelo con calma —le aconsejó Tex.

—Gracias a Dios pronto saldré de este piojoso lugar. —El rostro de Max tenía un color gris-pardo y su boca se hallaba algo torcida—. Eso va por vosotros ¡piojosos bastardos!

—Calle Max.

—¡Vayase al infierno!

Max se limpió la barbilla, sacó un fajo de billetes de diez dólares de su bolsillo y, salvajemente, los partió y los esparció igual que *confetti*.

—Pero, ¿qué le pasa, Max? —preguntó Tex.

—Nada, hijo de perra. Los billetes ya no valen para nada.

—¿Cómo?

—Acabo de estar en el almacén. Creí que podría comprar un coco. Pero el maldito chino no quiso mi pasta. No la quiso. Me dijo que había vendido todas sus existencias al comandante de campo. Me enseñó una nota que decía: «El Gobierno inglés promete pagar su valor con dólares». Podéis limpiaros el asqueroso trasero con los dólares japoneses… Es para lo único que valen.

—¡Oh! —exclamó Tex—. Es una confirmación. Si el chino no acepta la pasta, realmente lo conseguimos, ¿verdad, Peter?

—Desde luego.

Marlowe gozaba de la cálida sensación de amistad. Incluso la malévola mirada de Max era incapaz de destruir su felicidad.

—Nunca agradeceré bastante la ayuda de ustedes, muchachos.

—¡Demonios! —exclamó Dino—. Es uno de nosotros. —Le golpeó amistoso—. No es malo aunque sea un condenado inglés.

—Será mejor que venga a Estados Unidos cuando salga. Podríamos incluso, convertirle en norteamericano —dijo Byron Jones III.

—Tiene que visitar Texas, Peter. Si alguna vez va a Estados Unidos, visite «el». Estado número uno.

—No hay muchas posibilidades de ello —le contestó—. Pero si alguna vez lo hago, cuente con ello. —Miró hacia el rincón de Rey—. ¿Dónde está nuestro temerario jefe?

—¡Está muerto! —tronó Max, con risa obscena.

—¿Qué? —exclamó Marlowe, asustado pese a sí mismo.

—Vive —replicó Tex—. Pero es lo mismo que si estuviese muerto.

Marlowe miró inquisitivamente a Tex. Vio las expresiones de todos los rostros, y, de repente, se sintió muy triste.

—¿No creen que ha sido algo brusco?

—Nada de brusco —escupió Max—. Está muerto. Nosotros perdimos el honor por ese hijo de perra y ahora lo hemos matado.

Marlowe le respondió con desprecio:

—Pero cuando las cosas iban mal, él les daba comida, dinero e incluso…

—¡Trabajamos para eso! —chilló Max, con los tendones de su cuello tensos —. ¡Ya tomé bastante quina de aquel bastardo! —Sus ojos vieron la insignia del rango de Marlowe en su brazo—. Y usted, bastardo inglés, ¿por qué no besa mi trasero como besó el suyo?

—Calle, Max —dijo Tex a modo de aviso.

—¡Muérase, pimpollo de la estrella solitaria!

Luego le escupió, y el salivazo retumbó en el piso de madera.

Tex se sonrojó. Después se precipitó contra él y lo aplastó contra la pared y le pegó un puñetazo en la cara. Max cayó de su litera pero dio la vuelta y se puso en pie. Agarró un cuchillo de su estante y se abalanzó contra Marlowe. Tex tuvo tiempo de desviar el brazo armado, y el cuchillo rozó el estómago del inglés. Dino sujetó a Max por la garganta y lo arrastró de nuevo a la litera.

—Ha perdido la cabeza —jadeó Dino.

Max miró fijamente a Marlowe. Los músculos de su rostro temblaban. De repente, empezó a chillar, se precipitó fuera de la litera y luchó locamente con los brazos como aspas de molino, mostrando los labios separados de los dientes y sus uñas como zarpas. Marlowe le sujetó un brazo, y los demás cayeron sobre él y volvieron a tenderlo en su litera. Necesitó tres hombres para ser inmovilizado, si bien chillaba y peleaba con dientes y piernas.

—¡Se ha vuelto loco! —gritó Tex.

—¡Una cuerda! —pidió frenéticamente Marlowe que sujetaba a Max con su antebrazo debajo de la barbilla.

Dino descargó su puño sobre la mandíbula, dejándole inconsciente.

—¡Jesús! —dijo a Marlowe al mismo tiempo que se levantaba—. Casi le mata.

—De prisa —aconsejó Marlowe—. Introduzcan algo entre sus dientes, o se morderá la lengua.

Dino encontró un pedazo de madera y se la puso entre los dientes. Luego le ataron las manos.

Una vez bien sujeto, Marlowe se relajó.

—Gracias, Tex. Si no llega a desviar el cuchillo, me lo clava.

—Olvídelo. Fue un acto reflejo. ¿Qué haremos con él?

—Conseguir un médico. Es un simple ataque. No mencionen lo del cuchillo. —Marlowe se frotó el rasguño que hizo el arma en su estómago y observó a Max que se agitaba espasmódicamente—. ¡Pobre muchacho!

—Gracias a Dios que Tex pudo desviarlo —exclamó Dino— Me hace sudar el pensarlo.

Marlowe miró al rincón de Rey. Aparecía solitario. Inconscientemente flexionó su mano y brazo para desentumecerlo después del esfuerzo.

—¿Cómo se encuentra, Peter? —preguntó Tex.

Necesitó largo rato para encontrar las palabras adecuadas.

—Vivo, Tex. Vivo.

Dio media vuelta y salió del barracón al sol.

Cuando encontró a Rey ya había oscurecido. Se hallaba sentado en el tocón de un cocotero que había en el huerto norte, medio oculto entre los viñedos. Miraba sin expresión al campo y no demostró oírle.

—Hola, viejo —saludó alegremente Marlowe, pero su alegría murió en cuanto vio los ojos de Rey.

—¿Qué desea usted, señor? —preguntó Rey, con tono hiriente.

—Verle. Sólo verle.

«Dios mío», pensó compadecido al ver el estado de su amigo.

—Bien, ya me ha visto. Y ahora, ¿qué? —contestó volviéndole la espalda—. ¡Piérdase!

—Soy su amigo, ¿recuerda?

—No tengo amigos. ¡Piérdase!

Marlowe se acuclilló al lado del tocón y sacó dos cigarrillos de los que le diera Shagata.

—Fumemos. Me los dio Shagata.

—Fúmeselos usted, señor.

Durante un momento, Marlowe deseó no haber hallado a su amigo. Pero no se fue. Cuidadosamente encendió los dos cigarrillos y le ofreció uno. Rey no hizo movimiento alguno para cogerlo.

—Vamos. Por favor.

Rey aplastó el cigarrillo después de arrancárselo de las manos.

—¡Al diablo usted y su maldito cigarro! ¿Quiere estarse aquí? Muy bien. —Se levantó y empezó a caminar con pasos largos.

Marlowe le cogió del brazo.

—Espere. Éste es el mayor día de nuestras vidas. No lo estropee sólo porque sus compañeros de barracón se volvieron algo estúpidos.

—Aparte su mano —dijo Rey a través de sus dientes—. O la quito yo.

—No se preocupe por ellos —insistió Marlowe—. La guerra ha terminado, eso es lo que importa. Ha terminado y subsistimos. Recuerde las palabras que usó un día para animarme: Procure ser el número uno. Tenía usted razón. ¿Qué importa lo que ellos digan?

—Yo no doy un comino por ellos. Ni por usted en este momento.

Rey apartó violentamente su brazo y Marlowe le miró anonadado.

—Soy su amigo. ¡Maldita sea! ¡Deje que le ayude!

—No necesito su ayuda.

—Lo sé. Pero me gustaría que fuéramos amigos. Vea —continuó con dificultad—, pronto regresará a su hogar y…

—¡Al demonio regresaré! —exclamó casi con un rugido—. ¡No tengo hogar!

El viento hacía crujir las hojas. Los grillos lanzaban su monótono chirrido. Los mosquitos formaban nubes alrededor de ellos. Las luces de los barracones empezaban a proyectar sombras y la luna se alzaba en un cielo aterciopelado.

—No se preocupe, viejo —respondió compasivo—. Todo irá bien.

—¿Sí?

—Sí. —Peter Marlowe vaciló—. Lamenta que todo haya terminado, ¿verdad?

—Déjeme solo, ¡maldita sea! ¡Déjeme solo! —gritó Rey, que volvió a sentarse en el cocotero.

—Todo irá bien. Y recuerde que soy su amigo. No lo olvide nunca.

Estiró su mano derecha y tocó el hombro de Rey. Percibió cómo se estremecía bajo su contacto.

—Buenas noches, viejo —dijo quedamente—. Hasta mañana.

Sentíase desgraciado al marcharse. «Mañana —se dijo—, mañana podré ayudarle».

Rey quedó sentado sobre el tocón de cocotero, satisfecho de estar solo, y aterrado por su soledad.

El coronel Smedly-Taylor, Jones y Sellars rebañaban sus platos.

—Magnífico —exclamó Sellars, lamiéndose los dedos. Smedly-Taylor chupaba un hueso, aunque estaba ya totalmente limpio.

—Jones, muchacho. Se lo daré a usted. —Eructó—. ¡Qué soberbio modo de acabar el día! Delicioso. Igual que conejo. Algo correoso y duro, pero delicioso.

—No he gozado tanto una comida desde hace muchos años —coreó Sellars —. La carne es algo grasosa, pero, ¡canastos!, maravillosa. —Miró a Jones—. ¿No puede conseguir más? Una pierna no es mucho.

—Quizá.

Jones cogió delicadamente el último grano de arroz. Su plato aparecía seco y vacío, pero él se sentía muy lleno.

—Fue algo de suerte, ¿eh?

—¿Dónde las consiguió?

—Blakely me habló de ello. Las vendía un australiano. Se las compré todas. —Miró a Smedly-Taylor—. Gracias a usted que guardaba el dinero.

—Sí —contestó el aludido.

Abrió la cartera y puso trescientos sesenta dólares sobre la mesa.

—Hay bastante para otras seis. No es preciso racionarse. ¿No les parece, caballeros?

Sellars miró los billetes.

—Si tenía usted ese dinero oculto, ¿por qué no lo empleó unos meses atrás?

—¿Por qué? —Se levantó y se desperezó—. Porque lo ahorraba para hoy. Recuerden que es el último. —Sus ojos de granito miraron a Sellars—. Está bien, hombre, sólo quiero que nos diga algo sobre él. No comprendo cómo se las arregló para obtenerlo. Eso es todo.

Jones sonrió.

—Puede haber sido un trabajo particular. Oí que a Rey casi le dio un ataque al corazón.

—¿Qué tiene que ver Rey con mis dólares? —preguntó Smedly-Taylor.

—Nada.

Jones contó el dinero. Desde luego, habían trescientos sesenta, y era suficiente para comprar doce ancas de *rusa tikus.* Valía treinta dólares cada una y rio sesenta, según la creencia de Smedly-Taylor. Jones se sonrió pensando que el coronel bien podía pagar doble. Ignoraba cómo logró realizar el robo, pero consideraba inteligente mantener el secreto. También él sabía callar, como en el caso de las otras tres *rusa tikus*, que, en unión de Blakely, había preparado y comido en secreto aquella tarde. Blakely se comió una, y él las otras dos, que añadidas a la de aquel momento, era la causa de que estuviera ahito.

—Dios mío —dijo frotándose el estómago—. No creo que pudiera comer tanto todos los días.

—Ya se acostumbrará —respondió Sellars—. Yo sigo hambriento. Vea de conseguir más, muchacho.

Smedly-Taylor, dijo:

—¿Qué les parece si jugamos una o dos partidas?

—Admirable —exclamó Sellars—. ¿Quién será el cuarto?

—¿Samson?

Jones rió.

—Creo que se disgustaría mucho si supiera lo de la carne.

—¿Cuánto tiempo cree usted que necesitarán nuestras tropas para llegar a Singapur? —preguntó Sellars, intentando ocultar su angustia.

Smedly-Taylor miró a Jones.

—Unos cuantos días. Todo lo más una semana, siempre que los japoneses de aquí realmente cedan.

—Si nos han dejado la radio, es porque piensan rendirse.

—Lo espero. Desde luego, confío en ello.

Se miraron mutuamente, olvidados de la buena comida, y perdido su pensamiento en el futuro.

—No hay motivo para preocuparse. Todo…, todo irá bien —opinó Smedly-Taylor.

No obtante, sentía un tremendo pánico; pensaba en Maisie y en sus hijos, preguntándose si estarían vivos.

Poco antes del amanecer un cuatrimotor rugió encima del campo. Nadie sabía si era aliado o japonés, pues al primer sonido de los motores el pánico hizo

presa en todos, esperando oír el silbido de las bombas. Éstas no cayeron y el avión desapareció. Entonces sintieron un nuevo temor: posiblemente se habían olvidado de ellos y nunca vendrían.

Ewart penetró en el barracón y sacudió a Peter Marlowe hasta despertarlo.

—Se dice que el avión sobrevoló el campo de aterrizaje… y que un hombre se ha tirado en paracaídas.

—¿Lo vio usted?

—No.

—¿Habló con alguien que lo viera?

—No. Es sólo un rumor —Ewart intentó ocultar su miedo—. Temo que tan pronto llegue la flota japonesa se vuelvan locos.

—No lo creo.

—Fui hasta la dependencia del comandante de campo. Hay allí muchos hombres reunidos leyendo los boletines de noticias. El último dice… —durante un momento Ewart fue incapaz de hablar, luego continuó—: que las víctimas de Hirosima y Nagasaki sobrepasan los trescientos mil, y que aún mueren la gente como moscas. Parece ser que esta bomba infernal contamina el aire y sigue matando. Dios mío, si esto sucediera en Londres, y yo estuviera encargado de un campo como éste… yo… yo los mataría a todos. Lo haría, lo haría.

Marlowe procuró calmarle. Salió a la puerta del barracón en busca de la luz del nuevo amanecer. También era presa del miedo. Ewart no carecía de razón. Semejante bomba infernal era demasiado. Pero ello trajo un gran beneficio para él, y bendijo in mente a los cerebros que la inventaron. Fueron aquellas bombas las que salvaron a Changi del olvido. «Desde luego —se dijo—, pese a las consecuencias de las bombas, bendeciré siempre las dos primeras y a los hombres que las hicieron. Han salvado mi vida cuando realmente no había esperanza».

Las dos primeras causaron la muerte a una gran multitud, pero también habían salvado las vidas de incontables cientos de miles más.

Sin advertirlo, llegó junto a la puerta principal. Los guardianes seguían allí, como siempre. Pero sus espaldas miraban hacia el campo, si bien conservaban aún sus fusiles. Marlowe los observó curioso. Seguro que darían sus vidas en defensa de unos hombres que hasta el día anterior eran sus despreciables enemigos.

«¡Dios mío! —pensó—. ¡Qué incomprensibles son Tus designios!».

Luego, de pronto, en la creciente luz del amanecer, fue testigo de una extraña aparición. Era un verdadero hombre, un blanco con aspecto de «hombre». Vestía un extraño uniforme, verde, sus botas de paracaidista aparecían pulimentadas y su gorro brillaba como el fuego; un revólver colgaba de su amplio cinto, y llevaba una mochila limpia sobre su espalda.

El raro ejemplar humano caminó hasta el centro de la carretera. Sus tacones resonaban en el suelo. Finalmente se paró frente al cuartel general de ios guardianes.

Peter Marlowe advirtió que ostentaba el rango de capitán. Éste observó a los centinelas y dijo:

—¡Saluden, condenados bastardos!

Ellos le contemplaron estúpidamente. El capitán se acercó al más inmediato, le quitó el fusil que tenía puesta la bayoneta, y lo clavó en el suelo. Dijo otra vez:

—¡Saluden, condenados bastardos!

Nerviosos, le miraron. El capitán empuñó su revólver y disparó una sola vez junto a los pies de uno de los guardianes, y volvió a repetir:

—¡Saluden, condenados bastardos!

Awata, el sargento japonés, Awata *el Temerario*, sudoroso y manifiestamente presa de sus nervios, dio un paso adelante y se inclinó. Los demás le imitaron.

—Eso ya está mejor, ¡condenados bastardos! —dijo el capitán. A medida que los desarmaba fue tirando sus fusiles al suelo—. Métanse en el cuartel.

Awata comprendió el movimiento de su mano. Ordenó a los demás que formaran y, a una nueva orden suya, volvieron a inclinarse.

El capitán, que les observaba, devolvió el saludo.

—¡Saluden condenados bastardos! —exigió de nuevo.

Obedecieron.

—Bien —dijo el capitán—. La próxima vez que yo diga saluden, háganlo.

Awata y sus hombres saludaron. El capitán se volvió y caminó hacia la barricada.

Marlowe sintió los ojos del capitán sobre él y los hombres más próximos. Temeroso, retrocedió.

Primero advirtió repulsión en aquellos ojos, y, luego, compasión.

El capitán gritó a los guardianes:

—¡Abran esa maldita puerta, cerdos!

Awata comprendió la orden de su mano, y, rápidamente, corrió seguido de tres guardianes, que franquearon el camino.

El capitán cruzó la barricada y, cuando la cerraban otra vez, gritó:

—¡Déjenla como está!

Después de obedecer se inclinaron.

Marlowe intentó comprender. Aquel modo de comportarse del capitán no le parecía bien. De repente, advirtió que estaba frente a él.

—Hola —saludó—. Soy el capitán Forsty. ¿Quién es el que manda aquí?

Sus palabras fueron blandas y muy suaves. Pero Marlowe sólo veía sus ojos que le observaban de pies a cabeza.

«¿Qué es lo que me pasa? ¿Qué me ocurre?». Se preguntó desesperadamente. Asustado, retrocedió otro paso.

—No es necesario que me tenga miedo. —La voz del capitán resonaba profunda y condoliente—. La guerra ha terminado. Me han mandado aquí para vigilar que cuiden de ustedes.

El capitán adelantó otro paso. Marlowe retrocedió y el recién llegado se detuvo. Lentamente sacó un paquete de «Players». «Players» ingleses auténticos.

—¿Quiere un cigarrillo?

El capitán adelantó otro paso, y Marlowe huyó aterrado.

—¡Espere un momento! —le gritó Forsty.

Luego se acercó a otro, pero ocurrió lo mismo. Todos huyeron de él.

El segundo gran temor invadía Changi.

Temor de sí mismo. ¿Estoy bien? ¿Lo estoy después de todo este tiempo? Que era tanto como preguntarse: ¿Estoy bien de la cabeza? Habían transcurrido tres años y medio. ¡Dios santo! Ellos recordaban las palabras de Vander Velt sobre la impotencia. «¿Trabajaré? ¿Podré hacer el amor? ¿Estaré bien?», se repetían. Vieron el horror en los ojos del capitán cuando les miró. ¿Por qué?

Rey yacía en su cama cuando se enteró de la llegada del oficial. Aún conservaba el lugar de preferencia debajo de la ventana, pero sólo el mismo espacio que los otros hombres: un metro ochenta por un metro veinte centímetros. Lo advirtió al regresar del jardín norte. Entonces vio que habían movido su cama y sillas, y que otras ocupaban el espacio que era suyo por

derecho. No dijo nada, y ellos tampoco, pero al mirarlos, evitaron sus ojos.

Tampoco habían recogido y guardado su cena. Sencillamente, se la habían comido.

—Bueno —dijo Tex—. Parece que nos olvidamos de usted. Mejor será que esté aquí la próxima vez. Cada hombre es responsable de su propio «chino».

Rey optó por freírse una de sus gallinas. Se comió la mitad y reservó la otra para el desayuno. Sólo le quedaban ya dos aves. Las otras sacrificadas en los últimos días, las compartió con los hombres que realizaron el trabajo.

También intentó comprar en el almacén del campo, pero el montón de billetes ganado con el diamante carecía de valor. En su cartera guardaba once dólares americanos; aquella moneda sí era válida. Ahora bien, con once dólares y dos gallinas no podía subsistir siempre.

Aquella noche durmió como la anterior. Pero en la penumbra del amanecer se encaró consigo mismo y se acusó de debilidad y necedad, impropias de él. Cierto que antes le saludaban todos cuando lo veían pasear por el campo, pero carecía de importancia que Brant, Prouty, Samson y otros muchos, le negaran ahora el saludo. No obstante se le hacía insufrible que hombres como Tinker Bell, Timsen, los agentes de la Policía Militar, sus informadores y aquellos que trabajaban sólo para él, hombres a quienes había ayudado, vendido o regalado comida, cigarrillos o dinero, le miraran como un desconocido. Allí donde siempre hubo ojos observándole, aunque fuera con odio, ahora no advertía nada.

Un frío extraño heló su cuerpo al caminar por el campo, volver a su morada y yacer en su lecho como un fantasma.

Aquello era la nada.

En aquel momento oía a Tex que explicaba la increíble noticia de la llegada del Capitán, y percibió el nuevo temor que agarrotaba a todos.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Por qué diablos se quedan tan silenciosos? Ha llegado un tipo de fuera. Eso es todo.

Ninguno dijo nada.

Rey se levantó, crecido por el silencio. Se puso su mejor camisa y sus pantalones nuevos, y limpió el polvo de sus brillantes zapatos. Se colocó el gorro algo ladeado, y se quedó un momento en el umbral.

—Me apetece hoy algo cocinado aquí —dijo sin dirigirse a nadie en particular.

Miró a su alrededor y observó el hambre en los rostros de sus compañeros y la escasa esperanza que había en sus ojos. Se sintió poderoso otra vez y normal como antes.

—¿Tiene trabajo hoy, Dino? —preguntó al fin.

—No, no —repuso éste.

—Mi cama necesita arreglo, y hay algo que lavar.

—¿Desea…, desea que lo haga? —preguntó vencido, si bien a disgusto.

—¿Quiere?

Dino juró entre dientes, pero el recuerdo de la fragancia del pollo de la noche anterior terminó con sus escrúpulos.

—Desde luego.

—Gracias, compañero.

Rey lo despreció al mismo tiempo que le divertía la lucha soterrada de su yo. Se volvió hacia los peldaños.

—Bueno…, ¿qué gallina querrá? —preguntó Dino detrás de él.

Rey no se detuvo.

—Ya lo pensaré. De momento arregle la cama y lave la ropa.

Dino apoyado contra el umbral le observó mientras caminaba por el sol junto al muro de la cárcel, hasta que se perdió detrás de la esquina.

—¡Hijo de perra!

—¡Vayase al lavadero! —exclamó Tex.

—¡Maldita sea! ¡Tengo hambre!

—¡Le convenció sin prometerle ningún maldito pollo!

—Hoy se comerá uno —aseguró esperanzado—. Me invitará. Nunca ha comido sin dar a quien le ayuda.

—¿Qué hizo la noche pasada?

—Estaba disgustado porque le quitamos su espacio.

Dino pensaba a la vez en el capitán inglés, en su hogar y su novia. ¿Le esperaría? ¿Se habría casado? «Seguro que estará casada —se dijo sombríamente —. Tampoco habrá nadie en casa. ¿Cómo diablos encontraré trabajo?».

—Eso era antes —decía Byron Jones III—. Te apuesto algo a que el hijo de perra se lo come delante de nosotros.

Pero su mente se hallaba muy lejos, en su hogar. «Maldito si volveré allí. Tendré un apartamento para mí solo. Sí. Pero, ¿de dónde sacaré la pasta?».

—¿Y qué, si lo hace? —preguntó Tex—. Seguro que sólo nos quedan dos o tres días nada más.

Texas llenó su cerebro. «¿Recuperaré mi trabajo? ¿Dónde viviré? ¿Cómo obtendré dinero? ¿Servaré para cortar el heno?».

—¿Y qué me dice del oficial inglés, Tex? ¿No sería mejor que habláramos con él?

—Sí. Deberíamos hacerlo. Pero diablos, quizá luego, o mañana. Debemos acostumbrarnos antes a la idea —Tex reprimió un estremecimiento—. Cuando me miró, fue como si mirara a un…, bicho raro. ¡Vaca sagrada! ¿Qué diablos hay de malo en mí? Mi aspecto es normal, ¿no les parece?

Todos estudiaron a Tex, intentando descubrir lo que el oficial había visto. Pero ellos sólo vieron a Tex, el Tex que conocían desde hacía tres años y medio.

—Me parece normal —opinó finalmente Dino—. El bicho raro lo será él. Maldito si yo hubiera bajado en paracaídas solo en Singapur, estando los piojosos nipones alrededor. El verdadero bicho raro es él.

Rey caminaba siguiendo el muro de la prisión. «Eres un estúpido hijo de perra —se dijo—. ¿Por qué estás tan abatido? Todo es normal en el mundo. Seguro. Tú eres aún el amo. Eres todavía el único que sabe cómo tratar las situaciones».

Ladeó un poco más su gorro y se rió entre clientes al recordar a Dino. «Aquel bastardo estará maldeciéndome, y se preguntará si realmente va a conseguir su parte de pollo, después de haber aceptado el trabajo. ¡Al demonio con él, que sude!», pensó jovialmente.

Pasó junto a dos barracones, donde un grupo de hombres se entretenía en mirar hacia la puerta del lado norte. Todos se hallaban silenciosos, inmóviles.

Rodeó otro barracón y entonces descubrió al oficial que, de pie en un claro, miraba aturdido a uno y otro lado. Luego vio cómo se encaminaba hacia algunos hombres, y rió sardónicamente al verlos retroceder.

«¡Idiotas! —se dijo—. Estáis totalmente locos. ¿Qué ocurre para que os asustéis así? Se trata de un capitán. Seguro que necesita ayuda. Pero, ¿qué infiernos le sorprende tanto?».

Apresuró el paso, si bien no hizo ruido.

—Buenos días, señor —le saludó.

El capitán Forsty se volvió sobresaltado.

—Hola —correspondió con alivio—. Gracias a Dios que encuentro a uno con aspecto normal. —Advirtió el significado de sus palabras y trató de disculparse—. ¡Oh! Lo siento. No quise decir…

—No se preocupe —interrumpió Rey, amablemente—. Esa escoria descompone a cualquiera. Muchacho, celebramos verle. Bien venido a Changi.

Forsty sonrió. Aunque mucho más bajo que Rey, su constitución era tan fuerte como un tanque.

—Gracias. Soy el capitán Forsty. He sido mandado para inspeccionar el campo mientras llega la flota.

—¿Cuánto falta?

—Seis días.

—¿No puede ser más pronto?

—Supongo que estas cosas necesitan tiempo —Forsty señaló con la cabeza los barracones—. ¿Qué les ocurre a los demás? Parece como si yo fuera un leproso.

Rey se encogió de hombros.

—Se encuentran en un estado de conmoción. No creen aún lo que ven sus ojos. Ya sabe cómo son algunos tipos. Y llevamos mucho tiempo aquí.

—Sí, es verdad —respondió lentamente.

—Es de necios asustarse de usted —volvió a encogerse de hombros—. Pero así es la vida.

—¿Es usted norteamericano?

—Sí, somos veinticinco entre oficiales y soldados. El capitán Brough es nuestro oficial de mayor categoría. Fue derribado en 1943. Quizá desee conocerle.

—Desde luego.

Forsty sentíase totalmente agotado. Le habían encomendado aquella misión en Burma cuatro días antes. La espera, el vuelo y el salto; el paseo hasta el campo de prisioneros, la preocupación por lo que encontraría y por la reacción de los japoneses, y el medio de que se valdría para cumplir las órdenes, llenaron de terror sus sueños. «Bueno, viejo; pediste una misión y la conseguiste. Ya estás aquí. Por lo menos pasaste la primera prueba en la puerta principal. Pobre loco —se dijo—, estabas tan aturdido que sólo sabías decir: Saluden, condenados bastardos».

Forsty veía los grupos apiñados de hombres que le contemplaban desde los barracones, ventanas, umbrales y sombras. Todos guardaban silencio.

Veía también la carretera bordeada de barracones y la zona de las letrinas. Las aletas de su nariz se impregnaron del hedor que aumentaba el calor, la humedad y la orina. Hombres que parecían «zombies», se movían por todas partes, vestidos con harapos, taparrabos o *sarongs.* Todos mostraban su osamenta descarnada.

—¿Se siente bien? —preguntó Rey solícito—. No parece usted muy animado.

—Me siento bien. ¿Quiénes son esos pobres hombres?

—Simplemente, alguno de los muchachos —contestó—. Son oficiales.

—¿Qué?

—¿Hay algo de malo en ellos?

—¿Quiere usted decir que aquéllos son oficiales?

—Sí. Esos barracones pertenecen a los oficiales. En aquella hilera de *bungalows* viven el comandante de campo, los coroneles y demás jefes. Hay cerca de un millar entre australianos e ingleses en los barracones. Dentro de la cárcel habrá unos siete u ocho mil soldados ingleses y australianos.

—¿Están todos como ésos?

—¿Cómo dice?

—¿Tienen todos esa misma apariencia? ¿Todos visten de esa forma?

—Desde luego —Rey sonrió—. Desde luego, parecen un racimo de podredumbre. Seguro que no me fijé en eso hasta ahora.

Entonces advirtió que Forsty le estudiaba críticamente.

—¿Qué pasa? —preguntó desvaneciéndose su sonrisa.

Detrás y alrededor de ellos había hombres que les observaban; también estaba Marlowe. Pero todos permanecían a discreta distancia, preguntándose si, realmente, sus ojos veían a un ser con auténtica apariencia de hombre, y con un revólver en el cinto, que hablaba con Rey.

—¿Por qué es usted tan diferente a todos ellos? —preguntó Forsty.

—¡Señor!

—¿Por qué viste usted bien, mientras ellos van con harapos?

La sonrisa de Rey apareció nuevamente.

—He cuidado mis ropas. Supongo que ellos no.

—Tiene usted buen aspecto.

—No tanto como yo quisiera, pero imagino que puedo pasar. ¿Quiere que le enseñe los alrededores? Pensé que necesitaría ayuda. Puedo llamar a algunos de los muchachos, reunirlos. No hay nada en el campo que valga la pena mencionar. Si bien tenemos un camión en el garaje. Podríamos ir a Singapur y liberar…

—¿Por qué parece ser usted el único aquí? —interrumpió Forsty con palabras como balas.

—¿Qué?

Forsty señaló con gesto enérgico de su dedo cuanto le rodeaba.

—Veo de doscientos a trescientos hombres, y usted es el único que va vestido. Todos aparecen tan delgados como un bambú, pero usted —se volvió con ojos fríos a Rey—, usted se conserva muy bien.

—Soy lo mismo que ellos. He estado en el baile. Pero con suerte.

—No existe la suerte en un agujero infernal semejante.

—Sí que existe —replicó Rey—. Y no hay nada de malo en cuidar la ropa, ni en mantenerse lo mejor posible. Un hombre debe de buscar ser el número uno. ¡No hay daño en eso!

—En absoluto —<üjo Forsty— con tal que no sea a costa de otros. —Luego preguntó—: ¿Dónde están las dependencias del comandante de campo?

—Allá —Rey señaló la primera hilera de *bungalóws*—. No comprendo qué le pasa. Pensé que podría serle útil, que necesitaba a uno que le pusiera en antecedentes…

—No necesito «su» ayuda, cabo. ¿Cómo se llama?

Rey lamentó haber perdido el tiempo intentando ayudar. «Hijo de perra —pensó furioso—, eso es lo que se gana cuando se intenta ser útil».

—Rey, señor.

—No le necesito, cabo. Tampoco le olvidaré. Seguro que veré al capitán Brough a la primera oportunidad.

—¿Qué demonios significa eso?

—Significa que considero a usted sospechoso —dijo enojado Forsty—. Quiero saber por qué usted se conserva bien cuando los demás no lo están. Para conservarse en un lugar como éste, se necesita dinero, y son escasos los medios de conseguirlo. No obstante, hay alguno como informar, vender medicamentos o comida…

—¡No estoy dispuesto a consentir este rapapolvo!

—¡Retírese, cabo! ¡No olvide que haré cuestión de honor el vigilarle!

Rey hizo un esfuerzo supremo para no aplastar su puño contra el rostro del capitán.

—¡Retírese! —repitió Forsty, y añadió maligno—: ¡Fuera de mi vista!

Rey saludó militarmente y se marchó con los ojos inyectados de sangre.

—Hola —dijo Peter Marlowe interceptándole—. Me gustaría tener sus tripas.

Los ojos de Rey se aclararon.

—Sí, señor —saludó, y empezó a caminar.

—Por Dios, raja, ¿qué demonios pasa?

—Nada. Sólo que… no tengo ganas de hablar.

—¿Por qué? ¿Hice algo que le ofendiera? O, simplemente, ¿está enfadado conmigo? Por favor, dígamelo.

—Nada tiene que ver con usted.

Rey forzó una sonrisa, si bien lloraba por dentro. «Señor —se dijo mentalmente—, ¿qué he hecho mal? Alimenté y ayudé a esos bastardos, y ahora me miran como si fuera un desconocido».

Giró la cabeza y vio a Forsty que caminaba entre dos barracones, luego, desapareció. «Y él piensa que soy un maldito espía».

—¿Qué dijo? —preguntó Marlowe.

—Nada… Él… fui a… a hacer algo por él.

—Soy su amigo. Deje que le ayude.

Rey sólo quería ocultarse. Forsty y los otros habían destruido su personalidad y sentíase perdido. Sin el escudo de su poder no era nadie.

—Hasta luego —murmuró y se fue presuroso.

«Señor —lloraba por dentro— devuélveme mi personalidad. Por favor, haz que sea otra vez el mismo».

Al día siguiente un avión sobrevoló el campo. Su vientre vertió suministros. Algunos cayeron en el campo, pero otros no. Los últimos no fueron recogidos. Nadie quiso abandonar la seguridad de Changi. Podría ser una trampa.

Las moscas, como siempre, lo inundaban todo, y otros cuantos hombres murieron aquel día. El nuevo amanecer trajo aviones que aterrizaron en el campo de aviación. Un coronel llegó a Changi acompañado de médicos y subalternos.

Traían medicamentos. Otros aviones siguieron a los primeros.

De repente se vieron *jeeps* que corrían por el campo, llenos de hombres fornidos que fumaban y cuatro médicos. Todos eran norteamericanos. No tardaron mucho en acribillar a sus compatriotas con inyecciones, y atiborrarles de botes de zumo de naranja fresca, comida y cigarrillos. Finalmente, abrazaron a sus muchachos, a sus héroes, y les ayudaron a subir a los *jeeps*, que condujeron a la puerta de Changi, donde aguardaba un camión.

Marlowe les miraba lleno de asombro. «No son héroes —pensó aturdido—. Ni nosotros. En realidad perdimos nuestra guerra. ¿Acaso no?

Luego no somos héroes. ¡No, no lo somos!».

Vio a Rey a través de la niebla de su mente. Era su amigo. Había esperado tener una oportunidad para hablar con él, pero cuando lo encontraba, le despedía con un «Más tarde», «Ahora estoy ocupado». Y ahora se marchaba sin que la oportunidad buscada se presentase.

Peter Marlowe, como muchos de los habitantes de Changi, se encontraba junto a la puerta, observando la marcha de los norteamericanos. Esperaba decir adiós a su amigo y darle las gracias por lo del brazo y por las muchas veces que habían reído juntos. Grey también se encontraba allí.

Forsty, cansado, permanecía en pie junto al camión. Entregó la lista.

—Guarde usted el original, señor —dijo al comandante norteamericano—. Sus hombres están relacionados por rango, cuerpo a que pertenecen y número de identificación.

—Gracias —dijo aquél. Firmó las listas y devolvió cinco copias—. ¿Cuándo llegarán los suyos?

—Dentro de un par de días.

El oficial miró a su alrededor y acusó un estremecimiento.

—Creo que necesita usted ayuda.

—¿Le sobran medicamentos, por casualidad? —preguntó Forsty.

—Desde luego; le mandaré todos los que tengo en el avión. Tan pronto haya puesto en camino a nuestros muchachos, volveré a traérselos en nuestros *jeeps*. Le dejaré un médico y dos practicantes hasta que salga usted de aquí.

—Gracias —el capitán intentó borrar la fatiga de su rostro—. Los necesito. Firmaré un recibo por los medicamentos. El ejército inglés pagará su importe.

—Nada de papeles. Si quiere las medicinas, cuente con ellas. Para eso son.

—Se volvió—. Conforme, sargento, súbalo al camión. —Se fue junto al médico —. ¿Qué opina, doctor?

—Está sujeto a causa criminal. —El médico levantó la vista de la figura inconsciente, muy bien colocada en la camilla—; es inevitable. Afortunadamente para él, se ha vuelto loco.

—Hijo de perra —dijo molesto el comandante, e hizo una señal de confrontación junto al nombre de Max en la lista—. Parece poco noble. —Su voz se suavizó—. Y los demás, ¿cómo están?

—No muy bien. Síntomas de resistencia a lo exterior y ansiedad por el futuro. Sólo hay uno cuyo estado sea aceptable.

—Maldito si entiendo cómo han podido subsistir. ¿Ha visitado la cárcel?

—Sí. Sólo una vuelta rápida. Fue bastante.

Marlowe observaba ansiosamente. Su infelicidad no era causada sólo por la marcha de su amigo. En realidad le afectaba la de todos los norteamericanos. De algún modo sentíase uno más entre ellos, cosa censurable, pues eran extranjeros. No obstante, nunca experimentó la Sensación de encontrarse entre extraños cuando estuvo con ellos. «¿Es envidia? —se preguntó—. ¿Celos? No, no lo creo. No sé qué es. Pero siento como si ellos se fueran a "nuestra" patria y yo me quedara atrás».

Se acercó algo más al camión tan pronto empezaron a oírse órdenes para que los hombres se subieran a él. Brough, Tex, Dino, Byron Jones III…, todos resplandecían en sus uniformes nuevos y amildonados; eran irreales. Gritaban y reían mientras caminaban. Pero no Rey, algo apartado de los demás.

Marlowe se alegraba de que su amigo regresara con los suyos. Rezó una oración en súplica de que todo le fuera bien durante el camino.

—Suban al camión, muchachos.

—Vamos, suban al camión —repitió otro.

Grey no advirtió que estaba junto a Marlowe.

—Dicen que hay un avión dispuesto para llevarlos a Norteamérica. Un avión especial. ¿Es posible? Y sólo por un puñado de hombres y unos cuantos oficiales jóvenes —dijo mirando el camión.

Marlowe tampoco había advertido su presencia. Le observó despreciativo.

—Es usted un maldito envidioso, Grey.

La cabeza de éste giró rápidamente.

—¡Ah! Es usted.

—Sí —Marlowe señaló el camión—. Consideran que un hombre es tan bueno como otro cualquiera. Por eso han fletado un avión para ellos solos. Es una gran lección, a poco que se piense.

—No me diga que las clases superiores se han dado cuenta al fin…

—¡Calle! —Marlowe se apartó de él, irritado.

Junto al camión había un sargento fornido con muchas tiras en la manga y un cigarrillo apagado en la boca.

—Vamos. Suban al camión —repetía pacientemente.

Sólo Rey quedaba ya en el suelo.

—¡Pardiez! ¡Suba al camión! —gritó el sargento. Rey no se movió. Luego, impaciente, el sargento tiró el cigarrillo y, blandiendo un dedo, gritó:

—¡Usted, cabo! ¡Meta su maldito trasero en el camión!

Rey pareció despertar de su aislamiento.

—Sí, sargento. Lo siento, sargento.

Humildemente subió a la parte posterior del vehículo y se quedó de pie donde todos estaban sentados. Alrededor suyo habían hombres excitados que se hablaban entre sí, pero no a él. Ninguno parecía advertirle. Rey era una figura solitaria mientras el camión rugía a la vida y echaba al aire el polvo de Changi.

Marlowe corrió hacia delante y levantó la mano para saludar a su amigo. Éste no miró atrás.

De repente, se sintió muy solo, allí, junto a la puerta de Changi.

—Ha valido la pena verlo —dijo Grey recreándose.

Marlowe se volvió.

—Vayase antes de que me líe con usted.

—Fue agradable verle tratado de ese modo. «Usted, cabo. ¡Meta su maldito trasero en el camión!». —Los ojos de Grey destellaban malignamente—. Lo trató como a la basura que es.

Marlowe lo recordaba de modo distinto. Él había contestado humildemente: «Sí, sargento». No era Rey. En todo caso no era el hombre nacido del vientre de Changi, el hombre que Changi había nutrido tanto tiempo.

—Como el ladrón que era —continuó Grey deliberadamente.

Marlowe cerró su puño izquierdo.

—Le di antes una última oportunidad.

Luego descargó su puño en el rostro de Grey, haciéndole retroceder. Pero se sostuvo en pie y se abalanzó contra Marlowe. Los dos se golpeaban mutuamente cuando, de repente, apareció Forsty junto a ellos.

—¡Deténganse! —ordenó—. ¿Por qué diablos se pelean ustedes?

—Por nada —dijo Marlowe.

—¡Quite su mano! —exigió Grey, que pegó un tirón y se soltó de Forsty—. ¡Quítese de en medio!

—Provoquen otro altercado y les confino en sus dependencias. —Descorazonado, Forsty advirtió que uno era capitán y el otro teniente aviador—. Debería darles vergüenza, bravuconear como vulgares soldados. Vayanse de aquí. La guerra ha terminado, caramba.

—¿Sí? —Grey miró a Marlowe, luego se fue.

—¿Qué hay entre ustedes dos? —preguntó Forsty.

Marlowe miró hacia el horizonte. El camión ya no se veía por parte alguna.

—No comprendería —dijo, y se volvió.

Forsty le contempló hasta que hubo desaparecido. «Puedes decir eso millones de veces —pensó exhausto—. No comprendo a ninguno de vosotros».

Después regresó a la puerta de Changi. Como siempre, había grupos de hombres mirando en silencio. La puerta seguía vigilada, si bien eran oficiales y no japoneses o coreanos. El día de su llegada ordenó que se marcharan y nombró un oficial de guardia que se encargó de la seguridad del campo y de que los hombres no salieran. No obstante, la vigilancia fue innecesaria, pues nadie intentó salir. «No lo comprendo —se dijo Forsty—. No tiene sentido. Nada tiene sentido aquí».

Entonces recordó que no había informado del norteamericano sospechoso, el cabo. Eran tantas sus preocupaciones que le olvidó totalmente. «Ahora es demasiado tarde —se dijo—. No importa, el comandante ha de regresar. Se lo diré. El puede hacerse cargo del asunto».

Dos días más tarde llegaron más norteamericanos. Entre ellos vino un general. Parecía ser un auténtico rey, rodeado de un enjambre de fotógrafos, periodistas y ayudantes. Fue conducido al *bungalow* del comandante de campo, donde se hallaban Marlowe, Mac y Larkin, que habían recibido orden de estar allí. El general cogió el auricular de la radio y simuló escuchar.

—Sosténgalo, general.

—Sólo otra vez, general.

Marlowe se vio empujado hacia delante y le pidieron que se inclinara sobre la radio como si diera explicaciones al general.

—Así no, que veamos su cara. Deje que se vean sus huesos, Sam. Así está mejor.

Aquella noche el último y mayor de los temores se abatió sobre Changi: temor al mañana.

Todos sabían en Changi que la guerra «había» terminado, y que debían enfrentarse con el futuro. Un futuro que estaba fuera de Changi.

Los hombres de Changi se refugieron en sí mismos. No había otro lugar donde ir. Ningún otro lugar donde ocultarse. Ningún otro lugar fuera de ellos mismos, donde reinaba el terror.

Al fin llegó la flota aliada a Singapur. Más forasteros convirgieron en Changi. Fue entonces cuando empezaron las preguntas.

—¿Nombre, rango, número de identidad, unidad?

—¿Dónde combatió usted?

—¿Quién murió a su lado?

—¿Qué atrocidades presenció?

—¿Cuántas veces han sido golpeados?

—¿A quién vio que mataran a golpes de bayoneta?

—¿Ninguno? ¡Imposible! Piense, hombre. Use su cabeza. Recuerde.

—¿Cuántos murieron en el barco? ¿Tres, cuatro, cinco? ¿Quién estaba allí?

—¿Cuántos murieron de su unidad?

—¿Diez? Bueno, esto ya está mejor. Ahora explique cómo murieron. Sí, relate los detalles.

—¡Ah! ¿Los vio usted morir a golpes de bayoneta?

—¿Cuánta comida conseguían? ¿Y anestésicos? Lo siento, naturalmente. Lo olvidé.

—¿Hubo cólera?

—Sí, ya sé cuántos murieron en el campo número tres. ¿Qué saben del número catorce? El de la frontera Burma-Siam. Allí murieron miles, ¿verdad?

Con las preguntas, los forasteros trajeron sus propias opiniones. Los habitantes de Changi los oían susurrarse al oído:

—¿Vio a aquel hombre? Es intolerable. Camina desnudo en público.

—¡Mire allí! Aquél evacúa delante de todos. ¡No usa papel! Sólo agua y sus manos. ¡Dios mío! ¡Lo hacen todos!

—Mire esa cama tan asquerosa. Está plagada de chinches.

—¡A qué degradación han llegado estos pobres cerdos! ¡Peor que animales!

—Esto parece un manicomio. Desde luego, es culpa de los japoneses. No importa, valdría más recluirlos a todos. Parecen desconocer lo que está bien y lo que está mal.

—Mire cómo recogen aquella asquerosidad. Les dan pan y patatas y prefieren arroz.

—Tengo que regresar al barco. No puedo esperar a que vengan los otros. Lo siento. Es una oportunidad única en la vida; nunca más volveré a verlo.

—Aquellas enfermeras se arriesgan demasiado caminando por ahí.

—No corren ningún peligro. Son muchas las que vienen sólo a dar un vistazo. ¡Cuernos, aquélla es fantástica!

—Sí, pero observe cómo las miran los prisioneros.

Con las preguntas y opiniones, también trajeron respuestas.

—¿Teniente aviador Marlowe? Sí, hemos tenido una respuesta cablegráfica del Almirantazgo. El capitán de navío Marlowe… bueno… su padre murió en la ruta de Murmansk, el 10 de setiembre de 1943. Lo siento. Otro.

—¿Capitán Spence? Sí. Tenemos un montón de correspondencia para usted. Puede recogerla en la guardería. Ah, sí. Su… esposa e hijo murieron en Londres a consecuencia de un bombardeo aéreo. Ocurrió en enero de este año. Fue una «V2». ¡Terrible! Otro.

—¿Teniente coronel Jones? Sí, señor, Se irá en el primer convoy de mañana. Todos los oficiales mayores se van. Buen viaje. Otro.

—¿Comandante McCoy? Usted preguntaba por su esposa e hijo. Veamos, iban a bordo del *Empress of Shrospshire*, ¿no? El buque que partió de Singapur el 9 de febrero de 1942. Lo siento. No se tienen noticias, excepto que se hundió en alguna parte al otro lado de Borneo. Hay rumores de que hubieron supervivientes, pero nadie lo sabe con certeza. Tendrá que ser paciente. Sabemos que hay campos por todas partes…, las Célebes, Borneo. Tendrá que ser paciente. Otro.

—¿Coronel Smedly-Taylor? Lo siento. Malas noticias, señor. Su esposa murió en un raid aéreo. De eso hace dos años. Su hijo más joven fue jefe de

Escuadrón. Se le dio por desaparecido sobre Alemania en 1944. Su hijo John se encuentra actualmente en Berlín con las fuerzas de ocupación. Aquí tiene su dirección. Es teniente coronel. Otro.

—¿Coronel Larkin? Los australianos reciben noticias en otro lugar. Otro.

—¿Capitán Grey? Lo suyo es algo difícil. Vea. Se le dio por desaparecido en 1942. Temo que su esposa ha vuelto a casarse. Ella… bueno… aquí está su dirección actual. No lo sé, señor. Tendrá que preguntar en la oficina general de abogados. Temo que las leyes no son mi fuerte.

—Capitán Ewart. ¿Del regimiento malayo, verdad? Me complace anunciarle que su esposa y sus tres hijos viven y están bien en el campo Cha Song, en Singapur. Sí, tenemos transporte para usted esta tarde. ¿Cómo dice? No lo sé. La nota dice tres, y no dos hijos. Quizá se trate de un error. Otro.

Por entonces permitían que fueran más hombres a la playa. No obstante, en el exterior reinaba aún el temor y ellos preferían volver al campo. Sean fue un día a nadar. Caminó junto a los otros, llevando en su mano un paquete. Una vez en la playa quiso ocultarse, pero se rieron de él porque no sabía quitarse la ropa como los demás y le gritaron:

—Lirio.

—Sodomita.

—Bruja podrida.

Sean se alejó de ellos y de los improperios, hasta que encontró un lugar reservado. Se quitó sus pantalones cortos y la camisa, y se vistió su ropa interior de mujer. También se puso las medias, se peinó y se maquilló. Lo hizo con mucho cuidado. Cuando se levantó era «una» joven confiada y feliz. Se calzó los zapatos de tacón alto y se encaminó al mar.

Éste le dio la bienvenida y devoró sus vestidos y su cuerpo.

Un comandante apareció en el barracón de Marlowe. Su uniforme se veía plagado de pasadores, pese a su juventud. Entró en la estancia deseoso de contemplar las obscenidades que yacían en sus literas o se cambiaban dispuestos a tomar una ducha. Sus ojos se fijaron en Marlowe.

—¿Qué demonios mira usted? —chilló Peter.

—¡No me hable así! Soy comandante y…

—¡Maldito lo que me importa que usted sea Alejandro Magno! ¡Fuera de aquí!

—¡Firmes! ¡Le voy a formar consejo de guerra! —gritó el comandante, con los ojos saliéndosele de las órbitas y sudoroso—. Tendría que darle vergüenza, estar de pie ahí con faldas…

—Es un *sarong.*

—Son faldas. Está medio desnudo. Ustedes, los prisioneros, creen que pueden hacer lo que les dé la gana. Gracias a Dios no es así. Ahora aprenderán a respetar a…

Marlowe cogió su machete por el mango, se precipitó a la puerta y lo blandió delante del rostro del comandante.

—Vayase de aquí, o, por Júpiter, que le corto el cuello.

El comandante se evaporó.

—Tómeselo con calma —murmuró Phil—. Nos pondrá a todos en un compromiso.

—¿Por qué nos contemplan? ¿Por qué? ¡Maldita sea! ¿Por qué? —gritó Marlowe.

No hubo respuesta.

Un médico penetró en el barracón. Lucía una cruz roja en su brazo y entró presuroso, si bien quiso aparentar normalidad. Sonrió a Marlowe.

—No le haga caso —señaló al comandante que caminaba por el campo.

—¿Por qué demonios nos mira toda la gente?

—Fume un cigarrillo y cálmese.

El médico, aunque agradable y tranquilo, era un forastero…, consecuentemente, no era de fiar.

—Fume un cigarrillo y cálmese. Eso es cuanto ustedes, bastardos, saben decir —gritó Peter Marlowe—. Yo le he preguntado por qué nos miran todos.

El médico encendió un cigarrillo, se sentó en una de las camas y se arrepintió de haberlo hecho; sabía que todas estaban infectadas. Pero deseaba ayudar a Marlowe.

—Intentaré explicárselo —dijo suavemente—. Ustedes, todos ustedes, han sufrido lo insufrible, y han soportado lo insoportable. Caminan como si fueran esqueletos. Sus rostro sólo tienen ojos, y en ellos hay una mirada… —Se detuvo un momento, intentando encontrar la palabra precisa, para no herir a quienes necesitaban ayuda, cuidado y cariño—. No sé cómo describirla. Quizá sea furtiva. Pero no, ésa no es la palabra exacta. Tampoco es temor. No obstante,

todos miran igual. Están vivos, y según todas las reglas debieran estar muertos. Ellos no comprenden cómo no están muertos o cómo «han» subsistido… Nosotros, los del exterior, les miramos porque resultan fascinantes.

—Igual que monstruos en una maldita función, supongo.

—Sí —dijo el médico con calma—. Eso sería un modo de decirlo, pero…

—Juro que mataré al próximo sodomita que me mire como si yo fuera un mono.

—Tenga —dijo el médico intentando tranquilizarle—. Tómese estas pastillas. Le calmarán.

Marlowe dio un manotazo a las pastillas y gritó:

—¡No las quiero! Deseo únicamente que me dejen solo. —Y se marchó.

El barracón norteamericano estaba desierto. Marlowe se tumbó en el lecho de Rey y lloró.

—Adiós, Peter —dijo Larkin.

—Adiós, coronel.

—Adiós, Mac.

—Buena suerte muchacho.

—Nos escribiremos.

Larkin estrechó sus manos. Luego se fue a la puerta de Changi, donde esperaban camiones dispuestos para llevarse a los últimos australianos a los barcos. A la patria.

—¿Cuándo se va, Peter? —preguntó Mac, después que Larkin hubo desaparecido.

—Mañana. ¿Y usted?

—Ahora mismo. Pero me quedo en Singapur. No me embarcaré hasta que decida mi destino.

—¿Aún no ha recibido noticias?

—No. Puede que estén en algún lugar de las Indias. Si ella y Angus hubiesen muerto, lo sabría. —Mac levantó su saco y comprobó inconsciente que la célebre lata de sardinas seguía allí—. He oído decir que hay algunas mujeres en uno de los campos de Singapur que estuvieron en el *Shorpshire*. Quizás alguna sepa algo, o pueda darme una pista, si la encuentro. —Aunque envejecido y flaco parecía muy fuerte. Le tendió su mano—. *Salamat.*

—*Salamat.*

—*Puki'mahlu.*

—*Senderis* —contestó Peter Marlowe consciente de sus lágrimas pero no avergonzado de ellas. Tampoco Mac se avergonzaba de las suyas.

—Puede escribirme al apartado del Banco de Singapur, muchacho.

—Lo haré. Buena suerte, Mac.

—*Salamat.*

Peter Marlowe se quedó en la carretera, contemplando a Mac que ascendía la colina. Ya en la cumbre, se detuvo y volvió a saludar. Marlowe levantó a su vez la mano. Mac se perdió entre la multitud, y él se quedó totalmente solo.

Por fin llegó el último amanecer en Changi, que también conoció la muerte de otro prisionero. Algunos oficiales del barracón dieciséis se habían marchado. Eran los más enfermos. Marlowe yacía medio dormido en su cama, debajo de la mosquitera. A su alrededor se levantaban los hombres, caminaban, o simplemente iban a las letrinas. Barstairs se sostenía sobre su cabeza, como cada mañana en sus prácticas del yoga. Phil Mint se hurgaba la nariz con una mano y espantaba las moscas con la otra. La primera partida de bridge ya había empezado. Myner hacía práctica en su teclado de madera. Y Thomas maldecía el retraso del desayuno.

—¿Qué opina usted, Peter? —preguntó Mike.

Marlowe abrió sus ojos y le observó.

—Que su aspecto es diferente.

Mike se frotó el labio superior con el dorso de la mano.

—Me siento desnudo. —Se volvió a mirar en el espejo. Luego se encogió de hombros—. Bueno, ya está fuera el bigote.

—¡Eh! El rancho está en marcha —gritó Spence.

—¿Qué es?

—Tostadas, mermelada, huevos revueltos, tocino, té.

Algunos hombres se quejaron de lo reducido de las raciones otros de la abundancia.

Marlowe tuvo suficiente con los huevos revueltos y el té. Mezcló los huevos con algo de arroz del día anterior, y se lo comió con gran fruición.

Miró a Drinkwater, que entraba en aquel momento.

—Hola Drinkwater. —Le detuvo—. ¿Dispone de un momento?

—¿Por qué? Claro.

Drinkwater se sorprendió de la repentina afabilidad de Marlowe. Pero mantuvo sus pálidos ojos azules bajos, temía que su odio hacia él se manifestara. «Aguántate, Theo —se dijo—. Lo has soportado durante meses. No lo dejes salir ahora. Sólo unas horas más y podrás olvidarte de él y de otros hombres desagradables. Lyles y Blodger no tenían derecho a tentarte. Ninguno. Bueno, consiguieron lo que merecían».

—¿Recuerda usted la pata de conejo que robó?

Los ojos de Drinkwater relampaguearon.

—¿Qué…, qué está usted diciendo?

Al otro lado del pasillo, Phil dejó de rascarse.

—Vamos Drinkwater —dijo Marlowe—. Ya no me preocupa. ¿Por qué ha de preocuparme? La guerra ha terminado y hemos salido de ella. Pero usted recuerdo la pata de conejo, ¿verdad?

—No —dijo ceñudo—. No la recuerdo. —Si bien estuvo tentado de decir: «deliciosa, deliciosa».

—No era conejo, ¿sabe?

—Lo siento, Marlowe. No fui yo. Ni sé quien la cogió.

—Le diré lo que era —añadió Marlowe gozándose del momento—. Era carne de rata. Carne de rata.

Drinkwater rió.

—Es usted muy divertido —contestó sarcásticamente.

—¡Oh! Pero era rata. ¡Que si lo era! La cacé yo. Era grande y peluda y estaba llena de roña. Creo que padecía una enfermedad.

La barbilla de Drinkwater se estremeció, temblándole las mandíbulas.

Phil guiñó a Marlowe, y asintió alegremente.

—Eso es cierto, reverendo. Estaba llena de costras. Vi la piel de la pierna que Peter…

Drinkwater vomitó cuanto había en su estómago sobre su pulcro uniforme, se precipitó fuera y aún arrojó algo más. Marlowe se puso a reír, y el barracón entero tardó poco en retumbar por la risa de todos.

—¡Canastos! —dijo Phil débilmente—. Quise ayudarle, Peter. Qué idea tan brillante simular que era rata. Eso le está bien empleado.

—Pero es que realmente era una rata —aclaró—. La dejé allí expresamente para que la robara.

—¡Oh, sí, claro! —contestó Phil, sarcástico, mientras usaba el espantamoscas—. No es preciso que ponga monterilla a semejante y maravillosa historia. ¡Maravillosa!

Peter Marlowe comprendió que no le creerían, por ello no insistió. Nadie le creería a menos que descubriera la granja… ¡La granja! Su estómago acusó una contracción de náusea.

Luego se vistió su uniforme nuevo. Las hombreras lucían el distintivo de su rango, y en el lado izquierdo del pecho las alas. Durante un momento observó sus pertenencias: cama, mosquitera, colchón, manta, *sarong*, camisa despedazada, los deshilacliados pantalones cortos, dos pares de zuecos, cuchillo, cuchara y tres platos de aluminio. Lo recogió todo encima de su cama, lo llevó al exterior y le prendió fuego.

—Perdone, señor —le dijo un sargento—. Los fuegos son muy peligrosos.

El sargento era forastero, pero a Marlowe no le intimidaban ya los forasteros.

—Largúese.

—Pero, señor.

—Le dije que se largue, ¡maldita sea!

—Sí, señor.

El sargento saludó y él se sintió muy complacido de que no le asustaran ya los forasteros. Devolvió el saludo, si bien deseó no haberlo hecho, pues no llevaba puesta la gorra. Intentó justificar su error.

—¡Oh! ¿Dónde diablos está mi gorra?

Regresó al barracón sintiendo cómo el temor a los forasteros volvía a intimidarle. Hizo un esfuerzo y se sacudió la aprensión, jurándose a sí mismo, por el Señor su Dios: «Nunca más volveré a tener miedo. ¡Jamás!».

Halló su gorra y la otra lata de sardinas que guardaban los tres. Se la puso en un bolsillo, descendió los peldaños y anduvo por la carretera junto a la alambrada. El campo estaba casi desierto. Los últimos hombres del ejército inglés marchaban aquel día, en el mismo convoy que él. Lo hacían mucho después que los australianos, y una eternidad después que los yanquis. Si bien aquello era natural. Ellos se mostraban lentos, pero seguros.

Se detuvo cerca del barracón norteamericano. El toldo ondeaba míseramente en el viento del pasado. Penetró en el barracón.

La estancia no se hallaba vacía. Grey estaba allí, pulcro y uniformado.

—¿Viene a ver por última vez el lugar de sus triunfos? —preguntó malicioso.

—Es un modo de enjuiciarlo —Marlowe lió un cigarrillo y volvió los restos a su petaca—. La guerra ha terminado. Ahora somos iguales, usted y yo.

—Exacto. —En las severas facciones de Grey brillaban sus ojos semejantes a los de la serpiente—. Odio sus tripas.

—¿Recuerda a Dino?

—¿Qué pasa con él?

—¿Era su espía, no?

—Supongo que no hay daño alguno en admitirlo ahora.

—Rey lo sabía.

—No le creo.

—Dino daba a usted información y órdenes. ¡Usted estaba a las órdenes de Rey! —rió Peter Marlowe.

—¡Es usted un maldito embustero!

—¿Por qué he de mentir? —Su risa murió repentinamente—. El tiempo de mentir ha terminado. Es cierto que Dino «lo hacía» siguiendo órdenes. ¿Recuerda que siempre llegaba tarde? Siempre.

«Dios mío —pensó Grey—. Sí, sí; lo veo ahora».

Marlowe consumió su cigarrillo.

—Rey imaginó que si usted no obtenía información verdadera, procuraría tener un espía. Por eso le proporcionó uno.

Grey se sintió de repente muy cansado. Muchas cosas le resultaban difíciles de comprender ahora. Extrañas cosas. Observó la sonrisa de Marlowe, y toda su rabia contenida salió fuera y pateó violentamente la cama y pertenencias de Rey, y, luego, se volvió contra Peter Marlowe.

—¡Muy inteligente! Pero yo vi a Rey reducirse de tamaño, y veré lo mismo con usted y su pringosa casta.

—¡Oh!

—Puede apostarse su miserable vida. De algún modo ajustaré cuentas con usted, aunque tenga que consumir el resto de mi vida en el empeño. Le venceré al fin. Su suerte acabará.

—La suerte no tiene nada que ver con ello.

Grey señaló con el dedo el rostro de Marlowe.

—Usted nació con suerte y ha vivido en Changi con suerte. Incluso sale de aquí con la misma preciosa alma que tuvo siempre.

—¿De qué está usted hablando? —Peter Marlowe apartó su dedo.

—De la corrupción. De la corrupción moral. Se salvó con el tiempo justo. Unos cuantos meses más junto a Rey, y hubiera cambiado para siempre. Empezaba usted a ser un embustero y un bribón, igual que él.

—Rey no es malo y no engañaba a nadie. Todo cuanto hizo fue adaptarse a las circunstancias.

—El mundo sería un mísero lugar si todos se ocultaran detrás de semejante excusa. Existe eso que se llama moral.

Marlowe lanzó su cigarrillo al suelo y lo pisó.

—No me diga que prefiere usted la muerte con sus malditas virtudes, a estar vivo aunque tenga que comprometer algo.

—¿Algo? —Grey rió hoscamente—. Usted lo vendió todo: honor, integridad, orgullo…, todo a cambio de una ayuda del peor bastardo de este pestilente agujero.

—Si recapacitara un poco, advertiría que el sentido del honor de Rey era bastante elevado. Pero tiene usted razón en algo. Me cambió. Me enseñó que el hombre es independiente a sus actos, si son hijos de las circunstancias que le rodean. Yo vivía engañado. Incluso me equivoqué al mofarme de usted por algo que no podía remediar, y lo siento. Pero no me excuso por despreciar al hombre que es usted.

—¡Yo no vendí mi alma! —el uniforme de Grey aparecía manchado de sudor. Miraba con odio a Marlowe, si bien en su interior se odiaba también a sí mismo. «¿Qué hice con Smedly-Taylor? —se preguntó—. Es cierto, yo también me vendí. Lo hice. Pero "yo" sé que mi acto es una mala acción. Y sé por qué lo hice. Me sentía avergonzado de mi cuna, y quería pertenecer a la clase principal. A tu maldita clase, Marlowe. Ahora no me preocupa eso».

—Ustedes, los sodomitas, cogieron el mundo por los calzones —dijo en voz alta— pero no por mucho tiempo. Pronto seremos todos iguales. La gente como yo no ha luchado en esta guerra para que se nos escupa. Vamos a ser todos iguales.

—¡Bendita suerte!

Grey intentó controlar su respiración. Abrió sus puños con un esfuerzo, y se

secó el sudor de sus ojos.

—Por usted no vale la pena luchar. ¡Usted está muerto!

—La verdad es que ambos estamos vivos.

Grey se encaminó a la salida. En el peldaño superior se volvió.

—Realmente, tendría que estar agradecido a usted y a Rey por una cosa. Mi odio hacia ustedes me mantuvo vivo.

Se alejó a pasos largos.

Marlowe miró el campo, luego observó el barracón, y las pertenencias de Rey. Cogió el plato donde le había servido tantas veces huevos fritos y advirtió que estaba cubierto de polvo. Distraído arregló la mesa y colocó encima de ella el plato. Pensaba en Grey, Rey, Samson, Sean, Max y Tex; en el lugar donde se hallaría la esposa de Mac y su N'ai; en el general, los forasteros, la patria y Changi.

«Me gustaría saber —pensó anonadado—, si es malo adaptarse para subsistir. ¿Qué hubiera hecho yo, de ocupar el puesto de Grey? ¿Qué hubiera hecho Grey de estar en mi lugar? ¿Qué es lo que está bien y lo que está mal?».

Atormentado, pensó que el único hombre que hubiera podido contestarle había muerto en los helados mares de Murmansk.

Sus ojos miraron las cosas del pasado; la mesa donde su brazo había reposado, la cama donde se había recuperado, el banco que él y Rey habían compartido y las sillas sobre las cuales habían reído.

Vio en un rincón un puñado de dólares japoneses. Los cogió. Luego los dejó caer, uno a uno. A medida que los billetes llegaban al suelo, las moscas se apiñaban sobre ellos, levantaban el vuelo, y volvían otra vez.

Peter Marlowe se quedó en el umbral.

—Adiós —dijo a todas las pertenencias de su amigo—. Adiós y gracias.

Salió fuera y siguió el muro de la cárcel hasta la línea de camiones que esperaban pacientemente a la puerta de Changi.

Forsty estaba de pie junto al último, satisfecho de que su labor hubiera terminado. Aparecía exhausto, y la marca de Changi sombreaba sus ojos. Ordenó que arrancara el convoy.

El primer camión se movió, y el segundo, y el tercero, y todos abandonaron Changi.

Marlowe volvió una sola vez la vista atrás. Lo hizo cuando Changi, en la

lejanía, pareció convertirse en una perla en su concha azul-blanca bajo el cielo tropical…, cuando Changi quedó en un ligero promontorio rodeado de una faja verde, teniendo tras sí el azul-gris del mar y el horizonte infinito. Luego, ya no quiso mirar otra vez.

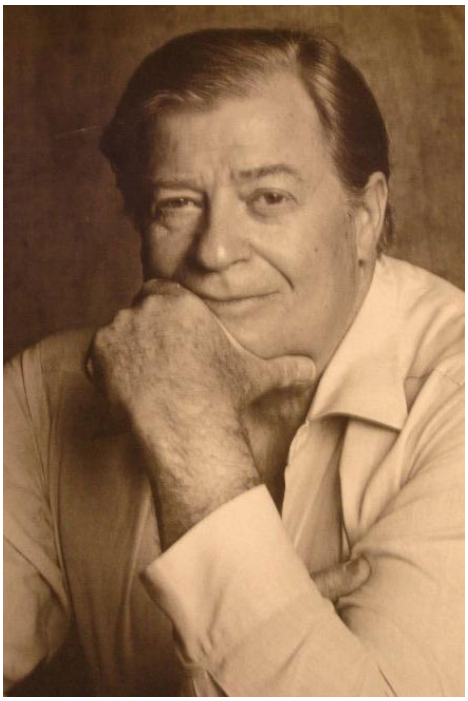
*Aquella noche no hubieron hombres en Changi. Pero los insectos seguían allí.*

*Y las ratas.*

*Permanecían debajo del barracón Muchas habían muerto al ser olvidadas por sus captores. No obstante, la más fuertes vivían.* Adán *luchaba contra el alambre para conseguir comida fuera de su jaula. Luchaba incansable, con la misma tenacidad de siempre. Su paciencia fue recompensada. Cedió un ángulo de la jaula y él saltó sobre la comida y la devoró. Luego descansó, y con renovadas fuerzas rompió otra jaula. La carne que había en su interior le sirvió de nuevo alimento.*

Eva *se unió a él. Más tarde, se derrumbó un lado de la trinchera y muchas jaulas quedaron abiertas. Los vivos se comieron a los muertos, y los débiles se convirtieron en alimento de los fuertes, hasta que todos fueron igualmente fuertes. Entonces pelearon entre ellos. Y se multiplicaron.*

Adán *era el rey. Pero un día su voluntad de ser rey le abandonó. Entonces su cuerpo alimentó al más fuerte. Y éste heredó su reinado, no sólo por la fuerza en sí. De entre todos, era el más fuerte, el más astuto y el de más suerte.*



JAMES CLAVELL (10 de octubre de 1924 - 7 de septiembre de 1994) fue un novelista y guionista famoso por sus novelas Shogún, Tai-pan y El rey de las ratas, así como la película La gran evasión.

Nació en Sídney, Australia (algunas fuentes citan que nació en el Reino Unido y fue llevado a Australia a temprana edad), fue bautizado como Charles Edmund DuMaresq de Clavelle.

Su padre fue un oficial de la Marina Real por lo que fue educado en diferentes lugares del mundo.

En 1940 a la edad de 16 años se unió a la Artillería Real Británica y fue enviado a Malasia para pelear contra los japoneses. Fue herido por una ametralladora, capturado y enviado a un campo de prisioneros japonés en la Isla de Java. Después fue transferido a la prisión de Changi cerca de Singapur.

Como la mayoría de prisioneros de guerra, sufrió los malos tratos de sus captores japoneses, aunque la mayoría de los guardias eran coreanos. Sus experiencias en estos campos fueron la base de su primera novela, El Rey de las Ratas, publicada en 1962. Sin embargo todas estas malas experiencias no

interfirieron para que escribiera sobre la cultura Japonesa en su novela Shogún.

Para 1946 logró el rango de Capitán, pero un accidente en motocicleta terminó con su carrera militar. Ingresó a la Universidad de Birmingham donde conoció a April Stride, una actriz, con la que se casó en 1951. Por ella fue que se introdujo en la industria del cine y desarrolló su interés en volverse director. Se mudó con su familia a Nueva York en 1953, donde trabajó en televisión y después en Hollywood.

Eventualmente se fue ganando fama como guionista con sus películas como La Mosca y Watusi. Fue co-escritor de la película clásica La gran evasión (The Great Escape), con lo que ganó gran reputación en Hollywood. Para 1959 producía y dirigía sus películas.

En 1963 se naturalizó ciudadano de los Estados Unidos de Norteamérica.

Murió de un ataque al corazón mientras luchaba contra el cáncer, en Suiza en 1994, un mes antes de cumplir 70 años.